

ALEMANIA EN EL SIGLO XX

COMPILADORES

LUIS BOSEMBERG

RALF LEITERITZ

TATJANA LOUIS

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE LENGUAJES Y ESTUDIOS SOCIOCULTURALES

Primera edición: octubre de 2009

© ????????

© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Centro de Estudios Socioculturales e

Internacionales – CESO

Cra. 1 No. 18A-10, Edificio Franco, Piso 3

Teléfonos: 3 394949 - 3394999

Bogotá D. C., Colombia

ISBN: XXXX-XXXX

Fotografía de cubierta:

Corrección de textos: Guillermo Díez

Diseño, diagramación e impresión: Legis S.A.

Av. Calle 26 No. 82-70

Bogotá, Colombia

Comutador: 4 255255

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o trasmittida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial

CONTENIDO

PRÓLOGO	IX
CAPÍTULO 1	
DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL AL TERCER REICH	
INTRODUCCIÓN	3
HANS-ULRICH WEHLER	
La “protocatástrofe del siglo XX”. La Primera Guerra Mundial como punto inicial y modelo de la Segunda Guerra Mundial.....	5
ULRICH GRAF VON BROCKDORFF-RANTZAU	
Discurso de la delegación alemana.....	16
FRITZ FISCHER	
El zarpazo por el poder mundial: la política de metas de guerra de la Alemania imperial, 1914-1918.....	20
UWE PUSCHNER	
El movimiento <i>völkisch</i> . Historia, estructura, ideología.....	35
PETER REICHEL	
La hermosa apariencia del Tercer Reich	64
CAPÍTULO 2	
LAS DOS ALEMANIAS	
INTRODUCCIÓN	101
RUDOLF AUGSTEIN	
¿Va a perderse Berlín?	105
SEBASTIAN HAFFNER	
¿Constituyen los alemanes en realidad una nación?	110

MARION GRÄFIN DÖNHOFF

- Reconciliación: Sí; Renuncia: No. Los territorios Oder-Neiße: un problema de la política interior y exterior 114

MARION GRÄFIN DÖNHOFF

- Una cruz sobre la tumba de Prusia 118

WOLFGANG HARICH

- ¿Comunismo sin crecimiento? Entrevista con Freimut Duve 122

FRITZ J. RADDATZ

- ¿Es culpable la sociedad? 127

HELMUT SCHMIDT

- Intervención durante el debate sobre el terrorismo 132

PAUL NOLTE

- La última euforia de la modernidad. La época de la reforma de la República Federal en los años 60 y 70. 137

PAUL NOLTE

- Doble cambio de dirección, época paradójica: la República Federal en la época de Kohl, 1982-1998 154

CAPÍTULO 3**LA REUNIFICACIÓN Y LA REPÚBLICA DE BERLÍN**

- INTRODUCCIÓN** 171

FLORIAN ILLIES

- ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde voy? ¿Y por qué mi VW Golf sabe la respuesta?.. 173

JANA HENSEL

- Sí, lo juramos. Sobre nuestra educación 193

CHRISTA WOLF

- El idioma del cambio 207

MARION GRÄFIN DÖNHOFF

- Porque el país necesita reconciliación 210

JENS REICH	
À la lanterne.....	216
JOSCHKA FISCHER	
Discurso durante el debate sobre la intervención militar de la OTAN en Kosovo....	221
ERICH RÖPER	
Los hermanos y las hermanas inferiores.....	224
RAINER ECKERT	
El histórico año de 1990	237

CAPÍTULO 4 EL DIFÍCIL MANEJO DE LA HISTORIA ALEMANA

INTRODUCCIÓN	253
HERMANN LÜBBE	
Nada se ha olvidado, pero se ha curado tal cual herida	255
RICHARD VON WEIZSÄCKER	
Discurso con ocasión del cuadragésimo aniversario del fin de la guerra	264
ERNST NOLTE	
El pasado que no quiere pasar: un discurso que se pudo escribir pero no pronunciar.....	268
MARTIN WALSER	
La banalidad de lo bueno. Experiencias recogidas durante la redacción de una allocución dominical.....	276
IGNATZ BUBIS	
El que habla de la vergüenza	281
GÜNTER GRASS	
Yo recuerdo... Lo que un escritor comparte con los alemanes.....	289
HEINRICH AUGUST WINKLER	
El fin de todos los caminos especiales	294

PRÓLOGO

El presente libro, que es una compilación de textos escritos por alemanes, surgió como una necesidad. Cuando en 2007 los tres compiladores de esta obra planearon dictar un curso sobre la Alemania del siglo XX se percataron del escaso material que había en general en español sobre este país. Por supuesto que los trajinados temas sobre Hitler, la Segunda Guerra Mundial y todos sus derivados, genocidios, etc., sí estaban, mal que bien, representados en las librerías locales. Pero más allá de esto, poco se encontraba. Si se echa hacia atrás en el recorrido histórico de Alemania, la pobreza en las publicaciones es apabullante. Pero también en temas más actuales se sufre del mismo problema. Los historiadores de habla germana, además, brillan por su ausencia. Incluso en nuestros medios académicos, en lo que respecta al siglo XIX, la gran época de una gran variedad de historiadores, Leopold von Ranke y, en ocasiones, Jacob Burckhardt son los únicos que figuran.

Llenar la brecha que existe, obviamente, no es el propósito de este libro. Pero, de todas maneras, surgió la idea de hacer un *Reader*, es decir, una compilación de diversos textos de historia, política y sociedad que acompañaran al curso y que presentara una serie de textos no traducidos al español. Se presentarán, así, autores muy diversos: políticos, intelectuales y académicos de diversas décadas. Se abordan temas desde una perspectiva interdisciplinaria, que pueden ser de interés no sólo para los estudiantes del curso sobre Alemania sino además para sectores fuera de la Universidad misma. Se piensa que puede ser interesante para colegios y sus profesores y para un público general interesado en temas alemanes.

Los tres profesores son especialistas acreditados en sus correspondientes disciplinas. Dos de ellos provienen de Alemania y pertenecen a una generación que vivió de cerca la caída del Muro de Berlín, en 1989. Tatjana Louis, historiadora e investigadora en Ciencias Culturales, creció en la RFA (Alemania occidental) y Ralf Leiteritz, politólogo, en la RDA (Alemania oriental). El tercero de ellos, Luis E. Boseberg, es historiador, conoció la Alemania de las décadas de los 70 y 80 y es estudioso de la historia de Europa en general y de la de Alemania en particular.

Este libro no hubiera sido posible sin el apoyo de varias instituciones y personas. El decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los

Andes, Carl Langebaek, nos dio su total apoyo desde un principio, al igual que los departamentos de Ciencias Políticas, de Historia y de Lenguajes y Estudios Socioculturales.

También agradecemos a los autores y casas editoriales en Alemania que amablemente nos dieron los derechos para la traducción y publicación de los textos que aquí se compilan.

Damos las gracias a nuestros asistentes, Margarita Baresch y Nicolás Mejía. Igualmente, a los traductores Humberto Celis y Johanna Córdoba.

CAPÍTULO 1
DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL
AL TERCER REICH

INTRODUCCIÓN

En la primera parte del libro se tratan varios temas centrados en la Primera y la Segunda guerras mundiales. De Hans-Ulrich Wehler, para muchos el historiador vivo más importante del mundo germanoparlante, y del que, desgraciadamente, casi nada se ha traducido al español, publicamos un corto artículo sobre estos dos importantes conflictos. Se desarrolla la idea de la continuidad entre la Primera y la Segunda guerras mundiales, para constatar que hubo una unidad interna entre las dos que permite postular que, en el fondo, se trató de la Segunda Guerra de los Treinta Años.

Se introduce, a continuación, el discurso pronunciado el 7 de mayo de 1919 por Ulrich Graf von Brockdorff-Rantzau, ministro de Relaciones Exteriores de la recién fundada República de Weimar y jefe de la delegación alemana en la Conferencia de Versalles. Se trata, por consiguiente, de la versión alemana sobre las causas de la Primera Guerra Mundial. Es la historia de los derrotados, a diferencia de la historia de los vencedores, que plantearía la culpabilidad de Alemania en el estallido del conflicto. Las tesis allí formuladas, tales como “[...] [nosotros] negamos expresamente que Alemania, cuyo pueblo estaba convencido de llevar a cabo un guerra de defensa, deba cargar exclusivamente con la culpa” y “La política de retaliación, la política de expansión y el desdén por el derecho a la auto-determinación han desempeñado un papel en la enfermedad de Europa, que llegó a su punto crítico en la guerra mundial”, harían parte del acervo historiográfico alemán durante las décadas siguientes. Es decir, según esto, la guerra no era culpa de Alemania sino de todos los implicados.

Uno de los historiadores más famosos, y quien en 1961 causó un gran revuelo en el debate sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial, es Fritz Fischer. Con sus dos célebres obras, *Griff nach der Weltmacht: Die Kriegszielpolitik des Kaiserlichen Deutschlands 1914-1918* (El zarpazo por el poder mundial: la política de metas de guerra de la Alemania imperial, 1914-1918) y *Krieg der Illusionen: Die Deutsche Politik von 1911 bis 1914* (Guerra de ilusiones: la política alemana de 1911 a 1914), replanteó de forma contundente la tesis de la falta de culpabilidad alemana y se inició en la historiografía alemana el famoso “debate Fischer”, ya que él postulaba que el Imperio alemán representó el factor decisivo en la responsabilidad histórica de 1914, que, utilizando la crisis, calculó el conflicto, ya que

su élite planeaba la hegemonía continental y estaba dispuesta a ir a la guerra para realizarla. Alemania, a más tardar desde 1911, ya tenía objetivos claros, y no se trataba de una improvisación. Fischer acusaba en sus obras clásicas a Alemania, tal como sus vencedores lo habían hecho en ambas guerras. Mostró las dos arremetidas alemanas en sendas guerras como un decidido expansionismo alemán. De los diferentes objetivos de guerra alemanes en la Primera Guerra Mundial publicados en 1961, el programa del 9 septiembre de 1914 del canciller Bethmann Hollweg es considerado por muchos como el más importante. Por ello lo incluimos aquí, así como el debate sobre la culpabilidad de Alemania (ambos temas extraídos de *Griff nach der Weltmacht*).

El cuarto artículo, del profesor Uwe Puschner, sobre el movimiento *völkisch*, y que se podría traducir sólo insuficientemente como *popular*, es uno de los grandes aportes al tema en cuestión. Cuando se examinan las derechas alemanas de entreguerras se piensa fácilmente en el Partido Nazi. Pero el movimiento *völkisch*, poco conocido en nuestro país, aunque múltiple y variado, fue uno de aquellos en los que militaron sectores de la derecha alemana, y por ello lo incluimos aquí.

En el último artículo, Peter Reichel se ocupa de la fascinante fachada que el Tercer Reich exhibió ante los ojos de los contemporáneos. Tuvo que haber existido tal fachada, pues de otra manera no se puede explicar por qué también personas iluminadas y críticas se dejaron llevar por el nacionalsocialismo, por lo menos al principio. Una estrategia de la propaganda nazi era usar la cultura y el arte para sus objetivos. Así construyó una careta detrás de la cual el nacionalsocialismo escondió su feo rostro.

El corto texto que sigue a continuación, escrito por Hans-Ulrich Wehler en 1931, sintetiza la tesis de la Segunda Guerra de los Treinta Años. Wehler, uno de los grandes estudiosos de historia social alemana, utiliza el término acuñado por Raymond Aron para mostrar las continuidades entre dos grandes procesos: la Primera y la Segunda guerras mundiales.

LA “PROTOCOLASTROFE DEL SIGLO XX” LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL COMO PUNTO INICIAL Y MODELO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Hans-Ulrich Wehler

Contemporáneos tan diferentes como uno pueda pensar –como el amigo de Marx, el izquierdista radical y millonario empresario Friedrich Engels; el legendario comandante del Estado Mayor prusiano, Helmut Moltke, y el presidente del Partido Socialista (SPD) durante 40 años, August Rebel–, todos ellos la profetizaron decenios atrás: la “gran guerra mundial”, cuando todas las potencias europeas chocarían entre sí en un conflicto futuro. En el pronóstico de Engels, un competente experto militar, llama la atención la seductora clarividencia, pues vio venir ya en 1887 una guerra mundial de una extensión e impetuosidad hasta entonces desconocidas. “De ocho a diez millones de soldados se estrangularán mutuamente”. Y las consecuencias previsibles: “Las devastaciones de la guerra de los Treinta Años, apiñadas en tres o cuatro años y extendidas sobre todo el continente. Hambre, pestes, bestialización general de los ejércitos, así como de las masas populares; confusión insalvable [...] en el comercio, la industria, los créditos, todo lo cual desembocará en una quiebra general; un colapso de los antiguos estados, de tal magnitud que las coronas rodarán sobre el asfalto de las calles sin que se encuentre a nadie que las recoja; imposibilidad absoluta de predecir cómo terminará todo aquello y quién saldrá vencedor en esta lucha”.

También Moltke había avistado en 1890, cargada su mente de oscuros presagios, “una guerra popular de 30 años”. Y cuando el general Charles de Gaulle, exiliado en Londres desde 1940, hizo el intento de diagnosticar el momento, hablaba repetidamente de una guerra de 30 años que se había iniciado en 1914 y ter-

minaría sólo con la de derrota de Alemania. El importante sociólogo y publicista francés Raymond Aron, que en su momento era parte del equipo consultor de De Gaulle, introdujo la idea de la nueva guerra de los Treinta Años, como la forma de interpretar histórico-científicamente la época comprendida entre las dos guerras mundiales. Allí encontró una amplia resonancia esta expresiva formulación en cuanto interpretación desafiante, pero ¿acierta ella realmente el núcleo del nexo histórico? ¿O más bien desconcierta, ya por el genocidio mismo sin par de los nacionalsocialistas? ¿Qué líneas de fondo de la Primera Guerra Mundial conducen quizás –tan indiscutido como puede ser algo tan igual como la política alemana de aniquilación desde 1939– a encontrar soluciones de continuidad cuyo desconocimiento pudiera conducir muy fácilmente a considerar la segunda guerra total como un acontecimiento único, aislado?

Por ello mismo cabe de antemano la pregunta: ¿Qué lleva a la Primera Guerra Mundial a ser algo tan inconfundiblemente fuera de lo común, comparada con las innumerables guerras que el sistema europeo de estados debió soportar en sus 400 años de historia hasta 1914? En primer lugar, creció hasta convertirse en la primera guerra total cuyos contornos no habían emergido hasta entonces más que en las radicalizadas guerras coloniales de las potencias imperialistas (como en la guerra contra los Herero en el África Sud-Occidental Alemana, por los años 1907-1908). Todas las sociedades involucradas debían ahora ponerse completamente al servicio bélico con la totalidad de sus recursos. Con ello se desvaneció ostensiblemente la frontera acostumbrada entre el frente militar y la pacífica patria, hasta entonces tan respetada, incluso en 1870-1871. Por otra parte, mantuvo en vida, tras la derrota del Imperio alemán, la idea cargada de resentimiento de corregir tan pronto como fuera posible, con una guerra revisionista de las que ya había soportado el sistema de estados cientos de veces, los dolorosos resultados de la medición de fuerzas en la que había salido derrotado, pero además, adelantar el segundo asalto tras el estatus de potencia mundial, con un esfuerzo aún más generalizado, es decir, total.

Sobre casi todos los grupos políticos ejercieron esta esperanza de revisión y la quimera de una *repeat performance*, una perversa fascinación. La fe en ello se mantuvo entre millones de quienes, ahora humillados, habían tomado parte en la guerra. Pero también, y con mayor razón, en la nueva generación, los nacidos después de 1900, quienes se sentían realmente decepcionados por el resultado de la contienda. El cabo Adolfo Hitler, quien desde 1919 vociferaba a sus oyentes el mismo mensaje, inicialmente en los locales de cerveza y posteriormente a lo ancho y largo del país, daba expresión a una añoranza general, con grandes posibilidades de encontrar consenso, sólo que en una crasa e inusual retórica, y el eco retumbaba desde las filas de los electores con un asentimiento arrollador.

Indiscutiblemente existía entonces desde 1918-1919 el peligro de que las insatisfechas ansias alemanas de revisión y de poder desembocaran en una guerra mundial. En este aspecto se unía de hecho a esta mentalidad –y esto es en la perspectiva histórica mundial lo pavorosamente nuevo– una gran probabilidad de que, tras una conflictiva posguerra, una nueva gran guerra asolara de nuevo a Europa y, aún más, arrastrara al mundo entero al mismo tormento, pues ésta debería concebirse desde un principio como una guerra total para poder vencer la poderosa alianza de los vencedores con la atractiva perspectiva de una victoria final. Difícilmente puede negarse que con la Primera Guerra Mundial se inician los antecedentes de la Segunda, si se tiene presente el afán tras la meta de la política armamentista de los alemanes ya en los años de la República, lógicamente mayor aún bajo la dictadura del Führer. La constelación de 1918-1919 ya albergaba en sí misma el detonante de una nueva conflagración mundial, aunque para muchos observadores superficiales daba la impresión inicialmente (hasta 1941, cuando se llegó a la guerra contra la Unión Soviética y Estados Unidos) de una convencional guerra revisionista europea.

¿Qué otras perspectivas de la “protocatástrofe” –que, a juicio del historiador americano George F. Kennan, se inició en 1914– merecen ser resaltadas en relación con la problemática de la continuidad? Ya en los primeros días de agosto de 1914 era seguro que, en vez de la temida tercera guerra de los Balcanes que Viena quería emprender contra Serbia, en muy corto tiempo –en una escala crucial, gracias al juego de azar de la política de Berlín– se desataría una megaguerra de todas las potencias europeas. Desde entonces esta guerra demostró cada vez más ser un poderoso transformador cuya influencia daría un profundo vuelco a todos los pueblos involucrados en ella, en su economía y estructura social, su constitución nacional y su política interior, su mentalidad y mundo de valores y, no en última instancia, claro está, en sus fuerzas armadas, provistas de toda suerte de armamento; vuelco éste aún más profundo que todos los demás grandes acontecimientos desde 1789, quizás incluso desde los profundos cambios derivados de la reforma protestante de los siglos XVI y XVII.

I. Tras el primer paso como guerra europea de potencias, el conflicto avanzó de inmediato a nuevas dimensiones al ganar un verdadero carácter global, aunque las operaciones militares se concentraron inicialmente en Europa y alta mar. Pero en el Cercano Oriente la lucha de los Aliados contra Turquía, aliada de las Potencias Centrales,¹ condujo a esta última a la agonía y finalmente a la rigu-

1 Por potencias Centrales o Imperios Centrales se entiende la alianza entre el Imperio alemán y el austrohúngaro durante la Primera Guerra Mundial. (Nota de los compiladores)

rosa amputación del gran Imperio otomano, que quedó reducido a sus pequeños restos en Asia Menor. En África se adelantó una guerra colonial contra los cuatro “protectorados” alemanes, en la que se llegó, a la par que en el frente occidental, al quiebre de un tabú hasta el momento comprometedor, al entrar en acción gente de color contra unidades blancas. En el oriente asiático Japón continuó con determinación su expansión imperial. El Atlántico se convirtió en el escenario de una novedosa guerra submarina. Con la entrada en la guerra de Estados Unidos, se involucró la única potencia transatlántica en la lucha de las potencias. Al finalizar la guerra llegó el desmoronamiento de los tres imperios multinacionales: Austria-Hungría, Rusia y Alemania. En sus territorios originales surgieron los llamados estados sucesores, sobre la base de la legitimación del derecho de autodeterminación de los pueblos, por el cual tanto Wilson como Lenin abogaron por igual en su propia contienda. Después de 1945 continuó este proceso basándose en la descolonización que avanzaba mundialmente y que convirtió a casi todas las antiguas colonias de las potencias occidentales en estados soberanos.

II. La conducción de la guerra experimentó una tecnificación sin precedentes. Después de cuatro años la naturaleza de esta guerra industrializada había cambiado por completo. La ametralladora se confirmó como aniquiladora de masas. Aún peor fue la devastación causada por las descargas masivas de artillería, a cuya cuenta se carga más del 50% de todas las bajas de la guerra. (Al inicio de la batalla del Somme, con su 1,1 millón de muertos y heridos, los Aliados dispararon una tonelada de granadas por metro cuadrado de las posiciones alemanas). El tanque, cuyo desarrollo había dejado escapar el lado alemán, le proporcionó a la infantería un apoyo casi irresistible. En el verano de 1918 el frente occidental alemán tampoco se encontraba, por tanto, a la altura de los 1.500 tanques aliados. Jóvenes oficiales, como Charles de Gaulle y Heinz Guderian, vieron en el tanque el arma blindada estratégicamente más valiosa del futuro, la misma que cumpliría, de hecho, un papel eminentemente importante en la Segunda Guerra Mundial. La ventaja aliada en la producción de autos llevó a la formación de unidades altamente móviles. La importancia de los aviones de guerra experimentó un rápido ascenso. En el verano de 1918 Francia poseía 3.400 aviones listos para el combate –más que en mayo de 1940–, cuando la aviación alemana ya había sacado las consecuencias lógicas de la primera guerra aérea. Por otra parte, la marina alemana no significó, con su inútil flota de guerra, aunque sí temporalmente con sus submarinos, un peligro mortal para los enemigos, bien imitado por los mismos, y en forma planificada, desde 1942.

Algo novedoso en la conducción de la guerra fue, empero, que chocaran entre sí ejércitos masivos, en millonarios frentes sin precedente alguno. Mundialmente, se llegaron a contar 74 millones de soldados. En Alemania, por ejemplo,

fueron reclutados en el servicio militar trece millones y medio de hombres, más que en cualquiera de los otros países en guerra. Se captó más del 85% de todos los hombres en edad de servicio militar obligatorio, de los cuales murió el 15%, más de dos millones, y los heridos conformaron un tercera parte del mismo contingente. Se cumplió en esta forma al menos la primera parte de la cínicamente realista definición del objetivo moderno de la guerra que planteó Bertrand Russell: “Maximum slaughter at minimum expense” (Carnicería máxima al mínimo costo).

En el “frente de la patria”, entretanto, ganó una significativa importancia la producción de la rama armamentista, pues, dado que se mantenía la insaciable demanda de material bélico, serían la capacidad de producción y la operatividad del transporte las que codeterminarían el resultado de la guerra. Cuando en 1916 se impuso el paso a la guerra total, no se lograba aún la inescrupulosa movilización de toda reserva humana y material exclusivamente para los objetivos militares, ordenada por la tercera dirección superior del ejército. En 1918, sin embargo, dicha movilización se aproximó a algunas metas máximas.

III. En toda guerra se persiguen algunos objetivos bélicos; sin embargo, la megalomanía de la política alemana de guerra sobrepasó todos los precedentes. Por motivos estratégicos, económicos, de política imperialista, pero también con el objetivo de apartar la atención en forma socialimperialista del represamiento de reformas en la política interna, se persiguieron durante años planes enormemente expansivos.

En el oeste deberían anexionarse el Flandes “germano”, la costa del Canal de la Mancha y la cuenca metalúrgica cerca de Briey-Longwy, y en el este un territorio ruso que, por lo demás, fue defendido por medio de un cerco de estados satélites contra el imperio del zar. Una “comunidad económica europea” debía garantizar el dominio económico en Europa, y un imperio colonial africano debería extenderse de la costa oriental a la occidental. En la lista de prioridades se encontraba indiscutiblemente en primera posición la expansión hacia el este, con el objetivo de ganar un gran territorio, por lo demás a prueba de bloqueos, que garantizara la autarquía y sirviera como base de la paz por la victoria, así como de futuras luchas por el estatus de potencia mundial. En todo esto deberían hacerse realidad simultáneamente planes discriminados de desplazamientos con una aguda punta de lanza antipolaca y antisemítica, para crear una “muralla de gente alemana” contra la “oleada eslava”, en palabras de Ludendorff: “criaderos” de futuros guerreros germanos del oriente. En ese entonces, y no recién en 1939, se abrió camino el cambio de mentalidad decisivo hacia una violenta política de germanización.

A su punto culminante llegó el imperialismo de oriente, con un amplio apoyo de la opinión pública alemana, de las asociaciones de intereses y de la mayor parte de los partidos políticos, tras la paz de Brest-Litovsk, en marzo de 1918, que impuso a Rusia gigantes pérdidas tanto de territorio como económicas, cuando divisiones alemanas avanzaron a través de Ucrania hasta el Cáucaso; esta nueva guerra contra Rusia ha sido totalmente erradicada de la memoria histórica alemana. El sueño dorado del imperio gigante del este parecía cumplirse por fin. Si se tiene presente la frontera de la esfera alemana de ocupación hasta el mar de Asov, el Elbrús y Georgia, se entiende mejor que desde 1941 no le pareciera nada nuevo a la generación de Hitler un segundo zarpazo a la “tierra del oriente”.

El diseño de la política germanista activista en el este ya tenía como base la intención de una profunda “limpieza étnica”, exigida no solamente por la Asociación Pangermana y la Asociación de la Frontera Oriental, sino también en la planificación oficial del gobierno. Esto era una consecuencia fatal pero provista de una contundencia interna, debido a la fijación en el espejismo nacionalista de un Estado nacional homogéneo. Previamente avanzó el movimiento reformista de los Jóvenes Turcos que se había apropiado de esta utopía de homogeneización antes de hacer asesinar, cual un genocidio, a millón y medio de armenios cristianos y, algunos años más tarde, matar o expulsar a millón y medio de griegos. Los nuevos estados del este de Europa practicaron posteriormente con bastante frecuencia una política de expulsiones aún moderada frente a las nacionalidades minoritarias. Sólo la política nacionalsocialista, racista y de desplazamientos, sometió a millones de europeos del oriente a lo que se denominó, en la jerga de las SS, “concentración étnica de parcelas”, y que, como contragolpe, provocó en su momento la expulsión de doce millones de alemanes.

La Gran Guerra fue también una guerra económica, en la cual importantes tendencias económicas sufrieron grandes cambios, terminaron de repente o se aceleraron. Tras dos decenios dorados de coyuntura mundial favorable, la producción total de Alemania se redujo en dos quintos y la agrícola en un tercio. La guerra desacreditó también la idea de la economía liberal como modelo de la verdadera productividad, junto con toda la fe en el progreso. Sobrevino la sensación de que el futuro era algo que debía planificar el Estado cuidadosamente. El cooperativismo, practicado desde mucho tiempo atrás antes de la guerra, es decir, la estrecha cooperación entre macroeconomía, asociaciones de intereses y burocracia estatal, que se había practicado en forma extraparlamentaria, se condensó para convertirse en una colaboración más íntima, por considerarse ésta como modelo apto para el futuro; por ejemplo, para los planes cuatrienales de los nacionalsocialistas. Además, en 1914 empezó la “gran inflación”, que, por cierto, no alcanzaría su fatal punto máximo hasta 1922-1923. Puesto que la élite dirigente berlinesa

no se atrevió a sentar los impuestos como base para la financiación de la guerra, pues éstos hubieran representado finalmente una carga para la plutocracia, sino que echó mano de los créditos, la emisión de billetes corrió ininterrumpidamente para cubrir, al menos provisionalmente, los costos de la guerra, con la esperanza ilusoria de que éstos pudieran ser cargados como onerosas reparaciones a los enemigos vencidos, en la misma forma como lo practicó más tarde el Tercer Reich en la Europa ocupada, hasta 1944. A cuánto ascendió el precio de la quiebra total de la moneda nacional, lo reveló la hiperinflación posteriormente. Veinte años más tarde se repitió este resultado de la política alemana de financiación de la guerra: una vez más se liquidaron las consecuencias financieras de la guerra por medio de una expropiación masiva.

IV. Así como cambiaron las prioridades de la política económica, la cohesión de las clases sociales estuvo sujeta a un profundo proceso de cambio. En especial, la penuria material de los años de guerra llevó a una carga extremadamente desigual de la población. En vez de las 3.400 calorías diarias de la época anterior a la guerra y de las 2.600 que se consideraban ahora como necesarias, había en ese momento solamente 1.000. Los adultos perdieron en promedio el 20% de su peso corporal. La mortalidad infantil se trepó a alturas insospechadas. Ciertamente, al mercado negro llegaban entre 14% y 50% de todos los ansiados productos pero, aun así, sus exorbitantes precios los hacían inasequibles para los trabajadores de las ciudades, debido sobre todo a que sus salarios netos fueron reducidos en un tercio. La aguda escasez de alimentos alcanzó su dramático punto máximo en el llamado “invierno del nabo”, cuando un ministerio prusiano les informó a los consumidores de cuán sabrosas eran las cornejas que se cazaban. Más profundamente aún que la influencia de la penosa situación en el “frente de la patria” impactaban los trastornos mentales que sufrieron millones de soldados ante la muerte. Por eso mismo se cuestionaban las relaciones confidenciales y la lealtad. Las tradicionales pretensiones de hegemonía política y de privilegios sociales por parte de la nobleza y de la alta burguesía enfrentaron crecientes dudas e intensas exigencias de legitimación. La permanente discriminación política debida al sistema de elección por clases y la evidente distribución dispar de oportunidades y riesgos de vida se convirtieron en abierta provocación. Finalmente, las tensiones que habían sido a duras penas controladas por medio de la represión, la censura y la ideología de la “Paz del Castillo” pasaron a ser conflictos abiertos a partir de 1917, cuando el imperio fue sacudido por huelgas masivas y movimientos de protesta. También el panorama de los partidos políticos sucumbió a una abrupta polarización cuando el “Partido Socialista Independiente” se separó del partido materno, mientras que en la extrema derecha surgía el “Partido de la Patria”, que perseguía ciegamente el anexionismo y la “paz por la victoria”, y al cual pertene-

cían numerosos antiguos nacionalsocialistas, un movimiento prefascista de colectivización. La utopía de una armoniosa “Comunidad del Pueblo” conquistó una amplia atracción, debido al antagonismo de clases y a la confrontación política, sobre todo porque la realidad desmintió la ficción de la “Comunidad de las Trincheras” o del “Socialismo del Frente”. Fue la experiencia con la vulnerabilidad de la sociedad del imperio lo que hizo tan extremadamente atractiva, también para el movimiento de Hitler, aquella ilusión de la “Comunidad del Pueblo”.

V. Uno de los fenómenos de la guerra con mayor número de consecuencias resultó ser la movilización psíquica de la sociedad alemana. La pasión por la guerra, esencialmente desatada por la leyenda de la obligada guerra defensiva contra la “envolvente” alianza, hizo crecer el nacionalismo a extremos sin precedentes. La rápidamente inventada ideología integracionista de las “Ideas de 1914” fue estilizada, bajo el signo de la “Paz del Castillo”, de la congelación de todas las disputas políticas, como contrautopía alemana de las “Ideas de 1789”, y se exaltó dogmáticamente la superioridad del “camino especial” alemán hacia la modernidad. El premio Nobel Rudolf Eucken reconocía en la guerra la “prueba mundial de la espiritualidad alemana”, y el teólogo conservador derechista Reinhold Seeberg, la “aproximación del día de los alemanes”. El economista nacional Johannes Plenge los sobrepasaba diciendo: “Debemos adelantar esta cruzada hasta el fin, al servicio del espíritu mundial” y “Dios lo quiere [...] para nuestra salud y la del mundo”, pues “nosotros somos el pueblo ejemplar. Nuestras ideas determinarán las metas de la vida de la humanidad”. Las iglesias oficiales competían bendiciendo la guerra. Teólogos protestantes nacionales se superaban entre sí comparando la muerte del soldado al servicio de la nación con el sacrificio de Cristo por la humanidad. “Estamos con Dios en esta guerra como sus siervos”, según Paul Althaus. “Pues es una guerra santa y, por eso, para cada uno de nosotros, un ‘servicio divino’”. El superintendente general de Berlín vio en los ejércitos alemanes a los “ángeles celestiales de Dios”. No era el “acuerdo” lo que predicaba un agitador como Otto Dibelius, futuro predicador del antisemitismo y de las victorias políticas del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores), “sino el uso extremo de nuestro poder, ésa es la exigencia del cristianismo”. La victoria de Alemania personificaba la “historia total de la salvación”. No es extraño entonces que un teólogo evangélico crítico como Kart Barth atacara la “ideología germana de la lucha” por medio de la cual se habían conducido a una “insalvable mezcolanza las ansias de guerra y la fe cristiana”. Tanto más deprimente fue el efecto al despertar de todos esos sueños de victoria y de metas bélicas a la inesperada derrota. Y desde ese momento ardía un profundamente traumatizado nacionalismo en búsqueda de la revancha. Nadie captó mejor que Hitler cómo conjurar más fanáticamente la reparación del honor y grandeza de la nación. Fue el consenso en

ese nacionalismo repleto de resentimiento y sediento de revisión lo que lo impulsó y lo encumbró.

Sin embargo, este nacionalismo bélico extremo no solamente tuvo una función integradora, también disociaba. Los movimientos de protesta de la izquierda, por ejemplo, iban decididamente en contra de sus exigencias expansivas. Igualmente, se oponían a la ola de democratización que ponía en tela de juicio las estructuras autoritarias de dominio. El canciller Bethmann Hollweg veía en ella la “más monstruosa de las revoluciones”. Con el ejemplo de la Revolución Rusa de octubre de 1917, los impulsos de la democratización política y social recibieron también en Alemania un poderoso empuje. Y cuando el flujo revolucionario invadió al imperio en noviembre de 1918, tan vehementemente que volaron todas las verjas de la “Paz del Castillo”, su gran fuerza motriz no era solamente la innegable derrota militar sino el sinnúmero de problemas internos que habían ido represándose por decenios y al final urgían solución. También la revolución, repudiada por la mayoría, imprimió en ese momento nuevamente fuerzas a la añoranza de una “Comunidad del Pueblo” pacificada.

VI. Por último, pero no menos importante: más de 13 millones de soldados alemanes habían experimentado durante años el peligro de muerte, heridas, mutilaciones, envenenamiento y múltiples tipos de muerte. El umbral de inhibición ante la violencia y la agresión había descendido fuertemente. La costumbre de matar, que había sido honrada, sobrevalorada como contribución para el fomento de la guerra, y recompensada con condecoraciones y ascensos, dominaba la cotidianidad. Millones de hombres regresaron de la guerra acostumbrados a luchas en las que la vida no valía nada, con experiencia en el manejo de las armas, amargados por la derrota. Cientos de miles saturaron las nuevas asociaciones paramilitares de lucha, desde los “Casco de Acero”, pasando por la “Unión Roja de Luchadores del Frente”, hasta las “Secciones de Asalto” (SA) de los nacionalsocialistas. La guerra de los estados experimentó su continuación como guerra civil entre campos de derechas e izquierdas. Cuando este antagonismo parecía acercarse a su punto máximo para tomar una decisión fatal entre el totalitarismo de derecha del movimiento hitleriano y el totalitarismo de izquierda del Partido Comunista Alemán (KPD), se desmoronó la República y los representantes de las élites imperiales alemanas, que la habían combatido desde sus inicios, pasaron a servir de aplicados ayudantes de estribos para la transmisión del poder a Hitler.

VII. Hitler, idolatrado por la mayoría de los alemanes como el más exitoso político profesional alemán entre 1930 y 1942, gracias al sinnúmero de éxitos en la política interior y exterior, estaba profundamente marcado por la Primera Guerra Mundial, así como el núcleo de su movimiento. En su bandera se encontraba desde los mismos inicios un revisionismo a todo riesgo y su nacionalismo extre-

mo exigía la reconquista del honor y la grandeza nacionales, lo cual demostró ser una máxima en condiciones de tener gran acogida, pues el movimiento hitleriano (como aparecía oficialmente desde 1929 en las papeletas de votación) ganó en las elecciones, como es sabido, a pesar de su antisemitismo, y no por éste. Hitler se empecinó en la idea fija de su odio a los judíos tan fuertemente como este antisemitismo integraba a los “antiguos luchadores” de su partido. Ellos habían compartido el antisemitismo, emergente de nuevo a partir de 1916, y establecieron posteriormente “al judío” como chivo expiatorio de la derrota. En esta forma fue intensificándose fatalmente el desbordado antisemitismo de antes de la guerra hasta la ansiada meta de “eliminar” a “los judíos” por ser los culpables de la derrota en la guerra, tanto más cuanto se los consideraba como encarnación misma del mal.

Igualmente obsesionados estaban Hitler, sus partidarios, simpatizantes y electores por el ideal de la gran guerra de revancha, como venganza y como portal de un futuro luminoso. No obstante, se trataba de prepararse sólidamente, a diferencia de lo que había sido el caso en 1914. Para ello era necesario el equipamiento con las armas más modernas, pero también con la movilización de todos los recursos para la lucha final en la que se había puesto la mira, así como la militarización completa de toda la sociedad para que el “cuerpo popular” de la nueva Esparta, fundido con la unidad de voluntarios para la lucha, pudiera triunfar en la segunda guerra total. Como irrenunciable se consideraba así mismo, y aquí estaba siempre presente el recuerdo de 1918, la conquista de un imperio oriental, resistente a todo bloqueo y que prometía autarquía y “espacio vital” para los arios del Gran Imperio Germano, con el objetivo de poder salir airoso frente a sus contrarios en la lucha por el dominio mundial, el Armagedón. Sin embargo, toda la megalomanía permanecía estrechamente ligada a la preocupación de Hitler y su más estrecho círculo, de que había que evitar a cualquier precio la debacle de una nueva revolución como la de 1918.

Si la dictadura del Führer quería penetrar, también con el genocidio de los judíos y el asesinato de eslavos, en una nueva dimensión de la guerra de exterminio que descartara del todo una llana equiparación con la Primera Guerra Mundial, es sin embargo difícil de dudar que para Hitler y su élite de poder las experiencias de la Primera Guerra Mundial y de la derrota definieron en muchos aspectos la motricidad, la planificación y la ejecución de la Segunda Guerra Mundial. Para ganarla debería ciertamente adelantarse ésta –y en ello desembocaba su aprendizaje pedagógico– en forma aún más despiadada, más destructiva, más asesina que la de los años 1914 a 1918. Este fanatismo de exterminio le imprime a la Segunda Guerra Mundial sus rasgos únicos, pero igualmente es indiscutible que las experiencias, el desarrollo y el resultado de la primera guerra total marca-

ron en alta medida la segunda. Es este nexo el que constituye la unidad interna de la Segunda Guerra de los Treinta Años.

DISCURSO DE LA DELEGACIÓN ALEMANA

Ulrich Graf von Brockdorff-Rantzau (1869-1928), ministro de Relaciones Exteriores de la recién fundada República de Weimar, pronunció el 7 de mayo de 1919 el siguiente discurso durante la Conferencia de Paz de Versalles, que sellaba la Primera Guerra Mundial e intentaba formular un nuevo orden internacional.

Alocución con motivo de la entrega de la propuesta de un tratado de paz por parte de los Aliados y las potencias asociadas

Ulrich Graf von Brockdorff-Rantzau

¡Señores! Nos encontramos profundamente impresionados por la eminente tarea que nos ha reunido, a saber: proporcionar al mundo en forma rápida una paz duradera. No nos engañamos en lo que al tamaño de nuestra derrota se refiere, al grado de nuestra impotencia. Sabemos que se ha quebrado la fuerza de las armas alemanas; conocemos el ímpetu del odio que se acumula aquí frente a nosotros y hemos oído la exigencia apasionada de que los vencedores deben hacernos pagar como vencidos y a la vez castigarnos como culpables.

Se nos exige que nos reconozcamos como los únicos responsables; tal reconocimiento sería en mis labios una mentira. Estamos lejos de descargar en Alemania toda responsabilidad de que se haya llegado a esta guerra mundial y de que la misma haya sido llevada a cabo de esta manera. La conducta del anterior gobierno alemán en las conferencias de La Haya, sus actuaciones y omisiones en los trágicos doce días de julio pueden haber contribuido a la desgracia, pero negamos expresamente que Alemania, cuyo pueblo estaba convencido de adelantar una guerra defensiva, deba cargar exclusivamente con la culpa.

Ninguno de nosotros querrá afirmar que la desgracia inició su curso justamente en el fatal instante en que el sucesor al trono de Austria-Hungría cayó víctima de las manos de sus asesinos. En los últimos 50 años el imperialismo de todos los estados europeos ha envenenado la situación internacional. La política de la venganza, así como la política de la expansión y del desprecio del derecho de autodeterminación de los pueblos, aportaron a la enfermedad de Europa, que experimentó su crisis en la guerra mundial. La movilización rusa les arrebató a

los dirigentes de los estados la posibilidad de la curación y entregó en la mano a las potencias militares la toma de decisiones.

La opinión pública en todos los países de nuestros contrarios retumba contra los crímenes que supuestamente cometió Alemania en la guerra. También aquí estamos dispuestos a confesar las injusticias cometidas. No hemos venido aquí para aminorar la responsabilidad de los hombres que condujeron política y militarmente la guerra ni a negar los crímenes cometidos contra el derecho internacional. Repetimos aquí la declaración que se dio en el Parlamento alemán al inicio de la guerra. Se han cometido injusticias contra Bélgica, y nosotros queremos repararlas.

Pero tampoco en la forma de conducir la guerra fue Alemania la única que erró. Toda nación europea conoce acciones y personas de las cuales ninguno de sus mejores compatriotas quisiera acordarse. No quiero responder con reproches los reproches, pero si justamente se exige de nosotros contrición, no se debe olvidar el armisticio. Seis semanas transcurrieron hasta que lo recibimos, seis meses hasta que nos enteramos de sus condiciones de paz. Puede que los crímenes en la guerra no deban ser disculpados, pero los mismos suceden en la lucha por la victoria, en la preocupación por la existencia de la propia nación, en una pasión que hace enmudecer la conciencia de los pueblos. Los cientos de miles de no combatientes que perecieron en el bloqueo del 11 de noviembre fueron muertos en forma fríamente premeditada, después de que la victoria de nuestros contrarios se había conseguido y estaba garantizada. Piensen en ello cuando hablen de culpa y expiación.

La medida de la culpa de todos los involucrados solamente puede ser comprobada por una comisión neutral ante la cual se presenten a declarar todos los protagonistas de la tragedia y se abran todos los archivos. Hemos exigido una investigación de tal naturaleza y aquí repetimos dicha exigencia.

En esta conferencia en la que nos encontramos solos, sin aliados de parte nuestra, frente a la gran mayoría de nuestros contrarios, no estamos indefensos. Ustedes mismos nos han proporcionado un aliado, el derecho que se nos ha garantizado a través del tratado sobre los fundamentos de la paz. Los Aliados y los gobiernos asociados han renunciado en el intervalo comprendido entre el 5 de octubre y el 5 de noviembre de 1918 a la paz por la fuerza y han escrito en su agenda la paz de la justicia. El 5 de octubre el gobierno alemán propuso tomar los fundamentos del presidente de Estados Unidos de América como base para la paz; el 5 de noviembre el secretario de Estado, Lansing, declaró que los Aliados y las potencias asociadas estaban de acuerdo con esta base, bajo dos divergencias determinadas; los fundamentos del presidente Wilson se han tornado vinculantes

para los dos partidos de la guerra, para ustedes y para nosotros, y también para nuestros antiguos aliados.

Cada uno de estos fundamentos exige de nosotros difíciles sacrificios nacionales y económicos. Pero este tratado valora justamente los sagrados derechos fundamentales de todos los pueblos. Tras él se encuentra la conciencia del mundo. Ninguna nación podrá infringirlos impunemente.

Ustedes nos encontrará dispuestos a examinar sobre esta base la paz previa que nos proponen, con el firme propósito de reconstruir, en trabajo conjunto con ustedes, lo que se ha destruido, de reparar las injusticias cometidas; en primera línea, las injusticias contra Bélgica, y de señalar a toda la humanidad nuevas metas para el progreso político y social. En la desconcertante cantidad de problemas que nos arroja la meta conjunta deberíamos propiciar que comisiones de expertos sometan a debate, tan pronto como sea posible, cada una de las tareas principales, sobre la base del proyecto presentado por ustedes. Al hacerlo, será nuestra principal tarea fortalecer de nuevo la aniquilada fuerza humana de los pueblos involucrados, por medio de una protección internacional de la vida, de la salud y de la libertad de la clase trabajadora.

Considero que la siguiente meta deberá ser la reconstrucción de los territorios de Bélgica y del norte de Francia que fueron ocupados por nosotros y destruidos por la guerra. Hemos aceptado en la forma más solemne la obligación de ello y estamos decididos a cumplirla, en la medida en que se decida entre nosotros. En ello, dependemos de la colaboración de nuestros antiguos contrarios. No podremos completar la obra sin la participación técnica y financiera de los vencedores; ustedes lo lograrán solamente con nosotros. La empobrecida Europa debe desear que la reconstrucción se realice con éxito y con el menor costo posible. Este deseo puede ser cumplido solamente por medio de una clara voluntad de entendimiento en el campo económico sobre los mejores métodos para lograrlo. El peor de ellos sería seguir forzando a los prisioneros de guerra alemanes a realizar ese trabajo. Ciertamente, ese trabajo resulta barato. Pero le saldría muy caro al mundo si el pueblo alemán fuera invadido por el odio y la desesperación, porque sus hijos, hermanos y padres sigan padeciendo en la esclavitud como hasta ahora, más allá del tratado provisional de paz. Sin una solución inmediata de esta cuestión, pospuesta por demasiado tiempo, no podremos llegar a una paz duradera.

Nuestros expertos de ambos lados tendrán que comprobar en qué forma el pueblo alemán puede cumplir su obligación de reparación financiera sin derrumbarse. Un tal colapso privaría a quienes tienen derecho a reparaciones de las ventajas correspondientes al mismo derecho y traería consigo una confusión insalvable de toda la vida económica europea. Contra este amenazante peligro y

sus imprevisibles consecuencias deben protegerse tanto vencedores como vencidos. Sólo existe un medio de ahuyentarlo: la declaración incondicional a favor de la solidaridad económica y social de los pueblos para lograr una Sociedad de Naciones libre e incluyente.

¡Señores! La gloriosa idea de deducir de la más terrible desgracia en la historia de la humanidad el mayor progreso en el desarrollo de los hombres por medio de dicha Sociedad de Naciones es manifiesta y se abrirá camino; solamente si las puertas de la Sociedad de Naciones se abren a todos los estados de buena voluntad se alcanzará la meta, sólo entonces podrá decirse que los muertos de esta guerra no han perecido en vano. El pueblo alemán está íntimamente dispuesto a conformarse con su duro destino si no se chapucea con las bases convenidas para la paz. Una paz que no puede ser defendida en nombre del derecho convocará, cada vez más, nuevas resistencias contra sí misma. Nadie estará en condiciones de legalizarla con su firma con la conciencia limpia, pues ella misma no podría hacerse realidad. Nadie podría asumir la responsabilidad de su realización, anexada a la firma de un tal tratado.

Nosotros examinaremos con toda la buena voluntad el documento que se nos ha entregado, con la esperanza de que el resultado final de nuestra reunión pueda ser firmado por todos los presentes.

De Fritz Fischer (1908-1999), otro de los grandes historiadores desconocidos en nuestro medio, publicamos una pequeña parte de su famoso libro Griff nach der Weltmacht, en donde, con una gran cantidad de documentación, culpa a Alemania del estallido de la Primera Guerra Mundial, sobre todo con la exposición del Programa de Septiembre del entonces canciller Benthem Hollweg.

EL ZARPAZO POR EL PODER MUNDIAL: LA POLÍTICA DE METAS DE GUERRA DE LA ALEMANIA IMPERIAL, 1914-1918

Fritz Fischer

De la culpa de la guerra mundial

El objetivo del presente libro no puede ser ingresar a la difundida discusión sobre la cuestión de la culpa de la guerra. Eso exigiría una obra de varios volúmenes, como las que escribieron, una tras otra, Pierre Renouvin, Sydney B. Fay, Bernadette E. Schmidt, Alfred von Wegener, Luigi Albertini, en crítica y contracrítica. Aquí lo que nos interesa es solamente la definición de metas y la política práctica de la jefatura del Imperio alemán en julio de 1914.

Permítasenos repetir una vez más: en la tensa situación mundial del año 1914, consecuencia no en último término de la política alemana mundial –que ya había desatado en 1905, 1909 y 1911 tres peligrosas crisis–, cualquier guerra local en Europa en la que estuviera inmediatamente involucrada una gran potencia inevitablemente debía hacer aproximar más el peligro de una guerra general. Puesto que Alemania quiso y cubrió la guerra austro-serbia y, basada en la confianza de la superioridad militar alemana, conscientemente hizo que en el mes de julio de 1914 todo dependiera de un conflicto con Rusia y Francia, la parte decisiva de la responsabilidad histórica del estallido de esa guerra general recae sobre la jefatura del Imperio alemán.

Durante la guerra, así como la historiografía alemana tras ella, los políticos alemanes sostuvieron la tesis de que la guerra se le había impuesto a Alemania.

Con ello, los contemporáneos, y casi todos los observadores posteriores, asumieron, sin prueba alguna, la tesis del asalto, escenificada sistemáticamente por la jefatura del Imperio alemán. En círculos confidenciales, sin embargo, se dejaron oír entre los dos aliados [Austria y Alemania], y entre los mismos responsables en Alemania, declaraciones desprovistas de toda intención propagandística, que arrojan un golpe de luz reveladora sobre la responsabilidad real.

Cuando pocas semanas después del inicio de la guerra, en la crisis de la batalla del Marne y en Galitzia, se les negó a los austriacos la ayuda alemana solicitada con urgencia ante el amenazante poderío superior ruso, el conde Tisza Berchtold les aconsejó a los alemanes explicar:

Que nosotros resolvimos entrar en la guerra por la expresa y clara declaración tanto del emperador Guillermo como del Canciller alemán; que ellos consideran que el momento es apropiado y saludan con alegría que lo tomemos en serio.

Cerca de tres años más tarde, el 14 de agosto de 1917, el ministro de Asuntos Exteriores austro-húngaro, el conde Czernin, les espetó a sus interlocutores en el punto culminante de un importante debate sobre la continuación de la guerra para imponer las metas de guerra alemanas: “¡la guerra no fue iniciada en su momento solamente por Austria! Alemania [exigió] una estricta formulación del ultimátum a Serbia [...].” (Aquí se interrumpe el acta oficial alemana de la Cancillería imperial, de manera ilustrativa para esta fase central, que tampoco informa nada de una objeción de los estadistas alemanes Michaelis, Kühlmann y Helferich). Sin embargo, el redactor alemán del acta del OHL (Obertste Heerleitung: Alto Mando del Ejército) completa la frase: Alemania “exigió” una estricta formulación del ultimátum.¹

El mismo Czernin le consultó a Berchtold en febrero de 1918 si tendría algo en contra de que él diera a conocer la carta que le había dirigido a Tisza poco antes de que estallara la guerra, y de la cual se deduce

cuánto se había esforzado Alemania en aquel momento para mantenernos en posición firme y que las relaciones de la alianza se podrían ver en peligro si nosotros cedíamos.

Que no se puede hablar del “resbalón” en la guerra (una formulación de Lloyd Georges de la que echaron mano una y otra vez los alemanes) lo confirma un político austriaco absolutamente amigable frente al Imperio, y en la guerra uno de los

1 En la sintaxis de la lengua alemana una frase como ésta lleva el verbo principal al final de la misma, y con ello se explica por qué faltaba en el acta mencionada justamente el verbo de la oración. (Nota de los compiladores)

principales defensores del pensamiento centroeuropeo, Baernreither, en una anotación de su diario en diciembre de 1914 sobre la política alemana en julio:

En Alemania existía el temor de que nosotros no los acompañáramos si el motivo de la guerra fuera para nosotros algo más lejano. En Algeciras estábamos aún en segunda línea, más tarde no, sino firmes al lado de Alemania en la crisis de Marruecos. Sin embargo, la guerra tenía que llegar, así como se habían desarrollado las cosas por culpa de la diplomacia alemana y austro-húngara. Por eso, en Sarajevo, Alemania no iba a dejar escapar la ocasión tras el atentado y aprovechó el motivo que se había presentado en el lado austriaco. Ésa es la historia de la guerra.

Baernreither se sintió confirmado en noviembre de 1915 en su opinión sobre la política alemana de julio de 1914, por una conversación con el historiador especializado en Europa oriental, el editorialista del *Kreuzzeitung* y posteriormente congresista del Partido Nacional Alemán, Otto Hoetzsche: “Entonces el emperador alemán viajó” (después del 5 de julio de 1914), según la anotación en el diario de Baernreither:

a Noruega con la convicción de que la guerra iba a estallar. Todo aquello estaba hábilmente arreglado por Alemania, que aprovechó el momento rápidamente y con mirada segura para llevar adelante una guerra conjunta con Austria, que los acompañaría con seguridad, guerra que en los últimos años se había revelado como inevitable.

Una semana más tarde confirmaba esta interpretación el colega berlines de Hoetzsche, el economista nacionalista Jastrow, frente a Baernreither.

En la misma dirección iba la opinión de Arthur von Gwinners, director del Banco Alemán, cuando expresó con toda claridad en una conversación –a fines de agosto de 1914, en la dirección de la marina imperial, con el subsecretario de Estado, Von Capelle– la voluntad de asumir el riesgo de la guerra, especialmente por parte del Ministerio de Asuntos Exteriores, igualmente con la perspectiva del aliado inseguro que era Austria:

“Lichnowsky (embajador alemán en Londres) no estaba informado solamente de que aquí (en la Wilhelmstraße) se estaba dispuesto al conflicto”. A la pregunta de Capelle sobre quién era la fuerza motriz, contestó Gwinners: “por ejemplo, el señor Stumm, en el Ministerio de Asuntos Exteriores”. Y frente al dubitativo Capelle, añade: “Quizás ha sido todo un grupo. Se ha trabajado para comprometer primero y fuertemente a Austria, a fin de estar seguro de ese país. Toda la acción en Serbia ha sido conducida desde el principio en forma tal que el conflicto era inevitable”.

Esta grave constatación fue publicada por nadie menos que el gran almirante Alfred von Tirpitz, ya en 1926, en su libro *Política alemana de la impotencia*.

El almirante Von Müller, jefe del gabinete imperial de la marina, comentó en su diario la nota de respuesta de la Entente a la oferta de paz alemana del 31

de diciembre de 1916, que hacía recaer sobre Alemania una gran parte de la culpa de la guerra, con el argumento de que ésta contenía “algunas verdades amargas sobre nuestro manejo del estallido de la guerra”.

Finalmente, Albert Ballin escribió al secretario de Estado, Jagow, desde sus más íntimos conocimientos de los acontecimientos de julio: “Tengo toda consideración para un hombre que como V.E. [Vuestra Excelencia] se encuentra tan involucrado y debe cargar la aterradora responsabilidad de la escenificación de esta guerra que le cuesta a Alemania generaciones de valiosas personas y la arroja cien años atrás”.

Conrad Haußmann, parlamentario del Partido Progresista, registró el 24 de febrero de 1918, en relación con una visita a Bethmann Hollweg en Hohenfinow, la siguiente declaración del emperador:

Sí, Dios mío, en cierto sentido era una guerra preventiva. Pero cuando la guerra se cernió sobre nosotros, si hubiera llegado dos años antes hubiera sido aún más peligrosa y con menos escapatoria y cuando los militares dicen, ¡ahora es todavía posible no ser derrotados, dentro de dos años ya no! Sí, ¡los militares! Solamente podía evitarse por medio de un entendimiento con Inglaterra, ésa es aún mi convicción.

Ya el 25 de mayo de 1915 había escrito en su diario Kurt Riezler, secretario privado de Bethmann Hollweg:

La totalidad del cálculo original empezó a tambalear con la batalla del Marne. Al fin y al cabo Bethmann Hollweg se puede remitir al origen de esta guerra, a la necesidad de la constelación que él heredó y a la respuesta que dio Moltke a principios de julio. Él dijo justamente: “¡Sí! Lo conseguiremos”.

El cálculo con el que reaccionó la jefatura del Imperio a la situación que se presentó con motivo del asesinato en Sarajevo, y cómo se urgió a Viena el 5 y 6 de julio, se puede ver claramente en el registro del diario de Riezler el 8 de julio de 1914:

Quizás no se decide aún el viejo emperador, dice el Canciller. Si la guerra llega del oriente de modo que nosotros empuñemos las armas en la lucha por Austria-Hungría y Austria-Hungría no lo hace por nosotros, entonces tendremos probabilidades de ganarla. Si no viene la guerra, no lo quiere el zar o la atónita Francia aconseja la paz, entonces tendremos aún oportunidad de maniobrar para que se disuelva la Entente por esta acción.

Eso quiere decir que el Canciller cuenta con la gran guerra como resultado de una acción militar de castigo de Austria contra Serbia (en la gran guerra que surja de ello entraría Austria con seguridad, lo que catalogó más tarde el arriba mencionado Baernreither como cálculo alemán). Sin embargo, si es que Rusia y

Francia retroceden de nuevo (como en 1909), se conseguiría hacer desaparecer la Entente por la vía fría y cada una de las tres potencias contrarias quedaría aislada. Cómo sería lo inicialmente esperado por la vía caliente, ése fue el tema de Bethmann Hollweg en una conversación con su antecesor, Bülow, inmediatamente después del estallido de la guerra en los primeros días de agosto de 1914, cuando le dijo a éste que se presentaría “una fuerte pero corta, muy corta tempestad” y que él “contaba con una duración de la guerra de tres, máximo cuatro meses, y ya había acondicionado su política para ello. Él esperaba entonces, prosigue Bethmann Hollweg, llegar –a pesar de la guerra y justamente por medio de ésta– a una relación amistosa, leal, y con toda la confianza posible con Inglaterra y, por medio de Inglaterra, también con Francia. Una asociación alemana-inglesa-francesa sería la mejor garantía contra los peligros que amenazaban la civilización europea provenientes del bárbaro coloso ruso”. (Aquí debe quedar abierta la pregunta en cuanto a si el canciller Bethmann Hollweg hubiera estado en condiciones de hacer valer en política interior la meta relativamente limitada frente al grupo unánime y ásperamente en contra de Inglaterra en la cumbre de la jefatura del Imperio, por ejemplo, Tirpitz, y frente a la opinión pública alemana, y parece muy problemático que la amenazada Inglaterra y una derrotada Francia hubieran estado dispuestas a una tal incorporación al poder hegemónico alemán).

En retrospectiva, el mismo Bethmann Hollweg (en un discurso frente al comité principal del Parlamento imperial, en octubre de 1916) veía la “culpa” de Alemania en la permanente sobrevaloración de las propias fuerzas, desconociendo la realidad:

Desde el principio de la guerra no hemos escapado del error de subvalorar la fuerza de nuestros enemigos. Tomamos este error del tiempo de paz. Frente al portentoso desarrollo de nuestro pueblo en los últimos veinte años, amplias esferas cayeron en la tentación de sobrevalorar nuestras ciertamente tremendas fuerzas en relación con las fuerzas del resto del mundo [...] en la alegría por el propio resurgimiento no [hemos] tenido suficientemente en cuenta las proporciones en otros países [...]

La política alemana en julio de 1914 no puede verse en forma aislada. Se ve justamente en su verdadero aspecto si se la observa como eslabón entre la “política mundial” alemana desde mediados de los años 90 y la política orientada a la guerra desde agosto de 1914.

PRIMERA PARTE: 1914-1916

Capítulo tres**A la espera de la guerra relámpago:
de Bethmann Hollweg a Claß**

En el recientemente legendario hervor del pueblo alemán durante los días de agosto de 1914, las consideraciones sobre las metas de la guerra cumplieron inicialmente un insignificante papel. Cuando el 4 de agosto de 1914, en el curso de la sesión solemne del Parlamento alemán en la Sala Blanca del palacio real en Berlín, el emperador en su discurso del trono pronunció las famosas palabras: “No nos impulsa la ambición de conquistas”, expresó con ello lo que sentía la inmensa mayoría del pueblo alemán. La exaltación de las emocionadas masas que entonaban canciones patrióticas en calles y plazas tenía sus raíces en la sensación subjetiva sincera de haberse convertido en víctimas de un prolongado “cerco” y de un muy bien planificado asalto por parte de envidiosos enemigos, tal como lo escucharon más tarde y con gran frecuencia de boca del Canciller mismo. Tanto en el sentimiento popular como en las declaraciones oficiales dominó claramente la acentuación del carácter defensivo de la guerra; y bajo ese signo se encontraban hasta el final de la guerra y aun posteriormente todas las tomas de posición oficiales como justificación de la postura alemana en la guerra.

Con el eslogan de la guerra defensiva parecía que la jefatura del Imperio hubiera declarado de antemano una renuncia a las conquistas. Sin embargo, ya en el curso de pocas semanas este eslogan sufrió un cambio hacia la meta de luchar –incluso en la visión de una segunda guerra– por conseguir “seguridades” y “garantías” para el futuro del Imperio alemán, antes de poder deponer las armas.

La interpretación alemana de la Primera Guerra Mundial como una lucha enteramente defensiva tuvo tan fuertes consecuencias que para los alemanes (y especialmente para la historiografía alemana) fue irrelevante el cuadro de la política bélica de metas en los años 1914 a 1918, y así ha sido hasta el presente.

Paz civil² y metas de guerra

El gobierno alemán no podía expresar en público su deseo de ganancias por medio de la guerra o al menos sus intenciones de tener carta blanca para el caso de un final

2 Literalmente, *Burgfrieden* traduce “Paz del Castillo”, y hace referencia a la paz que reinaba en los castillos medievales en tiempos de guerra. (Nota de los compiladores)

favorable de la guerra, sino que debía mantener una posición ante la opinión pública, así como ante el propio pueblo, que correspondiera con la solemne proclamación de la guerra defensiva. Esto era indispensable, ante todo, frente a la Socialdemocracia, que era desde 1912 el partido dominante en el Parlamento y, junto con los sindicatos socialistas, la organización política de masas más grande de la Alemania imperial. Sin el SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania), y sin la clase trabajadora guiada por éste, no era factible la movilización de los sentimientos antizaristas dentro de la socialdemocracia, para poder conformar el frente único nacional del 4 de agosto de 1914. De hecho, ya antes del estallido de la guerra, el 30 de julio, ante el Ministerio de Estado, en un informe sobre la omnipresente “buena disposición”, Bethmann Hollweg pudo comprobar tranquilamente que

tampoco de la socialdemocracia y de la dirigencia partidista socialdemócrata hay nada especial que temer, como se puede deducir de las negociaciones con el parlamentario Südekum. No se puede hablar ni de una huelga general o parcial ni de un sabotaje.

Al menos los conservadores estaban fuertemente decididos a no descartar las conquistas por medio de la guerra. Los socialdemócratas, que por su posición especial dentro del Estado guillermino³ debían ser escuchados en el Parlamento imperial el 4 de agosto de 1914, tenían la intención de agregar un párrafo a las declaraciones leídas por el presidente del partido y de la fracción parlamentaria, Hugo Hasse, que se proponía anunciar la oposición del SPD a todo intento de convertir el conflicto en una guerra de conquistas. En largas negociaciones entre los partidos burgueses, el gobierno y los socialdemócratas, el vocero de los conservadores, el conde Westarp, obligó al SPD a revisar su posición, amenazando con que él pronunciaría un discurso en contra, que se dirigiría, debido al estado de las cosas, únicamente contra “el párrafo inadmisible y perjudicial en el exterior” acerca de la guerra de conquistas. Consecuentemente, la fracción del SPD renunció a ese párrafo y se conformó con una vaga premisa, en el sentido de que la paz debería restablecerse tan pronto se hubieran asegurado las fronteras alemanas contra los adversarios externos. Todas las tensiones futuras dentro de la socialdemocracia, que más tarde la condujeron a una abierta división, por la colaboración de su ala derecha con el Canciller, tuvieron origen aquí.

El hecho de que los socialdemócratas hubieran cedido el 4 de agosto en el tema de las metas de guerra hizo justamente posible el frente único nacional de la paz civil y le ahorró al Canciller imperial, ya desde ese momento, tener que asumir una posición frente al tema de las anexiones.

3 El término guillermino hace alusión al período de gobierno del káiser Wilhelm II (Guillermo II).

Por respeto a la clase trabajadora, así como al extranjero, Bethmann Hollweg prohibió, a finales de 1914, el debate público sobre las metas de la guerra en Alemania, después de que en las primeras semanas de la guerra se habían formulado abiertamente unas muy amplias metas alemanas de la guerra. La timidez de Bethmann Hollweg hacia el exterior ha sido interpretada en la literatura de tal modo que parece que él mismo no hubiera perseguido metas bélicas. La verdad es que el Canciller rechazó el debate público sobre las metas de la guerra porque consideró perjudiciales sus consecuencias políticas en el interior y en el exterior. En confianza se expresó él mismo sobre este tema, por ejemplo, en una carta al historiador muniqués Erick Marks, en marzo de 1916. Marks, en su carácter de vocero de “círculos nacionales”, le había solicitado urgentemente al Canciller permitir el debate público sobre las metas de la guerra. La respuesta de Bethmann Hollweg es extraordinariamente característica de su posición sobre la cuestión bélica, pues en ella da claves para comprender correctamente sus declaraciones públicas, a menudo muy oscuras y muy disparmente interpretables. Al ser urgido a presentar metas bélicas “positivas”, contestó: “[...] entiendo este deseo, abrigado por amplios círculos, y lo comparto. También yo añoro que llegue el instante en que se haga posible una gestión en este sentido, a saber, la fijación de metas concretas”. Bethmann Hollweg recalcó que sus declaraciones públicas sobre metas bélicas no podían ser otra cosa que un encubrimiento o insinuación de sus intenciones propiamente dichas. Escribió:

He lanzado a debate la idea centroeuropea que determinará nuestro futuro; he señalado las grandes tareas en el oriente; por lo demás, no podía, sin embargo, excederme en mis intervenciones sobre el afianzamiento de nuestras fronteras contra todo peligro, a favor de la eliminación de las posibles rutas de invasión: Bélgica y Polonia. Mis insinuaciones se referían a la inclusión de Bélgica y Polonia en la esfera de influencia de Europa Central, verdaderamente una meta no pequeña [...] Tenemos contra nuestros enemigos todas las cartas sin destapar en la mano [...]

El programa de septiembre de Bethmann Hollweg

Cuando el Canciller imperial hablaba en marzo de 1916 de sus propias metas de guerra, debe valer como fundamento de sus declaraciones su programa de metas bélicas de septiembre de 1914, pues ya en las primeras semanas de la guerra se había ocupado Bethmann Hollweg, en forma totalmente diferente a como quiso admitir tras su dimisión y en sus memorias, del tema de una futura ampliación del poderío de Alemania. El 6 de septiembre, cuando por la orden del día de Joffre se inició la contraofensiva de los franceses en el Marne, escribió el Canciller: “Debemos mantenernos firmes hasta que esté plenamente garantizada la seguridad de Alemania en el futuro”. Al día siguiente, Moltke hablaba de una paz “que no

pudiera ser perturbada durante un tiempo impredecible por ningún enemigo". El 9 de septiembre de 1914, en el cenit de la batalla del Marne, cuando el quiebre de Francia parecía inmediato, el Canciller remitió desde el gran cuartel general de Coblenza a su representante en Berlín, el secretario de Estado de la Oficina Imperial del interior, Clemens von Delbrück, un programa formal que había ordenado elaborar él personalmente en el cuartel general.

El núcleo del programa de septiembre de Bethmann Hollweg estaba conformado por la idea de Europa Central, con su correspondiente pretensión de hegemonía alemana. Esta idea había echado raíces en una parte prominente de banqueros e industriales alemanes ya antes de la guerra y se concretizó al establecer la misma como una meta de guerra concebida en forma moderada frente al programa pangermano de conquista, y fue considerada económicamente necesaria y alcanzable. Estas ideas se habían tornado familiares a Bethmann Hollweg, especialmente por los memorándums y cartas de Walter Rathenau y Arthur von Gwinner. Rathenau, a quien se le encomendó ya en agosto de 1914 la organización de la sección de materias primas para la guerra en el Ministerio de Guerra –y con ello tomó a su cargo una función fundamental para la continuación de ésta–, le había presentado de nuevo al Canciller, ya en los primeros días de la guerra, por medio de un gran memorando, sus ideas de 1911 y 1913: solamente una Alemania fortalecida por "Europa Central" estaría en condiciones de imponerse entre las potencias mundiales: Gran Bretaña, EE. UU. y Rusia). El camino hacia esa Europa Central lo vio Rathenau alguna vez en forma de un arreglo con Francia, y en segundo lugar, en un ilimitado tratado aduanero de Austria-Hungría con Alemania. Rathenau divisó en la guerra la posibilidad de conseguir este "indispensable objetivo" de Alemania, si fuese necesario, por medio de la violencia. Sin embargo, es cierto que contra las ideas de una integración violenta en el ámbito económico alemán se pronunció Delbrück, quien había aprobado el objetivo general de una Europa Central en algunas conversaciones con Bethmann Hollweg aún en Berlín en los primeros días del mes de agosto, y quien ahora también saludaba con júbilo la concretización de las ideas en el programa del Canciller⁴⁾. Bethmann Hollweg se mostró profundamente impresionado por la ideología de Rathenau, cuya fundamentación asumió de manera ilimitada, es decir, la comunidad aduanera y económica entre Alemania y Austria-Hungría como núcleo de una ulterior Europa Central económicamente unificada. A diferencia de Delbrück, Bethmann Hollweg estaba convencido de que tanto el objetivo más lejano como el más próximo sólo se podrían alcanzar si Alemania estaba decidida a poner en "la balanza" su "preponderancia política".

4 DZA Potsdam, RK, Gr. Hq. 21, Nr. 2476, Delbrück al Rk el 13.9.1914.

En la misma dirección señaló Arthur von Gwinner, el amigo de Bethmann Hollweg y primer director del Banco Alemán, cuando se declaró en contra de “comenzar ciegamente una política de anexión”. Esto tuvo lugar el 2 de septiembre durante la primera reunión de la Sociedad de los Miércoles de Guerra, un punto de encuentro en Berlín de personalidades de la política, la economía y la vida cultural; en vez de una crasa y problemática política de anexiones se pronunció a favor de métodos menos llamativos pero igualmente efectivos, a saber, “por el establecimiento [en Europa] del predominio económico de Alemania”. Zimmermann, el secretario de Estado, encontró sus ideas tan significativas que entregó inmediatamente a Bethmann y Jagow un acta sobre el tema, en el Gran Cuartel General adonde llegó ésta oportunamente para la elaboración del Programa de Objetivos de Guerra del 9 de septiembre de 1914.

Junto con el Programa “Europa Central”, que fue extensamente concebido y era particularmente económico (que en este punto incluía la Europa continental occidental), y con una concepción de hacer retroceder a Rusia, elaborada ya en ese entonces en su totalidad, tuvieron lugar, ya en agosto de 1914, conversaciones sobre cómo redondear y ampliar el dominio colonial alemán en África. Para formular las bases de una paz con Francia y Bélgica le exigió Jagow a Solf, secretario de Estado del Despacho Colonial Imperial, a finales de agosto, hacerle propuestas concretas de conquistas coloniales. Para su “repartición de colonias africanas de Francia, Bélgica y Portugal”, Solf partió del punto de vista de que de parte de Alemania no estaba prevista una mayor expansión territorial en Europa, pero que en vez de ello se pretendía una considerable ampliación del dominio colonial en África. Del neutral Portugal debería recibir Alemania el territorio de Angola y la mitad norte de Mozambique (hasta la altura de las islas Primera); con lo que Solf siguió la línea de las negociaciones germano-británicas de antes de la guerra sobre la repartición del territorio colonial portugués. Con esto planteaba la Alemania oficial, como objetivo de guerra, una posesión colonial centroafricana cerrada, en la que deberían estar incluidos junto con las colonias portuguesas, también el Congo Belga y África Ecuatorial Francesa, ampliada hasta la altura del lago de Chad, Togo ampliado con Dahomey, y en el norte, con una parte de Senegambia hasta Tombuctú, de modo que el curso del Níger constituyera su frontera norte. Solf fundamentó sus propuestas punto por punto y proporcionó además mapas detallados. La posesión del territorio minero de Catanga, el dominio sobre la conexión del ferrocarril Catanga-Océano Atlántico y el aseguramiento de los puertos de la Angola portuguesa eran los objetivos económicos más importantes de este plan.

Esta concepción se basaba totalmente en una victoria inminente sobre Francia. Solf no contempló en este momento las posesiones inglesas porque no com-

partía el optimismo de algunos sectores alemanes de que pronto podrían obligar a Inglaterra a ponerse de rodillas. Lo que pensaba pedir Solf en caso de un triunfo sobre Inglaterra lo manifestó en 1916 frente a Jagow, cuando, entre otras cosas, apoyó la adquisición de la económicamente productiva Nigeria como eslabón entre las futuras posesiones occidentales alemanas Togo-Tombuctú y el territorio ubicado al oriente, a orillas del lago Chad, con lo cual se habría logrado redondear totalmente la posesión.

Si bien los objetivos mencionados en el dictamen de Solf a Jagow presentan una extensión considerable, habían sido concebidos por él como un proyecto moderado. Justamente la concentración en la región africana debía desviar a la nación de su voluntad de anexionar grandes territorios en Europa e indicarle la posibilidad de un territorio económico autárquico, garantizado por el imperio colonial, como base para el posicionamiento como potencia mundial. Con ello ganó África Central un significado similar al de Europa Central.

Bethmann Hollweg acogió en su Programa de Septiembre el plan de adquisición de un “imperio colonial centroafricano coherente”; y este gran programa de ultramar fue en adelante una parte esencial de la política oficial alemana de metas de guerra.

El Canciller consideró su programa del 9 de septiembre, a la espera de próximas negociaciones de paz, como una “anotación provisional de los lineamientos de nuestra política para la conclusión de un tratado de paz. El “objetivo general de la guerra” era para él:

La consolidación del Imperio alemán hacia el occidente y el oriente por el tiempo concebible. Para ello, Francia debe ser debilitada a tal punto que no se pueda erigir de nuevo en una gran potencia. Rusia debe ser apartada en lo posible de las fronteras alemanas, y romperse su dominio sobre los pueblos vasallos no rusos.

La descripción pormenorizada de “los objetivos de la guerra en detalle” se limitaba al occidente continental, pues el tratado de paz solamente allí parecía alcanzable a corto plazo. Los objetivos del oriente esbozados en esta lapidaria frase no fueron tratados en el programa mismo, porque el tratado de paz con Rusia aún no se vislumbraba, lo cual, sin embargo, no significaba que dichos objetivos no tuvieran aún forma concreta.

El Canciller imperial imaginaba en la siguiente forma, a principios de septiembre de 1914, la seguridad del Imperio alemán hacia el occidente, así como los restantes objetivos de la guerra que solamente se esbozaban:

1. *Francia*. Debe ser evaluado por los puntos militares si se debe exigir la retirada de Belfort, de la pendiente occidental de los Vosgos, arrasar los fuertes y separar las

franjas costeras de Dunkerque hasta Boulogne. En todo caso retirada, pues la cuenca minera de Briey es necesaria para la obtención de minerales de nuestra industria.

Además, una indemnización a pagar a plazos: debe ser tan elevada que en los próximos quince o veinte años Francia no esté en condiciones de invertir recursos considerables en armamento.

Por lo demás: un tratado de comercio que lleve a Francia a la dependencia económica de Alemania, que la convierta en nuestro país de exportaciones y que posibilite neutralizar el comercio inglés con Francia. Este tratado comercial nos debe deparar suficiente libertad de movimiento en los campos financiero e industrial de Francia, de tal manera que las empresas alemanas reciban el mismo trato que las francesas.

2. *Bélgica*. Anexión de Lieja y Verviers a Prusia; un trazo fronterizo de la provincia de Luxemburgo, a Luxemburgo.

Permanece en duda si Amberes, con una conexión hacia Lieja, deba anexionarse también.

Lo mismo, en todo caso, Bélgica; aunque exteriormente permanezca como Estado, deberá descender a la condición de Estado vasallo; en los puertos con alguna importancia militar deberá reconocer un derecho de ocupación, poner a disposición su costa con fines militares y convertirse económicamente en una provincia alemana.

Con una solución como ésta, que tiene las ventajas de la anexión pero no sus inevitables desventajas políticas internas, el Flandes francés, con Dunkerque, Calais y Boulogne, con la mayor parte de la población flamenca, pueden anexionarse sin peligro a esta Bélgica inalterada. El valor militar de esta posición frente a Inglaterra tendrán que juzgarlo los mandos competentes.

3. *Luxemburgo*. Se convierte en un estado federado alemán y mantiene una franja de la provincia de Luxemburgo, ahora propiedad de Bélgica, y eventualmente la esquina de Longwy.

4. Se puede lograr la fundación de una *asociación económica de Europa Central*, por medio de convenios aduaneros que incluyan a Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Austria-Hungría, Polonia (!) y, eventualmente, Italia, Suecia y Noruega. Esta asociación, si bien sin una cima constitucional común, bajo aparente igualdad de derechos de sus miembros pero realmente bajo dirección alemana, debe estabilizar la supremacía económica alemana sobre Europa Central.

5. *La cuestión de las adquisiciones coloniales*, entre las cuales se debe aspirar en primera línea a la creación de un imperio colonial centroafricano coherente; así mismo, objetivos que se deben alcanzar frente a Rusia serán examinados más tarde. Como base de los pactos económicos que deben lograrse con Francia y Bélgica hay que encontrar una fórmula provisional adecuada a una paz preliminar.

6. *Holanda*. Deberá considerarse a través de qué medios y medidas debe ponerse Holanda en estrecha relación con el Imperio alemán.

Esta estrecha relación debe ser liberada de cualquier sensación de coerción, debido a las particularidades de los holandeses: no cambiar en nada la vida holandesa, no imponerles ninguna obligación militar distinta, es decir, dejar a Holanda aparentemente independiente pero en realidad dependiente de nosotros. Quizás habría que considerar

una alianza defensiva y ofensiva que incluya las colonias; en todo caso, un estrecho pacto aduanero; eventualmente, la cesión de Amberes a Holanda, a cambio del asentimiento a un derecho alemán de ocupación tanto para la fortificación de Amberes como sobre la desembocadura del Schelde.

El lector que eche una mirada hacia atrás reconocerá sin dificultad en el programa de objetivos de guerra del Canciller objetivos de las aspiraciones económicas alemanas de la preguerra, por ejemplo, los de Bélgica, Luxemburgo y Lorena, pero además caracterizados por la concepción centroeuropea y el frente antiinglés. Al lado de los factores económicos, pasaron a segundo plano los objetivos estratégicos y marítimos, cuya realización debía hacer saltar por los aires definitivamente el anillo alrededor del “Fuerte Alemania” y, al mismo tiempo, descartar militarmente las dos grandes potencias occidentales como futuros adversarios de Alemania.

El logro de este programa habría causado una transformación total de las relaciones políticas y económicas en Europa. Tras la aniquilación de la condición de gran potencia de Francia, de la eliminación de la influencia inglesa sobre el continente y tras la contención de Rusia, la hegemonía de Europa le correspondería a Alemania. Sobre este cuadro del futuro orden de paz se impone la pregunta acerca de si la concepción de Bethmann Hollweg podría haber otorgado, de hecho, una base firme a un estado de paz duradera en Europa. A decir verdad, la imposición de este programa habría dinamitado la coalición de los tres poderes de la Entente, pero por medio del nuevo orden habría limitado tan fuertemente la posición de las tres potencias y la libertad de movimiento de las naciones más pequeñas, que se habrían puesto con ello peligrosas cargas explosivas para nuevos conflictos.

En realidad, Bethmann Hollweg vio que la pretendida formación de una Europa Central de gran tamaño bajo dominio alemán “no sería lograda sobre la base de un acuerdo de intereses comunes”, como él mismo escribió a Delbrück pocos días después de la formulación del programa, “sino sólo con una paz dictada por nosotros bajo la presión de la superioridad política”.

El significado especial del Programa de Septiembre para la formación de una opinión favorable en el interior de Alemania durante la Primera Guerra Mundial radicaba en dos puntos: en primer lugar, el programa no representaba exigencias aisladas del Canciller, sino ideas de las cabezas dirigentes de la economía, la política y los militares. Por otro lado, como se mostrará más adelante, los lineamientos consignados en el programa eran en principio la base de toda la política alemana de metas de guerra hasta el final de la guerra, aunque surgieron también modificaciones aisladas, de acuerdo a la situación general [...]

Imperium Germaniae

Si se echa un vistazo sobre las metas alemanas en conjunto, por ejemplo, vistas desde la cima de la conciencia alemana de su poderío al inicio y mediados del año 1918, basada a su vez en la esperanza de una victoria alemana que estaría *ad portas*, se proyecta entonces la imagen de un imperio de grandiosas dimensiones. En el oeste, Bélgica, Luxemburgo y Longwy-Briey, unidos con Alemania, una regulación que simultáneamente debería permitir llevar a Francia y Holanda a apoyar el aislamiento de Inglaterra y forzar a reconocer la posición alemana. En el oriente, Curlandia, Livonia, Estonia y Lituania, desde Reval hasta Riga y Vilna, el corredor polaco y el resto del Estado de Polonia, estrechamente encadenados con Alemania y, a la vez, cogiendo al paso Finlandia, Ucrania, Crimea y Georgia. En el sudeste, Austria-Hungría, en una sola red con Alemania; además, Rumania, Bulgaria y el Imperio otomano (éste como meta de la política de oriente). La dominación del Mediterráneo oriental debería obligar a Grecia a adherirse y a salvaguardar el camino a través del canal de Suez; el influjo determinante en el mar Negro debería igualmente garantizar Ucrania, Crimea y Georgia como espacio económico alemán, y el dominio en el mar Báltico, mantener a Finlandia y Suecia, junto con sus riquezas, al lado de Alemania. Junto a ello, existía simultáneamente la esperanza de que todos los países escandinavos se adhirieran a Alemania. A esto se agregaba la decisiva hegemonía, al menos en el aspecto económico, en el resto de Rusia.

En correspondencia con la base europea de una Alemania ampliada –“Europa Central”–, amparada por un cinturón de países adheridos, se pretendía en ultramar el imperio colonial de África Central, asegurado con puntos de apoyo marítimos y una comunicación a través del Sudán y de Suez con el Cercano Oriente. Apoyada en esa potencia económica y política en África, y capacitada en el camino a Sudamérica por medio del dominio de posiciones estratégicas, para ampliar y fortalecer los fuertes intereses económicos encarrilados en la región ya antes de la guerra mundial, Alemania debería proyectarse hacia la posición de potencia colonial y económica de rango mundial. La concentración en el imperio africano no significaba, sin embargo, una retirada del hemisferio del oeste asiático. Los intereses en Samoa y Nueva Guinea se conservaban, y en China se intentó entablar una política de afianzar intereses en forma más flexible, enteramente económica. Al apoyar igualmente la separación de Kiautschou a favor de Japón, la jefatura del Imperio abrigaba la esperanza de renovar el antiguo enlace con el país, proveniente de los años ochenta y noventa –en vista de la política alemana con Rusia–, y, simultáneamente, profundizar la política mundial antibritánica de Alemania.

Ciertamente, la realización de tales metas globales dependía ante todo de la victoria en occidente, en donde había ingresado al lado de los ejércitos anglo-franco-belgas la intacta y fresca fuerza de Estados Unidos de América.

El profesor Uwe Puschner (1954), de la Universidad de Berlín, nos relata la historia del movimiento völkisch, un proceso que hace parte clave de la historia de las derechas alemanas del siglo XIX y de la primera mitad del XX.

EL MOVIMIENTO *VÖLKISCH*¹. HISTORIA, ESTRUCTURA, IDEOLOGÍA

Uwe Puschner

La pregunta “Cómo [...] se caracteriza² el movimiento *völkisch* es tan antigua como el mismo movimiento. En lo que ataÑe a las correspondientes respuestas, se encuentran sorprendentemente de acuerdo los protagonistas populares, los observadores de su época y la misma ciencia: mientras que al final de los años veinte sus críticos contemporáneos lo caracterizaban “por su monstruoso *desgarro* y la *desigualdad* de lo que pretendían”³, y los oradores populares se quejaban de que no prevalecían en el movimiento *völkisch* ni “claridad en las ideologías populares” ni “unidad en el movimiento popular”, y de que éste se encontraba en añicos⁴, “en una docena de grupos y en un número aún mayor de ‘tendencias’ que luchaban entre sí”, hace pocos años Stefan Breuer llegó a la conclusión de que “el pensamiento popular en Alemania des[ató] un movimiento centrífugo y heterogeneizador, al final del cual se encontraba ya un desorden de sectas, asociaciones y pequeñas empresas, apreciable solamente con la ayuda de manuales especiales”⁵.

En el caso del movimiento *völkisch*, que se perfiló desde los años noventa del siglo XIX, se trata realmente de un movimiento cohesionador, multiforme,

1 En vista de la complejidad involucrada en este término alemán se decidió dejarlo sin traducir al castellano. Su significado real será cada vez más claro para el lector a medida que avance en la lectura del presente artículo. (Nota de los compiladores)

2 Deutschvölkischer Katechismus. Von einem deutschen Hochschullehrer. H. 1. Leipzig, 1929, p. 6.

3 Deutschvölkischer Katechismus. No. 1, p. 6; cursivas en el original.

4 Max Robert Gerstenhauer, Der Führer. Ein Wegweiser zu deutscher Weltanschauung und Politik. Jena 1927. Pág. III.

5 Stefan Breuer, Grundpositionen der deutschen Rechten 1871-1945. Tübingen, 1999, p. 89.

tanto en lo que respecta a la organización como a sus preocupaciones ideológicas; caracterizado por elementos hasta entonces grotescos, y en ocasiones, también por corrientes contrarias entre sí y por agrupaciones a menudo rivales, que ocasionalmente se combatían mutuamente; con diferentes movimientos parciales que se entrecortaban en parte, especialmente orientados en forma antisemítica, pan-germana, reformadora de la vida, eugenésica, cultural y religiosa; con seguidores y células en la mayor parte de grupos y agrupaciones sociales de la época⁶.

Característicos son los diversos procesos tanto de intercambio como (especialmente) de delimitación frente a sectores conservadores, nacionales y, sobre todo tras la Primera Guerra Mundial, frente al nacionalsocialista y al “conservador-revolucionario”; y más allá, frente a los movimientos reformistas de la época, así como frente a distintas disciplinas científicas (principalmente, la prehistoria y la historia antigua, el folclore y los estudios escandinavos)⁷. Con toda razón señala,

6 El movimiento *völkisch* ha sido investigado hasta ahora solamente en forma parcial; esto es válido tanto para su historia desde el siglo XIX como para los movimientos parciales, las organizaciones y los ideólogos; especialmente para el período entre las dos guerras falta una investigación sistemática. Stefan Breuer emprende el intento de una visión general: *Die Völkischen in Deutschland. Kaiserreich und Weimarer Republik*. Darmstadt, 2008. v. con numerosas indicaciones sobre la problemática de la investigación y de la investigación interdisciplinaria más antigua, Uwe Puschner, Walter Schmitz y Justus H. Ulbricht (Eds.), *Handbuch zur „völkischen Bewegung“ 1871-1918*. München u. a. 1996; Michel Korinman: *Deutschland über alles. Le pangermanisme 1890-1945*. Paris, 1999; Uwe Puschner, *Die völkische Bewegung im wilhelminischen Kaiserreich. Sprache, Rasse, Religion*. Darmstadt, 2001; Stefanie von Schnurbein y Justus H. Ulbricht (Eds.), *Völkische Religion und Krisen der Moderne. Entwürfe „arteigener“ Glaubenssysteme seit der Jahrhundertwende*. Würzburg, 2001; Louis Dupeux, *Aspects du fondamentalisme national en Allemagne de 1890 à 1945. (Les mondes germaniques)*. Strasbourg, 2001; Hubert Cancik y Uwe Puschner (Eds.), *Antisemitismus, Paganismus, Völkische Religion. Anti-Semitism, Paganism, Voelkish Religion*. München, u. a. 2004; Olivier Dard y Étienne Deschamps (Eds.), *Les relèves en Europe d'un après-guerre à l'autre. Racines, réseaux, projets et postérités*. Bruxelles, 2005; Walter Schmitz y Clemens Vollnhals (Eds.), *Völkische Bewegung, Konservative Revolution, Nationalsozialismus*. Dresden, 2005; Armin Mohler y Karlheinz Weissmann, *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932. Ein Handbuch*. Graz, 6., völlig überarb. u. erw. Aufl. 2005.

7 v. acerca de esto Walther Kramer, *Was unterscheidet die Völkischen von den Nationalen*, en Hammer, 1924. No. 524, pp. 144-147; Max Robert Gerstenhauer, *Die Zukunft der völkischen Bewegung*, en *Deutschbund-Blätter* 29, 1924, pp. 17s., 21s., 41-43 y 47s., 18; Max Robert Gerstenhauer, *Wer ist völkisch?*, en *Deutschbund-Blätter* 34, 1929, pp. 3-5; Adolf Reinecke, *Die völkische Bewegung*, en *Heimdall. Zeitschrift für deutsche Art* 30, 1925, pp. 1s.; v. aquí las indicaciones en Robin Niemeyer, *Die völkische Bewegung 1918-1933. Eine organisationsgeschichtliche Annäherung*. Tesis para el título de Magister en el Instituto Friedrich-Meinecke de la Universidad Libre de Berlin en 2003, pp. 26, 62, y con frecuencia; sobre la relación del movimiento *völkisch* y los movimientos reformistas v. las numerosas indicaciones, en Diethart Kerbs y Jürgen Reulecke (Eds.), *Handbuch der deutschen Reformbewegungen 1880-1933*. Wuppertal, 1998; Kai Buchholz y Rita Latocha y Hilke Peckmann y Klaus Wolbert (Eds.), *Die Lebensreform. Entwürfe zur Neugestaltung von Leben und Kunst in der Moderne*. 2 Bde. Darmstadt, 2001; así como el estudio ca-

en 1926, Gregor Straßer –miembro del ala socialista del NSDAP (Partido Alemán Nacionalsocialista de los Trabajadores), en el conflicto entre antiguos miembros del movimiento *völkisch* y nacionalsocialistas por la supremacía en el ala derecha radical– que el movimiento popular estaba compuesto “desde sus inicios por diferentes elementos” y “que esta variada composición debería hacerse visible en una limpia disolución”⁸. Consecuentemente, es problemática una clasificación clara, con validez también para el espectro social en su totalidad, en un medio específico social-moral, y además, para el caso de Alemania, puede partirse de una clara preponderancia del medio burgués-protestante de corte conservador⁹.

suístico de Meike G. Werner, *Moderne in der Provinz. Kulturelle Experimente im Fin de Siècle*. Göttingen, 2003, esp. pp. 292s.; v. en este contexto también como ejemplos de estos procesos de intercambio los artículos de Jörg Lanz-Liebenfels, *Die neuesten Forschungen auf dem Gebiet der Religionsgeschichte*, en *Die Umschau* 9, 1905. pp. 604-609, y Ernst Jünger, *Die Jugendbewegung der Tat*, en *Deutsche Bauernhochschule* 6, 1926. pp. 134s. Para las concatenaciones con prehistoria, folclore y escandinavística, v. Heiko Steuer (Eds.), *Eine hervorragende nationale Wissenschaft. Deutsche Prähistorik zwischen 1900 und 1945*. Berlin, New York, 2001; Achim Leube (Eds.), *Prähistorie und Nationalsozialismus. Die mittel- und osteuropäische Ur- und Frühgeschichtsforschung in den Jahren 1933-1945*. Heidelberg, 2002; Heinrich Beck y Dieter Geuenich y Heiko Steuer y Dietrich Hakelberg (Eds.), *Zur Geschichte der Gleichung „germanisch-deutsch“*. Sprache und Namen, Geschichte und Institutionen. Berlin, New York, 2004, Wolfgang Jacobitz y Hannjost Lixfeld y Olaf Bockhorn (Eds.), *Völkische Wissenschaft. Gestalten und Tendenzen der deutschen und österreichischen Volkskunde in der ersten Hälfte des 20. Jahrhunderts*. Wien u. a., 1994; Stefanie von Schnurbein: *Nordisten und Nordglaube. Wechselwirkungen zwischen akademischen und religiösen Konzepten von germanischer Religion*, en Jürg Glauser y Julia Zernack (Eds.), *Germanentum im Fin de Siècle. Wissenschaftsgeschichtliche Studien zum Werk Andreas Heuslers*. Basel, 2006.

8 Gregor Strasser, *Kampf um Deutschland. Reden und Aufsätze eines Nationalsozialisten*. München, 1932, pp. 110s.

9 Acerca de la historia del ambiente, v. M. Rainer Lepsius, *Parteiensystem und Sozialstruktur. Zum Problem der Demokratisierung der deutschen Gesellschaft* (primera edición, 1966), en M. Rainer Lepsius, *Demokratie in Deutschland. Soziologisch-historische Konstellationen. Ausgewählte Aufsätze*. Göttingen, 1993, pp. 25-50; Birgitta Nedelmann, *Das kulturelle Milieu politischer Konflikte*, en Friedhelm Neidhardt/M. Rainer Lepsius/Johannes Weiss (Edit.): *Kultur und Gesellschaft. René König, dem Begründer der Sonderhefte zum 80. Geburtstag gewidmet*. Opladen 1986. pp. 397-413; Klaus Tenfelde: *Historische Milieus. Erblichkeit und Konkurrenz*. En: Manfred Hettling/Paul Nolte (Edit.), *Nation und Gesellschaft. Historische Essays*. Hans-Ulrich Wehler zum 65. Geburtstag. München 1996. pp. 247-268; Franz Walter/Helge Matthiesen: *Milieus in der modernen deutschen Gesellschaftsgeschichte. Ergebnisse und Perspektiven der Forschung*. En: Dethlef Schmiedchen-Ackermann (Ed.), *Anpassung, Verweigerung, Widerstand. Soziale Milieus, Politische Kultur und der Widerstand gegen den Nationalsozialismus in Deutschland im regionalen Vergleich*. Berlin 1997. pp. 46-69, aquí esp. 46-60; François Beilecke: *Netzwerke und Intellektuelle. Konzeptionelle Überlegungen zur politischen Rolle eines zivilgesellschaftlichen Akteurs*. En: François Beilecke/Katja Marmetschke (Ed.), *Der Intellektuelle als Mandarin. Festschrift für Hans Manfred Bock*. Kassel 2005. pp. 49-65; v. en este contexto el principio fundamentalmente diferente de Breuer: *Grundpositionen y ante todo Stefan Breuer: Gescheiterte Milieubildung. Die Völkischen im deutschen Kaiserreich*. En: *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* 52 (2004). pp. 995-1016.

Bajo el amplio toldo de lo *völkisch* se reunieron durante el Imperio alemán partidarios de los movimientos antisemita, cultural, nacionalista, especialmente del pangermanista y, ante todo, también de los estructuralmente parecidos movimientos reformistas (de la vida). Esto remite a los orígenes del movimiento *völkisch*, los cuales pueden verse en el nacionalismo cultural, a excepción del movimiento de la patria, del arte patriótico y del movimiento teatral (natural), en gran medida en el movimiento lingüístico nacionalista del imperio y, además, en el subvalorado movimiento pangermano de Austria, el mismo que con frecuencia se pasa por alto dentro de este contexto y en su función de modelo para los restantes. En igual forma, se aprecian dichos orígenes en el antisemitismo organizado y, finalmente –como todas las mencionadas corrientes ideológicas–, en los movimientos reformistas (de la vida) que surgieron desde la década de 1880 como reacción a los grandes cambios y al repudio de la modernidad en la economía, la sociedad y la cultura, y que buscaba, como los miembros del movimiento *völkisch*, una modernidad alternativa¹⁰.

El movimiento *völkisch* no es en este aspecto consecuencia de la Primera Guerra Mundial y la subsiguiente crisis de la República de Weimar, como se opina comúnmente. Tampoco se remonta, sin embargo, hasta el inicio del siglo XIX, hasta Ernst Moritz Arndt, Johann Gotlieb Fichte y Ludwig Jahn, el “Padre de la gimnasia”, como lo afirman repetidamente los miembros del movimiento *völkisch* en la construcción de su propia historia *völkisch*, y que ha sido tomado de buena gana por la investigación (histórica) hasta la actualidad¹¹.

El movimiento *völkisch* tampoco tiene en forma alguna su origen solamente en el movimiento antisemita de la década de 1880, como se proclamó desde las filas de los antisemitas *völkisch*, ideológica y numéricamente dominantes dentro de la totalidad del movimiento *völkisch*, y en su propaganda en publicaciones *völkisch*, en especial, en el *Hammer* y en partes de la narración histórica *völkisch*, como entretanto lo sugiere la investigación seria¹².

10 v. a esto Ferdinand Werner: Richtlinien für die vom Deutschbund geplante Geschichte der deutschen völkischen Bewegung. En: Deutschbund-Nachrichten 2 (1939). pp. 23s.

11 v. Adolf Bartels: Ein Wegweiser. Weimar 1923, aquí pp. 7s. V. en este contexto las representaciones de George L. Mosse: Ein Volk, ein Reich, ein Gott. Die völkischen Ursprünge des Nationalsozialismus. Königstein 1979 y Jost Hermand: Der alte Traum vom neuen Reich. Völkische Utopien und Nationalsozialismus. Frankfurt a. M. 1988, así como Puschner: Völkische Geschichtsschreibung. Themen, Autoren und Wirkungen völkischer Geschichtsideologie. En: Wolfgang Hardtwig/Erhard Schütz (Ed.), Geschichte für Leser. Populäre Geschichtsschreibung in Deutschland im 20. Jahrhundert. Stuttgart 2005. pp. 287-307.

12 Como ejemplo aquí, Theodor Fritsch: Aus der Geschichte der völkisch-sozialen Bewegung. En: Deutschbund-Blätter 31 (1926). pp. 34-37; Theodor Fritsch: Aus den Anfängen der völkischen Bewegung. En: Hammer 1929, No. 638. pp. 33-37; Max Robert Gerstenhauer: Der völkische Gedanke in Vergangenheit und Zukunft. Aus der Geschichte der völkischen Bewegung. Leipzig 1933. pp. 9s.

El antisemitismo desarrollado en forma latente, aunque con diversos grados de agresividad, en los movimientos *völkisch* parciales constituía sin duda uno de los elementos predominantes de la ideología *völkisch*; pero además el antisemitismo, como toda ideología sincrética que porte consigo rasgos de una ‘religión política’, subyace bajo los dogmas de la ideología racista *völkisch*¹³ cargada religiosamente –ya desde los germanos–, pasando por la ideología *völkisch* y la patriótica, hasta la religiosa. “Nosotros, los miembros del movimiento *völkisch*, distinguimos todo por [...] la pertenencia a una raza: pensamos de acuerdo a la raza que portamos”¹⁴, como explicaba uno de los líderes *völkisch* (perteneciente al círculo del *Hammer*), la conciencia popular. En forma precisa caracteriza “El Nuevo (diccionario) Brockhaus” de 1938 –remitiendo manifiestamente los fundamentos de la ideología a las operaciones del movimiento lingüístico popular representado por la revista *Heimdall*, y reemplazando la palabra “Enciclopedia” por “Libro Global” en el subtítulo– al definir el adjetivo *völkisch*. Según este léxico, *völkisch* sería “la alemanización de la palabra ‘nacional’ difundida desde 1875, en el sentido de un nacionalismo basado en el pensamiento racial”¹⁵.

y Eugen Schmahl: Entwicklung der völkischen Bewegung. Die antisemitische Bauernbewegung in Hessen von der Böckelzeit bis zum Nationalsozialismus. Gießen 1933. La propia historiografía proveniente de la pluma de los antisemitas *völkisch*, así como especialmente la creciente acentuación del antisemitismo en el sector *völkisch* tras la Primera Guerra Mundial, llevó a que por parte de la investigación el movimiento *völkisch* fuera considerado como una parte del movimiento antisemita; v. a este respecto, por ejemplo, Paul W. Massing: Vorgeschichte des politischen Antisemitismus. Frankfurt a. M. 1986. pp. 80-117; Eva-Maria Ziege: Mythische Kohärenz. Diskursanalyse des völkischen Antisemitismus. Konstanz 2002. pp. 27-32; Stefan Breuer: Von der antisemitischen zur völkischen Bewegung. En: Aschkenas. Zeitschrift für Geschichte und Kultur der Juden 15 (2005). pp. 499-534, –como la mayoría de las veces en el contexto con el nacionalsocialismo y en el estrechamiento de la relación entre movimiento *völkisch* y nacionalsocialismo–, Richard J. Evans: Das Dritte Reich. Vol. 1: Aufstieg. München 2004. pp. 67-91. Sobre la agitación antisemita v. el estudio científico del caso de Gregor Hufenreuter: „.... ein großes Verzeichnis mit eingestreuten Verbrechern“. Sobre el surgimiento e historia del léxico antisemita, Semi-Kürscher (1913) y Sigilla Veri (1929-1931). En: Jahrbuch für Antisemitismusforschung 15 (2006), pp. 43-63.

- 13 v. para esto Mathilde von Kemnitz: Der göttliche Sinn der völkischen Bewegung. Discurso solemne con motivo de la celebración del cumpleaños de Ludendorff en Múnich en abril de 1924 tras la finalización del proceso *völkisch* el 1.4.1924. München sin año particularmente el prólogo de Erich Ludendorff. Sobre el movimiento de Ludendorff v. Bettina Amm: Die Ludendorff-Bewegung. Zwischen nationalistischem Kampfbund und völkischer Weltanschauungssekte. Hamburg 2006.
- 14 Kramer: Völkischen p. 144. El paradigma racial *völkisch* se entiende como un criterio esencial de diferenciación con el fascismo; v. Kurt Herwarth Ball: Nationalsozialismus und Faschismus. Die kommenden Entscheidungen. En: Hammer 1933. No. 749/750. pp. 253-257, esp. p. 256.
- 15 Völkisch. En: Der Neue Brockhaus. Allbuch in vier Bänden und einem Atlas. vol. 4. Leipzig 1938. p. 606. Sobre la historia de la palabra y del concepto v. Puschner: Bewegung. pp. 27s., y Uwe Puschner: Völkisch. Plädoyer für einen ‚engen‘ Begriff. En: Paul Ciupke/Klaus Heuer/Franz-Josef Jelich/Justus H. Ulbricht (Ed.), „Erziehung zum deutschen Menschen“. Völkische und nationalkonservative Erwachsenenbildung in der Weimarer Republik. Essen 2007. pp. 53-66.

La ideología *völkisch* ya se encontraba completamente formulada antes de la Primera Guerra Mundial. La misma puede definirse con las palabras clave “raza” y “religión” como los dos ejes del sistema de coordenadas ideológicas, y la ideología racista *völkisch* puede designarse como la clave general para comprender la ideología y el movimiento *völkisch*¹⁶. En todo ello se interpretó el concepto *völkisch* de raza en forma “altamente divergente” y quedó oscilando entre “interpretaciones biológicas e interpretaciones espiritualistas”¹⁷.

El firme núcleo de organizaciones que deberían incluirse en las agrupaciones de movimientos *völkisch*, o las que ya estaban incluidas en ellos, exigía además la ‘confesión de sangre’ por parte de sus afiliados. La raza determinaba, según la enseñanza popular de salvación, el destino tanto del individuo mismo como el del pueblo. En el caso de los alemanes esto significaba tanto como: “nosotros somos del santo linaje alemán, de esa sangre de la que deberá crecer la salud del mundo. Salimos de la gran patria como alemanes y ésta es nuestra tarea: llevar a feliz término este nacimiento. ¡Tu origen es Dios: establece tu ley en el mundo! ¡La ley de tu sangre! ¡La ley de tu corazón! ¡La libertad y la fuerza de tu Dios!”¹⁸. Con este dogma religiosamente sobresaltado era posible, de acuerdo a la versión *völkisch*, explicar el pasado y el presente, así como determinar el futuro. En vista de que los miembros del movimiento *völkisch* partían de que la comunidad de sangre y de historia constituía igualmente la comunidad estatal¹⁹, y de que el ser global que se perseguía debería consecuentemente tener una base de raza, exigían “una renovación alemana básica [...] al servicio de la propia raza”²⁰. De esto resultaba un globalizante programa denominado de renovación racial, que tenía como objetivo la creación del ser alemán-*völkisch*²¹, estilizado como la nobleza de la raza, alto, de cara alargada, rubio, de ojos azules, y parecerse a las luminosas figuras nórdicas del pintor Fidus, creyente en lo germano y cuyo cuadro titulado *Plegaria*

16 Sobre la ideología *völkisch* en forma extensa, Puschner: *Bewegung*.

17 Breuer: *Bewegung*. p. 523.

18 Ernst Hunkel: *Vom Deutschen Orden*. En: *Heimdall* 19 (1914). p. 20

19 Was ist deutschvölkisch? En: *Thüringer Landes-Zeitung* v. 14.4.1914, No. 86.

20 Dietwart [Philipp Stauff]: *Regierung und völkische Bewegung*. En: *Bismarck-Bund. Monatsschrift des Deutschen Bismarck-Bundes* 10 (1912). pp. 115-118, aquí 117. Alexandra Gerstner: *Rassenadel und Sozialistokratie. Adelsvorstellungen in der völkischen Bewegung. 1890-1914*. Berlin 2., korr. Aufl. 2006 y –en general– esto: *Neuer Adel. Aristokratische Elitekonzeptionen zwischen Jahrhundertwende und Nationalsozialismus*. Darmstadt 2008.

21 En relación con la confesión racial, desempeñaba un papel central la llamada prueba de los antepasados; de ahí que los expertos en genealogía y sus asociaciones gozaran de una importante significación; esto es válido especialmente para Bernhard Koerner y el berlínés Roland; v. a esto ahora Alexandra Gerstner: *Genealogie und völkische Bewegung. Der „Sippenkundler“ Bernhard Koerner (1875-1952)*. En: *Herold-Jahrbuch N.F.* 10 (2005). pp. 85-108.

de luz era no solamente el ícono del movimiento juvenil, sino también el símbolo juvenil, con la figura de una runa de la vida, de la ideología *völkisch*.

Como todos los miembros del movimiento *völkisch*, también los profetas religiosos se encontraban dentro del movimiento sobre la base “raza y sangre” y propagaban una religión de raza²² remitiéndose a Paul Legarde y Houston Steward Chamberlain, con la así llamada religión alemana o propia de la especie. La religión es el “punto de Arquímedes” de la ideología *völkisch*²³. Ella es, en palabras de un cuidadoso observador de la época, “el alma propiamente dicha del movimiento” y la que proporcionaba no solamente la justificación de la enseñanza redentora *völkisch*²⁴, practicada en forma tanto apocalíptica como fanática, sino también la que les proporcionaba a los miembros del movimiento *völkisch* el fundamento para su estructura mental antiigualitaria y racista, que en su núcleo esencial de pensamiento partía de que “de la sangre alemana vendría la salud del mundo”²⁵.

La ideología racista *völkisch* popular se apoya en el mundo intelectual de Gobineau y en el darwinismo social; está influenciada por la eugenésia de ese momento y proclama un proceso casi irreversible del “ocaso ario”²⁶, con lo que en la argumentación *völkisch* se quiere dar a entender una degeneración de los alemanes, condicionada parcialmente por influencias foráneas, que desemboca en pesimistas visiones fatalistas de la amenazante muerte de la raza. “La salvación de nuestro pueblo se ha convertido en la tarea del movimiento *völkisch*”²⁷, rezaba el credo popular.

Por diferentes caminos buscaban los movimientos *völkisch* parciales, y algunas organizaciones *völkisch*, cómo desviar la presunta amenaza apocalíptica y echar a andar la salvación de los alemanes. Paralelamente a los segmentos reformadores de la vida, de higiene racial, y a los religiosos, se encontraba especialmente el bien poblado movimiento cultural *völkisch*, que tenía como meta

22 Ludwig Fahrenkrog: Die Germanische Glaubens-Gemeinschaft. En: Allgemeiner Beobachter 3 (1913). pp. 227-229, aquí 229.

23 Puschner: Handbuch. p. XIX, y Uwe Puschner: Weltanschauung und Religion, Religion und Weltanschauung. Ideologie und Formen völkischer Religion. En: zeitenblicke 5 (2006). No. 1 [http://www.zeitenblicke.de/2006/1/Puschner/index_html].

24 Karl Themel: Der religiöse Gehalt der völkischen Bewegung und ihre Stellung zur Kirche. Berlin 1926. p. 9.

25 Hunkel: Orden. p. 20.

26 El concepto se le atribuye a Otto Ammon.

27 Heinrich Claß: Das Schicksal der völkischen Bewegung. En: Alldeutsche Blätter 30 (1920). pp. 214-217, aquí 217.

“una recreación de una cultura alemana verdadera y conforme a la sangre”, y que ejercía una influencia continua tanto sobre el movimiento total como sobre la sociedad alemana²⁸. Una posición clave les correspondió en ello a innumerables agitadores *völkisch* en los movimientos patrióticos y de arte patriótico. Trasladándole al concepto de patria el paradigma racial²⁹ en la forma de ideología de sangre y suelo, aquellos agitadores definían como punto neurálgico del pensamiento y de la actividad *völkisch*³⁰ la ideología de la patria como “el alma del renacer alemán”. Especialmente del norte de Alemania le llegaron al movimiento *völkisch* de la patria y del arte patriótico decisivos impulsos, no en último término por la agitación del alemán tipo Rembrandt, Julius Langbehn, para los alemanes del norte la encarnación misma de la cultura y civilización alemanas, sino además por las efectivas apariciones en público del movimiento de Baja Sajonia (llamado Hermann Löns) y, ante todo, a causa de la procedencia de una serie de influyentes y efectivos ideólogos *völkisch*, como Adolf Bartels y Gustav Frensen del norte de Alemania, y de su compromiso publicitario de toda la vida por la cultura de la ‘patria’³¹ de la Baja Alemania y Alemania del norte. Los alemanes del norte (frisios) y, sobre todo –en una definición más amplia–, los de Baja Sajonia eran considerados consecuentemente para el pensamiento *völkisch* como “el último pueblo madre nórdico de Germania, de indomable fuerza”. La clientela popular estaba convencida, junto con el dramaturgo Thomas Weiterlich –hamburgués de nacimiento, escritor

28 Philipp Stauff: Partei = Antisemitismus oder Kultur = Erneuerung? En: Hammer 1913. No. 265. pp. 358-361, aquí 360.

29 Sobre la significación central de la patria en el discurso (nacional) del siglo XIX e inicios del XX v. Celia Applegate: A Nation of Provincials. The German Idea of Heimat. Berkeley *et al.* 1990 y Alon Confino: The Nation as a Local Metaphor. Württemberg, Imperial Germany and National Memory. 1871-1918. London 1997.

30 Joachim Kurd Niedlich: Deutscher Heimatschutz als Erziehung zu deutscher Kultur! Die Seele deutscher Wiedergeburt. Edit. Friesenbund. Leipzig 1920, respecto a Niedlich y sus imaginaciones v. el estudio fundamental de Kai Detlev Sievers: Kraftwiedergeburt des Reiches. Joachim Kurd Niedlich und der völkische Heimatschutz. Würzburg 2007.

31 Sobre Langbehn v. Bernd Behrendt: Zwischen Paradox und Paralogismus. Weltanschauliche Grundzüge einer Kulturkritik in den neunziger Jahren des 19. Jahrhunderts am Beispiel August Julius Langbehns. Frankfurt a. M. 1984 y Ulf-Thomas Lesle: Bestseller des Bürgertums und Kursbuch der Plattdeutschen. „Rembrandt als Erzieher“ de August Julius Langbehn. En: Kieler Blätter zur Volkskunde 32 (2000). pp. 51-83; sobre el movimiento patriótico de Baja Sajonia v. Werner Hartung: Konservative Zivilisationskritik und regionale Identität. Am Beispiel der niedersächsischen Heimatbewegung 1895 bis 1919. Hannover 1991, y Andrea-Katharina Hanke: Die niedersächsische Heimatbewegung im ideologisch-politischen Kräftespiel zwischen 1920 und 1945. Hannover 2004, así como Thomas Dupke: Mythos Löns. Heimat, Volk und Natur im Werk von Hermann Löns. Wiesbaden 1993; sobre Bartels v. FN 94 y sobre Frensen Kay Dohnke/Dietrich Stein (Ed.), Gustav Frensen in seiner Zeit. Von der Massenliteratur im Kaiserreich zur Massenideologie im NS-Staat. Heide 1997 y Andreas Crystall: Gustav Frensen. Sein Weg vom Kulturprotestantismus zum Nationalsozialismus. Gütersloh 2002.

patriótico que actuó en la esfera literaria hasta entrados los años 50 del siglo pasado, autodenominado ministro de la especie de la “nedderdüütshen Bewégunk” (= movimiento de la Baja Alemania)–, de que de la región del norte de Alemania y la Baja Alemania, el “protipo nórdico” racista, debía partir obligatoriamente³² la “renovación de Alemania”, con el objetivo de establecer una “franja nórdica”, de todas las tribus alemanas, que dominara Europa.

Pues la ‘alta meta’ (ideal) del nacionalismo *völkisch* –estrictamente delimitado de “todas las ideas burguesas mundiales, intrapopulares y de todos los hombres (pacifistas internacionales)”³³– estaba destinada a establecer una “gran Alemania” que debería existir hasta los más lejanos tiempos, erigida como estaba sobre un fundamento *völkisch* y social, limpio de judíos, 100% alemán, y a proporcionar espacio y protección a un propio pueblo de hermanos³⁴. Este Estado

32 Thomas Westerich: Niedersachsen Not. Ein Weihepiel. Leipzig 1926, aquí pp. 5, 6, 8 y 14; el prólogo del que se han tomado las citas también está reproducido en: Hammer 1926. No. 571, No. 572. Das „Weihepiel.“ fue estrenado el 21 de enero en el Hall de la Ciudad de Hannover; v. Hammer 1927. No. 590. Para la comprensión del movimiento de Baja Sajonia antes de la Primera Guerra Mundial y sobre Thomas Westerich en este contexto v. Robert Garbe: De nedderdüütsche Bewégunk. En: Hamburgische Zeitschrift für Heimatkultur 2 (1910). September-Heft. pp. 4 s., Oktoberheft. pp. 2-4, November-Heft. pp. 4-6, así como Robert Garbe: Thomas Westerich. En: Hamburgische Zeitschrift für Heimatkultur 4 (1912). Juni-Heft. pp. 3-5. Falta una reseña crítica de Thomas Westerichs (1879-1953), biografía y obra; algunas piezas se encuentran, entre otros, en los siguientes artículos: R. Brakebusch: Der völkische Dramatiker Thomas Westerich. En: Niederdeutsche Welt 10 (1935). pp. 369s.; Walter Herbst: Die völkische Idee und Thomas Westerich. En: Hammer 1936. No. 814. pp. 391-393; Ernst Lemke: Thomas Westerich und das neuere deutsche Drama. En: Niederdeutsche Welt 5 (1941). pp. 81-86; Kay Dohnke: Völkische Literatur und Heimatliteratur 1870-1918. En: Uwe Puschner/Walter Schmitz/Justus H. Ulbricht (Ed.), Handbuch zur „völkischen Bewegung“ 1871-1918. München u. a. 1996. pp. 651-684; Simon Lorenz: Thomas Westerich. Heimatdichtung und völkische Dramatik, Staatsexamensarbeit Friedrich-Meinecke-Institut der Freien Universität Berlin 2006; un legado parcial se encuentra desde hace poco en el archivo estatal de la Ciudad Hanseática de Hamburgo. Sobre el movimiento de Baja Alemania, así como sobre el teatro de Baja Alemania v. Ulf-Thomas Lesle: Hamburg als „Mittelpunkt und Kraftquelle“. Die „Niederdeutsche Bewegung“ – ihre Voraussetzungen und Verbindungen. En: Inge Stephan/Hans Gerd Winter (Ed.), „Liebe, die im Abgrund Anker wirft“. Autoren und literarisches Feld im Hamburg des 20. Jahrhunderts. Berlin, Hamburg 1990. pp. 69-82 y Ulf-Thomas Lesle: Das niederdeutsche Theater. Von „völkischer Not“ zum Literaturtrost. Hamburg 1986.

33 Del programa de la Alianza de Fidelidad para una Vida que resurge, Richard Ungewitter: Nacktheit und Aufstieg. Ziele zur Erneuerung des deutschen Volkes. Stuttgart 1920, aquí p. 135; v. también en confrontación puntualizada de la comprensión popular de “nacional” e “internacional”: Die Nationale. En: Die Nornen. Beiträge zu deutschen Wiedergeburt und germanischem Menschentum 2 (1919). H. 61/62. pp. 469-474.

34 Kramer: Völkischen. p. 147. v. en este contexto Susanne Meinl: „Das gesamte bewegliche und unbewegliche Vermögen der in Deutschland aufhältlichen Angehörigen des jüdischen Volkstums ist beschlagnahmt“. Antisemita Wirtschaftspropaganda und völkische Diktaturpläne in den ersten Jahren der Weimarer Republik. En: Irmtrud Wojak/Peter Hayes (Edit.): „Arisierung“ im Nationalsozialismus. Volksgemeinschaft, Raub und Gedächtnis. Frankfurt a. M., New York 2000. pp. 31-58.

común, tan antidemocrático como antiigualitario, debería hacerse realidad en una especie de proceso de división del trabajo; debería surgir un Estado racial, organizado por profesiones, sagradamente cubierto con una concha de la religión propia de la especie y con un sistema de valores³⁵ de ideología germana. Con esta repartición de funciones podían tenerse en cuenta tanto el carácter de un movimiento envolvente como las diferentes ansias y fuerzas divergentes que las reunían. La “gran variedad del movimiento *völkisch*” podía considerarse, por tanto, como “lo más esperanzador del mismo”, justamente ante los ojos de protagonistas *völkisch* y en una interpretación positiva de sus diferentes aspectos, pues su “originalidad, vida y fuerza” comprueba y permite ver que “en él trabaja un gran número de las mejores cabezas”, en donde todos ayudan “en otro puesto” y “sin embargo, todas las fuerzas desembocan en una gran corriente”³⁶.

En este dinámico proceso, caracterizado por continuas tensiones y pruebas a destrozarse, las publicaciones *völkisch* tenían una significación clave e integradora, pues por medio de dichas publicaciones tanto el movimiento *völkisch* como los movimientos parciales, y las organizaciones que se adicionaban y se contaban dentro del mismo, ganaron un perfil propio y sus contornos característicos, todo esto perceptible tanto desde el interior como desde el exterior del mismo. Además, las publicaciones servían como laboratorios y, de manera especial, como medios de difusión de la compleja ideología, puesto que existía el convencimiento de que las ideas son “la fuerza motriz de este movimiento [...], que son fuerzas creadoras, más exactamente, las más poderosas fuerzas que pueden existir”³⁷. En el *Informe anual sobre el estado del movimiento völkisch* de 1926, la influyente Liga Alemana advierte expresamente que una publicación, *Der Deutsche Volkswart* (*el guardián alemán del pueblo*), es “el instrumento principal de su

35 Sobre el modelo estatal y social, v. por ejemplo el panfleto proveniente del trasfondo de los creyentes germanos Deutsche Ordnung. Recht und Gesetz des Deutschen. Vol. I: Stimmen aus der Heimat der deutschen Seele. Hamburg 1920 así como Adolf Reinecke: Der Erlöser-Kaiser. Erzählung aus Deutschlands Zukunft und von seiner Wiedergeburt. Leipzig 1923, aquí pp. 144-163, y [Richard] Behm, Grundlinien des deutschvölkischen Zukunftsstaates. En: Deutschbund-Blätter 29 (1924). p. 38. Sobre la ideología germana *völkisch* v. Uwe Puschner: Germanenideologie und völkische Weltanschauung. En: Beck/Geuenich/Steuer/Hakelberg: Zur Geschichte der Gleichung „germanisch – deutsch“, pp. 103-129, así como respecto a su génesis Stefan Arvidsson: Aryan Idols. Indo-european Mythology as Ideology and Science. Chicago, London 2006, e Ingo Wiwiorra: Der Germanenmythos. Konstruktion einer Weltanschauung in der Altertumsforschung des 19. Jahrhunderts. Darmstadt 2006.

36 Hanno Konopacki-Konopath: Ist Rasse Schicksal? Grundgedanken der völkischen Bewegung. München 1926, aquí p. 4.

37 Bernhard Koerner: Altgermanische Kultur. Vortrag des preußischen Landtags-Abgeordneten Bernhard Koerner auf der Tagung des Gaues Rheinland der Deutsch-völkischen Freiheits-Bewegung zu Essen a. d. Ruhr am 2. Mai 1926. Leipzig 1926. p. 3.

confirmación, pues solamente por medio de ella tenemos la posibilidad de hacer oír nuestra voz en el movimiento *völkisch* y hacer prevalecer nuestro punto de vista y nuestra dirección. Si se le quitara de nuevo a la Liga Alemana su publicación, se la rebajaría de golpe a su anterior carencia de valor en el marco de la totalidad del movimiento”³⁸.

Este convencimiento encuentra su expresión material en numerosas publicaciones *völkisch* –algunas de muy corta vida–, en las cuales se refleja la igualmente numerosa variedad del movimiento. La extraordinaria importancia de las publicaciones para la ideología *völkisch*, para el movimiento y su agitación política, se hace evidente en el ejemplo del periódico *Vorzeitung*, que existió de 1907 a 1914, difundido dos veces por semana en forma de hectografía, y por medio del cual Philipp Stauff, funcionario popular muy influyente en vísperas de la Primera Guerra Mundial, ofrecía algunos aportes de la prensa nacional y *völkisch* para que se reimprimieran, asumiendo él los costos respectivos³⁹. Stauff –y con él quienes se encargaban de la formación de las opiniones *völkisch*– se adapta hasta el detalle, con sus empresas publicitarias y sus actividades como agitador, al perfil de aquellos intelectuales

1. que se [ponen] por pura responsabilidad personal al servicio de una idea,
2. que de esa idea ex[traen] valores culturales,
3. que [luchan] por la obligatoriedad de dichos valores en la conformación racional del orden social o de la sistematización de la conducta personal,
4. [cuya ‘arma’] en la transmisión de valores abstractos [es] la palabra escrita o hablada, sin que deban asumir la responsabilidad de las actuaciones que de ello resulten⁴⁰.

Una mirada de conjunto, sin duda incompleta, sobre la inmensa actividad publicista *völkisch* comprendía, ya en 1914, 82 publicaciones (y más de 800

38 Max Robert Gerstenhauer: Jahresbericht über den Stand der völkischen Bewegung. En: Deutschbund-Blätter 31 (1926). pp. 38s., aquí p. 38.

39 Wegweiser und Wegwarte. Deutschvölkische Vorzeitung 1907-1914; a esto y sobre Stauff v. Gregor Hufenreuter: Philipp Stauff (1876-1923). Leben und Wirken eines völkischen Ideologen. Ein Beitrag zur Organisationsgeschichte der völkischen Bewegung. Magisterarbeit Friedrich-Meinecke-Institut der Freien Universität Berlin 2003. pp. 19-21.

40 Gangolf Hübinger: Ideenzirkulation und Buchmarkt. Ein Themenschwerpunkt zu neuen Konstellationen der Verlags- und Intellektuellengeschichte. En: Internationales Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literatur 27 (2002). pp. 116-124, aquí p. 121, y en detalle, Gangolf Hübinger: Die politischen Rollen europäischer Intellektueller im 20. Jahrhundert. En: Gangolf Hübinger/Thomas Hertfelder (Edit.): Kritik und Mandat. Intellektuelle in der deutschen Politik. Stuttgart 2000. pp. 30-44, y Gangolf Hübinger: Gelehrte, Politik und Öffentlichkeit. Eine Intellektuellengeschichte. Göttingen 2006.

monografías)⁴¹. En la mayoría de las publicaciones, se trataba de órganos de asociaciones, o bien de altoparlantes de una fracción *völkisch*, cuya divulgación y percepción –en ocasiones, a causa de una autoapreciación exclusiva y de una política consciente de secretismo, como en el caso de las *Hojas de la Liga Alemana (Deutschbund Blätter)*, identificadas como “comunicaciones confidenciales sólo para nuestros afiliados”, y que aparecieron de 1894 a 1940– quedaban totalmente, o al menos ampliamente, limitadas al círculo de sus afiliados. Además, existían algunos pocos periódicos que pueden considerarse como la voz de la totalidad del movimiento *völkisch* envolvente, o al menos de grandes partes del mismo, no solamente por su concepción misma sino también por su importancia.

Junto con el *Hammer, Blätter für den deutschen Sinn* (*El Martillo, Hojas para el Sentido Alemán*), que apareció ininterrumpidamente desde 1902 hasta marzo del 1940, impregnado con la figura de Theodor Fritsch y con acento antisemita, debe mencionarse en este contexto el *Heimdall*, fundado en 1896, que con todo el derecho firmaba como la más antigua publicación *völkisch*, íntimamente ligado a las fuerzas *völkisch* de Austria y que remite a la ideología racial igualmente *völkisch* y a la idea de un Gran Estado, cuyo misterioso fin en 1933 parece estar relacionado con la transmisión del poder a los nacionalsocialistas⁴². La significación de estas dos publicaciones les da fundamento, independientemente de que representaban diferentes sectores *völkisch*, tanto a su aparición durante decenios como, y ante todo, a su pretensión programática de ser puntos centrales de encuentro y conexión del movimiento *völkisch*. En este aspecto gana ante todo el movimiento popular tanto más talla organizativa –independientemente de sus ideologías– en *Heimdall* y en *Hammer*, en cuanto su actividad publicista y de agitación es característica del movimiento *völkisch* colectivo. Ambas publicaciones contribuyen en forma esencial, justamente en su fase inicial, a la formación del movimiento *völkisch*, el que desde el cambio de siglo bogaba bajo esa bandera,

41 Rudolf Rüsten (Ed.), *Was tut not? Ein Führer durch die gesamte Literatur der Deutschbewegung*. Leipzig 1914. Reprint Toppenstedt 1983. pp. 38-41.

42 Sobre Fritsch y Hammer v. con indicaciones de la investigación actual Andreas Herzog: Theodor Fritschs Zeitschrift *Hammer* und der Aufbau des „Reichs-Hammerbundes“ als Instrument der antisemitischen völkischen Reformbewegung 1902-1914. En: Mark Lehmstedt/Andreas Herzog (Ed.), *Das bewegte Buch. Buchwesen und soziale, nationale und kulturelle Bewegungen um 1900*. Wiesbaden 1999. pp. 153-182; Uwe Puschner: Die völkischen Europapläne in der Zeitschrift *Hammer* 1933-1940. En: Michel Grunewald (Ed.), *Der Europadiskurs in den deutschen Zeitschriften (1933-1939)*. Bern u. a. 1999. pp. 353-367; Massimo Ferrari Zumbini: „Die Wurzeln des Bösen“. Gründerjahre des Antisemitismus. Von der Bismarckzeit zu Hitler. Frankfurt a. M. 2003. pp. 321-422, 605-635, sobre Heimdall Puschner: *Bewegung*. pp. 31-35, aquí y allí, así como las anotaciones en Matthias Piefel: *Antisemitismus und völkische Bewegung im Königreich Sachsen 1879-1914*. Göttingen 2004.

informando sobre ideólogos *völkisch* aislados, órganos, organizaciones, alianzas y movimientos parciales, sus programas y actividades, con lo cual le conferían al fenómeno ‘movimiento’, en igual forma abierto, dando señales de una dinámica expansiva y disponibilidad para la acción –como una integración de las redes en la red–, una estructura, perceptible tanto por sus partidarios como por los coetáneos, y contribuían especialmente⁴³ a la integración *völkisch* con las comunidades que habían surgido entre sus lectores, como expresión de la exaltación religiosa del nacionalismo *völkisch*.

Mientras que las Comunidades Heimdall –que existían desde antes de la Primera Guerra Mundial y resurgieron en 1927– nunca superaron el estatus de una “libre comunidad de pensamiento”⁴⁴, surgieron antes de 1914, del círculo de lectores del *Hammer*, cerca de veinte grupos locales –el más nutrido existía en Hamburgo–, los cuales estaban agrupados desde 1912 en la Liga Imperial del Hammer, sagaz en cuanto a agitación, así como organizativa e ideológicamente, que a su vez escaló tras la Primera Guerra Mundial, en el curso de la nueva formación del movimiento *völkisch* en 1920, a Liga Alemana Völkisch Defensiva y Ofensiva⁴⁵. Una sucursal más del *Hammer* fue la elitista Orden de los Germanos, salida del núcleo radical de la *Reichshammerbund* (Liga Imperial del Hammer) en 1912, de orientación ario-sófica, ocultista, organizada en forma de logia y activa secretamente –al menos en forma parcial–, la misma que al final de la Primera Guerra Mundial se convirtió en una ‘unión terrorista’ y tuvo que ver con los atentados terroristas de la derecha en la primera época de la República de Weimar. Al contrario de la *Reichshammerbund*, la Orden de los Germanos permaneció activa políticamente en forma clandestina tras la prohibición en 1923 de la Liga Alemana Völkisch Defensiva y Ofensiva⁴⁶. Ya en 1904 había sido fundado un ulterior retoño del *Martillo*, la Comunidad Alemana de Renovación. Sus fundadores fueron

43 Sobre la categoría del „Movimiento Social“ v. Joachim Raschke: Zum Begriff der sozialen Bewegung. En: Roland Roth/Dieter Rucht (Edit.): Neue soziale Bewegungen in der Bundesrepublik Deutschland. Bonn 1987. pp. 19-29, aquí p. 28; Friedhelm Neidhardt: Einige Ideen zu einer allgemeinen Theorie sozialer Bewegungen. En: Stephan Hradil (Ed.), Sozialstruktur im Umbruch. Karl Martin Bolte zum 60. Geburtstag. Opladen 1985. pp. 193-204, aquí 197, caracteriza «movimientos sociales en el aspecto estructural [...] como redes móviles de redes». v. Dieter Hein: Partei und Bewegung. Zwei Typen moderner politischer Willensbildung. En: Historische Zeitschrift 263 (1996). pp. 69-97.

44 Asociación de Amigos de Heimdall. En: Heimdall 32 (1927). p. 84.

45 Básico a este respecto Uwe Lohalm: Völkischer Radikalismus. Die Geschichte des Deutschvölkischen Schutz- und Trutzbundes 1919-1923. Hamburg 1970. pp. 56-66, con más anotaciones sobre la historia Puschner: Bewegung. p. 277.

46 Martin Sabrow: Der Rathenaumord. Rekonstruktion einer Verschwörung gegen die Republik von Weimar. München 1994, s. Zit. pp. 47 y 48.

Theodor Fritsch y Willibald Hentschel. Esta agrupación, extremadamente activa como “asociación espiritual” en la dirección de la ideología *völkisch* de Sangre y Suelo, se involucró con todas sus fuerzas, junto con la Colonia Heimland, erigida en 1908-1909 en Prignitz Oriental, no lejos de Reimberg, no solamente en señalar –sobre la base del programa de higiene y cultivo de la raza de Willibald Hentschel y apoyándose en máximas reformistas de la vida y del suelo– un camino *völkisch* hacia la renovación de la vida popular alemana, sino también, con la ayuda de activistas *völkisch* juveniles reclutados por medio de anuncios en la prensa, en recorrerlo dinámicamente⁴⁷.

El ejemplo de Heimland evidencia de qué estrategias se valía la agitación *völkisch* para conseguir simpatizantes de la causa *völkisch* y qué grupos constituyan prioritariamente su objetivo. Junto con muy concurridas conferencias públicas de agitadores profesionales, con nombres como tardes o días alemanes, un sinnúmero de artículos en la prensa alemana y la exposición de escritos *völkisch* en mesones y cafés⁴⁸ –con todo lo cual fueron adoctrinados con ideas *völkisch* y con la masiva difusión de las llamadas Marcas del Tesoro⁴⁹ amplios sectores de la población alemana, aun fuera del oscuro círculo *völkisch*–, desempeñó un importante papel el renglón de anuncios en la prensa, con los cuales se publicaban aisladas organizaciones *völkisch* y sus actividades⁵⁰. Más allá de todo esto, algunos militantes de partidos *völkisch* hacían uso de anuncios por palabras para propagar sus productos *völkisch*, encontrar trabajo o empleados, fomentar reuniones *völkisch* locales o regionales, o bien para buscar, en concordancia con la ideología de la raza, como en el caso de un arquitecto de Baja Sajonia, con el código “Widukind”, “una chica con corazón limpio como compañera de su vida”, quien además debía ser “rubia-azul [= ojos azules, cabello rubio], no medir menos de

47 Puschner: Bewegung, p. Cit. pp. 197, 198 (Titel des Flugblattes); v. asimismo la detallada documentación de Christoph Knüppel (Ed.), Dokumente zur Geschichte der völkischen Siedlung Heimland bei Rheinsberg. Privatdr. Herford 2002, y finalmente sobre las ideas de Hentschel Gregor Hufenreuter: Zwischen Liebe, Zweck und Zucht. Völkische Ehe-Vorstellungen am Anfang des 20. Jahrhunderts. En: Ariadne. Forum für Frauen- und Geschlechtergeschichte 2005. H. 48. pp. 16-25.

48 v. Aufruf an Unsere verehrlichen Leser. In: Heimdall 32 (1927). p. 84.

49 v. a esto Uwe Puschner: Der Deutsche Schatzmarkenverein und die völkische Bewegung. En: Judith Baumgartner/Bernd Wedemeyer-Kolwe (Ed.), Aufbrüche, Seitenpfade, Abwege. Suchbewegungen und Subkulturen im 20. Jahrhundert. Festschrift für Ulrich Linse. Würzburg 2004. pp. 147-156.

50 v. por ejemplo Deutsche Erde 6 (1907). pp. 73-75 y 197. La revista mensual que apareció de 1902 hasta 1914/15 fue publicada desde 1902 por el funcionario de la Liga Alemana Paul Langhans por solicitud de la Asociación de lo Pangermano, lo que remite al entramado de lo *völkisch* con el sector nacionalsocialista; v. a esto Rainer Hering: Konstruierte Nation. Der Alldeutsche Verband 1890 bis 1939. Hamburg 2003. p. 184.

1,68 m, delgada, amiga de un modus vivendi en concordancia con la naturaleza, enemiga de la moda y, si es posible, nadadora”⁵¹. Los anuncios proporcionaban en este sentido tanto una vista penetrante del microcosmos *völkisch* como una excelente visión global del conjunto de instituciones y de la red *völkisch*.

En contraposición con el grupo *völkisch* radical, pequeño en cuanto a su número de afiliados, que pretendía cultivar al hombre *völkisch* del mañana, la mayoría le apostaba a poder educar a la sociedad, a través de una infiltración masiva de la carga ideológica *völkisch*, en la conciencia y la actividad *völkisch*. Como en el caso Heimland, los jóvenes constituían el grupo más importante en la mira para la agitación *völkisch*⁵². de acuerdo al eslogan: “¡A quien tiene la juventud le pertenece el futuro!”. En ello cumplía un papel esencial el hecho de que, junto con periodistas, escritores, representantes de los oficios liberales, párocos y empleados oficiales, fueran los profesores quienes representaban una importante clientela dentro del movimiento *völkisch*, sustentado especialmente por la antigua y la nueva clase media⁵³. Qué tan exitosa era la agitación en la juventud, algo menos en el movimiento juvenil pero de manera especial dentro del estudiantado, nos lo permiten reconocer no solamente algunas organizaciones *völkisch* juveniles (por ejemplo, los Camaradas Viajeros, Nobleza y Halcones y la Liga Artaman) y asociaciones estudiantiles (como la Asociación Estudiantil Alemana *völkisch*, el Anillo Universitario de la Especie Alemana, el Anillo Popular de Armas), sino el hecho de que, tras la Primera Guerra Mundial, se hace visible que quienes pertenecían a las décadas última y primera del cambio de siglo trataban de arrebatar para sí la conducción del movimiento *völkisch*, para disgusto y enojo de la generación de los fundadores⁵⁴.

51 Hammer 1924. No. 537, Werbeteil; v. en Uwe Puschner: „... die höchste und hehrste Hüterin der Rasse“. Die Frau im völkischen Weltanschauungsdiskurs. En: Merith Niehuss/Ulrike Lindner (Edit.): Ärztinnen – Patientinnen. Frauen im deutschen und britischen Gesundheitswesen des 20. Jahrhunderts. Köln, Weimar, Wien 2002. pp. 131-145, aquí p. 135.

52 Franz Winterstein: Deutsch-völkischer Austausch (D.V.A.). En: Heimdall 10 (1905). pp. 3-5, aquí p. 4. v. respecto a Heimland, también el escrito propagandista novelesco de Rudolf von Koschützki: Der Schatz im Acker. Ein Buch für die deutsche Jugend. Hamburg 1914.

53 Sobre las relaciones ambivalentes que se marcaron más claramente tras la Primera Guerra Mundial, en muchos sentidos, sin embargo, acentuadas más bien en antisemitismo, entre el movimiento *völkisch* y la nobleza v. Stephan Malinowski: Vom König zum Führer. Sozialer Niedergang und politische Radikalisierung im deutschen Adel zwischen Kaiserreich und NS-Staat. Berlin 2003. pp. 189-197 y 321-357, y aquí y allí. Sobre las ideas *völkisch* de nobleza v. Gerstner: Rassenadel.

54 v. Puschner: Bewegung. p. 12. v. para la época tras la Primera Guerra Mundial Jürgen Schwarz: Studenten in der Weimarer Republik. Die deutsche Studentenschaft in der Zeit von 1918 bis 1923 und ihre Stellung zur Politik Berlin 1971; Michael Kater: Studentenschaft und Rechtsradikalismus in Deutschland 1918-1933. Eine sozialgeschichtliche Studie zur Bildungskrise in der Weimarer Republik. Hamburg 1975, pp. 163ss. y 338ss.; Ulrich Herbert: „Generation der Sachlichkeit“. Die völkische Studentenbewegung der frühen zwanziger Jahre in Deutschland. En:

Llama la atención que fueran mayoritariamente hombres de la “clase media ilustrada e hiperideológica”⁵⁵ los que descollaran por su actividad dentro y fuera del movimiento *völkisch* y se caracterizaran como alianza masculina. La participación femenina no superaba, antes de la Primera Guerra Mundial, el 5% del movimiento total, para luego ascender ligeramente en porcentaje, en lo referente a los procesos estructurales de cambio dentro del movimiento *völkisch* después de 1918, sin embargo, de manera significante⁵⁶. En el *Hammer*, que fungía como la “publicación más grande y más difundida de lo *völkisch*”⁵⁷, sólo publicaron diez y seis mujeres⁵⁸ en el período comprendido entre 1902 y 1933. En analogía con la ideología *völkisch*, a la cual, en opinión de las mujeres, le correspondía la “formación de los sucesores, su cuidado y educación”⁵⁹, las mujeres eran, no solamente en el *Hammer*, antes objetos que sujetos [que escribían].

Frank Bajohr/Werner Johe/Uwe Lohalm (Ed.), *Zivilisation und Barbarei. Die widersprüchlichen Potentiale der Moderne*. Hamburg 1991. pp. 115-144, y –con el ejemplo de la revista *Hammer*– Niemeyer: *Bewegung*. pp. 71-75.

- 55 Wotansdiener. Ueberspannte Deutschtümelei. En: *Berliner Allgemeine Zeitung* del 8.2.1914; igualmente: H. Müller-Brandenburg: *Die deutschvölkische Bewegung*. En: *Die Neue Zeit*. Halbmonatsschrift der deutschen Sozialdemokratie 1923, Vol. 1. pp. 438-442, aquí p. 438. v. a esto Ernst Troeltsch: *Die Krise des Historismus*. En: Ernst Troeltsch. *Kritische Gesamtausgabe*. Vol. 15. Edit. Gangolf Hübinger. Berlin, New York 2002. pp. 433-455, aquí p. 452.
- 56 Sobre las transformaciones v. el ejemplo de la Liga Alemana, en la que la cantidad de mujeres afiliadas creció de 1,2 % en el año fiscal 1907/08 a 9,8 % en 1926. v. con anotaciones sobre el estado de las investigaciones Uwe Puschner: *Völkische Diskurse zum Ideologem „Frau“*. En: Schmitz/Vollnhal: *Völkische Bewegung*. pp. 45-75; Christiane Streubel: *Radikale Nationalistinnen. Agitation und Programmatik rechter Frauen in der Weimarer Republik*. Frankfurt/New York 2006; Heidrun Zettelbauer: „*Die Liebe sei Euer Heldenamt*“. *Geschlecht und Nation in völkischen Vereinen der Habsburgermonarchie*. Frankfurt/New York 2005; y para los datos numéricos de 1926 v. *Stammrolle des Deutschbundes*. Ausg. 1. Hartungs 1926. sin lugar, sin año.
- 57 *Deutschvölkischer Katechismus*. H. 1. p. 84.
- 58 Julia Hornig: *Völkische Frauenbilder. Eine Annäherung am Beispiel der Zeitschrift Hammer*. Magisterarbeit Friedrich-Meinecke-Institut der Freien Universität Berlin 2002. Pág 29; Un resumen de los Resultados ha sido reproducido con el mismo título en Julia Hornig: *Völkische Frauenbilder. Eine Annäherung am Beispiel der Zeitschrift Hammer*. En: Ariadne. Forum für Frauen- und Geschlechtergeschichte 2003. H. 43. pp. 37-41. Interesante es la repartición cuantitativa, pues antes de la Primera Guerra Mundial publicaron solamente cuatro de las 16 mujeres en *Hammer*; aunque $\frac{3}{4}$ de las mujeres autoras de *Hammer* estaban activas tras la guerra mundial, de ninguna manera significa esto que hubiera cambiado la posición *völkisch* respecto al papel de la mujer como esposa y madre; los números reflejan mucho más una estrategia diferente de la agitación *völkisch*.
- 59 Richard Ungewitter: *Heeresdienst und weibliches Dienstjahr*. En: Richard Ungewitter (Ed.), *Deutschlands Wiedergeburt durch Blut und Eisen*. Stuttgart sin año. (alrededor de 1917). pp. 286-293, aquí p. 293. v. sobre éste el acercamiento biográfico de Andreas Schmölling: *Lebensspuren eines Lichtkämpfers. Aus Schaffen und Werk von Richard Ungewitter (1868-1958), Lebensreformer und Pionier der Freikörperkultur*. En: Aratora. *Zeitschrift des Vereins für Heimatkunde, Geschichte und Schutz von Arten* 12 (2002). pp. 16-49.

La interacción *völkisch* y su red no estaban en forma alguna limitadas al Imperio alemán. Existieron desde los comienzos estrechos vínculos personales e interinstitucionales, especialmente con el movimiento *völkisch* de Austria, el mismo que fue el modelo ideológico y estructural para el desarrollo alemán⁶⁰. Una serie de organizaciones *völkisch* –asociaciones, editoriales y publicaciones periódicas, como el *Heimdall*– actuaba en los dos países a uno y otro lado de la frontera, especialmente en los años veinte, cuando los pangermanos de Austria se empleaban a fondo en su programa a favor de la actividad ininterrumpida y decidida por la idea de la anexión en la Austria-alemana y en el Imperio alemán⁶¹. Adicionalmente, existían –al menos temporalmente– fusiones como la Estación Principal Alemana Popular, que revivió en 1928 y que reunió en un cartel veinte asociaciones *völkisch*, entre ellas, el Sindicato Austríaco de Empleados Alemanes de Correos, Telégrafos y Teléfonos⁶². Existía además un vivo intercambio con la llamada germanidad en el extranjero y sus organizaciones en África del sur y del sudeste, así como en Norte y Sudamérica, en donde la Liga Alemana, especialmente (con comunidades temporales en Windhuk, Osorno, Valdivia y Rio Grande do Sol)⁶³, mantenía rela-

- 60 v. para el desarrollo en Austria Michael Wladika: *Hitlers Vätergeneration. Die Ursprünge des Nationalsozialismus in der k. und k. Monarchie*. Wien u. a. 2005 y para las conexiones germano-austriacas así como para el establecimiento tardío del movimiento *völkisch* en el ambiente católico, Uwe Puschner: *Katholisches Milieu und alldeutsch-völkische Bewegung. Die Münchener Zeitschrift „Odin“ (1899-1901)*. En: Michel Grunewald/Uwe Puschner (Ed.), *Le milieu intellectuel catholique en Allemagne, sa presse et ses réseaux (1890-1960). Das katholische Intellektuellenmilieu in Deutschland, seine Presse und seine Netzwerke (1890-1960)*. Bern et al. 2006. pp. 143-167.
- 61 v. a este respecto las indicaciones en los diferentes tirajes del Anuario de *Hammer*, por ejemplo, Anuario Hammer 1922, así como la Guía Pangermana de Publicaciones 1924. p. 95.
- 62 Deutschvölkische Hauptstelle. En: *Deutschbund-Blätter* 33 (1928). p. 42; v. en este contexto también Karl Grube: *Österreich und das Reich*. En: Thomas Westerich (Edit.): *Das Jugend- und Lebensgeleitbuch Gedenke, daß du ein Deutscher bist*. Leipzig 2., verm. u. verb. Aufl. 1920. pp. 449-455; así como Günter Hartung: *Völkische Ideologie*. En: Puschner/Schmitz/Ulbricht: *Handbuch zur „völkischen Bewegung“*. pp. 22-41. El complejo popular en Austria no ha sido hasta ahora investigado más que en forma básica y por lo general concentrándose en los pangermanos (alrededor de Georg Barón von Schönerer); v. p.e. Markus Erwin Haider: *Im Streit um die österreichische Nation. Nationale Leitwörter in Österreich 1866-1938*. Wien u. a. 1998; y Robert Kriechbaumer: *Die großen Erzählungen der Politik. Politische Kulturen und Parteien in Österreich von der Jahrhunderwende bis 1945*. Wien u. a. 2001; así como los estudios especiales de Karl-Reinhart Trauner: *Die Los-von-Rom-Bewegung. Gesellschaftspolitische und kirchliche Strömung in der ausgehenden Habsburgermonarchie*. Wien 1999 y Hajo Bennett: *Völkische Turner als politische Terroristen*. En: *Sportwissenschaft* 22 (1992). pp. 418-439. v. en este contexto también Andreas Luh: *Der Deutsche Turnerbund in der Ersten Tschechoslowakischen Republik. Vom völkischen Vereinsbetrieb zur volkspolitischen Bewegung*. München 1988.
- 63 Stammrolle des Deutschbundes u. Deutsche Ordnung. Vol. 1. pp. 173, 177, 189, 203 y 205; [Deutschbund-]Br[uder] Horche: *Das Deutschtum in Chile*. En: *Deutschbund-Blätter* 29 (1924). pp. 23-26 y [Deutschbund-]Br[uder] Horche: *Deutschbundarbeit in Valdivia 1901 bis 1924*.

ciones organizativas y cooperaba estrecha y también personalmente con la Asociación Pangermana y, adicionalmente, con el Movimiento Flamenco. La estructura administrativa y el periodismo *völkisch* alcanzaron una novedosa calidad desde Hamburgo en 1915, con la aparición del Gremio de los Germanos (junto con una publicación periódica del mismo nombre) –de corta vida y fundándose en antiguas exigencias populares– y de su organización sucesora, El Anillo de los Germanos, conducido por la Sociedad de Creyentes en lo Alemán. En lo que respecta a estas dos entidades, se trata de una agrupación sueco-alemana de los germanos en los aspectos culturales e intelectuales, proyectada a Europa Central y Escandinavia, y cuya existencia –al igual que la Liga de los Europeos *völkisch* (Alliance Raciste Européenne), fundada en junio de 1933 por Robert Comte Fabre-Luce, con sede en Ginebra– nos remite al potencial *völkisch* fuera de Alemania y a la disposición a la colaboración y alianza entre las diferentes fuerzas⁶⁴.

Los años 1914 y 1933 marcan decisivos puntos de quiebre en la historia del movimiento *völkisch* en Alemania. Con el estallido de la guerra en 1914 terminó la primera fase de dicho movimiento. Los arquitectos y partidarios del mismo se

En: Deutschbund-Blätter 29 (1924). pp. 23-26; así como Dieter Fricke: Der Deutschbund. En: Puschner/Schmitz/Ulbricht: Handbuch zur „völkischen Bewegung“. pp. 328-340, aquí p. 334, y en general sobre las actividades de la Liga Alemana, Stefan Kuhn: Der Deutschbund. Magisterarbeit Friedrich-Meinecke-Institut der Freien Universität Berlin 2000. pp. 54-57 y –en el aspecto de las relaciones con la Asociación Pangermana– p. 30, así como Hering: Nation. p. 175. Sobre el tema de las asociaciones en EE. UU. tras la Primera Guerra Mundial v. las indicaciones en Cornelia Wilhelm: Bewegung oder Verein? Nationalsozialistische Volkstumspolitik in den USA. Stuttgart 1998. pp. 51-57, así como las indicaciones generales en Donald M. McKale: The Swastika outside Germany. Kent 1977. pp. 6-17 y *passim*.

64 Alfred Korn: Ziele und Wege der Germanen-Gilde. En: Germanen-Gilde. Zeitschrift für gemeinsame geistige und wirtschaftliche Arbeit der germanischen Völker 1 (1915). pp. 2-10, aquí p. 6; dort auch Abdr. der Satzung der Germanen-Gilde e.V., p. 19 s. Zu Germanen-Gilde und Germanen-Ring Deutschgläubig. Eine Geschichte der Deutschgläubigen Gemeinschaft unter besonderer Berücksichtigung der Beziehungen zu den zeitgenössischen völkisch-religiosen Gründungen des XX. Jahrhunderts. Ed. Deutschgläubige Gemeinschaft. Vol. 2. sin lugar, 1972. pp. 72-87; y v. Jürgen Kloosterhuis: „Friedliche Imperialisten“. Deutsche Auslandsvereine und auswärtige Kulturpolitik. 1906-1918. Tl. 2, Frankfurt a. M. et al. 1994. pp. 469s.; sobre Suecia v. Lars Trägårdh, Varieties of Volkish Ideologies. Sweden and Germany 1848-1933. En: Bo Ståth (Ed.), Language and the Construction of Class Identities. The Struggle for Discursive Power in Social Organisation Scandinavia and Germany after 1800. Gothenburg 1990. pp. 25-54, y sobre los más antiguos planes supranacionales v. Puschner Bewegung. p. 266. Sobre la alianza de los europeos *völkisch* v. Reichswart 14 (1933), No. 23, 24-26 y 15 (1934), No. 1-29, y con pocas indicaciones Guido Müller: Europäische Gesellschaftsbeziehungen nach dem Ersten Weltkrieg. Das Deutsch-Französische Studienkomitee und der Europäische Kulturbund. München 2005. p. 324 v. también las iniciativas de Carl Reinhold Petter: Vorschläge zur Gründung eines Supernationalen Arier-Bundes zu Danzig. Danzig 1919 y Carl Reinhold Petter/G. von Boddien: „Übernationaler Zusammenschluß der höhertrachtenden nordischen Personen und Familien (Universale arisch-rassisches Aristie oder Intercontinentale arisch-aristische Minderheit)“. Flugblatt.

fueron a la guerra, como educadores del pueblo, bajo el eslogan “permanecer fieles, luchar desafiando a la muerte, morir riendo”⁶⁵. Las estructuras del movimiento *völkisch* cedieron y parcialmente se disolvieron. La colonia Heimland, con problemas financieros desde sus inicios, cayó en dificultades de subsistencia cuando, en 1914, quince de sus veinticuatro colonos se alistaron en el Ejército⁶⁶. Algunas publicaciones –como las *Hojas Universitarias Völkisch Alemanas (Deutschvölkische Hochschulblätter)*, que aparecía desde 1911– suspendieron su circulación al iniciarse la guerra, por la misma causa, o se vieron obligadas a hacer cambios durante el transcurso de la misma (entre otras cosas, por la escasez de papel), en la frecuencia de aparición y en su diseño. Con la duración de la guerra se lamentaban sobre todo las bajas en sus propias filas⁶⁷, en especial porque la guerra misma –en el sentido de la ideología racista– no resultó ser ni la ““selección de la lucha”” de la ““especie más tenaz””⁶⁸ ni la ““creadora de todo lo grande, fuerte, heroico””, ““progenitora del poder y del triunfo””, ni como imposición de sí misma, aun con las últimas y más extremas armas ““para negar la vida de nuestros enemigos””⁶⁹, de acuerdo con la profecía de la ideología *völkisch*⁷⁰. Aun durante la guerra se inició la reorganización del movimiento *völkisch*, desde 1916-1917, paralelamente con el movimiento nacional⁷¹.

-
- 65 El eslogan añadido a los ejemplares editados durante la guerra, por la Publicación *Der Volkserzieher* (*Der Volkserzieher. Blatt für Familie, Schule und öffentliches Leben* 18 ss. [1914 ss.]), v. en este contexto también Wilhelm Schwaner: *Weltscheidung. Erlebnis und Ergebnis*. Berlin-Schlachtensee 1917. Sobre El Educador del Pueblo v. Rita Panesar: *Medien religiöser Sinnstiftung. Der „Volkserzieher“, die Zeitschriften des „Deutschen Monistenbundes“ und die „Neue Metaphysische Rundschau“* 1897-1936. Stuttgart 2006, y sobre Schwaner *Neue Deutsche Biographie* Vol. 23. Berlin 2007, pp. 783s.
- 66 *Heimland im Kriege*. En: Hammer 1915, No. 311. p. 284.
- 67 Una indicación a esto la proporcionan las llamadas Tablas de Honor en Publicaciones como las *Hojas Pangermanas (All deutsche Blätter)* el Educador del Pueblo o Hammer (*Der Volkserzieher*).
- 68 Theodor Fritsch: *Der Rückgang der blonden Rasse*. In: Hammer 1903. No. 29 y 35. pp. 411-415 y 549-552, aquí. 413.
- 69 *Völkische Hochziele*. In: *Deutsche Handels-Wacht* 16 (1909), 1909. pp. 209-212, 225-227, 291s., aquí 291s.
- 70 v. a esto también el artículo programático de Richard Ungewitter que resume el pensamiento *völkisch*: *Der Krieg als Volkserneuerer und Krafterwecker*. En: Ungewitter: *Deutschlands Wiedergeburt*. pp. 33-47. V. Katja Stolle: *Die Völkischen und der Krieg. Kriegsaufsätze im Hammer 1902 bis 1918*. Magisterarbeit Friedrich-Meinecke-Institut der Freien Universität Berlin 2002. pp. 57-81.
- 71 Wilhelm Schwaner: *Zusammenschluß*. En: *Der Volkserzieher* 20 (1916), 43. Kriegsnr., Beibl. pp. 1-2; v. en este contexto también Wolfgang Barón de Löhneysen: *Kulturchauvinismus. Die Frage nach dem Zeitgeist des Jahres 1917*. En: Peter Krüger (Ed.), *Deutschland, deutscher Staat, deutsche Nation. Historische Erkundungen eines Spannungsverhältnisses*. Marburg 1993. pp. 99-124; Heinz Hagenläcke: *Formverwandlung der Politik in Deutschland im Übergang vom Kaiserreich zur Weimarer Republik*. En: Hans Mommsen (Ed.), *Der Erste Weltkrieg und die*

Aunque también en la época de Weimar es característica una variedad ideológica y organizativa en el movimiento *völkisch*, existen diferencias significativas con la época antes de la guerra⁷², aun sin considerar un uso inflacionario, altamente difuso, del adjetivo mismo como símbolo de un nacionalismo no uniformemente radical, fundamentado en la grandeza de “pueblo” como raíz del vocablo, o bien en su equipamiento creciente con “nacionalsocialista”⁷³. Se ha hecho referencia al alto potencial agresivo como resultado de un proceso de radicalización condicionado por el resultado de la guerra –que traumatizó a muchos miembros del movimiento *völkisch*–, con sus consecuencias en la política interior y exterior⁷⁴, así como a esfuerzos de reunir las fuerzas *völkisch* divergentes en carteles interregionales e incluso locales⁷⁵. Ciertamente, hubo algunos intentos en este sentido, exitosos en sus planteamientos, ya antes de la guerra mundial, pero con la Alianza Defensiva y Ofensiva Popular Alemana puede decirse que en el verano de

europeische Nachkriegsordnung. Sozialer Wandel und Formveränderung der Politik. Köln y a. 2000. pp. 107-124; y Heinz Hagenläcke: Deutsche Vaterlandspartei. Die nationale Rechte am Ende des Kaiserreiches. Düsseldorf 1997.

- 72 v. en este contexto Kurt Sontheimer: Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik. Die politischen Ideen des deutschen Nationalismus zwischen 1918 und 1933. München 1978; Stefan Breuer: Der Neue Nationalismus in Weimar und seine Wurzeln. En: Helmut Berding (Ed.), Mythos und Nation. Studien zur Entwicklung des kollektiven Bewußtseins in der Neuzeit 3. Frankfurt a. M. 1996. pp. 257-274; Breuer: Grundpositionen. pp. 148-155; Stephan Vopel: Radikaler, völkischer Nationalismus in Deutschland 1917-1933. En: Heiner Timmermann (Ed.), Nationalismus und Nationalbewegung in Europa 1914-1945. Berlin 1999. pp. 161-182; Sven Reichardt: „Märtyrer“ der Nation. Überlegungen zum Nationalismus in der Weimarer Republik. En: Jörg Echternkamp/Sven Oliver Müller (Ed.), Deutscher Nationalismus in Krieg und Krisen 1760-1960. München 2002. pp. 173-202 y Hans-Ulrich Wehler: Radikalnationalismus und Nationalsozialismus. En: Jörg Echternkamp/Sven Oliver Müller (Ed.), Deutscher Nationalismus in Krieg und Krisen 1760-1960. München 2002. pp. 203-217.
- 73 Ulrich Herbert: Best. Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989. Bonn 1996, esp. p. 58; Cornelia Schmitz-Berning: Vokabular des Nationalsozialismus. Berlin 2000. pp. 645-647.
- 74 Como ejemplo de esto, Walther Schulte vom Brühl: Sechs Jahrzehnte. Lebenserinnerungen. Stuttgart 1918. pp. 323-325, y Georg Fritz, Vorwort. En: Deutschvölkisches Jahrbuch 1920. pp. 5-8. v. a este respecto Andreas Wirsching: „Gewalt gegen Gewalt“? Zur ideologischen Verschränkung von Rechts- und Linksextremismus nach dem Ersten Weltkrieg. En: Uwe Backes (Ed.), Rechts-extreme Ideologien in Geschichte und Gegenwart. Köln, Weimar, Wien 2003. pp. 73-92, y Boris Barth: Dolchstoßlegenden und politische Desintegration. Das Trauma der deutschen Niederlage im Ersten Weltkrieg 1914-1933. Düsseldorf 2003. pp. 359-379, y a este respecto, el reflexivo artículo de Benjamin Ziemann: Das „Fronterlebnis“ des Ersten Weltkrieges, eine sozialhistorische Zäsur? Deutungen und Wirkungen in Deutschland und Frankreich. En: Hans Mommsen (Edit.): Der Erste Weltkrieg und die europäische Nachkriegsordnung. Sozialer Wandel und Formveränderung der Politik. Köln u. a. 2000. pp. 43-82.
- 75 Como ejemplo para el entrelazado de las fuerzas *völkisch* en el nivel local v. Steffen Raßloff: Flucht in die nationale Volksgemeinschaft. Das Erfurter Bürgertum zwischen Kaiserreich und NS-Diktatur. Köln u. a. 2003. pp. 232-237.

1922⁷⁶ existía, por primera vez, e inicialmente por pocos años, una organización grande *völkisch*, lista para la lucha, que contaba con 160.000 a 180.000 miembros. Frente a ello, un ideólogo *völkisch*, digno de tenerse en cuenta como una persona seria, estimó, en vísperas de la guerra mundial, la “tropa del núcleo” del movimiento *völkisch* en 8.000 a 10.000 personas⁷⁷. Aunque el movimiento *völkisch*, cuantitativamente (así como en la variedad de sus organizaciones), escasamente puede estimarse⁷⁸ –pues sus datos sobre membresía con frecuencia no han llegado hasta nosotros, y las membresías múltiples debidas al amplio espectro de la actividad *völkisch* tornan difícil la obtención de datos numéricos confiables–⁷⁹, los datos existentes remiten al carácter cambiante del movimiento *völkisch* en la temprana República de Weimar, que se convirtió en movimiento de masas⁸⁰.

76 Lohalm: Radikalismus. p. 90; sobre las ideas de política exterior de esta organización central v. Walter Jung: Ideologische Voraussetzungen, Inhalte und Ziele außenpolitischer Programmatik und Propaganda in der deutschvölkischen Bewegung der Anfangsjahre der Weimarer Republik. Das Beispiel des Deutschvölkischer Schutzbund und Trutzbund. Diss. phil. Göttingen 2000.

77 Adolf Bartels cit. del Informe de Negociación del Congreso de la Liga Alemana en la sala de la “Emperatriz Augusta” en Weimar el 7 de junio de 1914. En: Deutschbund-Blätter 19 (1914). pp. 70-73, aquí p. 71.

78 No existe una relación confiable de las organizaciones que se podían contar dentro del movimiento *völkisch*; en consecuencia se han abierto repetidamente diferentes registros pero siempre incompletos. Sobre la época de la Primera Guerra Mundial v. Puschner: Bewegung, esp. págs. 384-388, y Ulrich Nanko: Das Spektrum völkisch-religiöser Organisationen von der Jahrhundertwende bis ins „Dritte Reich“. En: Schnurbein/Ulbricht: Völkische Religion und Krisen der Moderne. pp. 208-226, sobre la época de entreguerras Alfred Roth: Verzeichnis deutschvölkischer Vereine, Bünde und Orden. En: Deutschvölkisches Jahrbuch 1 (1920). pp. 232-241, y Alfred Roth: Verzeichnis deutschvölkischer Verbände. En: Deutschvölkisches Jahrbuch 3 (1922). pp. 99-122, Emil Julius Gumbel: Verschwörer. Zur Geschichte und Soziologie der deutschen nationalsozialistischen Geheimbünde 1918-1924. Heidelberg 1979 (Reimpresión de la edición de 1924). pp. 73-75, Deutschvölkischer Katechismus. H. 1, Vol. 2 y 3, Leipzig 1931 y 1932.

79 v. a este respecto, por ejemplo, Deutschvölkischer Katechismus. H. 1. p. 1; v. como ejemplo de las repetidas características de las membresías Der Deutschnationale Vereinsmensch. En: Deutsche Handels-Wacht 24 (1917). p. 42, y O. Willke: Wie kann der D[eutsch]b[und]-Br[uder] in der jetzigen Notzeit wirtschaftlich durchhalten. En: Deutschbund e. V. 1894. Bundesamtliche Mitteilungen der Kanzlei 1932, 4. St. p. 19; en el segundo caso se mencionan doce membresías (de las cuales, dos en las asociaciones *völkisch*: Liga Alemana, Asociación Pangermana), y en el primer caso, catorce, de las cuales ocho son en las organizaciones *völkisch* Asociación Pangermana, Asociación Alemana-nacional de Auxiliares de Operación, Asociación Imperial del Partido *völkisch* Alemán, Asociación contra la Arrogancia del Judaísmo, Orden de los Germanos, Sociedad Abeto de 1914, Alianza Alemana contra la Emancipación de la Mujer y Alianza de Protección a la Mujer Alemana.

80 Esto no es en última instancia la consecuencia de que se hayan acercado las asociaciones nacionales y clasistas aisladas al pensamiento nacional, establecido especialmente al finalizar la Primera Guerra Mundial (concretamente, a ideologemas aislados como el racismo, que encontraba expresión, entre otros, en „parágrafos arios“), o incluso al movimiento, sin que éstos puedan

Puede considerarse sólo como deseo *völkisch* y parte de la propaganda partidista el afirmar que en la segunda década del siglo “millones de alemanes [...] [se encontraban] organizados según criterios *völkisch*” y que “el movimiento *völkisch*” había tomado las dimensiones de “una gran corriente”⁸¹. En comparación con la época anterior a la guerra, y a pesar de diferentes reparos manifiestos y decisivas objeciones, había cambiado la postura frente a los partidos y al Parlamento, si bien grandes partes del movimiento, aún partidario de un ideal teórico de educación, no habían participado en el desarrollo mismo y llevaban una existencia que el público no percibía, o bien no era perceptible para ellos⁸².

En contraposición a los miembros del movimiento *völkisch* de tiempos del imperio, que se entendían como una fuerza extraparlamentaria que operaba por encima de los partidos, las generaciones *völkisch* juveniles de los años cercanos a 1900 –marcadas por el pensamiento postguillermino, el movimiento juvenil, la guerra mundial y la confusión posconflicto, y ahora también por uno que otro miembro del movimiento *völkisch* ya gastado– veían en el parlamentarismo un vehículo importante para hacer realidad las ideas y exigencias *völkisch*, estatales y sociales, en una fase de transición hasta alcanzar sus metas. En esto permanecieron fieles a sus principios antiparlamentarios de la época del Imperio y concebían –siguiendo su comprensión como “oposición fundamental” contra el Estado de Weimar⁸³– “todo el funcionamiento partidista, toda la esencia de los mismos y las fracciones en el Parlamento únicamente como medio para el fin dentro de la lucha de hoy”⁸⁴. Este proceso de cambio estratégico y organizativo, que percibieron incluso algunos simpatizantes externos⁸⁵, tuvo como consecuencia que

considerarse globalmente como parte del movimiento *völkisch*: como ejemplo de esto pueden tomarse la Asociación Pangermana y la Cooperativa Alemana de la Nobleza, que introdujeron, por motivos preferentemente antisemitas, “parágrafos arios” en 1919 („Declaración de Bamberg“) y en 1920 (Reforma al Reglamento); sobre esto, Hering: Nation. pp. 138-153 y Malinowski: König. pp. 157-197, esp. 175-189 y 321-357, „Bamberger Erklärung“ (Erklärung des Alldeutschen Verbandes vom 16.2.1919) v. „Bamberger Erklärung“ (Erklärung des Alldeutschen Verbandes vom 16.2.1919). En: Alldeutsche Blätter 29 (1919). pp. 65-69, y Satzung der Deutschen Adelsgenossenschaft [vom 2.12.1920 mit Nachträgen vom 26.11.1921 y 25.9.1923]. Berlin 1923.

81 Gerstenhauer: Wer. p. 48.

82 v. a este respecto las argumentaciones opuestas Die Völkischen in Weimar und Theodor Fritsch. Zum Führerstreit. En: Hammer 1924. No. 533. pp. 325-327, aquí pp. 326s., y 1926, No. 571. pp. 137-143, aquí p. 141

83 Barth: Dolchstoßlegenden. p. 379.

84 Koerner: Kultur. p. 3; [Wilhelm] St[apel]: Das Elementare in der völkischen Bewegung. En: Deutsches Volkstum. Monatsschrift für das deutsche Geistesleben 26 (1924). pp. 213-215. v. a esto Niemeyer: Bewegung, pp. 85-91.

85 E. K. Zelenka (d. i. Erwin Kreuzer): Völkische Bewegung und Alt-Katholizismus. En: Alt-Katholisches Volksblatt 62 (1931). pp. 346-348, 354-357, 362-365, aquí pp. 346s.

en el transcurso de los años veinte se comprometieran como partido político algunos miembros del movimiento *völkisch*, entre ellos, incluso, toda una serie de los llamados antiguos *völkisch* (especialmente, de las filas del ala antisemita del movimiento) –inicialmente en el DNV (Partido Popular Nacionalista Alemán) y, en la misma forma conflictiva, unos años después, en el NSDAP (Partido Alemán Nacionalsocialista de los Trabajadores)–, y que accedieran a los parlamentos estatales y al Parlamento (Reichstag)⁸⁶.

Hacia la mitad de los años veinte se precipitó, sin embargo, el movimiento *völkisch* en una difícil “crisis” interna que percibió la prensa *völkisch* y también la opinión pública⁸⁷. Los quiebres dramáticos en el *Hammer*, cuyo tiraje descendió de 11.000 (en 1925), inicialmente, a 8.000 (en 1928), 6.000 (en 1930) y, finalmente, a 2.500 (en 1933), evidencian igualmente, y en forma impresionante, la crisis existencial del movimiento *völkisch*, como aquel círculo de lectores de la prensa ideológica *völkisch*, estimado al final de los años veinte en sólo 20.000 personas⁸⁸.

86 v. a este respecto, para la primera época de la República de Weimar Jan Striesow: *Die Deutschnationale Volkspartei und die Völkisch-Radikalen 1918-1922*. Vol. 1. 2. Frankfurt a. M. 1981, y aquí y allí, y para el Parlamento, las indicaciones en Martin Döring: „Parlamentarischer Arm der Bewegung“. *Die Nationalsozialisten im Reichstag der Weimarer Republik*. Düsseldorf 2001, pp. 65s.; Thomas Mergel: *Parlamentarische Kultur in der Weimarer Republik. Politische Kommunikation, symbolische Politik und Öffentlichkeit im Reichstag*. Düsseldorf 2002. pp. 320-323; Thomas Mergel: *Das Scheitern des deutschen Tory-Konservatismus. Die Umformung der DNV zu einer rechtsradikalen Partei 1928-1932*. En: *Historische Zeitschrift* 276 (2003). pp. 323-368; así como Joachim Lilla (Redact.): *Statisten in Uniform. Die Mitglieder des Reichstags 1933-1945. Ein biographisches Handbuch. Unter Einbeziehung der völkischen und nationalsozialistischen Reichstagsabgeordneten ab Mai 1924*. Düsseldorf 2004; y –con indicaciones sobre los estados– Hans Fenske: *Konservatismus und Rechtsradikalismus in Bayern nach 1918*. Bad Homburg v. d. H. 1969. pp. 232-242; Justus H. Ulbricht: *Kulturrevolution von rechts. Das völkische Netzwerk 1900-1930*. En: Detlev Heiden/Gunther Mai (Ed.), *Nationalsozialismus in Thüringen*, Weimar u. a. 1995, pp. 29-48; Beate Behrens: *Mit Hitler zur Macht. Aufstieg des Nationalsozialismus in Mecklenburg und Lübeck 1922-1933*. Rostock 1998, pp. 30-34 y Claus-Christian W. Szejnmann: *Nazism in Central Germany. The Brownshirts in ‘red’ Saxony*. New York, Oxford 1999. pp. 25-33; eine gründliche Untersuchung von parteipolitischem und parlamentarischem Wirken der Völkischen stellt ein Desiderat dar.

87 V.A.Sk.: *Völkisches – Unvölkisches. Zur Klärung und Sammlung*. En: *Heimdall* 32 (1927). pp. 6-8; 31-33, aquí p. 6; v. también Walther Kramer: *Zur Krise des völkischen Gedankens (Brief an einen Völkischen)*. En: *Hammer* 1929, No. 640. pp. 89-95. v. en este contexto Ian Kershaw: *Hitlers Macht. Das Profil der NS-Herrschaft*. München 1992. p. 65 y para Munich Mathias Rösch: *Die Münchner NSDAP 1925-1933. Eine Untersuchung zur inneren Struktur der NSDAP in der Weimarer Republik*. München 2002. pp. 35-41.

88 El tamaño del tiraje sufría desde el principio una y otra vez ligeras variaciones, como se evidencia en los siguientes valores: 1902: 8.000, 1904 y 1906: 5.000, 1908: 4.600, 1910: 5.000, 1911: 5.300, 1912: 5.400; de los años siguientes hasta 1925 no hay datos disponibles. Tras las caídas desde mediados de los años veinte el tiraje permaneció inicialmente constante después de 1933, en

Quiebres sufrió también el número de afiliados de las organizaciones *völkisch*; la Liga Alemana, en sus propias palabras, la más antigua e influyente organización *völkisch* alemana, perdió, por ejemplo, sólo entre 1925 y 1926, 246 afiliados⁸⁹. Las causas de esta crisis son variadas: tienen que ver con la estabilización del sistema político de la República de Weimar, pero también son la expresión de la “fragmentación” del sector *völkisch*, repetida y ardientemente criticada por los mismos participantes, y de las luchas internas entre los caudillos *völkisch*⁹⁰. Decisivo fue el conflicto que se presentó a partir de 1924 –a pesar de su cercanía ideológica y cooperación temporal, sobre todo a través del Partido Völkisch Alemán de la Libertad⁹¹– con el nacionalsocialismo⁹², conflicto notorio que se perfiló ya desde los inicios de los años veinte (la oposición de Hitler y Goebbels contra el sector *völkisch* es ya conocida)⁹³. Este último partido no se había plegado a las exigencias de lo *völkisch* ni había querido integrarse en el movimiento *völkisch*, descartando

cerca de 2.500 para hundirse en 1939 hasta 1.720; datos de las publicaciones Zeitschriften- und Zeitungs-Adreßbuch. Handbuch der deutschen Presse. Leipzig 1902-1939 de Sperling. Sobre los lectores v. Worin wurzelt der geringe Erfolg der völkischen Presse? En: Hammer 1929. No. 657. pp. 556s.

- 89 El número de afiliados llegó en 1925 a 3.250, y en 1926, a 3.004; Dieter Fricke: Deutschbund. En: Lexikon zur Parteiengeschichte. Die bürgerlichen und kleinbürgerlichen Parteien und Verbände in Deutschland. 1789-1945. Vol. 1. Ed. v. Dieter Fricke u. a. Köln 1983. pp. 517-525, aquí p. 517, y Stammrolle des Deutschbundes; zur Mitgliederentwicklung vor dem Ersten Weltkrieg Puschner: Bewegung. p. 384. Sobre la autoevaluación del movimiento, v. el anuncio en Alldeutsche Blätter 30 (1920). p. 107.
- 90 Theodor Fritsch: Zum Führerstreit. En: Hammer 1926, No. 571, pp. 137-143, aquí 142; v. también Theodor Fritsch: Der völkische Rückschlag. En: Hammer 1925, No. 541. pp. 3s. y Gedanken-Boykott und Selbst-Erdrosselung bei den Völkischen. En: Hammer 1925, No. 541. pp. 98-100; M. Furian: Führer. En: Heimdall 30 (1925). pp. 2s.; así como [Wilhelm] St[apel], Die völkische Bewegung. En: Deutsches Volkstum. Monatsschrift für das deutsche Geistesleben 28 (N.F. 8) (1926). pp. 387-390, aquí pp. 388ss., y Cartas de Alfred Roths al Al Archivo Principal del NSDAP del 14.1. y 4.2.1940. Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde NS 26/852. v. a este respecto también los ataques provenientes del sector del Heimdall contra Hammer: Geschäfts-Völkische. En: Heimdall 33 (1928). pp. 84 y 99.
- 91 Döring: Brazo. p. 66 y aquí y allí; Manfred Weissbecker: Deutschvölkische Freiheitspartei. En: Lexikon zur Parteiengeschichte. pp. 550-558; v. en este contexto también el estudio regional de Jürgen Hartmann: Völkische Bewegung und Nationalsozialismus in Lippe bis 1925. Ein Beitrag zur Entstehung und Frühzeit der NSDAP. En: Lippische Mitteilungen 60 (1991), pp. 149-1981, 149-198.
- 92 v. a este respecto Hartmann: Bewegung. pp. 149-198.
- 93 Sobre esto puntualiza Barbara Zehnpfennig: Hitlers Mein Kampf. Eine Interpretation. München 2000. pp. 165s. y pp. 175-177 y Ulrich Höver: Joseph Goebbels, ein nationaler Sozialist. Bonn, Berlin 1992. pp. 271s.; v. frente a esto, sobre las disputas *völkisch* con „Mi lucha“ Othmar Plöckinger: Geschichte eines Buches. Adolf Hitlers „Mein Kampf“ 1922-1945. München 2006. pp. 327-338.

parte de sus raíces⁹⁴. La situación cambió con los éxitos electorales del NSDAP (Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores) al final de los años veinte, que vinieron acompañados de un cambio en el ánimo del movimiento popular, notorio en las publicaciones –especialmente, en el círculo del *Hammer*–, sin que los miembros del movimiento *völkisch* fueran absorbidos por el nacionalsocialismo⁹⁵. Sin embargo de ninguna manera es correcto decir en la generalización que “los desechos del naufragio *völkisch* [...] se hayan an[exado] a Hitler”, como afirmó Konrad Heiden en 1932 en su historia del nacionalsocialismo⁹⁶; pues, a pesar de la proclamación abierta de sus simpatías por parte de las filas del movimiento popular, con las cuales algunas cabezas dirigentes y los portavoces –Willibald Hentschel (1929-1934), Bernhard Koerner (1933), Alfred Ploetz (1937), Otto Sigfrid Reuter (1939), Ernst Conde de Reventlow (1927), Alfred Roth (1928-1929, 1937), Richard Ungewitter (1933), Thomas Westerich (1928)– firmaron su propia sentencia al ingresar al NSDAP⁹⁷, quedó existiendo una clara distancia, fundada en la elitista autoapreciación popular, frente al movimiento nacionalsocialista. En

- 94 Puschner: Handbuch. pp. 9-12 y Niemeyer: Bewegung. pp. 47-56 y 98-107; v. en este contexto también las indicaciones literarias más arriba. Hitler ya había rechazado en 1922 un trabajo conjunto con los miembros del movimiento *völkisch*; Striesow: Volkspartei. p. 405. Sin embargo existían estrechos contactos con la Asociación Pangermana; Joachim Petzold: Claß und Hitler. Sobre características comunes y diferencias del movimiento *völkisch* y el nacionalsocialismo v. Stefan Breuer: Nationalismus und Faschismus. Frankreich, Italien und Deutschland im Vergleich. Darmstadt 2005. pp. 146-161.
- 95 v. Theodor Fritsch, Zum Führerstreit II. En: Hammer 1926, No. 573. pp. 196-202; Theodor Fritsch, Von den National-Sozialisten. En: Hammer 1929, No. 649. pp. 321-323 y Rudolf Linke: Von den National-Sozialisten II. Eindrücke und Betrachtungen anlässlich ihres nürnbergger Parteitagess. En: Hammer 1929, No. 654. pp. 462-466, así como Zumbini: Wurzeln. pp. 626s.; Steven Nyole Fuller: The Nazis Literary Grandfather. Adolf Bartels and cultural extremism. 1871-1945. New York u. a. 1996. p. 165 y sobre el comportamiento ambivalente de Bartels frente al nacionalsocialismo pp. 160-167, así como Thomas Rösner: Adolf Bartels. En: Puschner/Schmitz/Ulbricht: Handbuch zur „völkischen Bewegung“, pp. 874-894, aquí pp. 889-892; un vistazo general sobre los escritos de Bartels lo proporciona Manfred Stoppel: Adolf Bartels. Eine Bio-Bibliographie. Toppenstedt 2002. v. en este contexto también el ejemplo de la editorial muniquesa J. F. Lehmanns en Patrick Krassnitzer: An allen Fronten unbesiegt. Weltkriegserinnerung und ihre politische Instrumentalisierung in den Publikationen des J. F. Lehmanns Verlages 1916-1935. En: Sigrid Stöckel (Ed.), Die „rechte“ Nation und ihr Verleger. Politik und Popularisierung im J. F. Lehmanns Verlag 1890-1979. Berlin 2002. pp. 109-136, esp. pp. 125-127.
- 96 Konrad Heiden: Geschichte des Nationalsozialismus. Die Karriere einer Idee. Berlin 1932. p. 237.
- 97 En una revisión del Archivo Federal Berlin-Lichterfelde/West se encontraron aproximadamente 130 importantes representantes del movimiento *völkisch* en los registros locales de los afiliados al NSDAP. Sobre Roth s. a. Uwe Lohalm, Alfred Roth. En: Franklin Kopitzsch/Dirk Brietzke (Ed.), Hamburgische Biografie. Personenlexikon. Vol. 2. Hamburg 2003. pp. 351s., según lo cual Roth abandonó de nuevo el NSDAP recién en 1932 porque no estaba dispuesto a deponer su membresía en la Asociación Pangermana.

octubre de 1932 la dirección de la Liga Alemana le confirió expresión a esa postura de lo *völkisch* en una proclama oficial, diciendo: “La dirección de la Liga, que no pasa por alto las debilidades tácticas y estructurales del nacionalsocialismo, lamenta que se le haya bloqueado a Hitler el camino a una conducción responsable, y con ello, a la acreditación de su voluntad política”⁹⁸.

En igual forma, la mayoría de los miembros del movimiento *völkisch* –entre ellos, la jefatura de la Liga Alemana⁹⁹– ovacionó la transmisión del poder a Hitler. Mientras que algunos creyeron haber alcanzado su meta, como Otto Sigfrid Reuter, el *espíritu rector* de la Comunidad de Creyentes en lo Alemán –y cuya Orden Alemana, agitadora desde 1911 sobre la base de su ideología germanista, suspendió sus labores al inicio del verano de 1933¹⁰⁰–, otros reaccionaron con reservas, a pesar de sus manifestaciones de sumisión. “El 30 de enero de 1933 será el día del destino de Alemania”, proclamó el *Hammer* en su edición de marzo, invitando igualmente a su clientela a atribuirse el derecho y el deber de “cerrar filas en forma apremiante al lado del gobierno de Adolfo Hitler”¹⁰¹.

El 30 de enero de 1933 fue, efectivamente, un día del destino para el movimiento *völkisch*, que se encontraba en la continuación dinámica de su crisis, que venía desde mediados de los años veinte, hacia un proceso de disolución. Si bien el nacionalsocialismo, en una táctica de abrazos, cubrió a toda una serie de líderes

98 Bundesleitung und politische Parteien. En: Deutschbund e. V. 1894. Bundesamtliche Mitteilungen der Kanzlei, zur vertraulichen Benutzung im Kreise des Deutschbundes bestimmt 1932. 4. St. p. 17. v. a este respecto también Achtung! Achtung! En: Kampf. Für deutsche Freiheit und deutsche Kultur 3 (1932). p. 17.

99 Discurso de Max Robert Gerstenhauers en la manifestación de la Liga Alemana con motivo de las elecciones para el Parlamento del 5.3.1933, reprod. en: Gerstenhauer: Gedanke. pp. 101s.

100 Deutschgläubig. Eine Geschichte der Deutschgläubigen Gemeinschaft unter besonderer Berücksichtigung der Beziehungen zu den zeitgenössischen völkisch-religiösen Gründungen des XX. Jahrhunderts. Ed. Deutschgläubigen Gemeinschaft. Vol. 1. sin lugar 1968. pp. 19s.; Wolfgang Elbert: Erinnerungen an Otto Sigfrid Reuter. En: Ring der Treue. Mitteilungen der Deutschgläubigen Gemeinschaft 16 (1972), 7. Folge. pp. 1-20, aquí p. 15. Sobre Reuter v. Neue Deutsche Biographie. Vol. 21. Berlin 2003. pp. 465-467. v. también Max Robert Gerstenhauer: Bekenntnis des Deutschnationalen zum Führer und zum Dritten Reich. En: Festschrift des Deutschnationalen zum Vierzig-Jahrfeier in Frankfurt am Main vom 25. bis 27. Mai 1934. Ed. v. Werner Kulz. Leipzig o. J. (1934). pp. 3-5.

101 Kurt Herwarth Ball: Die Revolution beginnt. En: Hammer 1933. No. 737/738. pp. 55-60, aquí pp. 55 y 60. Frente a esto el editor de Heimdall, Adolf Reinecke, en un editorial (Adolf Reinecke: Auf aufsteigender Bahn! En: Heimdall 38 [1933], No. 3/4. pp. 1-3), depositó sus esperanzas *völkisch* en el nacionalsocialismo y saludó con júbilo la transmisión del poder a Hitler; de manera similar se expresó en el mismo número un lector (Leserbrief: Zur inneren Staatskunst. En: Heimdall 38 [1933], No. 3/4. p. 4), aludiendo a los trabajos previos de los miembros del movimiento *völkisch* y exhortó a la dirección nacionalsocialista a no olvidar esto.

völkisch con el título honorífico del así llamado pionero *völkisch*¹⁰², incluso con un salario honorífico –y los paladines de Hitler, Richard Walter Darré, Heinrich Himmler y Alfred Rosenberg, les dieron espacio a algunos miembros del movimiento *völkisch* y a algunas ideas *völkisch* dentro de sus influyentes esferas¹⁰³–, a pesar de todo ello, decíamos, se hizo muy pronto evidente que los deseos y esperanzas de lo *völkisch*, expresados al final de enero de 1933, no se cumplirían; por ejemplo, aquella esperanza de los miembros religiosos del movimiento *völkisch* del “reconocimiento de su fe como religión del nuevo imperio”¹⁰⁴. Después de haberse expresado Hitler inequívocamente ya en los años veinte contra los populares, en su declaración de gobierno ante el Parlamento imperial el 30 de enero de 1933 los enlistó, junto con los “ideólogos comunistas” y el “intelectualismo burgés”, entre “los enemigos del nuevo mando”¹⁰⁵. Sin embargo, no se puede hablar de persecución, aun cuando en casos aislados algunos miembros del movimiento *völkisch* emigraron –como Ernst Hunkel, a Suecia–, y otros –como Reinhold Wulle– fueron encarcelados¹⁰⁶. No obstante, estuvieron sometidos a represalias los miembros del movimiento *völkisch*, especialmente los nuevos paganos¹⁰⁷. “A

- 102 v. a este respecto Akten der Partei-Kanzlei der NSDAP. Rekonstruktion eines verlorengegangenen Bestandes. Sammlung der in anderen Provenienzen überlieferten Korrespondenzen, Niederschriften von Besprechungen usw. mit dem Stellvertreter des Führeres und seinem Stab bzw. der Partei-Kanzlei, ihren Ämtern, Referaten und Unterabteilungen sowie mit Heß und Bormann persönlich. Edit. v. Institut für Zeitgeschichte. T. 1, Vol. 1-2. Bearb. v. Helmut Heiber. München, Wien 1983, No. 10194, 10218, 11060, 11669, 11677, 11800, 18322, 20421, 24237 y esp. 29824.
- 103 v. a este respecto Michael Kater: Das „Ahnenerbe“ der SS 1935-1945. Ein Beitrag zur Kulturpolitik des Dritten Reiches. München 3. Aufl. 2001, y Reinhard Bollmus: Das Amt Rosenberg und seine Gegner. Studien zum Machtkampf im nationalsozialistischen Herrschaftssystem. München 2. Aufl. 2006, zu Rosenberg Ernst Piper: Alfred Rosenberg. Hitlers Chefideologe. München 2005.
- 104 Stefanie von Schnurbein: Die Suche nach der „arteigenen“ Religion in „germanisch“- und „deutschgläubigen“ Gruppen. En: Puschner/ Schmitz/Ulbricht: Handbuch zur „völkischen Bewegung“ 1871-1918. pp. 172-185, aquí p. 183. v. a este respecto Wolfgang Dierker: Himmlers Glaubenskrieger. Der Sicherheitsdienst der SS und seine Religionspolitik 1933-1941. Paderborn u. a. 2002. pp. 141 y 206-209.
104. Max Domarus (Ed. y Rev.): Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Vol. 1. Würzburg 1962. p. 354.
- 105 Max Domarus (Edit. y Bearb.): Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Vol. 1. Würzburg 1962. p. 354.
- 106 La anotación sobre Ernst Hunkel se la agradezco al Prof. Dr. Arnhelm Neustüß (Berlin); sobre Wulle v. Philip Rees: Biographical Dictionary of the extreme right since 1890. New York *et al.* 1990. p. 415.
- 107 Anotaciones a este respecto en Geza von Nemeyi: Heidentum und NS-Ideologie (=G[ermanische] G[laubens] G[eemeinschaft]-Sonderheft). Sin lugar, sin año [Berlin 1999]. v. también Arbeitsanweisungen 1937/38 für II 113 des SD-Hauptamtes, mitgeteilt durch Verfügung des SD-Oberabschnitts Süd-West an die SD-Unterabschnitte Württemberg, Baden, Pfalz, Saar vom 15. Februar 1938. En: Berichte des SD und der Gestapo über Kirchen und Kirchenvolk in Deutschland 1934-

mí los señores me han incautado hoy la obra completa del plan original del educador del pueblo, me prohibieron el mismo, arruinaron mi existencia”, informaba Wilhelm Schwaner en marzo de 1937 al catedrático historiador y sociólogo Kurt Breysig, a quien le había sucedido algo similar, a lo cual Schwaner comentó: “Ahora también usted está ‘terminado’ para esa gente, a quienes usted, con su cátedra y sus libros apremiantes (y quizás también, en medida más modesta, con biblia germana y cruz gamada), les preparó el camino”¹⁰⁸. Quejas semejantes se encuentran a menudo: éstas tuvieron como consecuencia, tras la inicial euforia, un creciente distanciamiento de partes del campamento popular respecto al nacionalsocialismo¹⁰⁹. A más tardar al final de los años treinta, miembros del movimiento *völkisch* se encontraban jerárquica y estructuralmente sometidos al nacionalsocialismo, y marginados; algunas organizaciones ya se habían disuelto, o bien habían sido obligadas a pensar en la misma forma; otras, como la Liga Alemana, claramente cercana al nacionalsocialismo, existían en las sombras¹¹⁰.

Sólo unas pocas organizaciones que eran miembros del movimiento *völkisch*, por ejemplo, comunidades religiosas que hacían parte del movimiento *völkisch* del ala no cristiana, sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial. Menos exitosos fueron los intentos de algunos miembros del movimiento *völkisch* de reorganizarse –en el Partido Alemán de la Reconstrucción, fundado en octubre de 1945 por Joachim von Ostau y Reinhold Wulle– y retomar tradiciones de los años veinte¹¹¹.

1944. Bearb. v. Heinz Boberach. Mainz 1971. pp. 924-927, y Dokumente zur Kirchenpolitik des Dritten Reiches. Vol. 3. Ed. Gertraud Grünzinger y Carsten Nicolaisen. Gütersloh 1994, esp. 164 y 266s.

108 Wilhelm Schwaner a Kurt Breysig, Rattlar, 21.3.1937; Staatsbibliothek Preußischer Kulturbesitz, Berlin, Handschriftenabteilung NL Breysig; v. en este contexto también Pierluca Azzaro: Deutsche Geschichtsdenker um die Jahrhundertwende und ihr Einfluß in Italien. Kurt Breysig, Walther Rathenau, Oswald Spengler. Bern u. a. 2005. p. 489, y sobre Schwaner Neue Deutsche Biographie. Vol. 23. Berlin 2007, pp. 783s.

109 Como ejemplo de esto sirven los prólogos al Geschlechterbuch (Genealogisches Handbuch Bürgerlicher Familien); v. por ejemplo Deutsches Geschlechterbuch Vol. 84 (1935), p. VII, Vol. 90 (1936), p. VIII, Vol. 118 (1943), p. VI.

110 Fricke: Deutschbund 1993. p. 517 y pp. 523s.; Fricke: Deutschbund 1996, pp. 339s. v. también Theodor Scheffer: Adolf Hitler, der Deutsche. En: Deutschbund-Blätter 49 (1944). pp. 1-3.

111 Sobre los religiosos v. Stefanie von Schnurbein: Göttertrost in Wendezeiten. Neugermanisches Heidentum zwischen New Age und Rechtsradikalismus. München 1993; Ulrich Nanko: Religiöse Gruppenbildung vormaliger ‚Deutschgläubiger‘ nach 1945 y Stefanie von Schnurbein: Religion of nature or Racist Cult? Contemporary Neogermanic Pagan Movements in Germany. Ambos en: Cancik/Puschner (Edit.): Antisemitismus, Paganismus, Völkische Religion. pp. 121-134 y 135-149. Sobre el Partido Alemán de la Reconstrucción, Manfred Jenke, Verschwörung von rechts? Ein Bericht über den Rechtsradikalismus in Deutschland nach 1945. Berlin 1961, esp. p 55; Kurt Tauber: Beyond Eagle and Swastika. German Nationalism since 1945. vol. 1. 2. Middletown, Connecticut 1967, aquí vol. 1, pp 50-61 *passim* y Horst W. Schmollinger: Die Deutsche

Un conjunto organizativo, como el que existió antes y después de la Primera Guerra Mundial hasta el inicio de los años treinta, no pudo reconstruirse¹¹². Los grupos *völkisch* aislados (religiosos) han permanecido marginados hasta el presente, en contraposición con la ideología *völkisch*, cuyas decoraciones portátiles pueden constatarse en el extremismo contemporáneo de derecha, en el esoterismo o en automovimientos culturales como New Age, Fantasy o Gothik¹¹³.

Konservative Partei – Deutsche Rechtspartei. En: Richard Stöss (Ed.), Parteien-Handbuch. Die Parteien der Bundesrepublik Deutschland 1945-1980. Vol. 1. Opladen 1983. pp. 982-1024, aquí pp. 985-989.

- 112 Lo mismo es válido para los ideólogos *völkisch* que se dejaron oír de nuevo tras la Segunda Guerra Mundial; v. p.e. Richard Ungewitter: Der Untergang der Menschheit oder Umkehr vom falschen Wege. Eine Warnung. Privatdr. sin año [aprox. 1952].
- 113 v. a este respecto Thomas Grumke, Bernd Wagner: Handbuch Rechtsradikalismus. Personen, Organisationen, Netzwerke vom Neonazismus bis in die Mitte der Gesellschaft. Opladen 2002; Nicholas Goodrick-Clarke: Black Sun. Aryan Cults, Esoteric Nazism and the Politics of Identity. New York, London 2002, y Nanko: Gruppenbildung, así como Schnurbein: Religion. Algunos elementos tradicionales del pensamiento *völkisch* se encuentran en la actualidad en la Fantasy-Literatur, en movimientos alternativos o en el segmento Black Metal del movimiento Gothic: ver a este respecto, p.e. Stefanie von Schnurbein: Kräfte der Erde – Kräfte des Blutes. Elemente völkischer Ideologie in Fantasy-Romanen von Frauen. En: Weimarer Beiträge 44 (1998). pp. 600-614; Justus H. Ulbricht: Die Heimat als Umwelt des Volkes. Ökologische Denkfiguren in Ideologie und Programmatik „neurechter“ Organisationen. En: Richard Faber/Hajo Funke/ Gerhard Schoenberger (Ed.), Rechtsextremismus. Ideologie und Gewalt. Berlin 1995. pp. 221-240; Daniela Tandecki: Nachtsaiten der Musik. Grauzonen und Braunzonen in der schwarzen Musikszene. sin lugar, sin año [Berlin 2000]; Andreas Speit (Edit.): Ästhetische Mobilmachung. Dark Wave, Neofolk und Industrial im Spannungsfeld rechter Ideologien. Münster 2002; Christian Dornbusch/Jan Raabe (Ed.), RechtsRock. Bestandsaufnahme und Gegenstrategien. Münster 2002; Felix Wiedemann: Rassenmutter und Rebellin. Hexenbilder in Romantik, völkischer Bewegung, Neuheidentum und Feminismus. Würzburg 2007. v. también el informe sobre un congreso en el Museo Nacional Germánico: Ingo Wiwijorra: „Völkisch und national“. Denktraditionen und Mythenbildungen im 21. Jahrhundert. In: <http://hsozkult.geschichte.hu-berlin.de/tagungsberichte/id=973>

Peter Reichel (1942) es profesor de Ciencia Política. En su libro La hermosa apariencia del Tercer Reich, de 1991, analiza la relación entre la estetización de la violencia y el éxito del socialismo nacional en Alemania. La “hermosa apariencia” es un tema difícil dentro de un capítulo difícil de la historia alemana.

LA HERMOSA APARIENCIA DEL TERCER REICH

Peter Reichel

Desde hace cuatro décadas no hemos podido encontrarle una proporción a nuestro pasado. Nuestra actitud frente al mismo ha sido hasta ahora algo desproporcionada. Los vencedores de la guerra determinaron, al principio, dicha actitud. Lo que comenzó siendo una acción burocrática de limpieza a gran escala (desnazificación) terminó convirtiéndose, sin embargo, en un movimiento de amnistía, grande pero silencioso. Los que mantuvieron un vínculo con la época del nacionalsocialismo, mientras en los años cincuenta acontecía el milagro de la economía, lo hicieron de manera involuntaria. Los que pertenecieron a la generación del 68 y les hicieron una consulta, ya muy tarde, a padres y madres –que habían sido tanto autores como cómplices de los hechos pasados– sobre sus actos (Christian Geißler), se movieron casi siempre en el límite que separaba las ilusiones *heroicas* de un antifascismo *torpe*¹. Quienes se dedicaron en los años setenta a estudiar el fascismo alemán intentaron liberarse de prejuicios, en un entorno que se había transformado. Y quienes aún en la actualidad se dedican a este tema, o bien caen en el anacronismo, o bien amenazan con convertirse en parte de una cultura floreciente de desconcierto y de superación, cultura en la cual el interés por el pasado alemán es concomitante con su represión. El espíritu neoconservador de la época desea que el pasado alemán se normalice. Hay que allanar las irregularidades y peligros que aún existen en el ámbito confuso de la historia nacional. Historiadores conocidos se ocupan actualmente de “una especie de ajuste de cuentas” con el pasado (J. Habermas)². Lo que determinó a la República Federal determina más que nunca a la Alemania unificada: este Estado quiere mostrar lo mejor de sí.

1 Christian Geißler es un escritor alemán. Su libro *Anfrage*, ‘La consulta’, apareció en 1960. (Nota de los compiladores)

2 Jürgen Habermas es un filósofo y sociólogo alemán. (Nota de los compiladores)

Así suene como algo insignificante o servil, como algo involuntario o descuidado, como algo vergonzoso o radical en la manera de expresarlo: nos movemos entre extremos. Reprimimos o comercializamos la época del nacionalsocialismo, le quitamos importancia o la demonizamos, según la generación a la que pertenezcamos, según la ocasión y el interlocutor. No nos gusta recordar la época nazi tal y como fue: así de contradictoria, así de problemática y, en ocasiones, así de vergonzosamente fascinante. La comprensión colectiva que tenemos de nosotros mismos considera la autocritica más como una debilidad que como una condición necesaria para alcanzar una conciencia nacional ilustrada. Nuestra manera de percibir aún mutila y distorsiona la verdad histórica. Además, nuestra moral no encuentra el justo medio entre el razonamiento burgués de utilidad y la relativización evasiva. Nuestra moral, o compensa culpa con culpa, o intenta compensar la culpa con el llamado acto de reparación, o relativiza el holocausto que ocurrió durante *el siglo de la barbarie* (J. Améry)³, considerándolo como *un simple genocidio más entre muchos*. En todo caso, a la mayoría no le gusta insistir en su horrorosa singularidad⁴. Esto se les deja a las víctimas y a sus descendientes. Lo que no se puede superar se expresa justamente en la medida de la desproporción.

El modo como abordamos nuestro pasado ha sido objeto de análisis tan controversiales como el pasado mismo. Desde tiempo atrás, la represión colectiva del pasado se ha descrito como la “incapacidad para llevar un luto” (A. y M. Mitscherlich)⁵. También nos hemos lamentado por ella. Por otra parte, el olvido y la supresión se hicieron algo más llevaderos, en cuanto se los necesitaba para la integración social; así, se le dio la bienvenida al rápido resurgimiento de la República Federal. Incluso el carácter contradictorio de las opiniones sobre la *superación del pasado* revela qué tan difícil ha sido dicha superación. Sin embargo, el arte y la ciencia nos permiten tener la esperanza de que el intento sostenido de lograr una tal *superación* no permanecerá infructuoso a largo plazo. La época del nazismo ha sido el tema preferido de la literatura de la postguerra, pero también del cine, del teatro y de las artes escénicas. La investigación histórica sobre dicha

3 Escritor austriaco. (Nota de los compiladores)

4 Jean Améry, *Jenseits von Schuld und Sühne. Bewältigungsversuche eines Überwältigten*. München, 1966. pp. 101 y ss.; Wolfgang F. Haug, *Vom hilflosen Antifaschismus zur Gnade der späten Geburt*. Hamburg/Berlin, 1987; Arno Plack, *Wie oft wird Hitler noch besiegt?* Düsseldorf, 1982; Martin Broszat. *Nach Hitler. Der schwierige Umgang mit unserer Geschichte*. Edición de H. Graml y K. D. Henke. München, 1987; Alfred Grosser, *Das Deutschland im Westen. Eine Bilanz nach 40 Jahren*. München, 1985, pp. 230 y ss.

5 Alexander y Margarete Mitscherlich, *Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*. München, 1967; Hermann Lübbe, “Es ist nichts vergessen, aber einiges ausgeheilt. Der Nationalsozialismus im Bewußtsein der deutschen Gegenwart”, en, *Deutschlands Weg in die Diktatur. Internationale Konferenz zur Machtübernahme*. West-Berlin, 1983.

época tampoco se queda atrás. Ésta se ha nutrido tanto del deseo de olvidar como del deseo de recordar.

Ya 20 años antes, uno de los expertos en las investigaciones sobre la época del nazismo, el historiador Hans Mommsen, afirmó que casi ningún otro hecho de la historia alemana reciente se había investigado tanto como el Tercer Reich y el movimiento nacionalsocialista⁶. Por esta razón, se puede decir, en general, que dicha época es una de las mejor estudiadas. Hace algunos años apareció un ensayo que planteaba la incitadora pregunta acerca de si, en últimas, ya no se habían investigado lo suficiente el nazismo y la Segunda Guerra Mundial. Independientemente de cómo se mida la cantidad y la calidad de la literatura –esta literatura es hace tiempo incommensurable–, después de haberse desarrollado, durante casi cuarenta años, una investigación acerca del nazismo, en la ciencia, en el arte y en la literatura, nos da la impresión de que nos acercamos más a esa realidad –ya sea en su reconstrucción científica o artística– cuanto más nos alejamos de ella. Ya en los años 50 o 60, los que afirmaran que las masas habían sentido una fascinación real por el nazismo, fascinación que habría llegado hasta la clase obrera y que también se habría extendido a otros pueblos europeos –esto ocurrió, en todo caso, en los años anteriores a la guerra–, serían acusados rápidamente de tergiversar la historia e incluso de promover el neonazismo. La realidad que se mantiene reprimida o se cubre con tabúes sólo saldrá a la luz cuando podamos soportar su develamiento en el campo estético, intelectual y moral, pero sobre todo político.

En nuestro caso, dichos tabúes son más marcados que en cualquier otra parte. La fantasía liberadora se desarrolló tradicionalmente menos entre los historiadores y polítólogos contemporáneos, en comparación con otros gremios, debido a que éstos tenían unas convenciones y unos procedimientos metodológicos estrictos. Surgió, por cierto, un cúmulo de investigaciones sorprendentes sobre el sistema de gobierno del Tercer Reich, la élite que lo dirigió, su política exterior y la Segunda Guerra Mundial, pero al punto de vista convencional no le llamaron la atención –ni siquiera desde la perspectiva de la historiografía *burguesa* o *marxista*–, o bien sólo tardíamente, lo incomprendiblemente anormal, el holocausto y la cotidianidad debajo de la esvástica que era difícil de conocer, el universo vital individual y la cultura de la masas, las contradicciones y la normalidad inescrutablemente ambivalente.

6 Hans Mommsen, *Nationalsozialismus*, en C. D. Kernig (Ed.), *Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft. Eine vergleichende Enzyklopädie*. Freiburg, 1971, Vol. 4, col. 695 y ss.; Andreas Hillgruber, *Endlich genug über Nationalsozialismus und Zweiten Weltkrieg? Forschungsstand und Literatur*. Düsseldorf, 1982.

Con el paso de los años, se rechazó la condena puramente moral del régimen nazi –régimen que cometió crímenes terribles–, a favor de un análisis distintivo de las condiciones de su surgimiento y de su eficacia. Los juicios de valor del discurso científico y su deseo políticamente motivado de comprender dicha época fueron, no obstante, algo determinante, y contribuyeron a reducir la perspectiva, pero también, a que el mundo público se sensibilizara frente al pasado. Se comenzó con la tesis de la culpa colectiva –esta tesis se propuso en la etapa temprana de la postguerra– y se llegó a la contemporánea *Disputa de los historiadores*⁷. Independientemente de cómo se evalúe su beneficio científico, la investigación sobre el nazismo –que ya es, de hecho, incommensurable– ha recibido influencia, en parte, de discusiones que se han desarrollado apasionadamente. Dichas discusiones también han sido fuertemente determinantes en el ámbito público⁸.

El fenómeno Hitler generó controversias desde sus comienzos. Aquí se discutió y aún se discute de manera vehemente si debemos comprender el movimiento y el régimen nazi a la luz del hitlerismo, o mejor, como un problema estructural de tipo económico, político y cultural. ¿Acaso la clave para explicar el Tercer Reich está en analizarlo siguiendo el enfoque personalista y biográfico, tal y como éste se muestra en interpretaciones sorprendentes como la de Konrad Heiden o la de Joachim Fest?⁹ ¿Acaso un análisis estructural nos daría una imagen más apropiada de dicha época? ¿O la verdadera solución teórica radica, más bien, en mezclar ambos enfoques, el enfoque personalista y el enfoque estructural?¹⁰

En los años cincuenta, la teoría del totalitarismo tuvo buen recibo, pero más tarde fue objeto de crítica. Surgieron las siguientes preguntas: ¿La estructura y

7 La *Disputa de los historiadores* (*Historikerstreit*) se refiere al debate intelectual que motivó el historiador Ernst Nolte, en 1986, con su tesis de que los crímenes nacionalsocialistas eran una reacción a una percibida amenaza bolchevique. (Nota de los compiladores)

8 Hildebrand, V. Klaus, *Das Dritte Reich*, München 1979, esp. pp. 117 y ss.; Ian Kershaw, *Der NS-Staat. Geschichtsinterpretationen und Kontroversen im Überblick*. Reinbek, 1988; Thomas Chidlers y J. Caplan (Ed.), *Reevaluation of the Third Reich. New Controversies, New Interpretations*. New York/London, 1990.

9 El autor contrapone aquí dos visiones distintas del régimen nazi. Desde una perspectiva, el régimen nazi es visto como el producto de la locura de un individuo, Hitler, o a lo sumo, como consecuencia de acciones e intereses individuales aislados. Desde otra perspectiva, el régimen nazi es visto como el producto de una problemática estructural, esto es, como el resultado de lo que estaba pasando en Alemania en el ámbito económico, político y social. Por eso, el autor quiere que los alemanes se acerquen a la época del nacionalsocialismo no tanto desde una perspectiva personalista y biográfica, sino, más bien, desde una perspectiva estructural y global. (Nota de los compiladores)

10 Véase el resumen del desarrollo de la investigación de Gerhard Schreiber, *Hitler. Interpretationen 1923-1983*. Darmstadt, 1984; Wolfgang Wippermann (Ed.), *Kontroversen um Hitler*. Frankfurt/Main, 1986. Véase también Michael Bosch (Ed.), *Persönlichkeit und Struktur in der Geschichte*. Düsseldorf, 1977.

el funcionamiento del sistema de gobierno nazi deben interpretarse como *una* forma de la dictadura totalitaria? ¿Pero de qué manera con esto conocemos mejor la estructura y el funcionamiento del régimen nazi, en lugar de quedarnos en la simple identificación del origen anticomunista del nazismo en el comunismo estalinista? A este limitado punto de vista se le contrapuso, sin embargo, un estudio comparativo que analizó el nazismo en el contexto del fascismo europeo y, por consiguiente, en relación con la Primera Guerra Mundial, la crisis del liberalismo burgués y la modernización social¹¹.

A finales de los años sesenta surgió una discusión frente a la dependencia político-imperialista entre la economía, el PNOA y el Estado, antes y después de 1933 –esta discusión se remonta a los inicios del régimen nazi¹². Algunos de los que vivieron en aquella época ya discutían si el nazismo, a la luz de la tesis de la “primacía de la economía”, era el simple cómplice o la “agencia al servicio del capital monopólico imperialista”, o si, por el contrario, de lo que había que hablar era de la “primacía de la política”, esto es, de un Ejecutivo con una tendencia a independizarse. Aquí también la realidad histórica de una estructura de gobierno *fragmentada o policrática* es tan compleja, ambivalente y contradictoria que no tiene sentido caer en simplificaciones ideológicas que reducen todo a “o esto, o lo otro”¹³.

En últimas, lo que estaba y está en el centro es la vieja pregunta acerca de si los acontecimientos que comenzaron en 1933 forman una continuidad con el pasado o, más bien, marcan una discontinuidad. Aquí se ha discutido, en especial, si el Tercer Reich fue el resultado más o menos inevitable de un fatal *camino alemán especial* a la época moderna que se distanció del camino occidental modelo, o si el nazismo representa una ruptura con la continuidad histórica de Alemania, si el nazismo es algo que, por consiguiente, se puede considerar, en cierto sentido, como una especie de *error no deliberado* que, en cuanto tal, se debe perdonar. Bajo esta perspectiva, el interés se dirige ahora a los antecedentes históricos del Tercer Reich, esto es, a la historia de la mentalidad, de la cultura y del mundo social alemanes, especialmente, a lo que tiene que ver con los modelos culturales de

11 Véase esp. Bruno Seidel y Siegfried Jenker (Ed.), *Wege der Totalitarismusforschung*. Darmstadt, 1968; Hans-Ulrich Thamer y Wolfgang Wippermann, *Europäischer Faschismus im Vergleich 1922-1982*. Frankfurt/Main, 1983; Ernst Nolte, *Die faschistischen Bewegungen. Die Krise des liberalen Systems und die Entwicklung der Faschismen*. München, 1966.

12 El PNOA es el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, el NSDAP (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, por su sigla en alemán. (Nota de los compiladores)

13 Véase Tim W. Mason *et al.*, *Faschismus-Diskussion* (= Argument-Studienhefte 6). West-Berlin, 1978; como crítica, Heinrich August Winkler, *Revolution, Staat, Faschismus*. Göttingen, 1978.

percepción, orientación y comportamiento propios de las grandes agrupaciones sociales. También se ha estudiado el papel de dichos modelos en relación con la estética, la cultura y la política¹⁴.

Lo que guía en general la investigación sobre el nazismo también determina la indagación acerca de la dimensión estética del fascismo. Juicios subjetivos y prejuicios, represión y creación de historias ficticias, todo esto ha tergiversado, desde hace tiempo, nuestra visión de la cultura de las masas y del arte en el Tercer Reich, y también ha obstaculizado desde hace tiempo la indagación acerca de sus fundamentos y efectos. Dichos juicios subjetivos y tergiversaciones siguen teniendo repercusiones, aun en la actualidad. Los mismos especialistas todavía hablan a veces de una *acultura nazi* y, de este modo, evaden el hecho de que tal denominación ha llevado a la ocultación del problema¹⁵. Sobre todo tres aspectos de esa percepción y valoración se muestran como problemáticos:

1. Primero, muchas cosas se justifican con la supremacía de los medios masivos que politicaron y manipularon los hechos constantemente. Este punto de vista es consolador política y moralmente: convierte a los alemanes de la época nazi en simples víctimas de un inevitable poder seductor y regulador que estaba en manos de una élite tanto criminal como profesional. A dicha élite pertenecían los directores artísticos de la política. La exposición exhaustiva y excelente que hace Hans-Ulrich Thamer, en la cual describe de manera sorprendente la doble cara del Tercer Reich, enfatiza, por lo menos en su título, el carácter manipulador de los medios y del poder en la Alemania nazi: *Seducción y violencia*, y no, por ejemplo, *Fascinación y violencia o Terror y hermosa apariencia*¹⁶.
2. Segundo, se alude a la gigantomanía de la arquitectura nazi. Esta arquitectura se hace pasar como ejemplo de un estilo supuestamente peculiar y nazi. La no-modernidad del arte nazi en cuanto expresión de un subdesarrollo cultural general de las clases medias es concebida generalmente así por la opinión popular. Esa opinión, que se extendió hasta mucho después de 1945, subestimó el significado político que tienen la escenificación y ornamentación del poder. Dicha opinión concibió al Tercer Reich como una época que no tuvo cultura y

14 Véase esp. Helga Grebing, *Der "deutsche Sonderweg" in Europa 1806-1945. Eine Kritik*. Stuttgart, 1985, y Dan Diner (Ed.), *Ist der Nationalsozialismus Geschichte? Zu Historisierung und Historikerstreit*. Frankfurt/Main, 1987.

15 Así, Werner Hofmann, “Kunst ist Bestandteil der Geschichte”, en *Universitas* 42 (1987), 499, pp. 1235 y ss. Véanse *ibidem* también los artículos de Hermann Glaser y Heinrich Kupffer.

16 Hans-Ulrich Thamer, *Verführung und Gewalt. Deutschland 1933-1945*. Berlin, 1986.

que debe ser vista de tal modo, porque, de lo contrario, podría salir a la luz lo que debe permanecer en la oscuridad del pasado: las formas del nazismo y las razones para aceptarlo, la fuerza de atracción que ejerció sobre las masas. Pero sobre esto hay que preguntar si se tiene el deseo de reconocer la continuidad –que trasciende al régimen nazi– de diferentes tradiciones estéticas y su convergencia en una modernidad tradicionalista también reaccionaria¹⁷.

3. Tercero, se ha considerado que la característica más importante del nazismo fue el terror de su tiranía. Justamente por eso, el nazismo es visto como un fascismo radical, en comparación con otros sistemas fascistas (E. Nolte)¹⁸. No hay nada que se pueda relativizar en el terror de la Gestapo y en el horror de Auschwitz –hechos que sobrepasan la capacidad de comprensión humana–, ni siquiera desde una perspectiva histórica comparativa¹⁹. La *Disputa de los historiadores* puso en evidencia el peligro de una relativización de tal tipo. Sin embargo, también me parece problemática la generalización que se ha hecho de la época nazi, según la cual ésta no fue más que violencia. El que ve a Hitler de manera unidimensional y lo convierte en un simple demonio, y al Tercer Reich simplemente en el *reino del mal*, sólo manifiesta una torpe irritación. No reconoce la doble dimensión del Tercer Reich, la dimensión de la violencia y la dimensión de una realidad embellecida. Tampoco reconoce la relación instrumental que había entre la política criminal y la necesidad de que se mostrara una apariencia atractiva, la cual se creó a partir de ornamentaciones, escenificaciones y mitificaciones.

Hace poco volvió a surgir una discusión acerca de si el arte nazi debía mostrarse en los museos o si, más bien, había que sacarlo del ámbito público. El fabricante de chocolate y coleccionista de arte oriundo de Aachen, Peter Ludwig, no sólo permitió que el escultor nazi Arno Breker hiciera una escultura de él y de su esposa, sino que además solicitó que en los museos alemanes se mostrara el arte nazi. Ludwig elevó su petición con motivo de la inauguración del Museo Coloniense Wallraf-Richartz y del Museo Ludwig. Sin embargo, no explicó por qué esto no podía ocurrir sin despertar comentarios: “Me parece una estrechez de pensamiento querer borrar doce años de la historia alemana”. Klaus Staeck se opuso a la posición de Ludwig²⁰. Staeck dijo: “¡que no haya

17 Véase el Cap. 3, pp. 79 y ss. Es fundamental Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism. Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich*. Cambridge/Mass., 1984.

18 Historiador alemán. (Nota de los compiladores)

19 La Gestapo es la *Geheime Staatspolizei, policía secreta del Estado*. Era la policía secreta oficial del Tercer Reich. (Nota de los compiladores)

20 Staeck es un diseñador gráfico, caricaturista y jurista. (Nota de los compiladores)

ningún arte nazi en los museos!”²¹. Varios artistas del siglo y museólogos respaldaron dicha consigna. El mismo Parlamento y el gobierno federal se ocuparon del asunto. En una gran interpelación, los Verdes exigieron que se formara una opinión y se impartiera instrucción pública sobre “el estudio de un arte llamado *degenerado* y de un arte llamado *hermoso*”²². Esta iniciativa también tuvo una connotación moral y reflejó una actitud pedagógica. La precursora de dicha interpelación recomendó, en todo caso, que los alemanes buscáramos un *concepto verde de cultura* a través de un *proceso de educación conjunta* frente al ideal *estético del nazismo* y que nos liberáramos de la *fascinación por lo terrible*. Como si se tratara de un simple problema de instrucción y educación. Como si toda nuestra cultura comercial de los medios no se basara justamente en esa fascinación audiovisual por el horror²³.

Incluso, la exposición *Escenificación del poder, fascinación estética del fascismo*, que organizó la Nueva Sociedad de Artes Plásticas, a comienzos de 1987, en Berlín, mostró qué tan difícil es hacer hoy en día que aquella fascinación *histórica* que las masas sintieron por el régimen nazi sea comprensible, por lo menos parcialmente, y al mismo tiempo aprehensible. Algunos visitantes de la exposición criticaron que allí se sobreestimaba la dimensión estética del nazismo y que, con ello, simplemente se estaba revaluando el Tercer Reich. De la misma manera, otros lamentaron que ningún tipo de efecto fascinante emanara del orden de la exposición. En un comentario polémico y agudo, Jörg Friedrich afirmó de manera acertada que –a causa de aquella *parafernalia nazi* con *accesorios didácticos*– “al Tercer Reich se le atribuyó equivocadamente y en vano el aura de fascinación, pues toda fascinación está en los fascinados”²⁴; pero Friedrich sólo tuvo en consideración una de las facetas nacionalistas del gobierno nazi, la faceta *völkisch*²⁵. De acuerdo con las condiciones de la sociedad y de la época, pudo ser

21 Klaus Staeck (Ed.), *Nazi-Kunst ins Museum?* Göttingen, 1988.

22 Los Verdes (die Grünen) son un partido político de la izquierda. (Nota de los compiladores)

23 DIE GRÜNEN, Große Anfrage “Über den Umgang mit der sogenannten ‘entarteten’ und mit der sogenannten ‘schönen’ Kunst”. Texte und Materialien für die Kulturdebatte in der Fraktion DIE GRÜNEN im Bundestag am 12.4.1988. Bonn, 1988; DIE GRÜNEN (Ed.), Über den Umgang mit der sogenannten entarteten und mit der sogenannten schönen Kunst. Die Antwort der Bundesregierung auf die große Anfrage der GRÜNEN. Im Zusammenhang mit der Ausstellung NS-Kunst im Kunstmuseum – Wie? Bonn, 1989.

24 Jörg Friedrich es un escritor alemán.

25 En vista de la complejidad de este término, se decidió dejarlo en alemán. Literalmente significa “popular”, y se refiere a un movimiento nacionalista con ideología racista que tuvo influencia en la vida cultural alemana en la primera mitad del siglo XX. Véase también el artículo de Uwe Puschner, “El movimiento *völkisch*”, en esta publicación. (Nota de los compiladores)

decisivo que, en ese entonces, ya existiera una parafernalia nazi, aunque no muy atractiva –por ejemplo, la pintura Blu-Bo²⁶ y los cientos de objetos nazis de devoción–; sin embargo, otras cosas –como el tiempo libre, con la organización *Kraft durch Freude*²⁷; el deporte, la técnica, el cine, etc.– también cautivaron a millones de personas y fascinaron a las masas²⁸.

Este tema sale a relucir con frecuencia en el ámbito público y siempre es irritante. Aparentemente, no se puede abordar y transmitir de manera sencilla. Su interpretación requiere, aparte de información y reflexión científicas, imaginación, sensibilidad y adopción de perspectivas no convencionales. Es evidente que incluso con esto no se garantiza una comprensión cabal del tema. Cada vez me parece más importante dar una mirada retrospectiva al antiguo estudio que se hizo sobre la dimensión estética y cultural del fascismo. El tratamiento de este tema tan complejo siempre ha planteado nuevas preguntas y controversias, o bien, ha puesto en vigencia las viejas preguntas, desde una nueva perspectiva.

Los marginados del conocimiento especializado, así como los emigrantes judío-alemanes que conocían el país, que sufrieron lo que pasó en él y que, no obstante, pudieron escribir desde la distancia, fueron a menudo los creadores de las nuevas perspectivas y enfoques que se adoptaron frente a la época nazi y a la Segunda Guerra Mundial. Hannah Arendt describió, por primera vez, a comienzos de los años 60, la *banalidad del mal* bajo el influjo del proceso Eichmann, que se llevó a cabo en Jerusalén, y con ello comenzó una desdemonización de Hitler. Esto condujo a que el interés se centrara de manera creciente en el fascismo cotidiano. La primera exposición de la historia social del Tercer Reich y de sus antecedentes históricos –los cuales yacían en la atmósfera *völkisch* y nacionalista, así como en el clima culturalmente pesimista de Weimar– se la debemos a Richard Grunberger, Jost Hermand, George L. Mosse, David Schoenbaum y Fritz Stern, por sólo mencionar algunos autores.

A comienzos de los años setenta, la escritora americana Susan Sontag escribió el sugerente ensayo *Fascismo fascinante*. Mi libro le debe algunas cosas a este texto. Dos publicaciones, tanto polémicas como exitosas, pertenecientes

26 La ideología “Blut und Boden” (Sangre y tierra) se refiere a los campesinos como base existencial de la vida. En el arte y la literatura, Blut und Boden produjo motivos campesinos. (Nota de los compiladores)

27 *Kraft durch Freude* (KdF): *Fuerza a través de la alegría* fue una institución política que organizaba y controlaba el tiempo libre de la población. (Nota de los compiladores)

28 Jörg Friedrich, en *Erbeutete Sinne. Nachträge zur Berliner Ausstellung „Inszenierung der Macht. Ästhetische Faszination im Faschismus“*. Berlin, 1988, pp. 63 y ss. Véase también el catálogo con el mismo nombre de la *Neue Gesellschaft für Bildende Kunst*. Berlin, 1987.

al mercado angloamericano del libro, la motivaron a escribir su ensayo. Dichas publicaciones son el económico libro de bolsillo *SS-Insignien* y la costosa serie a color *The Last of the Nuba* de Leni Riefenstahl. Al no estar influida por el pasado y al no estar sometida a un discurso moral sobre el mismo, Sontag pudo explicar de manera analítica el efecto estético que había tenido el nazismo sobre las masas, a partir de la puesta en escena de una relación entre belleza y violencia²⁹.

A comienzos de los años ochenta se publicó el ensayo *Cursilería y muerte*, escrito por el historiador israelí Saul Friedländer. Éste demostró de manera enfática la obsesión por el pasado que estaba presente en la fantasía de los cineastas y escritores *de aquella época*, y también mostró *el reflejo del nazismo* en sus obras³⁰. El ensayo, entre otras cosas, da una orientación que es fundamental para abordar la temática del presente libro. Friedländer dice que lo que aún *hoy* se expresa de manera recurrente en el reflejo artístico sublimado del nazismo –sueños nostálgicos, fantasías sexuales y adicción a lo espectacular, angustias profundas y esperanzas vagas– ya se había manifestado antes del régimen nazi, a saber, en la década de la Primera Guerra Mundial.

Aquellas fuerzas y aquellos sentimientos informes, que fluctuaban de un lado a otro entre tendencias regresivas y agresivas, motivaron un movimiento de masas y se condensaron en una protesta cultural en contra de la modernidad. Desde el punto de vista editorial, esta protesta se reflejó en un pesimismo cultural antidemocrático o incluso antipolítico, pero también en la “heroización” literaria y transfiguración de la experiencia de la guerra mundial. La protesta en mención retomó diversas tradiciones y asumió diversas formas de expresión, tanto religiosas como revolucionarias y estéticas. El componente voluntarista de dicha protesta también tuvo un significado importante. Me refiero a aquella idea que tuvo sus orígenes en Schopenhauer y Nietzsche, según la cual la voluntad –como algo que se opone de manera radical a la razón– es el centro del conocimiento y de la actividad creadora. Esta idea propicia además una radicalización política, siempre que se pueda hacer una transición consecuente de la intención de actuar al actuar de la intención, a partir del principio de la voluntad. La protesta logró expresarse, en el ámbito de la política y de las instituciones, a través de la formación y el surgimiento de una organización fascista conformada por las masas. Dicha organización fascista fue movimiento, partido y ejército privado a la vez. En el culmen del desarrollo crítico de comienzos de los años treinta, dicha organización

29 Susan Sontag, *Im Zeichen des Saturn. Essays*. Frankfurt/Main, 1983, pp. 96 y ss.

30 Saul Friedländer, *Kitsch und Tod. Der Widerschein des Nazismus*. München, 1984.

reclutó personas que provenían de todas las capas sociales, pero especialmente de la pequeña burguesía y de la clase media burguesa.

Estas clases sociales se sintieron amenazadas por el comunismo internacional organizado y por el socialismo, al igual que por el capitalismo internacional organizado; se sintieron perjudicadas tanto frente a la clase obrera como frente a la alta burguesía y la aristocracia. En medio de sus necesidades económicas, de su inseguridad mental y de su pérdida de prestigio social, no se inclinaron precisamente hacia la *izquierda*. En el mejor de los casos, encontraron un respaldo político provisional en los liberales y los conservadores, en los partidos regionales y en los partidos de la clase media. Pero al final –movidas por el pánico, el miedo al fracaso y la esperanza desesperada– corrieron en desbandada hacia la extrema *derecha*.

La izquierda intelectual supuso que el empobrecimiento que amenazaba a grupos de la clase media y que se recrudecía aún más con el desarrollo crítico del capitalismo industrial haría que éstos fueran solidarios con la clase trabajadora. Pero esto no fue así. Partiendo de lo anterior, el desarrollo material y mental de grandes porciones de la población se dio tanto de manera contradictoria como frustrante. Este *tijeretazo* entre ser y conciencia, como Wilhelm Reich lo llama de manera tan gráfica, les produjo intranquilidad a escritores críticos, artistas y científicos, y los desafió³¹.

De ahí que no pocos se hayan dedicado a estudiar las dimensiones y causas sociológicas, sociopsicológicas y culturales del fascismo. Eso hizo el sociólogo Theodor Geiger, quien analizó los grupos sociales que representaban el nazismo, junto con sus típicas mentalidades de clase³². Eso hizo el psicoanalista Erich Fromm, quien buscó un fundamento concreto de la personalidad, así como las propensiones latentes que las personas tenían hacia el fascismo³³. El filósofo Herbert Marcuse, quien investigó la relación que había entre *cultura afirmativa* y [gobierno] fascista, también se movió en el mismo campo de acción³⁴. Lo mismo se puede decir del socialista y sociólogo belga Hendrik de Man, quien abogó porque fuera satisfecha la necesidad que tenían las masas de mito, orientación y utopía³⁵.

31 Wilhelm Reich, *Die Massenpsychologie des Faschismus*. Frankfurt/Main, 1974, pp. 27 y ss.

32 Theodor Geiger, *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes*. Darmstadt, 1972.

33 Erich Fromm, *Die Furcht vor der Freiheit*. Frankfurt/Main, 1966, e *ibid.*, *Anatomie der menschlichen Destruktivität*. Frankfurt/Main, 1977.

34 Herbert Marcuse, *Kultur und Gesellschaft I*. Frankfurt/Main, 1965, pp. 56 y ss.

35 Hendrik de Man, *Zur Psychologie des Sozialismus*. Jena, 1926; *ibid.*, *Der Sozialismus als Kulturbewegung*. Berlin, 1926.

Sin embargo, las directivas de los partidos obreros los escucharon muy poco o, incluso, a veces ni siquiera los escucharon.

Los partidos obreros se preocuparon más por sí mismos y por el álgido conflicto ideológico que había en su interior, que por las condiciones y los límites de una estrategia antifascista. Para ellos fue un obstáculo tanto la recriminación de los comunistas de que ellos promovían el fascismo social como el anticomunismo de los socialdemócratas. Además, en su afán de fijar un fin revolucionario o reformista, se comprometieron con una reflexión racional, que creía en el progreso. Esto también dificultó su comprensión del fascismo y de las causas irrationales de su base social. Los partidos no reconocieron, o bien subestimaron de manera peligrosa, los resentimientos antimodernos que despertó el nazismo, las ambiciones de las oprimidas capas intermedias, así como la doble faz contradictoria del fascismo: el surgimiento de la violencia brutal y la escenificación de la hermosa apariencia.

Llaman la atención aún más aquellos intelectuales y escritores marxistas que pertenecieron en la mayoría de los casos al círculo del Instituto Horkheimeriano para la Investigación Social. Éstos se distanciaron del comunismo de partido o de la socialdemocracia y estuvieron suficientemente abiertos a la dimensión socio-cultural del fascismo, con el fin de estudiar la relación funcional entre estética y política en el nazismo³⁶. Esto también lo hicieron con el propósito de sacar de ahí consecuencias para una estrategia antifascista. Aquí se pueden traer a colación, sobre todo, los grandes aportes de Walter Benjamin, Ernst Bloch, Bertolt Brecht y Siegfried Kracauer³⁷.

Ya en su ensayo *Recuerdo: poder de Hitler*, que se publicó a comienzos de 1924, Ernst Bloch describió al “tribuno Hitler”, que en ese entonces se mostraba muy bávaro, como una “naturaleza altamente sugestiva, desafortunadamente mucho más vehemente que los revolucionarios auténticos [...] Éste le dio una vida casi enigmática a la agotada ideología de la patria y convirtió una nueva secta agresiva, que era el germen para un ejército fuertemente religioso, en una tropa con mito”³⁸.

36 Véase Martin Jay, *Dialektische Phantasie. Die Geschichte der Frankfurter Schule und des Instituts für Sozialforschung 1923-1930*. Frankfurt/Main, 1981; Rolf Wiggershaus, *Die Frankfurter Schule. Geschichte, Theoretische Entwicklung, Politische Bedeutung*. München, 1986; Alfons Söllner, *Geschichte und Herrschaft. Studien zur materialistischen Sozialwissenschaft 1929-1942*. Frankfurt/Main, 1979.

37 Véase Wolfgang Emmerich, “Massenfaschismus” und die Rolle des Ästhetischen. *Faschismustheorie bei Ernst Bloch, Walter Benjamin, Bertolt Brecht*, en L.Winckler (ed.), *Antifaschistische Literatur*, Vol. 1, Kronberg/Ts; 1977, pp. 223-290.

38 Ernst Bloch, *Erbschaft dieser Zeit*. Frankfurt/Main, 1962, pp. 162.

Estas observaciones e interpretaciones anticiparon con fuerza predictiva lo que ocurrió años después. Para Bloch, lo estético no sólo era un fenómeno humanamente significativo, sino también bastante ambivalente –en especial, en su función política–. Lo estético puede y pudo ser en el pasado una *apariencia esperanzadora*, pero al mismo tiempo –en cuanto instrumento de un engaño masivo– se puede o se pudo abusar de él para satisfacer necesidades de manera puramente virtual.

Bloch habló del “falso gobernador de la revolución” bajo la influencia de la contrarrevolución que se formó de manera temprana y bajo el influjo del papel del ala izquierda alemana del norte protestante, que fue notable en la fase de surgimiento del PNOA³⁹. De ahí que su interés se dirigiera en cierta medida a la *apariencia revolucionaria* de este movimiento y a su efecto sobre la clase obrera. El movimiento nazi se apropió, por lo menos al comienzo, de algunos elementos de la *Comuna*. A ésta le pertenecían: el color rojo, las manifestaciones en las calles y toda clase de artificios teatrales. Bloch notó asimismo que los nazis fueron muy flexibles en esa apropiación, según el grupo al que se dirigieran, en especial cuando ejercieron el poder estatal. La parafernalia de ese “mundo nazi engañoso” era enorme, así el rojo de los “carteles [se volviera] poco a poco más pálido, de manera que éstos ya no atemorizaran al patrocinador”, o así los carteles replegaran la *imagen revolucionaria* detrás de lo habitual, de lo militar y nacional, durante el *Día de Potsdam*, “para ganar terreno, el 1 de mayo, de manera descarada con artificios ajenos”⁴⁰. Los nazis comenzaron estilizando a los empleados en vasallos, luego crearon el “frente laboral ‘anticlasista’” de todos los trabajadores y llegaron hasta el modelo de una *Volksgemeinschaft* socialmente homogénea y supuestamente pacífica⁴¹. “El pequeñoburgués ve en esto un socialismo [nacional], [nota del autor] el gran burgués lo considera un bastidor, y para ambos, le había llegado la hora al capitalismo. Pues las apariencias democráticas de la socialdemocracia de Weimar ya no pudieron evitar que las masas empobrecidas descubrieran su realidad. Por lo tanto, se tuvo que cambiar el engaño”, se tuvo que “pasar al engaño aparentemente mucho más radical de los nazis”.

Bloch no se conformó con hacer un simple análisis de la apariencia. En su teoría dialéctica de la *no simultaneidad*, estudió además la transmisión cultural y social de clase⁴². No se podía evadir la difícil situación de la pequeña burguesía

39 *Ibid.*, p. 164. Para las siguientes citas, véase *ibid.* p. 70 y ss.

40 En el *Día de Potsdam*, los nazis organizaron un espectáculo masivo, con ocasión de una convocatoria que se abrió en la ciudad de Potsdam para el nuevo Parlamento. (Nota de los compiladores)

41 *Volksgemeinschaft* significa literalmente “comunidad popular”. En la ideología nazi, la *Volksgemeinschaft* estaba conformada por todos los miembros de un pueblo, que se define bajo un concepto de raza. (Nota de los compiladores)

42 Ernst Bloch, *Erbschaft dieser Zeit*. Frankfurt/Main, 1962, pp. 104 y ss.

campesina y urbana, y mucho menos, la de la juventud burguesa desempleada que carecía de una *perspectiva burguesa*. Bajo las circunstancias desfavorables de la época de la postguerra, la *empobrecida clase media* podía esperar poco del futuro. “La clase media está en la pobreza; es, por consiguiente, revolucionariamente vulnerable, pero su trabajo está lejos y sus recuerdos la hacen completamente extraña a la época”. Aquí se emplea el argumento de Bloch de la *no simultaneidad*. A diferencia del proletariado –así lo dice Bloch–, las capas intermedias participan de manera indirecta en la producción. Éstas se encuentran en cierto modo por fuera de la actualidad cultural, de la *causalidad social* y de la *contradicción objetivamente simultánea* entre capital y trabajo. Esto finalmente tiene como consecuencia “el que se pueda crear un espacio alógico siempre apacible, en donde toman nueva vida los deseos y los romanticismos, los instintos originarios y los misticismos”.

Y aunque, o justamente, debido a que la clase media estaba por fuera de la *causalidad social*, la época moderna le pareció una amenaza. Y cuanto menos perseveró ideológicamente en la *racionalización*, más pronto abandonó la razón: “las superestructuras, que parecían hace tiempo subvertidas, se subvieren nuevamente y permanecen silenciosas como cuadros urbanos muy medievales que aún existen en el presente. Aquí está entonces la taberna Donde Pacho; allí, el castillo del duque de Hitler; allá, la iglesia del Imperio alemán [...]”. Hay que agregar lo que Bloch describió como la desesperación de comienzos de los años treinta: “El día está vacío. El trabajo falta. La jornada es dura. El pueblo necesita algo que lo motive”. Además, Bloch dijo lo siguiente en contra de los teóricos marxistas de la pauperización, de los socialdemócratas que eran amigos del progreso y de los apóstoles culturales de la objetividad: “Si entre los estratos empobrecidos no hubiera habido tanta fantasía insatisficha como clasismo ofendido, incertidumbre económica y verdadera necesidad, entonces habría sido imposible emprender la *revolución* de una manera reaccionaria, la reacción de manera fantasmal con Dios, con líder, con patria y con fuegos artificiales”⁴³.

El análisis que Brecht hace del fascismo es también extenso y variado. Este análisis está condensado en piezas de teatro, poemas y sátiras, pero sobre todo en la obra *Comprando latón* y en su diario personal, el *Diario de trabajo*. Brecht también reconoció antes de 1939 la relación causal que existía entre fascismo y guerra: “los límites que no se habían podido sobrepasar, ahora los sobrepasan tanques, que también son mercancías”⁴⁴. De manera similar a Bloch, Brecht intentó explicar el éxito del fascismo partiendo del potencial reaccionario de la pequeña

43 Ibid., p. 403 y ss.

44 Bertolt Brecht, *Arbeitsjournal*, citado por Emmerich, p. 261.

burguesía y de la “teatralización que el fascismo hizo de la política”. Brecht no hubiera sido el genio del teatro que fue, si no hubiera reconocido que los nazis le añadieron efectos teatrales al escenario político de las masas: “los reflectores y la música de fondo, los coros y las sorpresas”⁴⁵. Con esto, los directores de escena nazis quisieron lograr sobre todo que el público se identificara con los actores. No fue casualidad el interés peculiar de Brecht por el *pintor* Hitler, una metáfora ambigua elegida de manera deliberada. Brecht vio la importancia y la influencia de Hitler en sus habilidades profesionales de hombre que podía asumir muchos papeles, de político que a la vez era actor.

A diferencia de Brecht, Kracauer se interesó poco por la mímica, la gestualidad y la retórica del político que actuaba en el escenario. Se interesó más por el público anónimo. Después de trabajar como arquitecto durante los últimos años de la República de Weimar, Kracauer dirigió el suplemento cultural del *Frankfurter Zeitung* y se dedicó especialmente a los nuevos medios masivos, al cine y la fotografía, al tiempo libre y el deporte, a la radio, a los espectáculos y la publicidad; se ocupó sobre todo de las supuestamente “insignificantes manifestaciones superficiales” tanto propias de la época de los medios como de la época de las masas, que se centraban en la apariencia visual y en las formas⁴⁶. Kracauer vio en el “ornamento de las masas”, sobre todo, “el reflejo estético de la racionalidad a la cual aspiró el sistema económico dominante”; este reflejo estético estaba presente en los espectáculos de las Tiller-Girls⁴⁷ que se organizaban en sitios de diversión que se habían transformado en “cuarteles del placer” para los “ejércitos de empleados”, o bien en las masas que aparecían geométricamente organizadas en el estadio durante los grandes eventos deportivos, o bien en el hecho de que los movimientos sincrónicos se estandarizaran en la fabricación industrial en serie⁴⁸. A Kracauer lo atrajo de manera recurrente el aspecto estético de las masas. En un borrador que escribió sobre el problema de la propaganda del fascismo, a mediados de los años 30, explicó que los nazis, aparte de su terror, se preocupaban por crear “la apariencia de una reintegración de las masas”.

45 Bertolt Brecht, *Der Messingkauf*, en *ibid.*, *Schriften zum Theater* 2 (= Gesammelte Werke, Vol. 16). Frankfurt/Main, 1967, pp. 558 y ss.

46 Los medios en ese tiempo se interesaron por las formas que adoptaban las masas en las manifestaciones, así como por el impacto visual que causaban en el espectador. (Nota de los compiladores)

47 Las *Tiller-Girls* eran grupos de bailarinas profesionales. Estas bailarinas eran entrenadas por John Tiller, quien fundó su propia academia. Lo peculiar de estas bailarinas y de la danza de Tiller era la sincronía. Tiller es el inventor del baile de precisión, un baile en el cual los participantes ejecutan los mismos movimientos en el mismo instante. (Nota de los compiladores)

48 Siegfried Kracauer, *Das Ornament der Masse*. Frankfurt/Main, 1963, p. 54.

“A las masas se las obliga a divisarse a sí mismas en todas partes (en reuniones masivas, en actos masivos, etc.). La masa es para sí algo que siempre está presente y que a menudo aparece en la forma estéticamente seductora de un ornamento o de una imagen impactante. Con el propósito de acentuar la importancia de la masa en cuanto masa, se sacan de ella todos los poderes míticos que está en capacidad de desarrollar. De manera que para muchos parecería que estos poderes trascendieran a la masa”⁴⁹.

Sin embargo, en lo que más se interesó Kracauer desde muy temprano fue en el cine. En esa época fueron muy conocidos sus ensayos “Las pequeñas niñas de la tienda van al cine”, “Culto a la diversión” o “Película 1928”. Estos ensayos aparecieron por primera vez en el *Frankfurter Zeitung*. Este medio le pareció especialmente apropiado para reflexionar sobre “las capas profundas de la mentalidad colectiva”. Kracauer creyó, sobre todo, que los temas populares del cine satisfacían las “necesidades dominantes de las masas”, incluso más que otros productos de la cultura del entretenimiento⁵⁰. Kracauer entendió por mentalidad colectiva, no, por ejemplo, una especie de carácter nacional, sino “disposiciones autoritarias”, miedos y esperanzas, que se representaron en el cine mucho antes de 1933, y a los cuales se respondió por medio del cine ilusionista. Dando una mirada retrospectiva, Kracauer dijo que “muchos de los temas conocidos en el cine” se convirtieron más tarde en “acontecimientos reales. En Núremberg se presentó, en proporciones descomunales, el ornamento de las masas, que se tomó de los *Nibelungos*⁵¹: una multitud de banderas y de hombres que estaban organizados de manera artística. Las almas fueron manipuladas por completo para crear la impresión de que el corazón mediaba entre el cerebro y la mano. Millones de personas marchaban en las calles día tras noche, en la ciudad y en el campo. El sonido de los clarines militares retumbaba sin cesar; el pecho se les hinchaba a los burgueses que estaban sentados en su sofá de terciopelo. Retumbaba el ruido del combate y una victoria anhelaba la otra. Todo era como en el cine. Y los presentimientos sombríos de un ocaso de los dioses⁵² debían cumplirse”⁵³.

49 Cita de Nachwort Karsten Witte, en Kracauer, *Ornament*, p. 340.

50 Siegfried Kracauer, *Von Caligari zu Hitler. Eine psychologische Geschichte des deutschen Films*. Frankfurt/Main, 1984, pp. 11 y ss.

51 Núremberg fue el lugar donde Hitler realizó los congresos de su partido. (Nota de los compiladores)

52 El *Ocaso de los dioses* es una ópera compuesta por Richard Wagner que hace parte de un conjunto que se llama *Der Ring des Nibelungen*. Esta expresión también se utiliza para describir el fin trágico de alguna situación o acontecimiento. (Nota de los compiladores)

53 Siegfried Kracauer, *Von Caligari zu Hitler. Eine psychologische Geschichte des deutschen Films*. Frankfurt/Main, 1984, p. 287.

Benjamin también previó este final, de manera angustiante, en el prólogo de su famoso ensayo sobre la obra de arte: “todas las preocupaciones porque la política se vuelva algo estético terminan en un mismo punto. Ese único punto es la guerra. La guerra y sólo la guerra hace posible que se les otorgue un propósito a los movimientos masivos espectaculares, sin que con ello se perjudique a las capas sociales tradicionales”. Benjamin mencionó el elemento modernista, junto con aquel elemento nacionalista del cual se valía la estrategia fascista para que las masas se movilizaran y se integraran: “Sólo la guerra hace posible que se movilice la totalidad de los medios tecnológicos de los que disponemos en la actualidad, sin que se perjudique la estratificación social tradicional”⁵⁴. Sin embargo, Benjamin tuvo poco interés en cuestiones históricas de carácter económico y social. Lo que más lo cautivó fue el hecho de que la guerra también tuviera sus antecedentes históricos en el arte burgués. Benjamin sabía exactamente “qué tanto les debía la ideología fascista a la decadencia y al esteticismo” de la época burguesa tardía y por qué esta ideología “había encontrado precursores entre los artistas extremos”⁵⁵. Con Erbst Jünger⁵⁶, Benjamin se ocupó de manera exhaustiva de “su entusiasmo adolescente. Este entusiasmo terminó en un culto, en una apoteosis de la guerra”⁵⁷. Benjamin toma innumerables citas del *Manifiesto* de Marinetti, quien escribió este texto con ocasión de la guerra colonial italiana que se estaba librando en Etiopía⁵⁸: “La guerra es hermosa, porque da comienzo a la metalización, que tanto hemos soñado, del cuerpo humano [...] La guerra es hermosa, porque crea nuevas arquitecturas, como la de los grandes tanques, crea la geometría de los escuadrones aéreos y la de las espirales de humo que se forman en los pueblos que arden en llamas, y mucho más”⁵⁹. Lo que para los artistas elitistas de la Decadencia no fue más que “una aplicación inescrupulosa de *L'art pour l'art* a la guerra”⁶⁰, los fascistas lo llevaron a cabo muy en serio. A ellos les correspondió “relacionar la teoría decadente del arte con su práctica monumentalista”⁶¹.

54 Walter Benjamin, *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit*. Frankfurt/Main, 1963, p. 49.

55 Walter Benjamin, *Pariser Brief*. En: *ibid.*, *Angelus Novus. Ausgewählte Schriften* 2. Frankfurt/Main, 1966, p. 508.

56 Escritor alemán. Se dio a conocer con *In Stahlgewittern (Tormentas de acero)*, sobre sus experiencias como soldado en la Primera Guerra Mundial (Nota de los compiladores)

57 Walter Benjamin, *Theorien des deutschen Faschismus*. Zu der Sammelschrift „Krieg und Krieger“, ed. Ernst Jünger, en *ibid.*, *Kritiken und Rezensionen (Gesammelte Schriften, Vol. III)*. Frankfurt/Main, 1980, p. 240. Véase también Karl Heinz Bohrer, *Die Ästhetik des Schreckens. Die pessimistische Romantik und Ernst Jüngers Frühwerk*. München, 1978.

58 Marinetti es un escritor y político italiano.(Nota de los compiladores)

59 Walter Benjamin, *Kunstwerk*, pp. 49 y ss.

60 Walter Benjamin, *Theorien*, pp. 240.

61 Walter Benjamin, *Pariser Brief*, p. 509.

Benjamin había confiado en la *politización del arte* de los artistas que quisieron organizar una revolución cultural socialista entre Moscú, Berlín y París. Los fascistas respondieron a esto con violencia y con la conversión de la política en algo estético. Tuvieron más éxito. En todo caso, el fascismo limitó “el carácter funcional del arte de tal manera que no había por qué temer que éste motivara algún cambio en la situación de clase del proletariado”. Benjamin creyó comprender que la “perpetuación de las relaciones existentes” en el arte monumental fascista y en los medios masivos modernos se había llevado a cabo “por medio de la parálisis de los hombres (que creaban ese arte monumental y de los hombres que lo contemplaban)”. “Con el comportamiento que el encantamiento les impuso, las masas en general empezaron a manifestarse”. El arte de los fascistas culmina en el arte de la guerra. “Éstos materializan su concepto de arte tanto por medio del empleo monumental de recursos humanos como por medio del empleo –totalmente libre de fines banales– de toda técnica. El carácter poético de la técnica, que el fascista contrapone a su carácter prosaico [...] es su carácter homicida”⁶². Benjamin retoma esta idea al final del epílogo de su ensayo sobre la obra de arte: “Fiat ars, pereat mundus [...]”⁶³. Bajo el fascismo, la *autoalienación* de los hombres alcanzó “aquel grado en el que ellos experimentan su propia destrucción como uno de los deleites estéticos más agradables. En esa situación se encuentra la conversión de la política en algo estético, a la cual se dedicó el fascismo”⁶⁴. Con estas frases, Benjamin finaliza y resume sus observaciones e interpretaciones sobre la labor estetizante del gobierno fascista, labor abordada desde cierta perspectiva.

Pero estos juicios y esbozos, durante largo tiempo, no fueron más que un simple punto de referencia. La ciencia política y la historia contemporánea que vinieron después de 1945 no los acogieron en un comienzo. En general, la investigación crítica más antigua que se había hecho sobre el fascismo, especialmente la investigación de algunos miembros del Instituto para la Investigación Social, no se tuvo en cuenta durante largo tiempo, y por poco se olvida.

En los años cincuenta y comienzos de los sesenta era difícil conseguir en las librerías alemanas tanto el libro *El carácter autoritario* de Theodor W. Adorno como los libros *Empleados y trabajadores en la víspera del Tercer Reich* de Erich Fromm, *Behemoth* de Franz Neumann, *El Estado doble* de Ernst Fraenkel o *El miedo al caos* de Joachim Schumacher, para no mencionar los escritos de

62 Todas las citas, *ibid.*, pp. 509 y ss.

63 “Que el arte exista y que el mundo desaparezca”. (Nota de los compiladores)

64 Benjamin, *Kunstwerk*, p. 51.

Wilhelm Reich y August Thalheimers. Esto cambió profundamente a raíz del Movimiento del 68⁶⁵.

Las primeras publicaciones acerca de la política cultural del nazismo tampoco tuvieron ningún impacto al principio. Dichas publicaciones aparecieron a comienzos de la época de la postguerra. Se publicaron, por ejemplo, el trabajo pionero de Hildegard Brenner sobre la política artística del nazismo, así como otras monografías y textos documentales sobre política cultural y sobre dirección artística en el Tercer Reich⁶⁶. Apenas a comienzos de los años setenta surgieron nuevas iniciativas y enfoques críticos que provenían especialmente de la literatura, de la historia del arte y de las primeras exposiciones artísticas.

Sobre todo, la exposición hecha por la Asociación Artística de Frankfurt en 1974, *Arte en el Tercer Reich. Documentos de subyugación*, dejó en claro que la dimensión estética del pasado nazi de ninguna manera era algo ya resuelto⁶⁷. Lo que en la pintura hasta entonces había tenido la mala fama de cursilería Blu-Blo nacionalista de corte nazi –nadie objetó esta apreciación–, lo que en la arquitectura se condenó como un monumentalismo que despreciaba lo humano y lo que en la escultura se consideró como una falsa expresión de un ideal de belleza heroicamente desnudo y sin sensualidad, despertaron de repente interés, en parte gusto, e incluso una verdadera admiración.

Así, los años setenta se caracterizan por un desarrollo que es más bien contradictorio. Por una parte, comenzaron a estudiarse de manera intensiva casi todos los aspectos del arte y de la cultura de las masas que existieron en el Tercer Reich. Las primeras antologías, como *La literatura alemana en el Tercer Reich*, *Arte y cultura en el fascismo alemán* y *La ornamentación de la violencia*, fueron significativas en ese sentido, gracias a sus contribuciones empíricas y teóricas fundamentales⁶⁸. Asimismo, estas antologías dieron la documentación y el material necesarios para sustentar posiciones y perspectivas durante la primera fase de esta nueva discusión en torno al arte nazi y a la cultura de las masas del Tercer

65 El Movimiento del 68 fue una manifestación estudiantil que tuvo lugar en 1968. Este movimiento surgió a causa de los múltiples cambios sociales, políticos, económicos y culturales que estaban ocurriendo en diversas partes del mundo. El movimiento se declaró en contra de la represión estatal y de los actos bélicos. En Alemania, este movimiento le formuló preguntas críticas a la generación de sus padres, a la generación que vivió la guerra. (Nota de los compiladores)

66 Karlheinz Schmeer, *Die Regie des öffentlichen Lebens im Dritten Reich*. München, 1956. Véanse también los documentos sobre la política cultural nazi de Joseph Wulf, publicados por primera vez en 1963-1964 y por segunda vez en 1989.

67 *Kunst im Dritten Reich. Dokumente der Unterwerfung*. Ausstellungskatalog, Frankfurt/Main, 1974.

68 Schnell; Denkler y Prümm; Hinz.

Reich. Luego apareció una serie de monografías importantes sobre pintura, música, literatura, arquitectura y escultura, por sólo nombrar las áreas temáticas más significativas. En todas estas áreas, la relación funcional entre arte y política se puso, de una u otra manera, en el centro del análisis. También se examinaron los aspectos culturales masivos de la estetización. Esto se reflejó en los estudios que se hicieron sobre la religión política del nazismo, sobre el cine y la radio, sobre la comunidad nazi Fuerza A través de la Alegría, sobre la red vial del Reich o sobre la estética del producto y el diseño.

Desde sus comienzos, algunas tendencias fuertes, que buscaban que la dimensión cultural del pasado alemán se despolitizara y se desmoralizara, se opusieron públicamente a estos estudios y análisis en la República Federal. Grandes porciones de la sociedad se aferraron con fuerza a la idea de que debía haber una separación estricta entre cultura y política, y negaron la responsabilidad política compartida de la cultura elitista burguesa de manera tan vehemente como su propia complicidad. Después de 1945, a estos grupos no sólo les correspondió abordar, de una manera evidentemente desigual, la cultura nazi, sino también aceptarla parcial y silenciosamente. La hostilidad a la crítica y la hostilidad a la instrucción siguieron existiendo persistentemente. Dichas hostilidades mostraron su ingenuidad frente a la escenificación del poder y a la teatralización de la política en la democracia; dichas hostilidades revelaron, por otra parte, su ignorancia frente a las causas que motivaron el proceso de estetización completa de la política y de la sociedad, y frente a las funciones que cumplió dicho proceso bajo el régimen nazi.

El presente libro aborda sobre todo tres reflexiones o interpretaciones que se relacionan entre sí. La primera apunta a la relación tradicional entre cultura y política y a sus antecedentes. La segunda apunta al carácter estratégico de la estetización que hizo el régimen nazi; y finalmente, la tercera se centra en el protagonista y el destinatario de ese vasto engaño y autoengaño político que se construyó a través de diversos medios culturales.

Me baso en que, junto con la tendencia *política* dominante del siglo XIX, unida al afán de imbuir a las masas de nacionalismo, también fue determinante una tendencia *cultural* que trajo consigo importantes consecuencias para el siglo XX: la propagación de una “religiosidad secular” antiilustrada (Th. Nipperdey). A través de ella, la cultura elitista burguesa se convirtió en una religión cultural que se distanciaba de la política. Al mismo tiempo, surgió una concepción de la política que –al guiarse por el modelo de la política del Estado-nación– tendió a asumir rasgos estéticos y voluntaristas. La revolución política y cultural de la República de Weimar reaccionó ante esto exigiendo que se politizaran y se democratizaran todas las relaciones sociales. Esto fracasó casi por completo. Tuvo más

efecto la idea contrarrevolucionaria de la legislación nacional, que fue liderada por el PNOA: el desencadenamiento de la violencia y la construcción de hermosos mundos aparentes. En 1933, la estetización completa de las relaciones sociales fue posible y, al mismo tiempo, necesaria; fue necesaria, porque el régimen nazi debía solucionar, por lo menos en apariencia, los problemas que se habían heredado de la *época del sistema* –la cuestión nacional y social⁶⁹. Y fue posible, porque grandes porciones de las clases medias burguesas que estaban desorientadas escaparon de un presente –que aparentemente nadie comprendía y que no tenía salida– a los mundos aparentes que se les presentaban, esto es, a la premodernidad nacional, al idilio de la *Volksgemeinschaft*, a la identificación con un emperador sustituto y a la cultura supuestamente apolítica de la diversión y del tiempo libre.

El nazismo es la consecuencia y, a la vez, la expresión de una crisis total de la modernización. Es *producto* de la sociedad burguesa y es la *protesta* organizada de las masas en contra de esa misma sociedad. El nazismo tiene rasgos conservadores y modernos, burgueses y antiburgueses. No hay que perder de vista esa doble faz del nazismo, cuando nos preguntamos por sus causas, sus manifestaciones y sus efectos. Se trata de una doble dimensión que debe estudiarse, en primera instancia, a la luz de los antecedentes históricos de 1933; pues parece que el hecho de que la crisis de la modernización se hubiera agudizado en la República de Weimar fue el resultado de ciertos procesos seculares. Gracias a estos procesos se da el paso de la sociedad agraria, estamental y feudal a la sociedad industrial, capitalista, competitiva y de clases, sociedad que está llena tanto de conflictos como de contradicciones, sociedad que es en parte acelerada, en parte diletante. Para el análisis de este proceso de modernización no se ha recurrido de manera arbitraria a algunos conceptos de carácter temporal: aquí hay que hablar de asimultaneidad y de retraso.

Sin embargo, la *formación tardía de la nación*, expresión que acuñó Helmut Plessner⁷⁰, no fue en sí la causa decisiva que condujo a la crisis de la modernización⁷¹. Tampoco lo fue la fallida revolución burguesa o la democratización tardía, cuyas consecuencias a largo plazo fueron descritas por Ernst Bloch como la *asimultaneidad* que surgió debido a que, por un lado, se estaba dando la modernidad técnica e industrial, pero, por otro lado, se extendía la antimodernidad cultu-

⁶⁹ Se llama *época del sistema* al período comprendido entre el Segundo y el Tercer Imperio alemanes, esto es, la época de la República de Weimar. El término en cuestión fue acuñado por los nazis. (Nota de los compiladores)

⁷⁰ Helmuth Plessner, filósofo y sociólogo, inventó la expresión ‘nación tardía’ para caracterizar a Alemania. (Nota de los compiladores)

⁷¹ Helmuth Plessner, *Die verspätete Nation*. Stuttgart, 1959.

ral. Lo decisivo, en efecto, fue que en el siglo XIX, justamente, se dieron *varios* procesos de transformación casi *de manera simultánea*: la industrialización y la formación de la nación, la democratización y la integración social. Esto requirió que toda la sociedad tuviera la capacidad de dirigirse a sí misma: una capacidad, como hemos visto, excesivamente grande.

Al comienzo, la cuestión nacional fue el problema dominante del siglo antes de que apareciera la cuestión social, no sólo porque el Estado-nación y la nación estatal política tardaron en llegar; finalmente se hicieron realidad por medio de recursos bélicos y bajo un brillo externo, aunque con contradicciones internas. El Estado-nación y la nación estatal política aún tenían deficiencias. Algo más significativo aquí es que, debido a que el nacionalismo tenía una relación estrecha con la moral y la cultura burguesas, éste se convirtió en la ideología quizás más poderosa e influyente de la modernidad⁷². Logró compaginarse con todas las concepciones y movimientos, entre ellos, con la cultura nacional alemana –que estaba en contra de la hegemonía francesa– y con el racismo que promovía la *Ideología del pueblo dominante*. El dominio mundial de un Tercer Reich alemán debió justificarse por medio de esta ideología.

Tesis I: la construcción de la nación germano-prusiana no fue la conquista de un movimiento liberal de corte democrático y popular. En la época del *Vormärz*, este movimiento llegó por cierto a tener un perfil cultural y nacional definido, pero no alcanzó la anhelada forma estatal nacional⁷³. Una consecuencia que trajo consigo esta cultura nacional preestatal –que era clasicista y romántica y que se reflejó, en especial, en una cultura burguesa del sentimiento y de la asociación⁷⁴– fue una idea de política muy permeada de una cultura con carácter de religión. Las bellas artes, al mismo tiempo, se convirtieron en una religión cultural que estaba alejada de la política. Especialmente después de que Bismarck fundara el Imperio, el arte se convirtió en un refugio en donde los ciudadanos que estaban descontentos con la política y con la racionalidad se sentían protegidos del poder

72 Véase, sobre todo, George L. Mosse, *Nationalismus und Sexualität. Bürgerliche Moral und Sexuelle Normen*. München, 1985; como introducción, Heinrich August Winkler (ed.), *Nationalismus*. Meisenheim, 1979; Peter Alter, *Nationalismus*. Frankfurt/Main, 1985.

73 *Vormärz* es el periodo comprendido entre el fin del Congreso Vienés, que tuvo lugar en 1815, y la Revolución de Marzo de 1848-1849. Otra expresión que se utiliza para designar este periodo es la de *época de la restauración*. En 1848 se dio una ola de revoluciones en Europa que buscaban el cambio de régimen en varios países y la restauración de los órdenes que existían antes de las campañas napoleónicas de conquista. (Nota de los compiladores)

74 Algo que caracteriza a los alemanes como cultura es su persistente deseo de hacer parte de –o de fundar– asociaciones de todo tipo: deportivas, religiosas, laborales, políticas, artísticas, etc. (Nota de los compiladores)

y del conflicto. La política –que, bajo la influencia de las reformas prusianas y de la sociedad-Estado prusiana, estuvo de todas maneras muy marcada tanto estatal como burocráticamente– continuó distanciándose de la realidad social. Aquí surgió una concepción de la política que era excesivamente estética y religiosa, además de voluntaristamente reducida y divorciada de la realidad. Dicha concepción encontró su expresión en el imperialismo cultural del Imperio alemán, expresión cuyo efecto trascendió a su época. Finalmente, el régimen nazi pudo utilizar esta concepción como un medio para alcanzar sus fines.

Una gran parte del cambio radical nacional y del florecimiento nacional que tuvo lugar en Francia despertó una conciencia en la burguesía culta, que al comienzo fue nacional y cultural. De esta conciencia nació un movimiento cultural heterogéneo y en sí contradictorio que abarcaba corrientes racionales e ilustradas, clásicas y neohumanistas, así como románticas y religiosas. Los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1806 y 1815 politizaron cada vez más el movimiento cultural, debilitaron las fuerzas jacobinas y francófilas, y redujeron la ideología patriótica y democrática a ideología nacional alemana. Si bien el elemento cosmopolita se diluyó, por consiguiente, en el nacionalismo, el “pensamiento general nacional”, que era marcadamente antifrancés, no fue ni homogéneo ni unívoco. Su fundamento fue liberal y beligerante. Pero la relación entre el pensamiento cosmopolita y la conciencia nacional que cada día crecía más dio ahora importancia a las nuevas tendencias nacionales y pietistas, germanófilas y antifrancesas, místicas y románticas. La invocación del originario *espíritu del pueblo* que yacía en las profundidades inhóspitas buscó y encontró una expresión acorde con la época. Aquí se nos vienen a la mente las antiguas canciones y cuentos populares, los sermones patrióticos y los dramas históricos⁷⁵.

Aparte de la lengua y la poesía, lo que más determinó de manera constante el florecimiento cultural nacional fue la música. Pero, a diferencia de la literatura –a la cual podía acceder sobre todo la burguesía culta, pues el analfabetismo aún era alto–, la música produjo un notable movimiento de las masas. La música tuvo rasgos populares y folclóricos, así como artísticos y solemnes; fue tan variada en sus formas artísticas como en las necesidades culturales y sociales que quiso expresar: la cultura privada de la vida social que se expresaba en la música creada en la intimidad de las familias –esta música era bastante difundida–, el culto a la genialidad de solistas y compositores famosos, la necesidad nacional y romántica de

75 Véase Gert Ueding, *Klassik und Romantik. Deutsche Literatur im Zeitalter der Französischen Revolution 1789-1815*. München, 1987. Libro básico para el contexto político-cultural: Thomas Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1800-1866. Bürgerwelt und starker Staat*. München, 1983, esp. pp. 403 y ss.

representación en la *ópera alemana* y, en especial, el entusiasmo verdaderamente sacro por la música, que está presente en el carácter eclesiástico y secular del coro laico. Seguramente es falso, o por lo menos insuficiente, considerar esta compleja cultura musical laica como expresión o incluso causa de una espiritualidad apolítica. Pero no es absurdo afirmar que la música se convirtió en el medio preferido de la cultura del sentimiento –tanto política como apolítica– en Alemania⁷⁶.

Aquí se reunieron muchas cosas y se manifestaron de manera caprichosa ideas humanistas mundiales, *pathos* heroico, sentimiento religioso y subjetivismo romántico. La imposibilidad de una reconciliación entre el yo y el mundo, la ambivalencia de los valores y la polaridad de los sentimientos se convirtieron en algo característico de la nueva actitud ante la vida de la época burguesa. La excitación y la pasión, la melancolía y el dolor, el desgarramiento y la alienación, la soledad y la nostalgia que se sentía por el afecto, el compromiso y la comunidad, todos estos elementos buscaron manifestarse y encontraron su expresión en la intimidad lírica, así como en el giro explosivo que se dio hacia una “totalidad del pueblo”.

Esta cultura del sentimiento tuvo su lugar de desarrollo y su sustento institucional en las asociaciones burguesas, sobre todo, de cantantes, gimnastas, tiradores y estudiantes⁷⁷. Debido a que, como agrupación, perseguían un objetivo al parecer apolítico, escaparon –tanto en la época del *Vormärz* como en la época reaccionaria del *Nachmärz*– de la represión estatal autoritaria, pero formaron una comunidad alemana nacionalista de ideas y de sentimientos⁷⁸. Aunque las concepciones constitucionales políticas quisieron diferenciarse unas de otras –las concepciones constitucionales liberales se diferenciaban de las republicanas radical-democráticas–, éstas formaron una oposición nacional alemana conjunta, y así también se consideraron a sí mismas.

Su vida de asociación, pero sobre todo las fiestas nacionales que organizaron, se convirtieron en un elemento importante del mundo público burgués que estaba surgiendo en ese momento, a pesar de los Decretos de Karlsbad, a pesar de que se censurara la prensa y de que a las personas se las despojara políticamente

76 Carl Dahlhaus, *Die Musik des 19. Jahrhunderts*. Múnich, 1980; Nipperdey, pp. 533 y ss.

77 Véase Dieter Düding et al. (ed.), *Öffentliche Festkultur. Politische Feste in Deutschland von der Aufklärung bis zum Ersten Weltkrieg*. Reinbek, 1988; George L. Mosse, *Die Nationalisierung der Massen. Politische Symbolik und Massenbewegungen in Deutschland von den Napoleonischen Kriegen bis zum Dritten Reich*. Frankfurt/Main, 1976.

78 *Nachmärz* es el término que se usa para designar la época que vino después de la Revolución de 1848-1849. Dicho período fue especialmente prolífico en lo que respecta a la producción literaria. En esta época surge el Realismo, y los estudiosos la consideran como la época en que empezaron a manifestarse los primeros signos de la modernidad. (Nota de los compiladores)

de su derecho a reunirse⁷⁹. Estas fiestas burguesas, que se inspiraban en la fiesta francesa de la Revolución y que tenían visos de oposición nacional, visos culturales y nacionales, antifeudales pero también antifranceses, fueron, sin embargo, más que la simple compensación por la libertad política de reunión que se había perdido. El Festival de Wartburg y el Festival de Hambach, los festivales de gimnastas, cantantes y tiradores, las fiestas y festivales para honrar a Gutenberg, a Lutero y a Schiller, luego también las Fiestas de Lassalle⁸⁰ y las fiestas de marzo de los trabajadores, todas estas fiestas también satisfacían en gran medida las necesidades emocionales, culturales y estéticas de los participantes, los cuales provenían en su mayoría de las clases medias pequeñoburguesas⁸¹. El verde follaje de los robles y el resplandor del fuego en la noche, el espectáculo de las banderas de color negro, rojo y amarillo, y las canciones nacionales de Ernst Moritz Arndt y de Hoffmann von Fallersleben que se cantaban con tanto fervor, todo esto le confirió su expresión simbólica a este movimiento nacional, le imprimió una marca inconfundible y en gran medida perceptible. Aún estaba lejos el momento en que el grito marcial de cientos de miles resonara en Núremberg: “¡Un pueblo, un Estado, un líder!”. Pero ya aquí se deseó apasionadamente, y más allá de todas las fronteras regionales, la unidad de todos los *hermanos alemanes*. Esto se revela en los gritos de júbilo: “*Un sentir alemán, un Derecho alemán y una Constitución alemana!*”.

Con la fundación del Imperio en 1871 se produjo un cambio que trajo consigo graves consecuencias. Los cantantes, tiradores y gimnastas siguieron haciendo sus fiestas, aunque ahora sólo se destacaron las fiestas de aniversario del Sedan y del emperador⁸². De cierta manera, Bismarck les llevó la delantera liberal y beligerante. Así, sólo quedaron lo nacional, el fomento de la cultura y la vida social que promovían el canto de los hombres en los coros, el ejercicio físico y las competencias deportivas de tiro. Apariencia y realidad se confundían, una con otra, de manera fatal. El movimiento nacional se convirtió en lo que hasta el momento sólo había sido en apariencia: una comunidad de ideas y de sentimientos apolíticos.

79 Los Decretos de Karlsbad fueron un conjunto de restricciones sociales que se introdujeron en 1819. Dos de los propósitos de estos decretos fueron disolver las agrupaciones estudiantiles y aplicarle una censura moderada a la prensa. (Nota de los compiladores)

80 Ferdinand Lassalle es un representante del movimiento obrero en el siglo XIX. (Nota de los compiladores)

81 Para lo siguiente, véase D. Düding. *Nationale Oppositionsfeste der Turner, Sänger und Schützen im 19. Jahrhundert*, en *ibid.*, *Öffentliche Festkultur*, pp. 166 y ss. Además, Fritz Schellack. *Nationalfeiertage in Deutschland von 1871 bis 1945*. Frankfurt, Bern, 1990.

82 En la época del Imperio alemán, el 2 de septiembre se conmemoraba la batalla de Sedan (Francia), batalla en la que el ejército alemán les ganó a los franceses en la guerra Franco-Prusiana de 1870-1871. (Nota de los compiladores)

cos superficiales. Por otra parte, esta comunidad no siguió siendo lo que en efecto fue: un movimiento liberal democrático. En sus fiestas ahora sólo se entonó y se popularizó un *nacionalismo imperial afirmativo* (D. Düding) tanto unívoco como enérgico. Esto significó ahora: “¡Salvación para ti en la corona del vencedor!”⁸³. Ahora se solicitaron el culto a la persona, el amor a la patria y la fidelidad de los súbditos.

Algunos habían previsto este desarrollo. Pocos como Heine lo previeron mucho antes de la fundación del Imperio, incluso antes del fracaso de la Revolución del 48. En la crítica demoledora que hizo al romanticismo tardío y a su giro hacia lo reaccionario, Heine escribió, a mediados de los años treinta, cuando estaba en París: “Cuando por fin el patriotismo alemán y la nacionalidad alemana triunfaron completamente, también triunfó de manera definitiva la escuela romántica, cristiana, alemana, popular, el *nuevo arte alemán nacionalista y religioso*”⁸⁴.

Tendencias muy diferentes se toparon, unas con otras, en la formación de la cultura nacional, clásica y romántica. La Ilustración y la secularización, el idealismo y el romanticismo, el humanismo y el nacionalismo se relacionaron de diversas maneras. De esto surgió un clima cultural fecundo pero también contradictorio, especialmente por tener como trasfondo la división confesional y la división del liberalismo burgués en una corriente de izquierda y una corriente de derecha. Esto no fue fácil de asimilar para la cultura que estaba rodeada del aura de una *religiosidad secular*. La religión cultural que desde el comienzo tenía visos nacionalistas les proporcionó un medio a sus adeptos para que huyeran del mundo y se elevaran de la realidad sociopolítica o la despreciaran, pero no los invitó a que hicieran un análisis pragmático y crítico de la misma. La tendencia creciente a convertir la política en algo estético está en relación directa con esto. Dicha tendencia se benefició sin duda de que comenzara la politización de la población en la esfera cultural, politización a la cual se limitó por largo tiempo o hacia la cual fue llevada. Aquí surge una singular extrañeza frente a la sociedad moderna de clases y de intereses, la cual es vista como algo *inorgánico*, pero al mismo tiempo una inclinación a veces realmente entusiasta hacia una comunidad de pensamiento, de religión y de parentesco sanguíneo que es vista como algo *orgánico*.

En los treinta años que transcurrieron entre la fallida Revolución de Marzo y la *segunda* fundación del Imperio alemán, la ideología patriótica liberal se redujo

83 En alemán “Heil Dir im Siegerkranz”, himno oficial del Imperio alemán entre 1871 y 1918. (Nota de los compiladores)

84 Heinrich Heine, *Über Deutschland. Die Romantische Schule* (*Sämtliche Schriften*, vol. 5). Frankfurt/Main, Berlin, 1981, p. 380.

a lo alemán nacional, la conciencia nacional liberal de las clases burguesas emergentes se transformó en una conciencia liberal nacional; pero también el ideal progresista y humanista de una cultura nacional alemana se transformó en una autoimagen infantil, arrogante y adornada, así como en la exigencia agresiva de formar una *nación cultural*, una nación que supuestamente llegó muy tarde y que llamó poco la atención, y que por eso se sintió erróneamente llamada a realizar tareas de mayor envergadura⁸⁵.

En la segunda mitad del siglo XIX, el nacionalismo se separó del liberalismo, lo dividió, y así contribuyó de manera esencial a su decadencia y a su lento sucumbir, puesto que los conservadores se apropiaron del nacionalismo, después de la fundación del Imperio de Bismarck, y convirtieron a la nación en algo que tenía valor en sí. De este modo, la nacionalización y la politización de las masas se adelantaron a la liberalización de la sociedad, incluso la obstaculizaron y la reprimieron. La democratización también se quedó rezagada detrás de la industrialización que progresaba rápidamente. Dicho desarrollo *asimultáneo* llevó finalmente a un dilema de difícil solución. Después de que *a Alemania se le arrebatará la posibilidad de ser potencia mundial*⁸⁶, y después de que sucumbiera la monarquía, la liberalización y democratización del Estado y de la sociedad se demoraron en llegar; sin embargo, su realización revolucionaria fracasó o se quedó a *medio camino*.

Aun hasta el último momento, las antiguas élites monárquicas se liberaron a sí mismas de responsabilidad y le pidieron cuentas al SPD, por cuanto éste era, desde hace mucho tiempo, el partido de oposición más grande de todos y la fuerza parlamentaria más fuerte de todas. Con la parlamentarización de la Constitución del Imperio de Bismarck que introdujo Ludendorff en el último momento –para disfrazar su fracaso–, el gobierno socialdemocrático se convirtió en el síndico de la quiebra de la monarquía, que estaba colapsando. Ésta fue una última maniobra de las fuerzas militares, que fue hábil y que además trajo consigo graves consecuencias para la futura república, porque el movimiento obrero se fragmentó a causa de sus disputas sobre las revoluciones rusas y a causa de su participación en la Primera Guerra Mundial. De esta guerra salió debilitado y fragmentado ideo-

85 Fundamental para lo que sigue: Arno J. Mayer, *Adelsmacht und Bürgertum. Die Krise der europäischen Gesellschaft 1848-1914*. München, 1988; James J. Sheehan. *Der deutsche Liberalismus. Von den Anfängen im 18. Jahrhundert bis zum Ersten Weltkrieg*. München, 1983.

86 En el texto original aparece la expresión “Griff nach der Weltmacht”. Esta expresión tiene un sentido que no es perceptible en su versión en español. En el siglo XIX, varios países se convirtieron en potencias mundiales, sobre todo, por dos razones; por un lado, por poseer colonias y, por otro lado, por ser naciones unificadas. En ese sentido, Alemania fue excluida del grupo de las potencias mundiales, puesto que ni tenía colonias ni estaba unificada. (Nota de los compiladores)

lógica y organizacionalmente. A esto se sumó que el desarrollo de la democracia, del estatus jurídico y social del Estado, que comenzó en el Imperio –y que fue, sin embargo, insuficiente–, había *imbuido a las masas obreras de nacionalismo*, y con ello, socavado de manera definitiva su espontaneidad revolucionaria y su solidaridad en la resistencia.

No funcionó derrocar a las antiguas élites monárquicas. De modo que la República de Weimar se construyó sobre cimientos frágiles y, tan sólo meses después de haber sido fundada, cayó en un estado de sitio permanente, debido a la presencia de fuerzas hostiles a la República. Al final, la República de Weimar no pudo sortear ese estado de sitio, al estar bajo la presión de la grave crisis económica. La política de tolerancia establecida por el SPD, que no tuvo éxito y que fue inútil, así como su fidelidad pasiva y desesperada a la Constitución, alargaron por cierto tiempo la vida útil de la República, pero la inercia política terminó paralizando sus defensas. El conflicto ideológico que había entre los partidos obreros las debilitó aún más. El anticomunismo de la socialdemocracia y la doctrina del fascismo social que defendían los comunistas fueron expresión de una valoración equivocada de las fuerzas y de los riesgos políticos que estaban en juego. Esta apreciación trajo consigo graves consecuencias. El PNOA, con Hitler a la cabeza, salió finalmente vencedor a raíz de la situación de empate en la política del poder a la que llegaron los grupos prorrеспUBLICANO y antirrespUBLICANO; estos grupos estaban desgarrados en su interior.

La politización que se dio durante la guerra mundial, la revolución y la contrarrevolución se extendió también a la esfera cultural y la trajeron de esta manera a la esfera política. Parecía que la oposición entre cultura elitista burguesa y política se desvanecía; parecía que, por lo menos, se había hecho menos fuerte. De las circunstancias de desprecio y de exclusión surgieron una nueva coexistencia, una nueva convivencia y una nueva confrontación entre vanguardistas y tradicionalistas, entre cultura elitista y cultura de las masas, entre objetividad y subjetividad en el arte. Al mismo tiempo, aumentaron de manera visible la diferencia y el pluralismo dentro de la esfera cultural. Esto se refleja en la multiplicidad de grupos y estilos que se crearon, así como en las nuevas formas de expresión estética y en los nuevos recursos técnicos que se utilizaron para la reproducción y difusión masivas. La segunda revolución cultural desdibujó aún más el límite que separaba la cultura de la política, suprimió paulatinamente el distanciamiento y la relación de tensión que había entre ellas. La cultura de la época guillermina⁸⁷, que

87 El término “época guillermina” hace alusión al período del káiser Wilhelm II (Guillermo II). (Nota de los compiladores)

estuvo determinada por el tradicionalismo y el historicismo, adquirió una mayor conciencia social y del presente; se volvió subjetiva y agresiva⁸⁸.

No obstante, la agudización de la crisis cultural y político-nacional, que tuvo lugar entre el fin del siglo y los últimos años de la República, también llevó a que las corrientes religiosas trascendentales cobraran vigor. La vanguardia artística también se distinguió, especialmente en el expresionismo, no sólo por su pasión enfáticamente religiosa por el arte; el arte también dejó ver en sí mismo rasgos claramente religiosos. Y en un medio ambiente cultural *völkisch* y pesimista renacieron las esperanzas carismáticas en la llegada de un mesías. En la figura del guía genial de los artistas y en la relación del arte con el poder se trazó la utopía reaccionaria de una reforma integral que iría en contra de la modernidad.

De esta manera, el pluralismo y la democracia de la joven República no sólo estuvieron en peligro en la esfera política, sino también en el ámbito cultural, debido a intereses comerciales, pero sobre todo a la intervención política. Ésta buscó –en su variante de extrema derecha y de extrema izquierda– tener un control completo e incluso suprimir la diferencia entre cultura y política, a favor de la política, del poder, considerando que el poder de oposición del arte y la cultura es impredecible para cualquier sistema totalitario, y que causa inestabilidad.

En consecuencia, con el éxito final de Hitler y el triunfo del movimiento nazi, al comienzo se dio una diferenciación rigurosa, tanto en el interior de las esferas de la cultura y de la política como también entre ellas mismas, pero luego esta diferenciación dejó de existir. Aquí estoy aludiendo a los diferentes procesos de *sincronización*, de *autosincronización* y de terror estatal. Se puede mostrar que el caso del Tercer Reich es en ese sentido un caso particular y, seguramente, también un caso extremo que se ubica en el contexto de un desarrollo social moderno; pero también se trata de un caso en el cual se manifiesta especialmente el problema estructural que genera una relación de tensión entre cultura y política. Mientras que en las sociedades liberales por lo general existe una complicada relación de dependencia y de autonomía entre estas dos esferas, la supresión de tal interdependencia es justamente algo característico de las sociedades totalitarias. Dicha supresión tiene dos facetas, una represiva y una estética. Se suprime, por una parte, la libertad en el arte, ya sea unificando organizacionalmente a los productores de cultura, ya sea prohibiendo, robando y destruyendo las obras que no se ajusten a la ideología estatal. Por otra parte, la política, las estructuras de

88 Sobre la historia cultural del Imperio y de la República de Weimar; véase Richard Hamann y Jost Hermand. *Impressionismus*. München, 1974; *ibid.*, *Stilkunst um 1900*. München, 1973; *ibid.*, *Expressionismus*. München, 1976.

comunicación masiva, de conciliación de intereses y de educación de la mayoría –estructuras que se suprimieron a la fuerza– no sólo se sustituyen por la arbitrariedad y la violencia declarada, sino también por la estetización, ya sea del poder estatal o de las relaciones sociales; pues el éxito del nazismo se debe tanto al extenso uso que hizo de los medios represivos como a que movilizó e integró a las masas por medio de la fascinación estética. Lo que en esencia motivó esto fue la oposición irreconciliable que había entre el fundamento social anticapitalista y la función social procapitalista del nazismo. Por eso, el Estado nazi pudo ayudarles a las masas a expresarse pero no les hizo justicia, tal y como Walter Benjamin lo puntualizó acertadamente.

Tesis 2: la diferenciación estructural que se produjo en el interior de las esferas de la cultura y de la política (y entre ellas mismas) se dio de manera concomitante con una conversión completa de la política y de la sociedad en algo estético. Dicho de otra manera: con el despliegue del poder militar y estatal-policivo, el régimen nazi destruyó instituciones constitucionales y organizaciones políticas, y paulatinamente redujo la política a pura violencia y arbitrariedad. Al mismo tiempo, con la estetización de la realidad social y política suprimió aparentemente las oposiciones tradicionales, y con esto les hizo creer a las masas, por lo menos temporalmente, que la cuestión nacional (el “tratado de paz obligado” de Versalles) y la cuestión social (el conflicto de clase entre capital y trabajo) podían solucionarse sin que hubiera derramamiento de sangre. La escenificación de la *hermosa apariencia* debía servir además para encubrir el único propósito que el régimen perseguía: la victoria o la derrota en una guerra *total* de conquista y exterminio.

Para esto, el régimen nazi pudo recurrir a múltiples recursos culturales que hacían parte de una agitada historia previa. Durante el siglo XIX y los comienzos del siglo XX, en el nacionalismo, en el liberalismo, en el conservatismo y en el socialismo se habían movilizado y se habían formado muchos movimientos masivos. La Revolución Francesa, el clasicismo y el romanticismo, los movimientos revolucionarios de emancipación y las guerras de unificación nacional, los movimientos obreros y las revoluciones sociales, todo esto creó una nueva estética de la política. Las fiestas nacionales de Schiller y Sedan, las fiestas públicas de los estudiantes, gimnastas y cantantes o las reuniones posteriores de obreros fueron ocasión y escenario de acontecimientos masivos sublimes y extraordinarios. Los mitos germanos y las visiones revolucionarias, los cantos y monumentos nacionales, el simbolismo de las banderas y las antorchas, pero también los nuevos *templos* y *catedrales* que forjaron la arquitectura de la época de las masas y de la industria naciente, fueron su manifestación perceptible y evidente. El ideal de belleza de la *sencillez sublime*, que buscaba una síntesis entre el mundo griego y romano clásico y el espíritu germano, se opuso con esto a una *deformación* del

mundo moderno; muchos vieron la parlamentarización e industrialización como una deformación del mundo moderno. A partir del mundo empírico, supuestamente caótico y sin sentido, se creó un mundo de *hermosa apariencia*.

La estetización de la política y de la sociedad no fue un proceso ni azaroso ni caótico. Ésta se hizo posible pero también necesaria a causa de las relaciones internas de poder y de clase que existieron durante los últimos años de la República de Weimar. Ésta llevó a la democracia liberal a una crisis, de la cual ya no pudo salir por sus propios medios. Pues en la sociedad de la República de Weimar –que estaba muy industrializada, pero que aún era muy desigual desde el punto de vista socioeconómico, que estaba muy dividida ideológicamente y fragmentada culturalmente– ni los partidos de la clase obrera ni los de la burguesía –que era heterogénea social, estructural y confesionalmente, y en cuanto a los intereses políticos– estaban en condiciones de conquistar el poder político y de afirmarse valiéndose de los recursos que ofrecía la democracia parlamentaria. La defensiva política del movimiento obrero organizado y la pérdida progresiva de votantes de la esfera burguesa llevaron más bien a un *equilibrio de clase en cuanto a la impotencia*, como acertadamente lo llamó el austromarxista Otto Bauer⁸⁹, en el sentido de la teoría marxista bonapartista⁹⁰.

Sin embargo, la pequeña burguesía y las clases medias burguesas se vieron amenazadas por la alta burguesía y por la clase obrera. Después del derrumbe de la monarquía, las capas intermedias no gozaron ni de protección ni de un poder de organización digno de mención. En particular, la *antigua* clase media reclinó la espalda contra la pared, pared sobre la cual pintó sus cuadros de horror: el maestro artesano que es expulsado de su taller por la industria, el pequeño comerciante y propietario de una tienda que entra en bancarrota por culpa de los grandes almacenes, el campesino lleno de deudas que es desplazado de su finca. Esto tal vez fue una exageración. Las clases medias no se empobrecieron ni en el último tercio del siglo XIX ni en el primero del siglo XX. La sociedad no se polarizó en una pequeña clase alta de ricos y en millones de pobres. Pero los cambios y las fisuras estructurales se hicieron visibles en el sistema de las clases medias burguesas, que

89 En 1914 se formó un grupo de teóricos austriacos que querían desarrollar una teoría política que se situara entre la socialdemocracia y el leninismo. A los miembros de dicho grupo se los llamó austromarxistas. Por otra parte, la teoría bonapartista fue una reflexión que se hizo en torno a un tipo de gobierno autoritario que existió en el siglo XIX. Este gobierno estaba en contra del antiguo régimen y del parlamentarismo. Buscó que el linaje de Napoleón permaneciera en el poder. (Nota de los compiladores)

90 V. Wolfgang Wippermann, *Die Bonapartismustheorie von Marx und Engels*. Stuttgart, 1989, pp. 189 y ss., e *ibid.*, *Zur Analyse des Faschismus. Die sozialistischen und kommunistischen Faschismustheorien 1921-1945*. Frankfurt/Main, 1981.

era complejo ideológica y culturalmente, así como socioeconómicamente diferenciado. Estos cambios y fisuras estructurales trajeron consigo nuevas tensiones sociales y propiciaron el surgimiento de movimientos políticos.

Al comienzo, la floreciente burguesía culta y comerciante había buscado y encontrado un perfil y una identidad en su distanciamiento de la aristocracia y de la antigua sociedad estamental. Sin embargo, el ennoblecimiento, la feudalización social y la militarización de la burguesía atenuaron, cada vez más, el efecto estructural que había causado esta diferenciación. Por otra parte, el paulatino aburguesamiento de la nobleza también ayudó a ello. A esto se añadió el que se difundiera cada vez más una *educación superior*. Con el sector terciario, que creció rápidamente desde finales del siglo XIX, surgió una legión de funcionarios intermedios, de empleados comerciales y técnicos; la educación académica y teórica perdió en exclusividad, se formó una *nueva clase media burguesa* que buscó separarse de la *antigua clase media comercial*, así como de los obreros calificados y no calificados, en cierto modo, con miras a alcanzar un prestigio social. En esta “nueva” clase media se abrió paso finalmente la *antigua clase de los letrados*. En los análisis socioestructurales que Theodor Geiger hizo, poco antes de la llegada del Tercer Reich, incluyó a los *funcionarios del Estado* y a los trabajadores independientes en la *nueva clase media*, pues creyó que a ellos también los caracterizaba lo que distinguía a estas nuevas clases medias en conjunto, a saber, su orientación hacia los empleados⁹¹. Esta caracterización no correspondió, no obstante, ni con mucho a la visión que ellos tenían de sí mismos, en la cual sobresalía un deseo de prestigio –deseo que tenían, sobre todo, los empleados–. Kracauer caricaturizó acertadamente este deseo de prestigio como algo que estaba determinado por el nivel de educación⁹².

Las clases medias burguesas tuvieron que enfrentar también a la clase obrera. Después de la primera mitad del siglo, la oposición originaria de la clase media burguesa a las clases preindustriales fue desplazada por la nueva confrontación con el movimiento obrero, o, por lo menos, se le superpuso. La clase obrera se veía a sí misma como la herencia de la democracia civil, como el partido de la cultura, y, en consecuencia, le reprochó su traición a la burguesía, su traición a las ideas de la Ilustración y del neohumanismo, a los objetivos de la Revolución de 1848. Independientemente de si los miembros de las clases medias burguesas se dejaron irritar por la retórica revolucionaria del movimiento obrero o si percibieron con asombro y desconfianza las tendencias del aburguesamiento y de la desproletarización, siempre se sintieron amenazados.

91 Geiger, p. 105.

92 Siegfried Kracauer, *Die Angestellten. Aus dem neuesten Deutschland*. Frankfurt/Main, 1971.

Tradicionalmente, la burguesía de clase media había fijado económicamente su posición de punto medio entre la clase alta aristocrática, burguesa, y las clases bajas proletarias, y políticamente, entre la *izquierda* y la *derecha*, con el propósito de que hubiera una distribución *justa* del ingreso y de los bienes. Y culturalmente se había mostrado como garante del orden social, de la estabilidad y de la adecuada representación estética y artística. La clase media burguesa definió los valores de la moral normal burguesa y de la belleza *clásica*: honestidad, laboriosidad, austeridad, pulcritud, puntualidad, ética, etc., así como dignidad, inocencia, grandeza, armonía, idealidad, historicidad, etc., en el ámbito artístico. La clase media burguesa aseguró su prestigio; exigió, en consecuencia, su control y se vio en ese sentido cumpliendo una especie de rol de suplente⁹³.

Así, la burguesía de clase media finalmente se convirtió en la base social de un movimiento popular beligerante de derecha y *nacional-socialista*, movimiento que al fijarse un objetivo anticapitalista y al mismo tiempo antisocialista se transformó en una especie de *tercera fuerza* y prometió devolverles un pasado perdido a las capas intermedias.

Las capas intermedias le confiaron, por consiguiente, sus esperanzas al líder de ese movimiento, a quien las élites monárquicas también le habían cedido el poder político, ya que éstas querían afirmar su poder económico y su posición social. Esto explica la oposición que existió entre el fundamento pequeñoburgués y de clase media del movimiento nazi y su función procapitalista en cuanto partido del régimen, pero no aún el problema de su afirmación autoritaria. Para esto fue necesario que se independizara, en un comienzo, el poder ejecutivo fascista (Estado del *Führer* y mito del *Führer*)⁹⁴. Además, se desarrolló una doble estrategia que en general fue característica del sistema: el amplio desprecio por los intereses de la clase media, junto con su gratificación simbólica concomitante, la supresión violenta de los conflictos de clase y, al mismo tiempo, su masiva ocultación estética y cultural, la popularización y la imposición social de una ideología racista, junto con el notable debilitamiento del tradicionalismo popular, y, simultáneamente, la modernización tecnológica forzada. Entre tanto, aquí se habla con justa razón de un *modernismo reaccionario* (J. Herf).

Pero al comienzo el nazismo movilizó los resentimientos antimodernos que tenían las capas intermedias. Estos resentimientos fueron el resultado de una

93 Rainer M. Lepsius, *Extremer Nationalismus. Strukturbedingungen vor der nationalsozialistischen Machtergreifung*. Stuttgart, 1966, pp. 9 y ss. Véase también Jürgen Kocka (ed.), *Bürger und Bürgerlichkeit im 19. Jahrhundert*. Göttingen, 1987, esp. pp. 7 y ss., pp. 79 y ss., 121 y ss.

94 Jäckel, V. Eberhard. *Hitlers Herrschaft. Vollzug einer Weltanschauung*. Stuttgart, 1986. Aquí se hace una diferenciación muy razonable –que se orienta hacia la teoría bonapartista– entre el camino que tomó Hitler para alcanzar el poder y el que tomó para llegar al gobierno.

amenaza y de una confusión que se vivieron como existenciales; el nazismo les dio una expresión afectivamente cargada a esos resentimientos. Y esto mismo se ha manifestado de diversas maneras: como protesta en contra de las ideas de 1789, como protesta en contra del programa político de la modernidad, como protesta en contra de la *humillación* nacional de 1918 y, finalmente, como protesta en contra del modernismo cultural y del *desencanto* (Max Weber) del mundo moderno. La difícil experiencia de la crisis socioeconómica llevó a que se desearan una catarsis y una ayuda material; la vasta desilusión y la confusión buscaron el apoyo emocional y la compensación estética.

En vista de la oposición realmente irreconciliable que había entre los intereses culturales por las condiciones ya establecidas, pero también por el esplendor y la grandeza de la nación, y las múltiples visiones que se tenían de la supuesta decadencia y de la supuesta disolución del Imperio, sólo había dos vías de acción posibles: por un lado, formas agresivas de articulación en contra de los *enemigos del pueblo* y de los *que eran extraños a la sociedad*; por el otro lado, formas simbólicas de expresión, que se convirtieron en ritos y que se escenificaron, en las cuales los deseos y anhelos, al principio, de las masas pequeñoburguesas, y luego también de otras partes de la población, encontraron su satisfacción estética, imaginaria y emocional, por lo menos sustituta. Carecían de estrategias racionales y de otras perspectivas. Se enfrentaron a la democracia, en gran medida, de manera irreflexiva. Vieron el *sistema* de Weimar con desprecio. En general, tuvieron una relación tradicionalmente problemática con la política. Para ellas, una comprensión de la política que se sustentara en la experiencia, que fuera cínica y al mismo tiempo pragmática, permaneció como algo en gran medida desconocido. Para ellas fue algo mucho más significativo el simbolismo nacional alemán, la escenificación del poder y de la estética de la política. Grandes porciones de la población no querían análisis abstractos ni instrucción sobre las ventajas relativas de la democracia, sino ideología concreta, vivencia, motivación y certeza.

Para esto, el régimen nazi utilizó los recursos simbólicos y expresivos, los recursos coreográficos, comunicativos-masivos y arquitectónicos que estaban a su disposición, tanto de manera inescrupulosa como soberana. Al lado de todo el empleo brutal de la violencia estuvo la estetización, la escenificación permanente de una realidad aparente; esto fue necesario para la estabilidad del régimen. Se trataba de manera directa de abolir supuestamente el conflicto de clases; se trataba de la solución de la cuestión social. La realidad aparente se llamaba *Volksgemeinschaft*, pero esa realidad aparente cobraba rasgos reales, cuanto más perduraba y cuanto menos se la percibía como una escenificación. Esto apuntó de manera indirecta a la guerra de conquista y de exterminio que se dirigió contra Europa oriental y contra los judíos, y que debía traer la solución de la cuestión nacional.

Tesis 3: la estetización de la política y de la sociedad como estrategia complementaria del régimen fascista del terror se valió de instrumentos y conceptos que eran más antiguos: éstos se acumularon en el fondo de la política estética, simbólica y teatral, desde que surgieron los movimientos culturales nacionales hasta que se formó el movimiento obrero. Grandes grupos de la clase media burguesa y de la pequeña burguesía fueron especialmente vulnerables a esto. A partir del derrumbamiento de la monarquía y a partir de la derrota en la guerra, que se vivió como una humillación, sin que hubiera protección social ni identificación político-simbólica, estos grupos se vieron amenazados por el comunismo internacional (*bolchevismo judío*) e igualmente por el capitalismo internacional, y las *apariencias perversas* de la modernidad estética los confundieron. Anhelaron divisar a lo lejos la restauración del esplendor y la grandeza de la nación y el modelo significativo de un orden homogéneo, estable y libre de conflictos que estuviera más allá de la supuesta decadencia y de la supuesta *disolución*, ya que ellos se veían a sí mismos como portadores de los valores nacionales tradicionales y como centros nacionales.

CAPÍTULO 2

LAS DOS ALEMANIAS

INTRODUCCIÓN

En el período comprendido entre 1949 y 1990 existieron dos estados alemanes, la República Federal de Alemania (RFA) y la República Democrática Alemana (RDA). La división de Alemania se consideró inicialmente como una situación excepcional pasajera. En esta forma, en los primeros años fue posible conformar conjuntamente, por citar un ejemplo, equipos de fútbol y olímpicos. Desde 1955, sin embargo, se fueron distanciando los dos estados cada vez más. Así, la República Federal insistía en su derecho exclusivo de representación y emprendió el intento de bloquear el reconocimiento internacional de la RDA por otros estados. Este principio de política exterior, conocido con el nombre de “Doctrina Hallstein”, por el nombre del secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, Walter Hallstein, lo mantuvo Alemania Occidental hasta finales de la década de 1960. Las relaciones entre las dos Alemanias alcanzaron un punto crítico con la construcción del Muro de Berlín, en agosto de 1961.

El periodista y editor del semanario *Der Spiegel*, Rudolf Augstein, previó la construcción del Muro, es decir, “el asidero a Berlín”, como una estrategia de la Unión Soviética para asegurar su campo de influencia contra Alemania Occidental y, con ayuda de un reconocimiento formal de la RDA, hacer que la meta de una reunificación bajo los augurios capitalistas occidentales se postergara por muy largo tiempo.

Una prudente toma de contacto entre las Alemanias de occidente y de oriente se presentó de nuevo sólo a partir de 1969, con el gobierno de Willy Brandt, quien introdujo la así llamada *Ostpolitik* (Política de Oriente) de la República Federal, bajo el lema “Cambio por medio del acercamiento” (*Wandel durch Annäherung*). Aunque ésta trajo consigo una clara distensión en las relaciones entre las dos Alemanias, también significó una consolidación del statu quo político en Europa. La República Federal desistió de su pretensión de representación única, lo que condujo finalmente en 1971 al reconocimiento diplomático *de facto* de la RDA.

Sebastian Haffner, historiador de Alemania Occidental, defiende la nueva política que se siguió frente a la RDA. Su argumento, algo contraintuitivo, sostiene que por este medio se haría más probable la reunificación, pues los dos estados podrían conocerse mejor a través de un mayor contacto y de conscientizarse más de sus características comunes. Haffner no rechaza entonces la

meta de la reunificación pero sí la estrategia política anterior, para alcanzarla en algún momento.

También las relaciones con Polonia se situaron sobre una base más estable cuando la República Federal reconoció los ríos Oder y Neiße como la frontera occidental de Polonia. Con ello la República Federal renunció por vez primera y oficialmente a los territorios anteriormente alemanes de Prusia Oriental y Silesia, lo que desató una fuerte crítica, especialmente de parte de quienes habían sido desplazados de su patria. La periodista Marion Gräfin Dönhoff, proveniente de Prusia Oriental, también lamentó en su artículo, aparecido en 1964 en el periódico semanal liberal *Die Zeit*, es decir, antes de la entrada en vigor de la *Ostpolitik*, la pérdida de la patria. En él se declara claramente a favor de la renuncia a la violencia para la recuperación de los territorios perdidos con Polonia después de la Segunda Guerra Mundial, pero rechaza simultáneamente que se renuncie definitivamente a la hereditaria patria, como lo hizo posteriormente el gobierno de Brandt, al inicio de los años 70. Pero le quedó muy claro que el camino hacia una reconciliación entre alemanes y polacos necesitaba el reconocimiento formal del *statu quo*. En consecuencia, apoyó la *Ostpolitik* de Brandt. En el segundo artículo presentado aquí, observa que la pérdida de los territorios orientales no era culpa de Brandt, sino de Hitler, que empezó la guerra que terminó dejando separada a Alemania.

La situación excepcional que se vivió después de 1945 se había hecho cotidiana, una cotidianidad en la que se acomodaron ambos estados alemanes, pero con la *Ostpolitik* la RDA se sintió confirmada tanto en su derecho a existir como en sus bases ideológico-políticas. La entrevista que el socialdemócrata Freimut Duve, de Alemania Occidental, sostuvo en 1970 con el filósofo Wolfgang Harich, de la RDA, es una elocuente prueba de esta nueva conciencia de los dirigentes de la RDA. Harich, quien irónicamente estuvo recluido en prisión en la RDA en los años 50 por motivos políticos, defiende el modelo socialista de la sociedad como la única alternativa posible al capitalismo contemporáneo, supuestamente agotado en su propio crecimiento económico.

En la República Federal los años 70 estuvieron marcados por una reorientación de la sociedad. Las protestas estudiantiles del año 68 habían sacudido recientemente a la sociedad de posguerra con sus críticas preguntas sobre el pasado nazi. En los años siguientes la República Federal se vio confrontada con el problema del terrorismo. La ola de terror desatada por la Fracción del Ejército Rojo (RAF, por su sigla en alemán) alcanzó su punto culminante en 1977, en el llamado “otoño alemán”, y sacudió al relativamente joven Estado hasta hacer tambalear sus bases.

El periodista liberal Fritz J. Raddatz, del semanario *Die Zeit*, trata de investigar las causas de por qué una parte de la generación joven se hizo tan susceptible al terrorismo de izquierda. En su intento ve una explicación parcial en el cambio de valores en dirección al consumismo, en la superficialidad del discurso político y, más concretamente, en los medios de comunicación masiva, así como en la crisis del capitalismo moderno, que significó el final del "milagro económico".

En un debate parlamentario el sucesor de Brandt como canciller federal, Helmut Schmidt, llegó, por el contrario, a la conclusión de que ni el Estado ni la sociedad se habían confrontado suficientemente con el terrorismo en su debido momento en el campo intelectual-moral y que su surgimiento estaría relacionado con una cierta presunción de la élite política de la República Federal.

Mientras que una pequeña parte de la población de Alemania Federal quiso combatir la crisis económica y social de los años 70 con métodos radicales, la mayoría se decidió por un cambio pacífico de gobierno, de la hegemonía cristiano-demócrata bajo Konrad Adenauer y Ludwig Erhard, a la coalición social-liberal bajo Willy Brandt y, más tarde, Helmut Schmidt. El historiador Paul Nolte analiza los esfuerzos de la coalición del SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) y el FDP (Partido Liberal Alemán) para efectuar reformas políticas, económicas y sociales en la República Federal. Sus conclusiones resultan ambivalentes: a pesar de sus aspiraciones de reforma y algunos resultados realmente considerables, la realidad misma de las reformas a menudo no alcanzó las metas que ellos mismos se habían impuesto y que esperaba la mayoría de la población.

Los años 80 y gran parte de los 90 en la historia de la República Federal, y posteriormente de toda Alemania, están inseparablemente unidos con el nombre de Helmut Kohl. Durante 16 años, y con ello dos años más que Konrad Adenauer, se mantuvo Kohl al frente del gobierno federal. Inició su mandato como canciller federal con la promesa de un "cambio intelectual y moral" en la República Federal. Paul Nolte llega a una conclusión más bien negativa en relación con el logro de la misma. El indudablemente más grande éxito de Kohl, la reunificación alemana en octubre de 1990, no alcanza a cubrir del todo los numerosos déficit de su política económica y social, los cuales, en opinión de Nolte, hicieron que el Estado benefactor alemán se tornara, por el contrario, incapaz y adverso a las reformas.

Rudolf Augstein (1923-2002) fue un periodista alemán, editor, publicista y fundador de la revista semanal Der Spiegel. Pocas semanas antes de la construcción del Muro, el 13 de agosto de 1961, Augstein publicó en Der Spiegel su previsor artículo „Geht Berlin verloren?“ (¿Va a perderse Berlín?), bajo el seudónimo de Jens Daniel. La revista se había desarrollado rápidamente, tras su fundación al final de los años cuarenta, como una hoja de crítica al gobierno, de periodismo investigativo al estilo británico, y cultivaba una mezcla de sobrio análisis político e indignación moral.

¿VA A PERDERSE BERLÍN?

Rudolf Augstein

En 1950 los aliados occidentales, y en su regazo el canciller Konrad Adenauer, empezaron a manipular la idea de la reunificación como una carga explosiva contra el gran poderío que habían logrado los soviéticos en Europa durante la guerra, expandiéndose tras ella. La zona debería ser “liberada” y se debería negociar con una Polonia “liberada” la “devolución” de los territorios orientales que se habían perdido. A los oriundos de Königsberg se les prometió el regreso a una Prusia Oriental “liberada”. Éstas eran las metas expresas del canciller Adenauer; las ideas de quienes tenían menos miedo se desbocaron aún más sin detenerse siquiera en los Urales. En esta constelación, que fundamentó y envenenó la existencia de la República Federal, Berlín constituía un punto de avanzada que se hallaba sitiado y al que pronto le sería levantado el sitio por las fuerzas de la liberación que avanzaban.

Cualquiera que fuera la baja estima con que se apreciara la posibilidad de una reunificación, era claro que los soviéticos no podían enfrentar esta política, conocida como “roll-back”, con propuestas de reunificación sino con una masiva presión política y militar. Un sátrapa tan ciegamente sumiso y fuerte de nervios como Walter Ulbricht¹ debió de parecerles en ese momento más valioso que oro puro.

En los años comprendidos entre 1955 y 1957 el desplazamiento general de fuerzas en el mundo a favor del bloque oriental y los logros técnicos en el arma-

1 Walter Ulbricht fue el presidente del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED, por su sigla en alemán) desde 1953 hasta 1971, y con ello, jefe de gobierno de la RDA. (Nota de los compiladores)

mentismo de los soviéticos paralizaron la política del “roll-back”. En ese momento hubiera llegado por primera vez la oportunidad de hacer volatilizar la jugada que se había perdido e intentar un acuerdo de paz para Europa Central sobre la base del distanciamiento de los bloques, si bien es cierto que sin intentar por ahora una reunificación en condiciones de concretarse en alguna forma.

En vez de eso sucedió algo especial pero a la vez totalmente lógico para quien conozca la historia alemana de los últimos cien años. Nuestros dirigentes en Bonn no dedujeron, como consecuencia del fracaso de su política, que habían apoyado una política incorrecta, sino sólo que no habían sido lo suficientemente fuertes y, justamente, no lo suficientemente fuertes como alemanes.

La era de Adenauer, un sátrapa en general muy obediente a las potencias occidentales, llegó a su fin mientras se iniciaba la era Strauß². Igualmente, se inició con ella la guerra psicológica del Ministro de Defensa para hacerse a armas atómicas. Sin armas atómicas tácticas en el frente, era el asombroso argumento, la resistencia americana podría ser burlada por los soviéticos.

Uno puede estar seguro de que los soviéticos captaron inmediatamente lo que los americanos no han entendido hasta hoy en día: a más tardar en 1965 el ejército federal sería lo suficientemente poderoso para enredar a la coalición occidental, en el caso de unas fronteras permanentemente cuestionadas, en conflictos espontáneos o provocados. La estadía de los soviéticos en suelo alemán y polaco dependería entonces igualmente de lo que quisiera Bonn, y los alemanes mismos estarían de esta manera en condiciones de recapturar a los soviéticos su botín de guerra.

Los soviéticos no creen que a los alemanes se les vaya a restringir por largo tiempo la potestad de disponer de armas atómicas. No creen en negociaciones mientras se amontona el potencial bélico sobre suelo alemán; para ser sinceros, tampoco hay mayor razón para creer en declaraciones alemanas. Amenazaba por tanto una situación en la que los soviéticos podrían ser despojados por los alemanes de los frutos de su victoria sobre Hitler, y su sistema de dominio podría ser sacudido peligrosamente. Amenazaba una revisión violenta de la victoria de 1945, justamente por parte de los vencidos.

A más tardar en este punto algún lector que me haya seguido hasta aquí me reprochará: sí, ¿y? Pero sería hermoso, bueno y saludable que pudiéramos sacar

2 Franz Josef Strauß fue un político de Alemania Occidental, primer ministro del estado de Baviera entre 1978 y 1988. Entre 1956 y 1962 fue ministro Federal de Defensa, en el gobierno de Konrad Adenauer. (Nota de los compiladores)

de Europa a los soviéticos en cinco años. Seguramente eso sería hermoso, bueno y saludable. La pregunta es, entonces, si los soviéticos deben dejar llegar el asunto tan lejos que los alemanes, vencidos por ellos, lleguen un día a estar en condiciones de cuestionar las pretensiones de superpotencia del Kremlin.

Quieren averiguar qué se podría hacer en contra. Si no existiera Berlín Occidental la respuesta sería: nada o poca cosa. El sistema de la OTAN es suficientemente fuerte para enfrentar un ataque directo contra la República Federal. Armarse es lo que hacen los soviéticos, y ahora con mayor razón. A su Walter Ulbricht le parece apropiado cualquier medio para consolidarse. Ninguna amenaza o conjuro ha conseguido hasta ahora disuadir a los americanos de armar al ejército federal hasta convertirlo en la potencia europea no rusa más fuerte del continente. La misma RDA, caricatura de un Estado comunista, no es un verdadero contrapeso contra la República Federal, que asedia desde muy cerca. ¿Qué podrían hacer los soviéticos?

Nada, si no existiera Berlín Occidental.

Pero existe Berlín Occidental, una ciudad en donde se ha invertido mucho prestigio americano de potencia mundial, de tal suerte que en ningún caso se puede entregar, menos aún espectacularmente. Una ciudad que no podría defendérse ni con armas atómicas ni convencionalmente, una ciudad cuyos accesos se encuentran en su totalidad en territorio comunista. La ciudad de Berlín fue la palanca apropiada para detener a los alemanes, quienquiera que fuera el canciller, ambicioso o no.

El tema de la situación jurídica no justifica mayor tratamiento. Tanto los soviéticos como los americanos se encuentran en territorio alemán con el mismo derecho, el de vencedores. Después de que los americanos les negaron a los soviéticos el derecho de estar en la RDA, no puede ahora hacérseles raro que los soviéticos les nieguen el derecho a estar en Berlín Occidental.

¿Pero qué metas podrían perseguir los soviéticos con un ataque a Berlín? Tres objetivos que en su esencia tienen algo en común, que es la seguridad de los territorios comunistas (no tanto ruso-soviéticos) contra toda pretensión de Alemania Occidental (pues desde su fracaso con el “roll-back” los americanos tienen contra los soviéticos en Europa sólo pretensiones platónicas).

En dirección a tres metas diferentes marcha la política soviética para atacar conjuntamente:

Berlín Occidental debe ser separado totalmente de la República Federal en el aspecto jurídico-constitucional. Ni al Parlamento federal ni al presidente federal les será lícito sesionar ni ejercer sus funciones en Berlín.

La RDA debe ser reconocida como Estado por el derecho internacional, en primera instancia *de facto*, por medio de negociaciones gubernamentales sobre los accesos a Berlín, y más tarde, *de jure*.

El ejército federal debe ser desprovisto de sus potenciales posibilidades de intervención reteniéndole las armas atómicas, o bien privándolo de ellas.

Todo éxito en dirección a uno de estos tres objetivos de ataque beneficiaría las dos cuñas restantes. La división jurídico-constitucional de Berlín Occidental, así como el reconocimiento de la RDA, significarían el fin de la pretensión alemana de reunificación, aun si el ejército federal fuera provisto hasta el final de armas atómicas. Inversamente, una neutralización parcial del ejército federal sería el penúltimo paso hacia el reconocimiento de la RDA, y de este reconocimiento debería generarse para Berlín, como consecuencia lógica, un estatus especial jurídico-constitucional y en el derecho internacional.

Si los soviéticos logran alguna de esas cuñas, alcanzan su meta total: asegurar el bloque comunista en Europa (lo cual no descarta del todo una evolución lenta hacia una vida digna).

La Unión Soviética tampoco puede abrigar la esperanza de alcanzar todas las tres metas, por ejemplo, en un tratado de paz que firmaran Bonn y Pankow³. Solamente con un desalojo de armas atómicas del ejército federal, tan trascendente como pueda resultar esta concesión, difícilmente podría darse por satisfecha la Unión Soviética. Por mi parte, creo yo que hace tres años hubiera podido asegurarse Berlín Occidental por medio de esta concesión. Hasta hoy se ha invertido en la cuestión de un acuerdo sobre Berlín demasiado prestigio de Jruschov⁴ y de la misma Unión Soviética. Además, no se ha mermado en los últimos años el flujo de fugitivos, que debilita estructuralmente a la RDA hasta la anemia.

A los soviéticos se les puede explicar menos el problema de que los americanos, en un caso extremo, inicien una guerra atómica por Berlín. Los soviéticos no lo creen, y con razón. Que los americanos, en caso de sufrir un ataque, lo devuelvan sin contemplar las consecuencias, es incuestionable (aunque el Ministro Federal de Defensa lo pone en duda una y otra vez), prodúzcase esa reacción en Berlín o en cualquier otro punto de la Tierra, incluida la República Federal. Pero los soviéticos no van a atacar militarmente a los americanos ni en Berlín, ni en la República Federal ni en ninguna otra parte. No, el problema es mucho más hacer

3 El barrio berlines de Pankow fue la sede del gobierno de Alemania Oriental en los años 50 y 60.

4 Nikita Jruschov fue el máximo dirigente de la Unión Soviética entre 1953 y 1964. (Nota de los compiladores)

conscientes a los pueblos occidentales de que los soviéticos van a desarrollar su programa, porque para ellos Berlín es el único brazo de palanca para detener lo que a sus ojos es el curso demasiado peligroso de los asuntos alemanes.

Cuando hayan sido reconocidas las fronteras de Polonia y de la RDA, y si Berlín deja de servir como tribuna de agitación contra el comunismo, cuando en consecuencia se haya sellado la división del Imperio alemán, justamente de acuerdo con los propósitos de los Aliados, entonces importa menos si el ejército federal tiene armas atómicas y si le es lícito o no disponer de ellas. Al gobierno soviético le es realmente imposible contemplar inmóvil cómo se arma atómicamente el ejército federal, mientras se cuestiona una y otra vez la totalidad de la división de dominios de 1945. Jruschov puede emplear tácticas cuidadosas y tomar la correspondiente distancia, pero no puede en ningún caso dar marcha atrás sin concesiones esenciales de Occidente. Ningún sucesor de Jruschov, que esté más o menos seguro en su puesto, puede dar marcha atrás.

Yo sé que dirán que soy un peón de los soviéticos, en el mejor de los casos, que soy un intelectual desarraigado si agrego aun que Jruschov ya no puede esperar largo tiempo. Ha dejado suficiente tiempo para negociaciones. Sin una crisis que se anuncie para ya, cualesquiera negociaciones aparentemente resultan infructuosas. Así es que él debe causar la crisis anunciada hace dos años. Ya no puede echar pie atrás.

Sebastian Haffner (1907-1999) fue uno de los más conocidos y exitosos publicistas alemanes de la posguerra. No regresó a la República Federal hasta mediados de los años 50 de su exilio en Inglaterra, y a partir de entonces trabajó tanto en diversos medios impresos como en la televisión. El artículo que reproducimos aquí apareció en 1970 en la revista Stern.

¿CONSTITUYEN LOS ALEMANES EN REALIDAD UNA NACIÓN?

Sebastian Haffner

¿Constituyen los alemanes en realidad una nación? ¿Lo han sido alguna vez? “Constituirse en nación es lo que buscan en vano los alemanes [...].” ¿No están en el momento constituyendo más de dos naciones? En Suiza, en Austria, también en Alsacia se habla alemán; sin embargo, los suizos son suizos y los austriacos son austriacos, y los alsacianos, franceses. ¿Sería una desgracia si los alemanes federales y los alemanes de la RDA constituyeran un día dos naciones, con tradiciones y literaturas diferentes, con diferentes sentimientos nacionales, extraños? ¿No lo son casi en estos momentos? ¿Y se añoran unos a otros realmente?

Este ovillo de problemas no es lo que vamos a desatar aquí. Se supone sencillamente –lo que corresponde realmente a la realidad– que entre los alemanes que han sufrido conjuntamente la dramática y aterrizable historia del Imperio de Bismarck, y que hoy viven casi en su totalidad en la República Federal y en la RDA (y en Berlín Occidental), existen aún muchos que sienten esta comunidad como un valor digno de conservarse; aquellos a quienes tres cuartos de siglo, desde 1870 hasta 1945, les significan más que el cuarto de siglo que los separa desde entonces; para quienes la “reunificación” es aún una meta por la cual vale la pena esforzarse. (Ciertamente, son ellos cada vez menos; tras otro cuarto de siglo podrían estar bastante extinguidos). En estas líneas se va a considerar por último la cuestión del reconocimiento desde el punto de vista de las personas a quienes nos referíamos. ¿Un reconocimiento sirve o es un estorbo para la reunificación?

Para ello viene bien que uno aclare algo sus ideas sobre la apariencia que podría tener, en el mejor de los casos, una reunificación. Se debe descartar una reunificación que se haga a través de anexión o adhesión de un Estado al otro, bajo

cualesquiera circunstancias imaginables en el futuro previsible; y tampoco es deseable. Implica guerra, y una guerra en Alemania bajo las circunstancias actuales no dejaría nada qué reunificar. Pero aun si por un milagro la República Federal pudiera someter a la RDA sin necesidad de guerra –algo similar a como Hitler sometió a Austria sin guerra–, lo que resultaría de aquello sería un escenario de inimaginable monstruosidad. Quien tenga la más mínima capacidad imaginativa puede solamente esperar que nunca suceda algo semejante. Gracias a Dios tampoco existe la más mínima posibilidad de que esto pueda acaecer alguna vez.

Imaginable en forma realista sería una reunificación hoy en día de común acuerdo entre los dos estados. Algo así supone, o bien una forma débil de reunificación, una muy relajada alianza de estados, una confederación sin soberanía estatal alguna que abarcara hasta el otro sector, como la que le ofreció la RDA a la República Federal un par de años atrás, o bien un fuerte cambio interno en los dos estados. Reunificarse en un Estado tal sólo lo podrían hacer una RDA regida por comunistas liberales y una República Federal regida por socialistas de izquierda, pero ellos son minoría, y las probabilidades de que estos grupos lleguen al poder en un tiempo en que la reunificación aún tenga interesados aquí y allá, digamos en lo que resta del presente siglo, son pequeñas.

En medio de todo, es imaginable –imaginable, de ninguna manera seguro– que justamente el reconocimiento (mutuamente como nación) les pudiera dar impulso en ambos estados a estas minorías. Este reconocimiento traería consigo tráfico e intercambio, las dos Alemanias se harían de nuevo interesantes mutuamente, descubrirían una y otra esto y aquello nuevo en cada una; posiblemente se daría un poco de desmonte de prejuicios, un poco de influencia de un lado al otro, un poco de contagio. Todo esto no es más que especulativo y sería escasamente deseable en forma ilimitada para los dos gobiernos y para ambas partes. No se puede apostar por ello. Quien vea en el reconocimiento mutuo ya un primer paso a la reunificación, probablemente se verá decepcionado.

Bien es cierto: quien haya visto en el no reconocimiento alguna vez un medio para la reunificación, si no es totalmente ciego frente a la realidad, debe estar decepcionado hace mucho tiempo. Si en alguna forma hubiera un camino hacia la reunificación, sería el reconocimiento ciertamente el primer paso en él: los estados que se reconocen, si así lo quieren, pueden unirse; estados que se entrecruzan no lo podrán hacer en ningún caso. Pero probablemente no existe en el momento ningún camino que conduzca a la reunificación, o al menos está tan lejos que no se lo puede entrever.

Aquí surge una consideración histórica. Si uno observa con atención los buenos mil años de historia alemana se encuentra que la unidad del Imperio de

Bismarck fue un corto episodio (y no especialmente afortunado). Normalmente, los alemanes han vivido no sólo en dos sino en muchos estados. Tales estados no fueron siempre homogéneos. Ha habido estados católicos y evangélicos –y esto en un tiempo en el que el contraste confesional era por lo menos tan importante e irreconciliable como el contraste ideológico de capitalismo y socialismo hoy en día–, monarquías y repúblicas; en el siglo XIX, estados constitucionales y feudales. Lo que nunca ha habido son estados que se nieguen uno a otro el reconocimiento.

Si se ha mantenido una especie de sentimiento nacional y de pertenencia conjunta a través de todos los siglos de plurinacionalidad y diversidad de estados, ha sido justamente a todas luces porque los estados alemanes nunca rompieron las relaciones de unos con otros. Aparentemente, el sentido nacional alemán es de un talante tal que no requiere necesariamente una nacionalidad común, aparentemente progresista en forma bastante independiente del sentimiento de Estado. Lo que necesita son condiciones de vida que le permitan desplegarse y confirmarse dentro de esa particularidad suya, es decir, independientemente de la división geográfica de los estados y a pesar de convicciones estatales de lealtad. Uno podría llegar a decir que el sentimiento nacional de los alemanes pertenece más a la esfera privada que a la pública. Es una planta por igual tenazmente modesta y delicada. Se cuela sin esfuerzos entre fronteras estatales, siempre y cuando dichas fronteras sean justamente permeables. Sólo cuando no lo son, se produce su muerte.

No es la existencia de las fronteras estatales entre la República Federal y la RDA, es su impermeabilidad lo que amenaza hoy la supervivencia de un sentimiento nacional alemán. Esta impermeabilidad es por lo demás consecuencia de la falta de relaciones, es decir, del no reconocimiento. Entre estados que se reconocen volverá a haber tarde o temprano tráfico privado, y con él, la oportunidad para los sentimientos de comunidad nacional. Para un tal sentimiento nacional podría significar más bien una ganancia que una pérdida, el hecho de que los estados alemanes sean socialmente diferentes, es decir, que los alemanes tengan un pie en cada uno de los campamentos del mundo de hoy. Quien se sienta realmente alemán podría sentir como alemán federal un cierto orgullo frente al rendimiento de Ulbricht¹, como también un alemán de la RDA ante el de Adenauer². Que esto ya escasamente suceda no habla indudablemente a favor de que los alemanes de hoy tengan un gran sentimiento nacional.

1 Walter Ulbricht fue presidente del Partido Socialista Unitario de Alemania (SED, por su sigla en alemán) entre 1953 y 1971, y con ello, jefe de gobierno de la RDA. (Nota de los compiladores)

2 Konrad Adenauer fue el primer canciller de la República Federal de Alemania y gobernó desde 1949 hasta 1963. (Nota de los compiladores)

De todas maneras, el reconocimiento de la RDA le daría a quien ha sobrevivido los veinte años de no reconocimiento una oportunidad de recuperar sus fuerzas. Otros veinte años seguramente acabarán con ello.

Marion Gräfin Dönhoff (1909-2002) era publicista y editora del periódico liberal Die Zeit. Desde 1946 hasta su muerte fue una observadora perspicaz y crítica de la actualidad política y social de la República Federal de Alemania. Nacida en 1909 cerca de Königsberg y desplazada de Prusia Oriental después del fin de la Segunda Guerra Mundial, en un artículo de 1964 reproducido aquí, Dönhoff argumentó contra el reconocimiento oficial de la Línea Oder-Neiße como frontera oriental de la Alemania de la posguerra y, por ende, contra la renuncia a los antiguos territorios alemanes en Prusia Oriental. Sin embargo, más tarde en su vida, Dönhoff aceptó este hecho como parte de la Ostpolitik del gobierno de Willy Brandt.

RECONCILIACIÓN: SÍ; RENUNCIA: NO. LOS TERRITORIOS ODER-NEIßE: UN PROBLEMA DE LA POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

Marion Gräfin Dönhoff

¿Cómo así que las asociaciones de desplazados son tratadas por el Canciller federal, por los ministros y los jefes de los partidos como si se tratara de potencias extranjeras a las que no hay que estropearles el estado de ánimo? ¿No sería mucho mejor que se las tratara como lo que son en principio, al menos vistas desde el gran grupo de desplazados, es decir, como asociaciones de compatriotas que requieren mantener contactos personales y círculos de conocidos, intercambiar noticias de los círculos de parientes y conocidos, celebrar el adviento conjuntamente y cantar canciones de su tierra?

Sin duda, eso sería mucho mejor, pero los partidos, exactamente todos los partidos sin excepción, desde hace años le tienen echado el ojo ansiosamente a éste que ellos creen que es reservorio de votos, ante el cual aquéllos ejercitan sus acostumbradas reverencias.

Quien empezó con ello fue Konrad Adenauer, quien en 1953, después de las elecciones del segundo Parlamento nacional, llamó a hacer parte del gabinete al líder del Bloque Panalemán, Waldemar Kraft, y en esta forma trajo a su lado al partido que tenía más bien la tendencia hacia el SPD (Partido Social

Demócrata de Alemania). Recordemos: en enero de 1950, Kraft había fundado en Rendsburg el BHE, Federación de los Desplazados de la Patria y Privados de sus Derechos. Seis meses más tarde, en julio, este grupo ya se convirtió, con el 23% de los votos, en el segundo partido más fuerte en el estado federal de Schleswig-Holstein, y su fundador, en el Ministro de Finanzas y Viceprimer Ministro en la ciudad de Kiel. Luego vino la irrupción en los estados de Baviera y Hesse, y en el término de tres años el BHE, que se había rebautizado como Bloque Panalemán, tenía 78 representantes en el Parlamento de seis estados y ocho ministros en los gobiernos regionales. Hablando claro, mantuvo coaliciones de acuerdo a las circunstancias: en Kiel, con el CDU¹; en Hanover, con el SPD²; en Hesse, con el FDP³.

Puede ser comprensible, por tanto, que en ese tiempo los tres partidos clásicos se hayan hecho ilusiones de toda clase de éxitos de sus campañas con los desplazados. Pero con el tiempo se comprobó que solamente los funcionarios tenían ambiciones políticas, mientras que para los desplazados mismos se trataba ante todo de encuentros con los del terreno. Hoy en día, el Bloque Panalemán ya no desempeña ningún papel político. ¿Será que con ello los Landsmannschaften⁴ perdieron al fin su nimbo político? ¿Podrían ahora los políticos dejarlos que se las arreglen solos?

Parece que se dejó pasar el momento adecuado. Por el contrario, se podría opinar que ahora que toda clase de ambiciosos pueden de nuevo sacar tamboritos de cajas viejas, es especialmente importante volver a preocuparse por las asociaciones de los desplazados. Hoy, cuando se conforman en variadas direcciones pequeños centros de fanfarrones nacionalistas que quieren reunir a golpe de tambor a los humillados y ofendidos (el *Periódico Alemán-nacionalista y de los Soldados* adquirió el año pasado el *Noticiero de Silesia* y el *Alemán de los Sudetes*), hay que ayudar a que se fortalezcan las fuerzas y los funcionarios moderados, pacientes y racionales dentro de la Federación de los Desplazados, y a calmar a los radicales. A mí me parece una condición para ello que se deje en paz el tema de las fronteras. Todos los que de buena fe defiendan que se haga pública la renuncia a los territorios al oriente de la línea Oder-Neiße solamente perjudican lo que quieren beneficiar. Ellos no aportan nada a la reconciliación sino que proporcionan a los radicales materiales para la agitación.

1 CDU: Christlich-demokratische Union: Partido Cristiano-Demócrata. (Nota de los compiladores)

2 SPD: Sozialdemokratische Partei Deutschlands: Partido Socialdemócrata. (Nota de los compiladores)

3 FDP: Freie Demokratische Partei: Partido Liberal. (Nota de los compiladores)

4 Landsmannschaften es el nombre de diferentes agrupaciones dentro del BHE. (Nota de los compiladores)

Las asociaciones de desplazados declararon en 1950, en la Carta de los Desplazados, que renunciaban, en primer lugar, a la venganza y, segundo, que querían colaborar en la creación de una Europa unida, en la cual los pueblos pudieran vivir sin miedo y sin coacción. El Parlamento y el gobierno federal se comprometieron solemnemente con esta renuncia a la violencia y, quizás más importante que todas las declaraciones, no hay ningún desplazado –tampoco entre los representantes más radicales– que esté dispuesto a hacer uso de la violencia para la reconquista de esos territorios. Todos ellos están dispuestos –ya que no es posible cambiar la situación actual por medio de la violencia– a conformarse con el estado de cosas existente, pero no están dispuestos a renunciar.

Ésta es una posición que en principio es obvia para todo aquel que se encuentre al oriente del río Elba, hasta el mar Negro. Polacos, rumanos y alemanes orientales han pensado en esta forma desde hace siglos. Los rusos hablan hoy en día del sagrado suelo ruso, aunque de resto no tienen que ver mucho con santidad.

Uno puede conformarse con pérdidas; se puede renunciar a bienes de fortuna, pero nadie que provenga del oriente renunciará a la tierra. Uno puede conformarse con esta pérdida, se puede imponer a la gente que lo lamente toda su vida sin levantar una piedra contra quien les robó la patria, pero no se les puede imponer todavía más que declaren abiertamente esta renuncia. Esto sería como si se les exigiera traicionar a sus muertos.

Quienes se pronuncian a favor del reconocimiento de la línea Oder-Neiße lo justifican en general con argumentos bien sea políticos o morales. El argumento político es: podríamos quizás comprar la reunificación de Alemania renunciando a los territorios más allá del Oder-Neiße. Pero quien piense así está confundiendo los participantes en la controversia: la reunificación podemos obtenerla sólo de Moscú, mientras que nosotros le regalaríamos estos territorios a Varsovia. Un regalo de esta suerte, por lo demás, no estaría de acuerdo con la opinión de los soviéticos, que saben que los polacos están atados a ellos precisamente por eso, porque aquellos necesitan cubrirse las espaldas por los territorios que les quitaron a los alemanes. Por eso otra propuesta toma la siguiente forma: se debe tratar de desenlazar a los polacos de los soviéticos entregando la deseada renuncia a esos territorios. Quien especule de esta forma esta olvidando, sin embargo, que soltarse totalmente de Moscú significaría un suicidio para el gobierno polaco, pues si esto sucediera, el gobierno llevaría la peor parte en la disputa entre Iglesia y Estado. El argumento moral es: o bien, nosotros perdimos la guerra que inició Hitler y ahora tenemos que pagar por ello. A esto habría que anotar que los desplazados, de manera especial, ya han pagado. O bien, habría que formularlo así: por culpa de la guerra que nosotros desatamos los polacos perdieron sus territorios más al

oriente de la línea Curzon⁵ a favor de la Unión Soviética, y por ello debieron ser indemnizados adecuadamente al occidente. Esto es correcto, sólo que hay que pensar que los polacos habían rapado con la violencia de las armas estos territorios a Rusia en 1921, aunque allí sólo un cuarto de la población tenía la nacionalidad polaca. En 1945 sólo 1,7 millones de polacos abandonaron los territorios que pasaron a ser de la Unión Soviética, para asentarse en la Polonia de hoy en día, mientras que medio millón de ucranianos y bielorrusos emigraron en dirección contraria, hacia el oriente, a la Unión Soviética.

Hemos hecho pública una renuncia a la violencia. Ningún polaco que viva hoy en Prusia Oriental, Pomerania o Silesia –y cerca de la mitad de ellos nació allí y siente, por tanto, esa tierra como su patria– debe albergar preocupaciones de que los alemanes algún día intentarán expulsarlo con violencia de su casa y su tierra. Hemos empeñado nuestra palabra en que no emplearemos la violencia. Los polacos desconfían de nuestra renuncia a la violencia, y ¿exigen de nosotros entonces una renuncia a los territorios? Sí, pero si no nos creen la renuncia a la violencia, ¿por qué tendrían que creernos la renuncia a los territorios? ¿En virtud de qué puede creer un polaco que uno renuncie fácilmente a 700 años de historia?

En este dilema sólo puede quizás ayudar una cosa: una garantía por parte de los Aliados de la renuncia a la violencia.

5 La línea Curzon era un límite demarcador entre Polonia y la Unión Soviética. (Nota de los compiladores)

En el siguiente texto, publicado en el periódico semanal liberal Die Zeit, en noviembre de 1970, Dönhoff apoya el Tratado de Varsovia y explica que la culpa por la pérdida de los territorios orientales no la tiene el gobierno actual de la República Federal sino Hitler.

UNA CRUZ SOBRE LA TUMBA DE PRUSIA

Marion Gräfin Dönhoff

Ya se terminó de negociar el tratado sobre la frontera del Oder y el Neiße. Pronto será firmado por los representantes de Bonn y Varsovia y entonces se dirá aquí y allá que el gobierno regaló un trozo de tierra alemana, pero ya se había puesto la cruz sobre la tumba de Prusia 25 años antes. Fue Adolfo Hitler, cuya brutalidad y megalomanía disolvió 700 años de historia alemana. Sólo que hasta el momento nadie ha tenido el valor de solicitar la declaración de muerte o al menos declararse de acuerdo con ella.

La patria es para la mayoría de las personas algo que está por encima de la razón y es además indescriptible. Algo que está muy estrechamente ligado con la vida y el ser de cada adolescente, que es allí donde se sientan los patrones para la vida, y esto es especialmente válido para la gente del oriente. Quien ha nacido allí, en aquel paisaje inmenso, solitario, de bosques sin límites, azules lagos y amplios valles de los ríos, para él, la patria es probablemente más que para aquel que ha crecido en una zona industrial o en una gran ciudad.

La República Federal, con su sociedad abierta y con la posibilidad de vivir en ella asaz libremente, es un Estado en el que vale la pena colaborar, y ayudar a configurar; pero, ¿patria? Patria no puede ser ella para quien viene del este.

Allí en el nororiente, donde mi familia vivió por siglos –y de esto se hace mención sólo porque ilustra el destino de millones de personas–, allí en el espacio entre el Weichsel y el lago Peipus, no estaba en primera línea como en el oeste la lealtad al señor feudal sino el entrelazado de la gente con el paisaje. Quien ejerciera en su momento el comando, la orden, los polacos, los suecos, daneses, rusos o prusianos, no era lo decisivo. Decisivo era afianzarse en el suelo y en el terreno, estar encasillado en el paisaje.

Federico el Grande nunca les perdonó a los estados de Prusia Oriental que, cuando estuvo ocupada por los rusos, durante la guerra de los Siete Años, hu-

bieran rendido tributo a la zarina Elisabeth, aunque esto era lo más racional que podían hacer. Sólo en los últimos cien años, cuando el espíritu del nacionalismo empezó a envenenar todas las relaciones, cambió todo.

Y desde que los alemanes fueron expulsados de su patria, más allá del Oder y el Neiße, llegó a su fin todo cambio de dominio. Ahora el suelo es polaco. Casi la mitad de todos los que viven hoy en día en los antiguos territorios alemanes nació ya allí. Los polacos, así como los checos en Bohemia, hicieron tabla rasa sin clemencia. Nunca antes había intentado alguien en el este tomar posesión definitiva de países y provincias expulsando de su patria a ocho millones de personas. Pero ¿quién se puede tomar a mal a los polacos? Igualmente, nadie antes había infligido a un pueblo tanto sufrimiento como a ellos el Tercer Reich.

El gobernador general impuesto por Hitler, Hans Frank, quien tiranizó conjuntamente con las SS a la población polaca, los deportó o los envió a las cámaras de gas, aclaró una vez en un discurso las metas de los nazis: “Ningún polaco puede nunca llegar más allá del rango de un jefe de taller. Ningún polaco tendrá jamás la posibilidad de apropiarse en una institución estatal de una educación más alta. ¡Me permito solicitarles atenerse a este claro delineamiento!”. Y siguió: “Lo que nosotros hemos detectado como estrato dominante en Polonia debe liquidarse; lo que vuelva a nacer debemos confiscarlo y quitarlo de en medio en un tiempo apropiado [...] No necesitamos de ninguna manera arrastrar a los campos de concentración del Imperio esos elementos, pues entonces tendríamos sólo fastidio y un innecesario intercambio de cartas con los parientes; vamos a liquidar estas cosas en el país”.

La “orden del Führer” tras el levantamiento de Varsovia en el otoño de 1944 fue dejar la ciudad a nivel del piso, y las SS no escatimaron esmero y brutalidad: cuando salieron éstas de allí sólo habitaron 2.000 personas en las cuevas y ruinas de la que había sido una ciudad de millones de habitantes.

Quien entre nosotros se niega aún a reconocer la realidad de la frontera del Oder y el Neiße apela en general a tres palabras clave: las fronteras de 1937, el derecho a la patria, el derecho de autodeterminación.

- 1) Fronteras de 1937. Esta idea surgió primero, y sólo esporádicamente, en las negociaciones de los Aliados en la conferencia de ministros del Exterior en Moscú, en octubre de 1943, pero en julio de 1945 en Potsdam se dividió en zonas de ocupación un trozo de Alemania, sin los territorios del este. Desde entonces los aliados occidentales declararon que cualquier mención del territorio de 1937 solamente se había referido a las zonas de ocupación, de las cuales se habían eliminado explícitamente los territorios del este. Por cierto, también indicaron una y otra vez que la regulación definitiva sólo podría llevarse a cabo en un tratado de paz.

- 2) El derecho a la patria. Éste existe en todo caso como derecho individual en el marco de los derechos humanos, pero no como concepto definido del derecho internacional al cual se pueda apelar.
- 3) El derecho de autodeterminación. Éste fundamenta, si acaso, la pretensión al derecho de autonomía de las minorías, mas no es un motivo para llevar a cabo cambios de frontera contra la voluntad de la población polaca.

Hoy ya nadie puede esperar que los territorios perdidos vuelvan algún día a ser alemanes. Quien piense en otra forma, debería soñar con reconquistarlos por la fuerza, lo cual significaría expulsar de nuevo a millones de personas, cosa que realmente nadie desea. Sólo debe esperarse que por esta razón también se suspenda la polémica de las Landsmannschaften¹, en la cual es un traidor quien no considere que las ilusiones de éstas son realidades.

Naturalmente, quisiera uno poder desear que los polacos nos ahorren su chauvinismo en el futuro, que les hace hablar de los “territorios nuevamente conquistados” y sostener afirmaciones, incluso en documentos oficiales, como ésta: “[...] Los territorios occidentales estaban habitados en tiempos de la dominación alemana en gran parte por población polaca allí arraigada [...].” En realidad, los alemanes representaban en Prusia Oriental, Pomerania, Brandenburgo Oriental y la Baja Silesia entre el 98 y el 100% de la población; Alta Silesia era la única provincia con una minoría polaca considerable. La frontera oriental de Prusia Oriental no sufrió cambio alguno durante 700 años, y las fronteras de Silesia, exceptuando la zona industrial de Alta Silesia, permanecieron iguales desde que Casimiro el Grande renunció a Silesia en favor de Bohemia, en el tratado de Trentschin, es decir, desde 1335 hasta 1945.

En ambas parte existen muchos clisés respecto a todas esas cuestiones, pero muy rara vez opiniones competentes; demasiado complicada y desconocida es la historia del este. También muchos olvidan que son siempre los vencedores quienes escriben la historia. ¿Quién habla todavía en Europa de las actas secretas de los tratados que cerraron entre sí Hitler y Stalin el 23 de agosto y el 28 de septiembre de 1939? Ellas fueron el fundamento de una guerra de agresión de los soviéticos, sincronizada con Hitler, contra Polonia, por medio de la cual Moscú se adueñó del 50% de lo que entonces era el Estado polaco.

Aunque aquel acuerdo secreto no necesariamente excluía la existencia ulterior de un Estado polaco, Moscú ejerció presión sobre el embajador alemán, Graf

¹ Landsmannschaften es el nombre de diferentes agrupaciones dentro de la Unión de Desplazados (Bund deutscher Vertriebener). (Nota de los compiladores)

Schulenburg, después de la invasión de tropas soviéticas a Polonia oriental (durante la cual también fueron secuestrados y aniquilados algunos representantes de las clases dirigentes), para impedir la formación de un Estado polaco troncal.

Desde siglos atrás, desde los zares, de los cuales todos intentaron eliminar Polonia como factor europeo, fue siempre ése el deseo de los soberanos de Rusia. Ya Catalina tenía esa meta cuando se decidió, en 1772, por la primera, y en 1793, por la segunda división de Polonia, en lo cual tomaron parte Prusia, en las dos, y Austria, solamente en la primera división. En la tercera división, Prusia y Rusia, en conjunto con Austria, hicieron desaparecer conjuntamente a Polonia como país.

También son pocos los que se acuerdan aún de que en la época del Acuerdo de Múnich los polacos les quitaron a los checos el territorio de Teschen, y por medio del apoyo de la aventura alemana, animaron al gobierno de Berlín a aquellas exigencias que, finalmente, y tras un largo camino, llevaron al desmoronamiento de su país.

Nadie está libre de pecado. Pero todo intento de aclarar las cuentas entre sí no solamente carece de sentido sino que conduciría a que la maldición del pernoso acto siga engendrando maldad. Es decir: ¿comenzar de nuevo? Sí, pues de lo contrario nunca llega a su fin la escalada. Entonces, ¿despedirnos de Prusia? No, pues la Prusia intelectual debe seguir desarrollándose en esta época de ansias materiales; de lo contrario, no perdurará este Estado que llamamos República Federal.

La siguiente entrevista la sostuvo en 1975 Wolfgang Harich (1923-1995), filósofo marxista de Alemania Oriental, con el socialdemócrata Freimut Duve, de Alemania Occidental. Harich, nacido en 1923, fue lector jefe de la editorial „Aufbau“ en la RDA. En los años 50 escribió una tesis sobre el camino especial de Alemania hacia el socialismo, que lo condujo a prisión por más de ocho años. Tras su puesta en libertad trabajó para la editorial de la Academia Científica en Berlín Oriental. A partir de los años 70 se concentró en problemas ecológicos pero cosechó masivas críticas en la izquierda, tanto en Alemania Oriental como en la Occidental, por las opiniones que se reproducen aquí y que están contenidas en el libro ¿Comunismo sin crecimiento?

¿COMUNISMO SIN CRECIMIENTO? ENTREVISTA CON FREIMUT DUVE

Wolfgang Harich

Harich: La caída de la burguesía, el establecimiento de la dictadura del proletariado y la puesta en práctica del comunismo son los prerrequisitos para que las exigencias del Club de Roma¹ logren imponerse en la sociedad. Yo no veo que la socialdemocracia tenga la voluntad ni las posibilidades de cumplir dichas condiciones. Pero la tarea de luchar a favor de la supervivencia de la humanidad en nuestro planeta toma cuerpo hoy ante todas las fracciones del movimiento obrero internacional, independientemente de si su compromiso se basa en concepciones revolucionarias o reformistas, y es, respecto a esta tarea, un estadista socialdemócrata, Sicco Mansholt, el primero en relacionar las propuestas formuladas por el Club de Roma con razonamientos socialistas. La humanidad sobrevivirá solamente si logra detener al alud de la población, ponerle fronteras al crecimiento económico, proteger la naturaleza de los perjudiciales efectos secundarios de la producción industrial, manejar en forma extremadamente ahorrativa los recursos naturales, especialmente los combustibles y materias primas no renovables, allanar rigurosamente el desnivel social entre el norte y el sur y lograr el desarme general y total. Todos los planes y medidas que tiendan a esto estarían condena-

1 En 1972 el Club de Roma, integrado por personalidades selectas de la economía, la industria, las ciencias y la vida pública, publicó el informe *Las fronteras del crecimiento*, con el cual se sentó un pronóstico del desarrollo del futuro, en el marco de diferentes escenarios. (Nota de los compiladores)

dos al fracaso si no son apoyados por la clase trabajadora. Ésta escucha, sin embargo, en diversa medida de un país a otro, la palabra de los partidos comunista y socialista. De ellos depende que los trabajadores opten por este camino. Si la socialdemocracia sigue el ejemplo de Mansholt su aporte será esencial, aunque su "socialismo democrático" podría no ser adecuado a las soluciones radicales aún pendientes históricamente.

Duve: Mientras que de parte de los comunistas –de acuerdo, con la excepción de los mencionados ejemplos en la Unión Soviética– sólo se puede observar burla y escarnio, los socialistas democráticos desde hace años se han propuesto intensamente estas cuestiones como tarea. Erhard Eppler, Joachim Steffen, e incluso el esbozo del nuevo marco de orientación del SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania), se ocupan muy seriamente de esta discusión. Del DKP (Partido Comunista Alemán) y de los restantes partidos comunistas occidentales se esperan en vano tales declaraciones. En Occidente los partidos de izquierda aceptarán, sin embargo –si aceptan las propuestas del Club de Roma–, la tarea de convencer a los pueblos de las regiones industrializadas de la Tierra de que deben renunciar a la expansión del consumo y a un nivel creciente de bienestar. Y éste es nuestro problema central.

Harich: Ciertamente. Y las más perceptibles limitaciones, en proporción a su actual nivel de vida, deberían tomarlas para sí las naciones de los países industriales capitalistas, es decir, EE. UU., Europa Occidental y Japón, puesto que ellos consumen la mayor parte de las reservas mundiales de energía y de materias primas, mientras que los pueblos del Tercer Mundo son explotados por los amos de sus multinacionales o al menos son mantenidos en su atraso.

Duve: Nuestro problema es que paralizaríamos la lucha a favor del socialismo democrático al introducir en él las consignas de cero crecimiento y renuncia al consumo.

Harich: Eso depende de cómo se haga. Los partidos de izquierda deberían empezar ya, inmediatamente, a exponerle a la clase trabajadora los motivos por los que los mismos partidos frenarían el crecimiento económico tan pronto como accedieran al poder y le impondrían a toda la población, incluidos los trabajadores, limitaciones materiales. Pero deberían aclarar simultáneamente que, justamente con ese fin, sería necesario eliminar las relaciones capitalistas de producción y propiedad, y en la misma forma, aconsejar urgentemente a los trabajadores que rechacen toda renuncia a bienes materiales mientras no hayan sido superadas estas relaciones.

Duve: En primer lugar, los izquierdistas no tienen panacea alguna, y en segundo lugar, todo eso suena muy complicado.

Harich: En ninguna forma es complicado. Los jóvenes trabajadores holandeses con quienes habló Sicco Mansholt lo entendieron tan bien que de por sí lo propusieron ellos mismos diciendo: "Sacrificios sí, ¡pero primero debe desaparecer el capitalismo!". Ésta es la fórmula que los partidos de izquierda deberían poner de ahora en adelante como punto central de su propaganda y agitación. Ideales ascéticos son de por sí lejanos al proletariado. Pero cuando dependió de eso, se demostró que es una clase heroica: en los días de la comuna parisina, en tres revoluciones rusas, en la guerra civil española, en la lucha de oposición a Hitler, en innumerables revueltas y huelgas masivas; últimamente, de nuevo en París, en los gloriosos mayo y junio de 1968. El proletariado estará dispuesto a aportar cualquier sacrificio por la conservación de la biosfera, por salvar a la humanidad del acabose, y también por una vida mejor y más humana, lo que la ciencia ha comprobado que es necesario. Pero la burguesía no lo sacrificará y no lo debe sacrificar. La exigencia de conformarse, en el marco del sistema capitalista, con una vida sencilla, modesta, la rehusarán, y con todo derecho. Y aun suponiendo que el proletariado se dejara arrastrar por demagogos con argumentos ecológicos o que, al grito de una mejor calidad de vida, se dejara convencer de que deben contribuir con renuncias en el consumo, éstas carecerían de sentido porque se producirían bajo condiciones capitalistas. Para el capitalismo es imposible pasar de la reproducción expandida a una sencilla, puesto que sus leyes son la acumulación y el aprovechamiento del capital. Mientras menor sea la participación que recibe la clase trabajadora del producto nacional bruto, tanto más grandes son las sumas que invierte la burguesía en la ampliación del proceso de reproducción, que destruye el medio ambiente y devora las materias primas. Otra cosa no es posible. Justamente el socialismo ya no conoce ese curso inevitable de las cosas. Igualmente, aquí puede servir una limitación del consumo masivo, dependiendo de las metas que se proponga la planificación económica, tanto a la reproducción expandida como también a fines contrapuestos, por ejemplo, la protección de la naturaleza y de los recursos, tal como lo quiere tener el Estado de los trabajadores y campesinos, por motivos fuera de lo económico.

Duve: ¿La dictadura del anticonsumo? El Club de Roma aconseja urgentemente hacer un alto en el crecimiento económico y limitar el consumo, y la desocupación y la inflación tienen este efecto.

Harich: Sólo la biosfera no obtiene nada con eso. Observe usted el medio en que vive y pregúntese si un retroceso en la producción y en el consumo, que no ha sido planificado en forma alguna sino causado por injusticias sociales, puede surtir algún efecto en el aspecto ecológico. Un vistazo al basurero más próximo le enseñará que éste no es el caso. La decisión de aplazar la adquisición de un nuevo auto y conservar por algún tiempo más el viejo y desvencijado que tiene

en este momento no va a limpiar de sustancias perjudiciales el humo del escape del mismo. Quien albergue la esperanza de que el cambio de vida del ejército de desocupados en una sociedad industrial capitalista va a significar un plus en la protección de la naturaleza podría igualmente valorar el incremento del cáncer de útero como un signo alentador de que pronto podría paralizarse la avalancha poblacional. Con primitivas ideas macabras de esta especie se podrían presentar programas enteros de cabaret. Pero aun en el caso de que la recesión y la inflación tuvieran realmente un efecto notable en la protección del ambiente y de hacer rendir las materias primas, eso significaría desde el punto de vista ecológico solamente que el crecimiento económico destrozaría a empujones la infranqueable barrera natural que le ha sido impuesta, no con presión sostenible sino con el cambio a trompicones de alta coyuntura y crisis. Y el siguiente empujón –de eso se puede estar seguro– vendrá tanto más fuerte mientras más a fondo las empresas multinacionales vacíen las cuentas bancarias y el bolsillo de las masas populares para poder financiar la trasformación de su aparato productivo, que se encuentra ya en proceso [...]

Duve: Usted dijo que el concepto debía ser realista. Los patrones de la política para lo que puede llamarse realista, son diferentes de los de la ecología. ¿No es irreal creer que la población votará mayoritariamente por un partido que pone como perspectivas, en caso de salir victorioso, renuncias y privaciones, y que, en caso dado, se lancen todos a las barricadas en defensa del mismo partido?

Harich: Este partido probablemente tendría que acceder provisionalmente a nadar contra la corriente: la corriente de pensar en el bienestar, la del fetichismo del crecimiento, la de las ilusiones de consumo, la corriente de la ignorancia y falta de conciencia en el tema de la ecología. Pero eso no importa. Los pocos marxistas revolucionarios que había al principio de este siglo en las filas de la Segunda Internacional², entre ellos Lenin, Liebknecht, Rosa Luxemburg³, nadaron al irrumpir la Primera Guerra Mundial contra una violenta ola de chauvinismo. Tres, cuatro años más tarde, la misma confianza de las masas los elevó, por esa misma razón, a caudillos de la revolución. Y es también conocido cuál es el partido que guarda hoy la herencia de Lenin, Liebknecht y Luxemburg, las encarna y las porta hacia el futuro. Igualmente es conocido que en el entretiempo este

2 La Internacional Socialista se refiere a una unión mundial de todos los partidos y organizaciones socialistas y socialdemócratas. La que se conoce como Segunda Internacional fue fundada en 1889 y se disolvió en 1914. (Nota de los compiladores)

3 Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg fueron cofundadores del Partido Comunista de Alemania (KPD, por su sigla en alemán) al inicio de la República de Weimar, y fueron asesinados en 1919 por extremistas de derecha. (Nota de los compiladores)

partido no ha olvidado nadar contra la corriente. Éste reconoció como definitiva la frontera de la línea Oder-Neiße y la realidad de la República Democrática Alemana cuando los dirigentes derechistas del Partido Socialdemócrata de Alemania estaban aún ocupados en hacerles la corte a las asociaciones de desplazados (provenientes de más allá de la línea Oder-Neiße).

Fritz J Raddatz (1931) fue, de 1976 a 1985, director del suplemento cultural del semanario liberal Die Zeit. Fue considerado uno de los más influyentes críticos literarios y ensayistas alemanes. Su artículo aquí incluido “Bruder Baader”, de 1978, es una alusión al drama “Bruder Eichmann” de Kipphardt, o al artículo “Bruder Hitler”, de Thomas Mann.

¿ES CULPABLE LA SOCIEDAD?

Fritz J. Raddatz

Ésa es la pregunta decisiva y necesita respuesta. El terrorista que asesinó al banquero Ponto¹ es producto de esta sociedad tanto como el mismo banquero Ponto. También los desarrollos malogrados son desarrollos. Tan insensato como es presentar a todos los niños disléxicos como “fracasos de la sociedad”, así mismo es amoral e irresponsable querer ocultar el evidente fracaso de ésta. Es algo “deshonesto”, como dice Hessler.

80.000 jóvenes drogadictos. 82.000 jóvenes sin puestos de trabajo. 300.000 jóvenes entre 14 y 29 años en peligro de alcoholizarse. La más alta tasa en Europa Occidental de suicidios infantiles (500 al año). La más alta tasa en Europa de egresados universitarios sin trabajo (aproximadamente 40.000). 40% de los estudiantes en tratamiento psiquiátrico. La más baja tasa en Europa (13%) de estudiantes universitarios hijos de trabajadores: y ¿todo esto ha de carecer de consecuencias? ¿Y todo esto, esta corrosión bajo la laca de la sociedad productiva, no ha de ser una causa? Uno de cada diez jóvenes en la República Federal rechaza el sistema social reinante y uno que pretende saberlo, el ex terrorista Hans-Joachim Klein, lo documenta: “ Yo sé de personas de 17 y 18 años a quienes lo que más les gustaría, sería poner un anuncio en el periódico *Frankfurter Allgemeine* para conseguirse un trabuco y entrar al terrorismo”.

Aquellos que se inyectan hasta morir (84 sólo en 1977, en Berlín); aquellos que beben hasta la muerte; aquellos, finalmente, que matan a otros: con todos ellos, ¿no tenemos nada qué ver? ¿Mundo del hampa, escoria, ratas? ¿También si

1 Jürgen Ponto, presidente de la junta directiva del Dresdner Bank fue asesinado en su residencia en julio de 1977 por la Fracción del Ejército Rojo. (Nota de los compiladores)

son nuestros hijos e hijas aquellos que han dejado el saturado pueblito próximo a la gran ciudad, hacia lo desconocido?

Aquí hay dos cosas que decir: quien tiene en su repertorio ese gesto de sociedad descartable, está actuando inmoralmente. Las personas no son botellas desecharables. Aquel personaje tiene en el fondo una oculta falta de piedad que no se puede borrar ni por un llamado del presidente federal o de Willy Brandt o del Canciller federal.

En la base se encuentra algo más –algo quizás peor– que escasamente pudieron ocultar: la total incapacidad de pensar analíticamente, de reconocer las más simples causalidades. Incluso –o más bien, justamente– aquellos en los que las más diminutas heridas de su humanidad son causa un buen día de lo inhumano. En donde la portada “Asesinado Kennedy” se encuentra adornada con “No hay que pelar, ni cortar, no hay que llorar: Cebollas Salteadas Thomys”; donde la foto de un vietcong asesinado está adornada con la boda principesca con sus copas de champaña y propagandas de BMW; allí donde pasajeros-modelos del *Landshut*² venden sus ridículos “recuerdos” una semana después de Mogadiscio por un par de peniques; allí debe tener lugar, inicialmente en forma lenta, silenciosa, que no se note, un giro total de percepciones, una destrucción del tintineo de los valores. De qué manera, tan sin esfuerzo, se podría recopilar una antología de la asquerosa “carencia de ideas”, fotos de niños que se mueren de hambre al lado de anuncios de caviar, y una foto de envenenados de Seveso³ al lado de propagandas de químicos. Verdaderamente no hay un día sin un *shock*. *Shock* significa miedo. Miedo significa odio.

Nuestro mundo burgués se encuentra, junto con toda una generación, dentro de esa mezcolanza de *shock*-odio-miedo.

Se ven a sí mismos como una generación en pie de guerra⁴. Un millón de ellos fueron revisados por las pruebas como candidatos al servicio oficial; 285 publicaciones que despiertan su interés –desde *Argument*, pasando por el *Kursbuch* hasta la *Revista Socialista de Arte y Sociedad*– fueron incluidas en listas de fisgones de la “Oficina Federal de Protección de la Constitución”; con 239 institu-

- 2 El avión de Lufthansa *Landshut* fue plagiado octubre de 1977 por terroristas palestinos para liberar de la prisión en la República Federal a líderes de la primera generación de la Fracción del Ejército Rojo. Un comando alemán le dio fin al pliego del *Landshut* en el aeropuerto de Mogadiscio, capital de Somalia. (Nota de los compiladores)
- 3 En la ciudad italiana de Seveso tuvo lugar, en julio de 1976, un desastroso accidente químico, considerado como una de las mayores catástrofes medioambientales de Europa. (Nota de los compiladores)
- 4 En el original en alemán hay un juego de palabras, pues la expresión *Gewehr bei Fuß* (en pie de guerra) es convertida en *Gewähr bei Fuß* (listos para escuchar). (Nota de los compiladores)

ciones y organizaciones sucedió lo mismo: desde “Amnistía Internacional” hasta el “Círculo Laboral Mundo del Trabajo”. Tras el secuestro de Schleyer⁵ –a quien ningún periódico alemán, sólo el *New York Times*, lo mencionó como “el entonces odiado ex SS”–, todos los jóvenes entre los 20 y los 30 años fueron controlados cuando iban a Francia, incluso los miembros de la “Unión Juvenil”⁶. . .

La lista de delitos por los que se debe denunciar al Estado sería larga: desde la prohibición de bautizar una nueva universidad alemana con el nombre Carl von Ossietzky⁷ (en cierto modo, una segunda pena de muerte para el escritor pacifista) hasta el cocinero izquierdista del ejército que fue despedido, una farsa que incluso hizo que Conrad Ahlers preguntara: “¿Fue que sirvió muy frecuentemente remolachas rojas?”. Ahora se le congela a uno la risa; ya no es lícito burlarse de quien habla de espíritus críticos como de ratas y moscardones, bichos que uno normalmente aniquila. Bajo eso se encuentra una añoranza alemana de catástrofes y hundimiento que conjura a ese alguien con la misma intensidad con la que ella no entiende la democracia como el compartir normal entre adversarios, es decir, la defiende hasta arruinarla [...]”

Un vacío en la conciencia histórica es siempre, y por igual, un vacío de moral. Esto es demostrable hasta el más mínimo detalle de estilo. Quien habla del “hundimiento” –con eso se entiende el fin del dominio de Hitler– está lamentando algo. Hundimiento no es algo que nos deseemos, ni algo que incluso nos lo hayamos acarreado. Hundimiento es una catástrofe natural que se ha sufrido.

Hoy eso se lee en esta forma: “¡Pronto ya será pasado! Se está fundando el nuevo partido. Se llamará NSPD, Partido Nacionalsocialista de Alemania. ¡Se están buscando todavía verdaderos cofundadores con orgullo nacional!” Y esto no es un chiste. Aparece, entre la invitación de la Sociedad Kant y “picardías atractivas de lindas chicas”, como anuncio en el *Periódico General de Maguncia* del 18 de enero de 1978. (El partido se fundó el 28 de enero de 1978 en Oberwesel, en el Rin).

No es un chiste, no es suposición. En esa misma primavera se venden en el estadio de hielo en Berlín-Wilmersdorf prendedores con la cruz gamada, se pegan calcomanías, adornadas con la cruz gamada y con la leyenda: “No comprar donde

5 El presidente de la asociación de empresarios de la República Federal, Hanns Martin Schleyer, fue secuestrado en septiembre de 1977 por miembros de la Fracción del Ejército Rojo, y más tarde fue asesinado. (Nota de los compiladores)

6 Organización Juvenil de la Unión Cristiano-Demócrata (CDU), que es el Partido Conservador Alemán. (Nota de los compiladores)

7 Escritor alemán, periodista y premio Nobel de la Paz en 1935, perseguido por el gobierno nazi. (Nota de los compiladores)

judíos”, en el centro local del Partido Comunista Alemán (DKP, por su sigla en alemán); se lee igualmente un anuncio: “Para coleccionistas: bustos de Adolfo Hitler, 190 cm de altura, se venden por 250 marcos alemanes”; el periódico *Tagesspiegel* informa: “Desde una cruz de hierro, pasando por distintivos partidistas del NSDAP (Partido Alemán Nacionalsocialista de los Trabajadores) hasta la Cruz de Caballero”, al precio de 365 marcos alemanes; todo esto lo ofreció un comerciante particular el fin de semana en la “Feria Internacional de Coleccionistas, ISAB (según las iniciales alemanas), en la torre de radiodifusión (en Berlín Occidental)” [...]

Esto surge de nuevo, pulula y se mueve. Casi semanalmente hay que leer titulares en la prensa liberal burguesa: “Los neonazis han colmado su arsenal de armas”, “Se ensalza la violencia proveniente de grupos de neonazis”, “con camisas pardas y saludo alemán”, “antiguos nazis son aclamados por admiradores”, “literatura nazi y símbolos hitlerianos se comercializan abiertamente”. El *Observer* londinense lo resume el 26 de febrero de 1978 así: “Los neonazis de Alemania se destapan”. Sin embargo el titular más espantoso pero más correcto apareció en *Die Zeit*: “Jóvenes claman por un ‘Führer’ fuerte”: eso es. Es la situación según los versos de Brecht: “El vientre del cual surgió aquello es aún fértil”. Es que ahora ya ningún vientre es fértil y cualquier médico que realiza tratamientos de fertilización puede implantar fácilmente lo que le parece.

La velocidad fuera de toda crítica con la que se absorbe marxismo instantáneo sin digerir, amasado en cursos rápidos de cocina, y la pirueta hacia la derecha que surge más rápida y fuertemente tienen *una raíz*. La expresión “dar sentido” puede ser escabrosa, pero la realidad no se deja retocar hasta borrarla: a la nueva generación, que no conoce otra cosa más que nuestra democracia, no se le transmitieron el sentido y el valor de dicha expresión. Los jóvenes son susceptibles ante la mentira y la obscenidad, igualmente si son las lastimosas jugadas maestras de Filbinger, juez de la marina⁸, o las añoranzas del P.D. de la propia casa paterna burguesa, o la frase de Alfred Dregger⁹: “No quiero tener nada que ver con las tonterías de las encuestas: ante todo quiero gobernar”. Donde no se ofrecen ideales se echa mano de ídolos; en el mejor de los casos, Elvis o los Beatles; en caso de malentendidos, Mao o el Che; en el peor de los casos, Hitler.

Puesto que esta sociedad está estructurada en forma de monólogo y no de diálogo, sacó de la conversación a toda una generación, renunció a la posibilidad

8 Hans Filbinger fue primer ministro del estado federal de Baden-Württemberg en los años 60 y 70. En febrero de 1978 se supo que en 1945 Filbinger solicitó e impuso, como fiscal y juez en la marina nazi durante la guerra, penas de muerte a desertores. (Nota de los compiladores)

9 De 1982 a 1991, líder de la fracción parlamentaria del CDU/CSU. (Nota de los compiladores)

del debate. La Fracción del Ejército Rojo, Tunix¹⁰ o el Pacto de los Vikingos¹¹: ¿tenemos el derecho de condenarlos? Hace poco vi en una revista dos páginas de fotos de gente joven reseñada con prohibición profesional¹²: tenían la apariencia de una lista de detenciones del mañana. Si esta sociedad no puede brindar ninguna oferta política a los escolares más que la de trabajar en la Oficina Federal de Protección a la Constitución, y a los estudiantes más que quedarse haciendo fila ante las puertas cerradas del Numerus Clausus [cupos para la universidad] y a los profesores quedarse sin trabajo, ¿quién de nosotros podría decir sinceramente de sí mismo que no pertenece quizás a una de esas listas de fotos de los prohibidos o buscados? ¿Se ha sometido cada uno de nosotros quizás a la prueba de ver cómo hubiera reaccionado siendo joven a ese mundo de sonriente hielo y veneno aterciopelado que confunde oferta con surtido y preguntas con demanda, una reluciente rueda gigante que gira vertiginosa entre inhumanidad, sentimentalismo y falta de misericordia?

Los padres de este Estado son quienes empezaron a minarlo. Ellos no soporan dudas en ellos mismos ni en la sociedad que ellos han formado, y no logran entender que una duda reprimida se torna en desesperación.

-
- 10 El Congreso Tunix tuvo lugar del 27 al 29 de enero de 1978 en la Universidad Técnica de Berlín Occidental y sirvió de orientación de las fuerzas de la República Federal que se conocen ahora como Nuevos Movimientos Sociales de los años 70. (Nota de los compiladores)
- 11 El Pacto de los Vikingos (*Wikingerbund*) fue una agrupación de extrema derecha en la República Federal. (Nota de los compiladores)
- 12 Prohibiciones profesionales fueron promulgadas por el decreto conocido como “Radikalenerlass” (Decreto Radical), en 1972, para miembros de partidos y agrupaciones catalogadas como extremistas, para empleos en el servicio público de la República Federal. (Nota de los compiladores)

Helmut Schmidt (1918) es un político alemán, miembro del Partido Socialdemócrata Fue ministro de Defensa entre 1969 y 1972, ministro de Economía y Finanzas en 1972, ministro de Finanzas desde 1972 hasta 1974 y, finalmente, canciller de la entonces Alemania Occidental, desde 1974 hasta 1982. Desde 1983 es editor del periódico semanal Die Zeit. El discurso aquí reproducido lo pronunció Schmidt en 1975 durante un debate sobre la lucha contra el terrorismo, en el Parlamento federal (Bundestag).

INTERVENCIÓN DURANTE EL DEBATE SOBRE EL TERRORISMO

Helmut Schmidt

En las democracias de los estados de derecho de la posguerra el terrorismo es un fenómeno relativamente nuevo internacionalmente. Conscientemente lo observamos quizás desde los inicios de los años sesenta con el hito del asesinato de los dos Kennedy y de Martin Luther King. Hay terrorismo no solamente en Oriente Medio, también en Irlanda, en Inglaterra, en Holanda, en Suiza, aun en España, en muchos otros países. Lo hay igualmente por diferentes motivos –se contagia de un lado a otro–: nacionales, religiosos, racistas, por motivaciones ideológicas. Ningún gobierno, ninguno de esos países podría prometer que el terrorismo puede ser aniquilado rápidamente. Lo digo aquí abiertamente: éxitos muy efectivos, si observo el panorama internacional, no se pueden esperar a corto plazo. ¡Por el contrario! Habrá en esos países una y otra vez acciones terroristas y tendremos que decidir una y otra vez en cada una de las situaciones concretas cómo las queremos enfrentar y cómo las debemos enfrentar.

Con Baader-Meinhof no ha llegado a su fin este asunto. Hay sucesores e imitadores, grupos terroristas que incluso rivalizan entre sí. No solamente en suelo alemán puede percibirse este fenómeno. Hay contactos internacionales de terroristas y contactos internacionales de sus simpatizantes. Los procesos de Baader-Meinhof que tenemos ante nosotros seguramente desatarán grandes campañas internacionales por parte de los simpatizantes. De los así llamados abogados del derecho algunos llegarán de viaje de todo el mundo a la República Federal de Alemania a anunciarnos su filosofía.

(*Dr. Jenninger [CDU/CSU]: ¿Debemos dejarlos entrar?*
Vogel [CDU/CSU]: ¿Es que deben entrar?)

Vendrán de viaje a desacreditar nuestro Estado de derecho ante nuestra propia opinión pública, como ya ha pasado, como ya se perfila también en este momento con motivo del proceso en Bückenburg.

El gobierno federal debe esperar que –en forma similar a como hace poco en Stuttgart se negó la habilitación a uno de estos abogados– se proceda en contra de tales campañas con toda claridad y resolución. Por ejemplo, a mi parecer, ha sido manejada erróneamente, es decir, en forma demasiado negligente, la campaña urdida por los terroristas y sus abogados contra una supuesta tortura de aislamiento, incluso la huelga de hambre.

(*Ovación en el grupo del SPD y en el de CDU/CSU*)

Tal negligencia y tal desamparo no deben repetirse.

(*Muy bien!, en el grupo del CDU/CSU*)

Ha sido un error que los organismos responsables de estas prisiones no hayan presentado a la opinión pública las órdenes de detención de los detenidos del Baader-Meinhof a su debido momento ni en forma completa, como fueron en realidad y como corresponde realmente a nuestras leyes.

(*Ovación en el grupo del SPD y en el de CDU/CSU*)

También algunos de los medios de comunicación, una cierta prensa sensacionalista en primera fila,

(*Reddemann, del grupo del CDU/CSU: ¡Spiegel y Stern!*)

cayeron en la trampa de esa gente en esas campañas; por ejemplo, en la campaña de la tortura de aislamiento, y algunos medios están cayendo hoy todavía y todos los días con descripciones que abarcan varias páginas de las actividades de los terroristas y dejando de lado lo que hacen con todo éxito la policía criminal, la policía de protección y la de protección de la Constitución.

(*Ovación en el grupo del SPD y del FDP y de los parlamentarios del CDU/CSU*)

Quejarnos de estas deficiencias no debe, por otra parte, inducirnos a desviar nuestra mirada ante el esencial reconocimiento de que los terroristas y sus cam-

pañas no han logrado alcanzar una movilización de masas como la que soñaron y de la que parlotearon en su presunción.

(Ovación en el grupo del SPD y del FDP)

Ellos no van a alcanzar esta meta tampoco en el futuro. Yo estoy totalmente seguro de que los ciudadanos de este Estado, los grupos sociales, nuestra sociedad en su conjunto, van a salir airoso en la disputa de corte intelectual y político con el terrorismo. Para ello es necesario que nosotros mismos nos rindamos cuentas: si siempre hemos hecho todos nosotros todo correctamente.

Es verdad que en nuestro país, desde los días de la así llamada APO (oposición extraparlamentaria), se han minimizado y desvalorizado algunas cosas que no han debido menospreciarse,

*(Ovación en el grupo del SPD y del FDP y viva.
Ovación en el grupo del CDU/CSU)*

es decir, algunas cosas que van más allá de la protesta necesariamente permitida en todas las democracias, diferenciaciones artísticas y artificiales entre la violencia ilegítima contra objetos y la violencia ilegítima contra personas

*(Ovación en el grupo del SPD y del FDP. Gritos del CDU/CSU: ¡Sí! ¡Sí!
Ovaciones aisladas en el grupo del CDU/CSU)*

—¡los que interrumpen con sus gritos desde las filas de la oposición pueden leer una vez más en las actas del Parlamento de 1968 que el mismo orador denunció esto en aquel entonces con la misma claridad!—

*(Viva. Ovación en el grupo del SPD y del FDP.
Reddemann, del grupo del CDU/CSU: ¡Pero son sus mismos amigos del partido!
Vogel, del grupo del CDU/CSU: ¿Dónde estuvo entretanto la voz?
Más gritos del CDU/CSU)*

o demostraciones que se convirtieron en resueltas provocaciones contra el Estado de derecho y sus órganos,

*(Dr. Marx, del grupo del CDU/CSU: ¡Relea Ud. lo que dijo Brandt!
Reddemann, del grupo del CDU/CSU: ¡O Steffen!)*

o también sencillamente incomprendión de las metas anarquistas-terroristas de aquella minoría que se burla en verdad de sus propios simpatizantes juzgándolos como coequiperos útiles e idiotas.

(¡Muy bien!, del CDU/CSU)

Yo no quiero ahorrarle a nadie decir que entonces ahí también está la diferenciación que yo mismo he considerado realmente ficticia entre “grupos” y “bandas”. Aquí cada uno ha intentado etiquetar al otro, y viceversa. Y entonces ya no se trataba de los terroristas sino solamente de las etiquetas.

(Ovación en el grupo del SPD y del FDP)

Concienticémonos de que nuestras leyendas de la puñalada trasera pueden empezar allí donde se trata de imputar, precisamente, a nosotros los socialdemócratas, las acciones de aquellos grupos criminales de hijos e hijas desorientados de las así llamadas casas paternas burguesas.

*(Viva. Ovación en el grupo del SPD y ovación del FDP.
Grito del CDU/CSU: ¡Eso es un verdadero insulto a los ciudadanos!
Otros gritos del CDU/CSU)*

Ustedes ven que esta mañana estoy gustosamente inclinado a proporcionarle a quien me siga en el podio –sea el profesor Carstens o sea el señor. Dregger– las palabras clave que por lo demás no necesitaría oírlas de mi boca, puesto que le son conocidas de tiempo atrás y han sido también utilizadas por él.

*(Ovación en el grupo del SPD y del FDP.
Gritos del CDU/CSU)*

Quien pregunte por las causas intelectuales y quien haga memoria escrupulosamente hasta los años 1967-1968, por ejemplo, en lo que concierne a la República Federal, encontrará alguna vez una ciertamente exagerada longanimitad, exagerada indulgencia y otra vez también

(Grito del CDU/CSU: ¡Ingeniería!)

la disposición a abandonar posiciones cómodas, y con frecuencia, insuficiente coraje civil frente a las fuerzas orientadas a la destrucción de las instituciones democráticas.

Pero también es correcto lo que necesariamente debe agregarse aquí: demasiado poco fue lo que se hizo en los veinte años de un amplio inmovilismo político durante la reconstrucción económica de nuestro país; muy poco se hizo para poner en la práctica los conceptos de valores de la Constitución en la sociedad actual.

(Ovación en el grupo del SPD y del FDP)

Todo esto hace parte de las variadas causas cuyo análisis en su totalidad se me imposibilita. Pero si aquí deben o pueden constatarse culpa e irresponsabilidad,

dad, entonces la irresponsabilidad no cae entre nosotros en forma diferente que en los restantes estados demócratas, de derecha o de izquierda o del centro, liberales o conservadores, políticos o profesores, responsables e irresponsables de la demasiada laxitud doquiera se haya evitado la discusión y no se haya defendido la necesaria autoridad.

(Ovación en el grupo del SPD y del FDP)

Paul Nolte (1963) es un joven historiador y publicista alemán. Con un debate sobre valores, que quiere emprender con sus publicaciones, Nolte tiene como meta un reordenamiento en Alemania de los valores conservadores. Por este motivo, los medios lo catalogan como uno de los representantes del Neoconservatismo alemán. Él mismo se califica como “neoconservador con simpatía por alianzas entre el CDU y Los Verdes”.

LA ÚLTIMA EUFORIA DE LA MODERNIDAD. LA ÉPOCA DE LA REFORMA DE LA REPÚBLICA FEDERAL EN LOS AÑOS 60 Y 70

Paul Nolte

Quien haya nacido en la República Federal de los años 60 vivió la “era de la reforma” de la coalición social-liberal más bajo los auspicios de su final que bajo los de sus inicios. Los primeros recuerdos de esa generación en lo referente a acontecimientos de la historia mundial y al acontecer político en la República Federal se remontan al viaje a la Luna –símbolo del progreso técnico y de la factibilidad– y a la elecciones parlamentarias de 1972, el “plebiscito” sobre Willy Brandt y su nueva *Ostpolitik*. Pronto, sin embargo, estuvo allí presente más Helmut Schmidt que Willy Brandt; el eslogan que sonó desde la primavera de 1974 era “continuidad y concentración”. Sin embargo, o quizás por eso mismo, predominó una sensación de que las reformas y la liberación eran algo completamente lógico. No se tenía la sensación de que aún debía lucharse con todo esfuerzo; las batallas habían sido ya luchadas por los mayores, los de las generaciones de los años 40 y 50, desde el “incidente Spiegel”, en 1962¹, hasta las protestas estudiantiles en el trasfondo de 1968. La postura “del 68”, de la oposición fundamental, no se transmitió a los más jóvenes, quienes no tuvieron necesidad de adelantar una guerra ideológica política contra sus propios padres, que habían vivido el Tercer Reich siendo sólo unos niños y ni siquiera habían servido como auxiliares al lado de las baterías antiaéreas.

1 El llamado “incidente Spiegel”, de 1962, fue un suceso político en la República Federal en el cual la revista semanal *Der Spiegel* se vio sometida a una persecución penal por supuesta traición a la Patria. (Nota de los compiladores)

Algo lógico eran también el bienestar y la seguridad; justamente, la seguridad se convirtió en uno de los vocablos guía de la retórica política de Alemania Federal de los años 70. Pero la sensación de bienestar era aún algo diferente, más limitado, que la que reinó en la sociedad de consumo de los años 80 y 90. No había aún una “Generación Golf”², la Nutella³ no era aún un objeto de gran valor y las figuras de “Playmobil”⁴ estaban entonces recién inventadas. En forma incisiva y fácil de recordar vivieron los niños de los años 70 la primera crisis del petróleo de 1973 y los domingos sin auto: sólo mucho más tarde hubo conciencia de que con ello se había sido testigo de un corte en la historia mundial, del fin de la prosperidad de la posguerra en los “años dorados” (Eric Hobsbawm). El conjunto de experiencias se tornó más denso y conformó una curiosa constelación que parecía flotar entre impulsos de arranque e inseguridad, entre el bienestar y la experimentación de la escasez, la misma que igualmente marcó en forma esencial, justamente, los demográficamente fuertes años 60.

En la reconstrucción biográfica de la historia, en el panorama de experiencias individuales se transparentan entonces significativos modelos y tendencias de desarrollo históricamente extraordinarios. Desde que aprendimos a no menospreciar en la historia la dimensión de la experiencia subjetiva y desde que los historiadores identificaron este carácter generacional como una fuerza decisiva, justamente en la historia del siglo XX, se han fortalecido aún más los puentes entre experiencias y estructuras que rebosan lo individual. Pero para el historiador yace allí, sin embargo, un peligro, justamente cuando no se trata de experiencias y biografías de terceros sino de uno mismo. Por ello es más adecuado un camino diferente para las consideraciones siguientes sobre la época de las reformas de la República Federal. Se trata de cuestiones básicas del posicionamiento de las reformas y la historia de Alemania (Occidental) en el siglo XX, especialmente de la posguerra. Esto puede ser, por una parte, un aporte a aquella “historización” de la República Federal que ha avanzado rápidamente en los últimos años, no solamente en la ciencia histórica sino también en la conciencia pública. La “antigua” República Federal ya no es parte de nuestro presente, sino que ya es historia. Por ello se trata siempre, por otra parte, de preguntas que resultan del emplazamiento actual: de la Alemania tras la unificación, de la Alemania que se halla en una crisis social y cultural, de la Alemania en busca de nuevas reformas.

2 El término “Generación Golf” fue caracterizado por el libro del mismo nombre, de Florian Illies, en el cual hace un análisis del estado de ánimo de la generación que nació entre 1965 y 1975. El primer capítulo de dicho libro se incluye en este texto. (Nota de los compiladores)

3 Nutella es una marca de crema de chocolate para untar. (Nota de los compiladores)

4 Playmobil es una marca de juguetes. (Nota de los...)

El acercamiento a la época de las reformas plantea, en primer lugar, la pregunta de su “¿Cuándo?”. ¿Cuándo fue el tiempo de reformas? ¿Dónde se pueden definir principio y fin? ¿Qué etapas pueden diferenciarse en el curso de su desarrollo? En segundo lugar, se trata del “¿Cómo?” de las reformas. ¿De dónde provinieron las reformas? ¿Cómo fueron justificadas, en cuál “espíritu”, en cuál ideología se encontraban soportadas? En otras palabras, ¿en dónde yacían sus motivos centrales y las fuerzas que impulsaron y caracterizaron las reformas, más allá de la variedad de cada uno de los temas y campos políticos? Estos diferentes campos de las reformas nos conducen a una tercera pregunta, aquella del “¿Qué?” de las reformas: ¿Qué debía cambiarse? ¿En qué áreas se articuló la política de la reforma? Por último, ¿existen algunos argumentos al final de las reformas: cómo se diluyeron, en qué se transformó el impulso reformador al final de los años 70 y 80? Y no en último término, ¿dónde está la herencia, posiblemente ambivalente, de esas reformas, vistas desde nuestros días, desde el punto de vista de una nueva “época de reformas”? Los años 60 y 70 del siglo pasado constituyen una época puente: la última euforia de la modernidad clásica antes de que la conciencia de progreso y el ansia de modernidad cayeran en una crisis profunda de varios decenios de duración.

II

Entonces iniciemos: ¿Cuándo fueron las reformas? En todo caso no aparecieron repentinamente ni se las puede datar cómodamente en un cambio de gobierno; no en noviembre de 1969 ni tampoco por la elección de Gustav Heinemann como presidente federal, medio año antes. Tampoco fueron, y esto es absolutamente decisivo, una respuesta política a protestas sociales de abajo, algo así como del campo del movimiento estudiantil y de la “oposición extraparlamentaria”. Mucho más se desarrolló esta época de reformas de Alemania Occidental en forma gradual y relativamente continua desde los primeros años 60, lo que igualmente significa que ella se conecta hacia atrás con la posguerra más estrechamente de lo que conscientemente percibieron los contemporáneos. Desarrollos e impulsos internacionales cumplieron en ello un importante papel; no en menor escala, el ejemplo de EE. UU. y de su joven presidente, John F. Kennedy, y, tras su asesinato, de su sucesor Johnson, con su propaganda reformista de la “Great Society”. Del complejo fardo de premisas, en la misma República Federal pueden destacarse los siguientes cinco factores, aunque este recuento no es en forma alguna concluyente.

Primero, la superación de la crisis inmediata tras la guerra, la de la economía y la sociedad marcada por la necesidad y la escasez, destrucción y urgencia

de reparaciones. Segundo, muy relacionado con lo anterior, la prosperidad económica durante la excepcional coyuntura de posguerra hasta 1967, parcialmente hasta 1973, no solamente como base del bienestar, sino también como una muestra cultural fundamental de la euforia del futuro y de las promesas de crecimiento. Tercero, un cambio generacional en muchos campos sociales, también en los partidos y en la política misma; además, en las ciencias y en el área intelectual y artística. Esto aceleró la creación de un público crítico y de un preludio intelectual en la política, desde el ya mencionado "incidente Spiegel" hasta la cultura literario-política de la "Edition Suhrkamp". Cuarto, no se deben pasar por alto los movimientos extraparlamentarios de protesta, íntimamente ligados con el cambio generacional y el incremento en la importancia de la juventud en los años 60; se puede tomar aún hoy "1968" como referencia de esto, sin considerarlo como una referencia cronológica fija. Quinto, se añadió finalmente un impulso esencial a la expansión de los derechos políticos. El fundamento de la democracia clásica ya no parecía suficiente; "atreverse a más democracia", aún más allá de la democracia parlamentaria formal, se convirtió en un impulso que cayó en tierra fértil, justamente en una Alemania Occidental acostumbrada a la autoridad y recientemente deshabituada de la dictadura.

Si en esta forma se buscan las raíces y los orígenes de la época de las reformas, llegando en ello hasta mediados los años 60, incluso hasta los inicios de la década, el corte entre la era de Adenauer, por una parte, y la época de reformas, por la otra, se torna más difuso, con mayor razón si el gobierno de Adenauer no encarna una época rígida de restauración, como usualmente se la consideró durante largo tiempo. De hecho, la modernidad de los años 50 se ha puesto muy claramente de relieve, una y otra vez en los últimos tiempos, como una modernidad general sociocultural, y así también en lo que concierne a muchos campos de la reforma y la iniciativa política. Se impone entonces una pregunta: ¿Qué le queda a la coalición social-liberal para la reforma "propriamente dicha", si los años 50 ya eran modernos y los 60 enormemente dinámicos? En algunos campos centrales, como el de la reforma de las universidades, el impulso reformador se remonta, de hecho, no solamente a mediados de los años 60 sino hasta los años iniciales. En este sentido, el principio de la época de reformas se cruza con la fase final, con la previsible agonía del gobierno de Adenauer desde las elecciones parlamentarias de 1961. La época de la Gran Coalición⁵, entre 1966 y 1969, deberá considerarse sin duda como el núcleo de la era de reformas.

5 El término "Gran Coalición" hace referencia a una coalición política entre los dos grandes partidos alemanes (llamados partidos del pueblo), la Unión Cristiano Demócrata (CDU) y el Partido Socialdemócrata (SPD). (Nota de los compiladores)

Por otra parte, debería preguntarse si todo el período de la coalición social-liberal, incluso el año y medio bajo Helmut Schmidt, puede calificarse aún como “época de reformas”, no solamente en aspectos de la política gubernamental, que perdió cada vez más la visión de estos parámetros, sino al menos bajo el criterio del “espíritu de la época” y del ambiente cultural. En esta forma se reduce en cierta medida el período de reformas: escasamente se había iniciado en realidad, apenas su impulso había cubierto todo el campo, cuando llegó a su fin. Provisionalmente es aún controvertido si dicho final debe verse en 1973-1974 o en 1976-1977, lo cual es más plausible. El concepto de las reformas le dio el nombre a una “era”; sin embargo, su núcleo comprende solamente pocos años, los cuales posiblemente, como es el caso con frecuencia en tiempos de cambios acelerados, fueron vivenciados más intensamente por los contemporáneos, y por ello mismo se expandieron a la experiencia subjetiva.

III

¿Cómo fueron las reformas? Debe procederse en un caso como éste con mucho cuidado para no perderse en especulaciones sin fin, en general, sobre el “espíritu” de determinadas épocas históricas, en especial de períodos de reformas. Las primeras controversias de una historiografía idealista sobre la “esencia” de las reformas prusianas del principio del siglo XIX pueden servir aquí como un ejemplo intimidatorio. Pero preguntar por motivos e impulsos, por analogías y amplios conceptos de la era de reformas de la República Federal no solamente es legítimo sino también necesario y fructífero; pues estas reformas fueron soportadas en toda su variedad por un manojo de principios básicos, en parte específicamente alemanes (o al menos, occidentales). Mucho más pueden verse allí formaciones de tendencias generales de las culturas y sociedades occidentales en la segunda mitad del siglo XX, las cuales, en alguna forma, si bien no siempre bajo la etiqueta de una “época de reformas”, estamparon su sello al cambio. Tres de estos motivos básicos se discutirán brevemente a continuación.

Primero, las reformas siguieron un impulso de liberalización y democratización. A esto pertenece igualmente el ya mencionado concepto de Willy Brandt de “atreverse a más democracia”. Esto pudo entenderse de entrada en un sentido técnico de expansión de la democracia clásica, de ampliación de la participación, pero también como llamado a la democratización y liberación de más espacios de la vida económica, así como de la cotidiana y privada. En lo que respecta a la democracia “formal”, son ejemplos la reducción de la edad mínima para votar, de los 21 a los 18 años, y, algo más tarde, la correspondiente fijación de la mayoría de edad. Paralelamente, entró en vigor la liberalización como reforma jurídica,

desde el derecho penal hasta la política de la familia, por ejemplo, en el liberalizado derecho al divorcio. En este campo fue especialmente grande el peso del partido FDP (Partido Liberal de Alemania), como supuesto propio de un partido liberal clásico, pero en los partidos de la coalición penetró profundamente un consenso de principios sobre muchos pasos de la reforma jurídica. Democratización y avance en la liberalidad podían entenderse al fin y al cabo también, en un sentido amplio político-cultural, como una apertura del “estilo” comunicativo de toda una sociedad. El público, el “discurso” crítico, ganaron un nuevo significado y se propició la continuidad histórica mediante la adhesión ofensiva a tradiciones democráticas ya sepultadas de la historia alemana, como la de la Revolución de 1848-1849.

Segundo, el impulso hacia la democratización se expandió igualmente en dirección a una generalizada homologación de la sociedad. Las reformas apuntaban al igualitarismo en un sentido envolvente y múltiple. En ello tenía prioridad la clásica igualdad social, o mejor, socioeconómica, de manera muy especial en la política de la educación: no se trataba inicialmente de una “igualación” por principio, sino de la igualdad de oportunidades, en vista de los diversos estratos sociales; concretamente hablando: se trataba de que los hijos de trabajadores tuvieran igualmente oportunidades de educación, de terminar la escuela secundaria y acceder a una carrera universitaria. Paralelamente surgió, cada vez más claramente, la igualdad de oportunidades y de derechos entre los sexos, mientras que en los años 60 y 70 faltaba aún en forma generalizada una tercera dimensión, a saber, la idea de la igualdad intercultural de oportunidades, por ejemplo, en cuanto a los inmigrantes, los entonces llamados “Gastarbeiter” (trabajadores invitados).

La nivelación socioeconómica y sociopolítica inminente, la reducción de distancias entre los extremos superior e inferior de la escala social, que ni siquiera constituía el punto central ni discursiva ni programáticamente, se entendían para la socialdemocracia clásica (y más allá de ella) por sí mismas. La tendencia secular iba en esta dirección; en las negociaciones sindicales debía dársele sólo una pequeña indicación del “espíritu de la época”. Seguir este concepto no era difícil en un período de prosperidad económica, de una “torta para repartir” aparentemente ilimitada, y de fe en la fuerza del déficit fiscal estatal en caso de crisis. Ya en los años 50 habían comenzado las clases sociales menos favorecidas a dejar tras de sí su “proletariado” económico y cultural; no parecían muy lejanos el aburguesamiento de los trabajadores y la “sociedad nivelada de clase media”. Incrementos salariales nominales, pero realmente altos también, auspiciaban una tendencia a la nivelación relativa de los ingresos, así como a la disminución de distancias. La época de reformas reposaba sobre este fundamento, y no fue casualidad que ésta terminara cuando la tendencia dio un giro de 180° al final de los

años 70 (en todas las sociedades occidentales), minando con ello cada vez más las pretensiones de igualamiento.

Finalmente, no se debe olvidar una dimensión más de la homologación: el proceso significaba igualmente un desarrollo técnico, administrativo y de planificación que generaba “unidades iguales”, en el sentido de un pensamiento en el que se concertaban igualdad, eficiencia y justicia en una forma específica. En lo posible, había que igualar disparidades: esto se encontraba ya en el consenso básico en el momento de la fundación de la República Federal, pero se fortaleció de nuevo en forma esencial en los años 60. Condiciones de vida diferentes, diversas oportunidades de un estado federal a otro, de una región a otra, se deberían equivarpar por medio de la gestión política, del fomento de regiones débiles estructuralmente, por citar un ejemplo, de una provisión igualitaria de infraestructura de tráfico. Éste es, por lo demás, uno de esos impulsos que en gran medida superaron indemnes el final de la época de reformas en los tardíos años 70.

Esta reflexión conduce ya al tercer ramal de impulso de las reformas, del que se deberá hablar aquí, a saber, un amplio concepto de modernidad técnica y racionalidad que debía ser conformado y aplicado por medio de gestión política. De manera muy especial, las reformas de los años 60 y 70 se encuentran en este aspecto en un amplio arco de la “modernidad clásica”, en continuidades de larga vida hasta el cambio de siglo entre el XIX y el XX, al menos hasta los años 20 y 30. El impulso de la modernidad técnica puede desplegarse, así mismo, en diferentes conceptos centrales, en varios aspectos.

Las reformas se entrelazan muy fuertemente con la “planificación” política y social, un vocablo conductor, por cierto, de esa época. Planificación: esto hace pensar en diseño y conformación del futuro, mas no en forma de utopía ni de consumación histórica de procesos. Mucho más se encuentra en la planificación la idea de la factibilidad técnica de futuro y sociedad como punto central; es una parte del “pensamiento de ingeniero”, del modelo de manejo social. La totalidad de la sociedad alemana del oeste debería ser políticamente controlada y timoneada preferiblemente en forma central, desde la Cancillería en Bonn. Ésta era la idea y la tarea de la planificación política en la oficina de la Cancillería Brandt, bajo Horst Ehmke. En este sentido, se encontraba frente a la meta de la emancipación y liberación de la sociedad, la meta de su control técnico-administrativo, en todo caso, la capacidad de dominarla. La idea de planificación tenía ya en ese momento una larga historia desde la Unión Soviética estalinista hasta el “New Deal” americano y la “planification” francesa, lo cual deja al descubierto la ambigüedad de este concepto. Alrededor de 1970 llegó a su punto máximo el pensamiento de planificación en la República Federal: para todo había al menos un “marco de planificación”, desde las universidades, pasando por la política financiera, hasta

la estructura del paisaje y los asentamientos. Las reformas perseguían en este aspecto la meta de llegar a dominar una modernidad incontrolada.

Para esta pretensión de control se requerían expertos científicos, pues sólo mediante la autoridad política, incluso por medio de autoritarismo político, ya no podía legitimarse el Estado. Consecuentemente, debe encontrarse dentro de la modernidad técnica también una tendencia a la *cientificación* general, que conduce inicialmente al papel de los expertos en los procesos que se acaban de describir, al tratamiento científico de los problemas de la planificación, a la prioridad de los aspectos científicos en los procesos de asesoramiento y de decisión. Pero la pretensión de la *cientificación* iba más allá, pues infectó en cierta medida la totalidad de la cultura, en donde la jerga científica tenía el sabor de lo nuevo y moderno. Aquí no puede pasarse por alto una conexión transversal hacia la reforma científica y educativa, ni tampoco, que numerosas “ciencias humanas” fueron sometidas en esta época a las exigencias del cientificismo social.

Así como en la época de reformas al principio del siglo XIX, tampoco se libraron los reformadores germano-federales de una fuerte dosis de estatismo. Por una parte, se trataba de la emancipación de la sociedad, y esto significaba, también en Alemania, que se buscaba dejar atrás aquellos restos que quedaban de las tradiciones autoritarias de los siglos XIX y XX, tras el derrumbamiento de la dictadura nacionalsocialista. Pero, por otra parte, quizás no era posible negar justamente estas tradiciones, tampoco en un gobierno dirigido socialdemócraticamente, pues el mismo movimiento laboral alemán podía echar mano de tradiciones análogas. La pretensión de centralización, de un principio “de arriba abajo”, estaba ligada muy llamativamente a las reformas. Éstas no pretendían desistir de la autoridad estatal; un Estado fuerte, pero fundamentalmente democratizado, debía convertirse en socio de una sociedad liberalizada. A la larga, esta idea escasamente podía permanecer libre de tensiones.

Finalmente, un último aspecto del impulso básico de la modernidad técnica que remite a la *cientificación*: el desarrollo de la sociedad debería llevarse a cabo como una racionalización, debería organizarse en racionalidad y eficiencia. Para ello era necesaria, en primer lugar, la creencia en que la política y la sociedad, incluso también la economía capitalista, yacían en el dominio de la racionalidad, que no representaban simplemente sólo caos e impredecibilidad y que, en consecuencia, eran en principio asequibles también al correspondiente manejo racional. La pretensión de racionalización cubría este concepto en todos sus campos; se trataba entonces también de hacer a la sociedad “más racional”, en un sentido moral. Sin embargo, no es erróneo decir que en la mayoría de los casos la exigencia técnica de eficiencia se abría paso hasta quedar en primer plano; al fin y al cabo, era posible hacerla operativa más sencilla y concretamente en la planificación.

La idea de la eficiencia administrativa se conectaba con consideraciones sobre democratización y participación, en una forma que no estaba exenta de tensiones. Los dilemas, sí, los callejones sin salida de esta concepción, surgían con relativa rapidez en algunos campos. Un ejemplo clásico de esto lo constituyen las reformas de zonas y reagrupaciones comunales de la primera mitad de los años 70: en muchos lugares, como en la gran ciudad artificial de “Lahn”, en el estado federal de Hesse, los ciudadanos no pudieron colaborar en la implementación de las exigencias de racionalidad y eficiencia de dichas reformas.

El impulso tecnocrático planificador desempeñó en los tiempos de la Gran Coalición un papel especialmente importante; no solamente correspondía a este “espíritu de la época” a mediados de los años 60, sino que además hizo posible un puente ideológico entre los reformadores conservadores y los de la izquierda; los conceptos “tecnocracia” y “planificación” eran políticamente plurivalentes y tenían su puesto tanto en la teoría estatal neoconservadora como en el avanzado pensamiento clásico de la izquierda. Por esto mismo, tampoco se debería subvalorar la significación genuina de este impulso a la política socialdemócrata, así como al propio canciller, Willy Brandt. De hecho, en las izquierdas se anudaba esta motivación, adicionalmente, con la herencia de la utopía socialpolítica del marxismo, con una creencia progresista ampliamente inquebrantada, al menos hasta 1973. Así como ”el compañero tendencia” marchaba al paso del SPD (Partido Social-Demócrata de Alemania), así mismo también estaba en cierta forma el progreso creciente por naturaleza en el lado de los reformadores; ahora se lo había hecho incluso manejable, se lo había traído al presente como “utopía concreta”, se lo había convertido en visiones de “factibilidad”. Ya no se trataba de la abolición del capitalismo, ni de sociedades sin clases, sino de “modernidad” como tal. “Vamos a crear la Alemania moderna”, propagaba el SPD en la campaña para las elecciones de 1969, y en el proyecto de los Juegos Olímpicos de 1972, en Múnich, esta modernidad específica de Alemania Occidental tomó una conformación realmente prototípica, hasta la trágica toma de rehenes, que anticipó en este aspecto, un año antes del traumático *shock* del petróleo, el final de esta ingenua modernidad.

En esta forma, irrumpieron en la misma concepción de las reformas, igualmente, tensiones internas, incluso en la ideología de las reformas, y fue necesario dedicar mayor atención a estas tensiones dentro de los impulsos básicos discutidos aquí brevemente, pero también entre ellos mismos. Ya se ha hecho referencia a los roces entre la orientación estatal, por un lado, y una primacía de la sociedad emancipada, por otro lado. En el discurso de posesión de Brandt, en 1969, estaban ambas cosas en armonía, una al lado de la otra: una administración estatal más efectiva y más democracia, y la participación; esto era lo que predominantemente

se sobreentendía por parte de los reformadores. Pero eficiencia, tecnocracia y científicismo podían igualmente independizarse. “Técnica y ciencia como ideología”: este reproche fue el que dirigió Jürgen Habermas en 1968, especialmente, a las derechas intelectuales, pero también haciéndolo llegar cada vez más a su propio campamento. Estas contradicciones surgieron, sin embargo, también dentro del campamento de la izquierda sólo al final de los años 70, por último, con la aparición del movimiento “verde”, y esto señaló igualmente *un punto final de la época de reformas*: no de otra manera sucede con la tensión entre liberalización e igualdad. Desde los años 80 se han entendido estos conceptos de nuevo como predominantemente contrastantes en el discurso político. ¿Más libertad o más igualdad? Alrededor del año 1970 esto no parecía ser problemático; incluso, parecían compatibles entre sí, en la medida en que el cambiante partido social-liberal FDP lo argumentó, por citar un ejemplo, en sus “Tesis de Friburgo”, de 1971, en representación de una amplia corriente cultural.

IV

Las reformas de los años 60 y 70 del siglo XX produjeron también, como las reformas prusianas del principio del siglo XIX, su propio mito, tras el cual sólo laboriosamente puede sacarse a la luz la realidad dispar. El discurso de la reforma, su retórica, se hacía evidente; la elocuencia programática sobre las reformas envió a la última línea el quehacer político real y las medidas legislativas aisladas. En cierta medida, se deben romper y “deconstruir” las reformas para poder llegar a conclusiones sobre sus objetos/temas, campos temáticos y acontecimientos esenciales. Esto conduce a la tercera de las preguntas esbozadas inicialmente: ¿Qué eran las reformas? Con la creciente distancia en el tiempo de tres a cuatro decenios transcurridos hasta el presente, se hacen claramente reconocibles no solamente motivos básicos e impulsos ideológicos, como se expuso en párrafos anteriores. Las reformas de la República Federal se ordenan también en largas líneas de continuidad de la historia alemana. Se tornan identificables como la perseverancia en proyectos que determinaron la agenda hace por lo menos medio siglo. Esto es válido especialmente para la concatenación de las reformas, parcialmente mediata pero también parcialmente muy directa, con proyectos de reforma de la República de Weimar: desde la constitución económica, a través de reformas de la justicia y del derecho, hasta la reforma administrativa comunal. Éste es un aspecto que, en una perspectiva limitada al desarrollo en la posguerra en la República Federal, ha encontrado hasta ahora comparativamente poca atención. Sin embargo, en este mismo aspecto yace uno de los más grandes retos para una futura “historización” de la primera era de reformas de Alemania Occidental, lo

cual sólo puede mencionarse en este punto como una tarea de la investigación. La concisa visión de conjunto que sigue se limita a recordar, sólo en palabras clave, cinco campos centrales de la política de reformas de los años 60 y 70, y a relacionarlos con los aquí ya descritos motivos básicos de la reforma.

Primero: *educación y ciencia*. La política de educación y ciencia, generalmente a la sombra de la gran atención de la ciudadanía, se convirtió muy pronto en un campo central de las actividades de la reforma. Al fin de cuentas, en este campo se conjugan, en forma característica, motivos básicos de la era de las reformas, por lo cual este campo debería valorarse aquí más detalladamente, pues la necesidad de modernización se manifestó muy pronto y en forma especialmente notoria, diagnosticada sobre todo en comparación con otros países de Europa Occidental. Como punto básico del diagnóstico de la crisis consignamos aquí el libro de George Picht, *La catástrofe de la educación*, de 1964, diagnóstico a partir del cual se desarrolló, en un contexto suprapartidista, una política de reforma, por ejemplo, con la fundación de numerosas universidades nuevas. Más tarde, en los años 70, esta política de educación se convirtió en un símbolo de las reformas en un sentido diferente, a saber: como campo de lucha al que se le quiso dar un carácter altamente ideológico, entre grupos que chocaban fuertemente entre sí y para los que el sector de la educación era tomado en general como representativo de la orientación normativa de la sociedad. Este camino del consenso hasta el conflicto sobre las reformas puede seguirse igualmente en otros campos temáticos, si bien en forma menos acentuada.

En lo referente a la educación superior, se encontraba en primer plano la expansión, que debía compensar un retraso en el programa de hacer llegar la universidad a la población y al mercado de trabajo. Con ello se entrelazó desde entonces un impulso político-estructural: las universidades deberían convertirse en motores de las regiones subdesarrolladas en cuanto a la política de la educación, por ejemplo, en la región del Ruhr (Bochum) o en Westfalia Oriental (Bielefeld). Aquí se enganchó de inmediato un impulso social que se resumía con frecuencia en la expresión clave “agotamiento de las reservas de dotes personales”. La promoción social, la expansión de la educación a estratos en desventaja –en los años 60 y 70 esto se entendía como la clase trabajadora de la industria clásica y, parcialmente, también la población rural–, constituía en realidad un rasgo básico de las reformas de la educación, añadiendo igualmente el apoyo material de los estudiantes a través de la expansión del original “Modelo Honnef” de la promoción estatal de los mejor dotados, por medio de la ley federal de fomento de la educación superior (*Bafög*). Además, el impulso de la estatización, de la centralización, de la planificación de la política de educación superior, cumplió un gran papel, como ejemplo de lo cual puede tomarse sintomáticamente la ley federal sobre universidades. Y,

finalmente, se trataba de “democratización”. La idea de la “transferencia” de la democracia a instituciones y aspectos vitales más allá del parlamentarismo encontró en la universidad un nutrido espacio de actividades, el mismo que pronto se convirtió en el decisivo campo de batalla de la reforma de la educación.

Muchos proyectos de reforma de la política respecto a las universidades pueden igualmente encontrarse, *mutatis mutandis*, en la reforma escolar, especialmente en el campo de los colegios de secundaria. Willy Brandt denominó a “la escuela como la escuela de la nación”, reclamando con ello no solamente una alta exigencia moral, sino también una exigencia de intervención estatal. La igualdad de oportunidades en la educación y a través de la educación, para las clases sociales menos favorecidas, constituía el punto neurálgico, pero se trataba también de nuevas formas y nuevos contenidos de la enseñanza y el aprendizaje, con los que debería llevarse a cabo el adiós a conceptos burgueses supuestamente anticuados, que en todo caso se habían tornado muy estrechos. Esto condujo provisionalmente los nuevos currículos al punto central de la atención ciudadana: las normas básicas del estado federal de Hesse son el más importante ejemplo de este conflicto. Paralelamente, se presentan reformas institucionales, ante todo el intento de los estados federales socialdemócratas de acabar con el tradicional sistema escolar de tres ramas y ampliar al sector de la secundaria el aprendizaje unificado, por medio de cursos de apoyo o colegios generales integrados.

De acuerdo a la distribución federal de funciones, estas reformas se llevaron a cabo predominantemente al nivel de los estados federales, una dimensión y un marco de acción de las reformas a los que se debía prestar en forma general más atención que a aquellos al nivel federal. Pero, bien sea el estado o la federación, el tema de la “estatización” y unificación se abría paso cada vez más hacia el primer plano y marcaba una línea de continuidad a largo plazo en el proceso de formación del Estado, desplazando otros poderes en competencia. Esto no se hace tan evidente en parte alguna como en el retroceso obligado que se impuso en ese momento a la escolaridad confesional, ante todo, en el final *de facto* de los colegios religiosos de primaria.

Segundo: *la reforma jurídica*. La reforma jurídica y de la justicia en los años 60 y 70 se convirtió, en suma, en el campo clásico de las reformas liberalizadoras, emancipadoras. Por lo demás, si bien es necesario prevenir acerca de la subvaloración de las exigencias del Estado y del carácter “estatizante” de las reformas, así mismo señaló su aparición en clarísima forma el impulso contrario. Se trataba de la liberación del individuo, de disolver estructuras patriarcales arraigadas en el derecho (derecho civil, particularmente, la legislación sobre el matrimonio y el divorcio), en bien de la ampliación de la esfera de autonomía del ciudadano y de la vida privada. En mucho de aquello de lo que anteriormente el

Estado mismo se había declarado responsable, no debía éste interesarse ahora, en virtud del principio de “no inmiscuirse”, lo cual vale, en primer lugar, realmente con precisión simbólica, para las preferencias sexuales y la liberalización del código penal sexual, así como para una nueva regulación del aborto en el parágrafo 218 del código penal. Una continuidad de dos clases, de la cual ya se ha hablado aquí, se puede percibir claramente en las reformas jurídicas: primero, en el largo proceso previo desde los años 60; muchos proyectos de reforma jurídica se habían iniciado ya antes de 1969, en la época de la Gran Coalición. Segundo, las reformas jurídicas de los años 60 y 70 prolongaron, tras la interrupción de la dictadura nazi y la época social-conservadora de la reconstrucción, el impulso de las reformas de los años de la República de Weimar, cuando la liberación del derecho y la justicia ya había estado en primer plano, con el objetivo de dar un amplio fundamento jurídico a una sociedad republicana, aun más allá de la Constitución.

Tercero: *infraestructura y reforma administrativa*. También en este campo, que no se puede subvalorar como un marco exclusivamente formal sin base social, continuó la intención de estatización que imperaba en la época de reformas. Simultáneamente, era éste un campo de reformas que marcaba una peculiaridad alemana y que, a su vez, remite a tradiciones de mucho tiempo atrás. El objetivo de ampliación y efectivización de la infraestructura estatal tiene validez en un doble sentido: por una parte, debería ampliarse la red de instituciones estatales en sentido estricto e interno del aparato estatal y de sus mecanismos funcionales. Con ello llegó a formularse la exigencia no de “soltar” precisamente a la sociedad o “liberarla”, sino, por el contrario, de controlarla y manejarla; de capacitar al Estado para que interviniere en la dinámica propia de la sociedad (cuando ésta pudiera considerarse potencialmente caótica o amenazante), para incrementar la “capacidad estatal de manejo”, como se solía decir. Por otra parte, el Estado quería infraestructuras mejoradas, a fin de prepararse para el desencadenamiento de la sociedad y el desenvolvimiento del individuo. La visión de un aprovisionamiento infraestructural total de los ciudadanos se expresó, y no en última instancia, en campos tan prácticos como la construcción de carreteras y autopistas. Alrededor de 1970 parecía que el ciudadano tenía justamente el derecho de poder llegar a un acceso de una autopista, a no más de 10 km de su lugar de residencia.

Cuarto: *política económica y financiera*. Este campo de las reformas se encuentra en el grupo de aquellas que suelen pasarse por alto o subvalorarse. En él se articuló, en forma muy marcada, el impulso de planificación y manejo de la política de las reformas, más exactamente, a más tardar desde la Gran Coalición. La Ley de Estabilidad y Crecimiento de 1967, que el historiador Heinrich August

Winkler consideró como la “carta magna de Schiller”⁶, fue en suma una de las leyes más importantes de la reforma. En la perspectiva histórica, ésta encuentra su verdadera validez considerando los “mensajes” centrales que la ley transmitió. Una vez más, se trataba del manejo estatal de la economía y de la sociedad, del intento de controlar por medio de la intervención del Estado cualquier acontecimiento “caótico” en la economía y llegar a equilibrar sus peligrosas consecuencias, el ciclo de la coyuntura. De hecho, el nombre mismo de esta ley conlleva dos ideas esenciales de la época de reformas: por un lado, la idea de la estabilidad, del equilibrio, por la que debían preocuparse las instituciones estatales para bien de la sociedad; por otro lado, la aún ininterrumpida fe en el futuro del crecimiento, de la expansión, del creciente bienestar general. Igualmente, se trataba en general del cada vez más frecuentemente mencionado desplazamiento del poder a favor del Estado central, es decir, de la federación, en la política financiera de los años 60 y al principio de los 70, predominantemente, a costa de los estados federales.

A la política económica le concierne el estado de la economía y del mundo del trabajo, y aquí sobresale una vez más el impulso de la democratización, a semejanza de lo ocurrido en la política de las universidades. Sin duda, se trataba –en el caso de la expansión del derecho a voz y voto en las empresas (por ejemplo, la ley de cogestión de 1976)– de un proyecto mucho más antiguo que en el caso de las universidades. La “democracia económica” –ideada teóricamente en la República de Weimar, muy discutida en el movimiento de los trabajadores pero nunca llevada a la práctica– debería ahora tener en cierta forma una segunda oportunidad.

Quinto: *política social y Estado benefactor*. A primera vista, puede sorprender que este campo de la política de reformas se mencione en última instancia, en una época marcada en alta medida por conceptos socialdemócraticos y por una política gubernamental socialdemócrática. Por otra parte, pertenece a la continuidad de la historia alemana desde el tardío siglo XIX el hecho de que se hayan adelantado cambios centrales de rumbo socialpolítico por gobiernos conservadores, desde Bismarck hasta Adenauer, y quizás aun más allá. Realmente no fueron los años 60 y 70 una época de innovaciones genuinas en la política social; no se presentaron cambios fundamentales en la construcción del Estado benefactor alemán occidental. En vez de ello, el tema fue la expansión a lo largo y ancho de lo que ya se había alcanzado, de una expansión en el sentido de incluir a otros grupos de gente con derecho a tener exigencias en sistemas sociales de protección ya establecidos. Esto es válido, por

6 Karl Schiller fue ministro de Economía en la Gran Coalición, entre 1966 y 1969. (Nota de los compiladores)

ejemplo, para la inclusión de agricultores y estudiantes en el seguro estatal de salud. Desde el punto de vista de hoy, de la perspectiva de crisis de los sistemas sociales al inicio del siglo XXI y de una renovada e intensiva discusión, es obvia la pregunta acerca de si en este rasgo fundamental no se puede apreciar también un déficit en la política de reformas de entonces. ¿Perdieron la oportunidad los reformadores de los años 60 y 70 de reconocer a tiempo las limitaciones del sistema y de su capacidad? Este reproche se confirma cada vez más como justificado. La euforia de la expansión aparentemente no reconoció los límites del riesgo. El supuesto tácito habría sido entonces que el futuro traería consigo aquellas tasas de crecimiento que se pretendían en ese momento.

V

En esta ocasión no sucedieron las cosas como una generación más tarde. Esta vez las reformas no se originaron en la crisis, sino que terminaron en ella. La primera “crisis del petróleo”, como detonante de la crisis económica mundial más grave desde 1929, marcó un corte en la historia, no solamente de la economía, sino también de la cultura y de la sociedad. El optimismo, que había alcanzado en Alemania su punto culminante una vez más en los años 60 y en los primeros de los 70 –justamente tras superar la crisis de la posguerra–, experimentó un retroceso del que nunca se ha repuesto. La conciencia del progreso de las sociedades occidentales debió vivir la que presumiblemente ha sido la más aguda incisión desde el tardío siglo XVIII. Las “fronteras del crecimiento” se hicieron conscientes y se convirtieron en las fronteras de las reformas. El discurso de crisis de mediados y finales de los años 70 reemplazó con una increíble velocidad los discursos de reforma, de planificación y de factibilidad de los años anteriores, lo cual no fue un fenómeno alemán (o alemán occidental), sino un cambio radical internacional, el fin de los “años dorados”, como lo describió Eric Hobsbawm en su historia del “corto” siglo XX. Ciertas particularidades oeste-alemanas tuvieron ciertamente un papel en la situación política interior, especialmente con el reto del terrorismo de extrema izquierda de la Fracción del Ejército Rojo (RAF, por su sigla en alemán), que alcanzó un punto culminante en el así llamado “Otoño Alemán”⁷ de 1977, con el secuestro de Schleyer⁸. Allí donde las reformas pretendían fortificar

7 El término “Otoño Alemán” se refiere al momento de auge del terrorismo en el otoño de 1977. (Nota de los compiladores)

8 El presidente de la Asociación de Empleadores de la República Federal, Hanns Martin Schleyer, fue secuestrado y posteriormente asesinado en 1977 por miembros de la Fracción del Ejército Rojo. (Nota de los compiladores)

el Estado, resaltar la importancia de la soberanía y de la capacidad de operación de los organismos estatales, allí mismo debió entonces confrontarse la sociedad con el dolor de la limitación de la operabilidad del Estado, incluso de cuán inertes eran sus organismos. El cambio en el ambiente, originado por lo anterior, trascendió también en el cambio de inclinaciones políticas en los tardíos años 70, aquel cambio, en un primer momento predominantemente intelectual, menos que pragmático-político, hacia el neoconservatismo que se había formado en la República Federal (sobre todo, en la política educativa), incluso como movimiento contra las reformas. Este cambio de tendencias hace pensar, de hecho, aún más en un marco internacional de condicionamientos y en un “impulso pendular” que en los países anglosajones acaeció ya al final de los años 70, en forma mucho más marcada que en Alemania con el cambio de gobierno de 1982 y su “cambio intelectual-moral”, que se quedó atascado.

Así mismo, puede llegarse a la tesis de que las reformas de la República Federal en los años 60 y 70 –vistas desde una perspectiva histórica larga, y en este momento desde una distancia de más de una generación– marcaron más el cierre, el final de algo, que el reinicio, el principio, el preludio de la “antigua” República Federal, del Estado occidental alemán y de su sociedad. Y, simultáneamente, fue, más allá de la perspectiva del Estado-Nación, un cierre de la época de la modernidad “clásica” u “organizada”, la misma que proyecta un arco que se apoya en un extremo en el cambio de siglo en 1900 y llega justamente a los años 60 y 70. La época de reformas marca un corte más por su final que por sus inicios, difuso no por casualidad.

Esto no quiere decir que las reformas se esfumaron o que se tornaron insignificantes en forma repentina. Muchos de sus impulsos se desplegaron sólo tras un largo período de incubación, y hasta hoy en día nos encontramos en muchos aspectos sobre la base de esta época de reformas y de sus logros, aun si a veces concientizamos más claramente la ambivalencia de los mismos logros. En este aspecto, relacionándolos con sus efectos a largo plazo, se podría hablar de las “reformas después de las reformas”. Sólo cuando llegó a su fin la época de reformas propiamente dicha se cumplieron muchas de sus promesas en la realidad social. Esto es válido especialmente para los impulsos de la liberación y emancipación, en la cotidianidad, de un comportamiento de protesta, por así decirlo, o en el nuevo papel de la mujer en la sociedad. Sólo después de que el impulso estatizante perdió fuerza pudo emanciparse, de manera totalmente nueva, la sociedad del Estado: también del “Estado reformador” y de su euforia de planificación y regulación, del mismo, sin embargo, que justamente había hecho posible e impulsado esta emancipación.

El comportamiento ambivalente de las reformas y de los reformadores respecto a los “nuevos movimientos sociales” de los años 70, a las protestas después

de la revuelta estudiantil, resulta aquí sintomático. Eran hijos de la época de reformas y se expresaron de manera efectiva por primera vez en su propia fase final; son fechas notables en este punto: la fundación de la “Asociación Federal de Iniciativas Ciudadanas para la Protección Ambiental” (BBU, por su sigla en alemán), en 1972, o las protestas de Wyhl de 1975⁹. Mas todas ellas vivieron su boda propiamente dicha, incluida la transformación en el partido político “Los Verdes”, sólo tras el final de la época de reformas, en los posteriores años 70 y en los 80. No pueden ellos encontrarse más abruptamente enfrentados en muchos aspectos al espíritu de los planificadores y reguladores, de los estatificadores y modernizadores: con su impulso desde las bases de descentralización, con su escepticismo fundamental respecto a la modernidad y a la modernización. La izquierda política –en cuyo proyecto, y después de un inicio que trascendió a su propio campamento, se convirtieron cada vez más las reformas en los años 60– experimentó un cambio cultural de paradigma sin paralelo, quizás más fuerte en la República Federal que en muchos países occidentales, que finalmente llevó, tanto al ala izquierdista como a vastas partes de la sociedad, y especialmente a la nueva generación, a dudar cada vez más profundamente de sí mismas, incluso a un miedo apocalíptico del futuro, y acabó con la confianza en la capacidad regenerativa de la modernidad occidental. Los impulsos básicos de la época de reformas, acorralados entre este cambio de paradigma de la izquierda y el giro conservador de los años 70 que se comportó también en forma tímida y escéptica respecto a la modernidad, se tornaron cosa del pasado con asombrosa rapidez.

9 En los años 70, Wyhl fue el lugar de varias protestas ciudadanas contra la construcción de una planta nuclear. (Nota de los compiladores)

DOBLE CAMBIO DE DIRECCIÓN, ÉPOCA PARADÓJICA: LA REPÚBLICA FEDERAL EN LA ÉPOCA DE KOHL, 1982-1998

Paul Nolte

Con una clara derrota terminó en el otoño de 1998 el período más largo de un canciller en la historia de la República Federal de Alemania. Cuando, tras 16 años, Helmut Kohl entregó el cargo a Gerhard Schröder y una coalición rojo-verde reemplazó a la cristiano-liberal que gobernaba desde 1982, se habló del numeroso grupo de personas jóvenes que nunca habían vivido conscientemente un gobierno y un canciller diferentes y que estaban presenciando por primera vez el cambio democrático. Pero el traspaso de poder de 1982, que se conoció como “Wende” (cambio de dirección), había estado acompañado de sentimientos semejantes. Bien sea con Willy Brandt o bien con Helmut Schmidt, la coalición social-liberal se había convertido entonces para muchos en algo lo más natural del mundo tanto política como históricamente. Desde finales de los años 50 el “compañero tendencia” le había impreso un impulso cada vez más fuerte a los socialdemócratas. Primero los había conducido como socios junior a la primera Gran Coalición¹; tres años más tarde los hizo acceder a la Cancillería, y de nuevo tres años más tarde, en noviembre de 1972, el Partido Socialdemócrata llegó a ser por primera vez el grupo parlamentario más fuerte en el Bundestag. Para los de “la generación del 68” y sus descendientes resultaba difícil imaginar que el pensamiento mundial pudiera sufrir un nuevo cambio de dirección que llevara una vez más a los conservadores al poder. Con todo esto pueden explicarse a posteriori muchos de los exagerados temores ante una posible cancillería de Kohl en los corrillos izquierda-liberales de la época del cambio. El subestimar al político con instinto de poder de la región del Palatinado como un político de provincia, se ajustaba por completo a ese patrón de desconcierto.

1 El término “Gran Coalición” hace referencia a una coalición política entre los dos grandes partidos alemanes (también llamados partidos del pueblo), la Unión Cristiano-Demócrata (CDU) y el Partido Socialdemócrata (SPD). (Nota de los compiladores)

Pero las cuestiones críticas de entonces definieron simultáneamente puntos cruciales en la programática y en la autognosis del nuevo gobierno. ¿Qué se escondería tras el “cambio espiritual y moral” del país que exigía Helmut Kohl una y otra vez? ¿Y qué pasaría si los planes sociopolíticos y fiscales del llamado “documento de divorcio” de Lambsdorff² se pusieran en práctica en forma consecuente? Ninguna de estas dos preguntas ha tenido hasta ahora una respuesta, lo cual demuestra que la realidad de este “cambio” se quedó rezagada tras su propio programa, pero también, que algunos problemas fundamentales de entonces están aún hoy en el orden del día; pues quien quiera entender la crisis actual de Alemania debe retroceder por lo menos hasta finales de los años 70. En retrospectiva, tras cerca de un cuarto de siglo, el relevo en el gobierno del año 82, es decir, el comienzo de la era Kohl, es considerado inicialmente como el proceso de aprendizaje democrático, como lo normal del péndulo político, desde la izquierda hasta el centro-derecha. En retrospectiva, este cambio escasamente significó un movimiento regresivo social o cultural, un *roll-back* a la época de Konrad Adenauer, teniendo presente que Helmut Kohl se estilizaba una y otra vez como su nieto. En retrospectiva y en la clasificación histórica, el cambio en el otoño de 1982 y lo que siguió al mismo significan mucho más tres cosas.

Primero, la confirmación de decisiones fundamentales de la antigua República Federal. En muchos aspectos dominaba predominantemente la continuidad, por ejemplo, en la política frente a la RDA y de la distensión. Y en aquellos puntos en donde el curso trazado por el antecesor se había tornado vacilante, como en las relaciones trasatlánticas, el gobierno de Kohl condujo de nuevo el tren a las antiguas vías, construidas conjuntamente por todos los gobiernos, todos los cancilleres, desde 1945. En segundo lugar, no un decidido giro sino una *laissez-faire*, incluso hasta un estancamiento social-político. A quien en 1982 había temido por los logros de la República Federal liberal de la era Brandt-Schmidt, no le fue realmente mal bajo Kohl. La abolición del deprimente examen de conciencia de quienes se negaban a prestar el servicio militar es un ejemplo simbólico. En los años 80 el país no se hizo ni más conformista ni fue más controlado; por el contrario, fue más variado y liberal. Pero el reverso de la medalla consistió en un desplazamiento creciente de problemas sociales, que constituyó posteriormente el tan mencionado estancamiento de reformas. En tercer lugar, un cambio dramático y una dinámica cultural, en la forma, sin embargo, de una transformación que no pudo ni ser planeada ni manejada por el gobierno; una transformación que, sobre

2 Otto Graf Lambsdorff, político del Partido Liberal Alemán (FDP), fue ministro de Economía en el gobierno federal de Helmut Schmidt, y después, entre 1977 y 1988, en el gobierno de Helmut Kohl. (Nota de los compiladores)

todo, hubiera debido ser sospechosa para la Unión, y a pesar de ello fue promovida no sólo por la misma Unión (CDU/CSU), sino también por Kohl personalmente. A esto se añadió la revolución de los medios de comunicación de finales del siglo XX, con la fanfarria de la introducción de la televisión privada. Igualmente, se añadió la aceleración de una individualización social que no pudo ser mitigada ni sociopolíticamente ni fiscalmente.

Y por encima de todo flota el megaacontecimiento de aquel otro cambio que le robó siete años más tarde este apelativo al de 1982: el de la caída del Muro, el desmoronamiento de la República Democrática Alemana y la veloz reunificación de Alemania. Esto fue una cesura que aún hoy se atraviesa curiosamente en la autognosis de la antigua República Federal. Dicha autognosis, incluso, sobrevivió un par de años tras el fin de la era Kohl, en 1998.

II

Como jefe único del gobierno alemán, Helmut Kohl perteneció a una generación que se tornó ciertamente tan importante como ninguna otra para la autognosis y el carácter de la República Federal durante su largo período de posguerra. En la investigación histórica contemporánea se designa frecuentemente como “la generación del 45”, porque la cesura de 1945 constituyó para esta generación el cambio decisivo de ruta en su experiencia biográfica y en su concepto de vida. Sus integrantes ya tenían en ese momento suficiente edad para ser socializados en la dictadura y en la guerra, en las juventudes hitlerianas, o como auxiliares de las baterías antiaéreas, pero, por otro lado, eran demasiado jóvenes para dejarse corromper del todo por la ideología del régimen, o bien para servirle desempeñando funciones de responsabilidad o criminales. Y después, eran suficientemente jóvenes para aprender enfáticamente la democracia de los aliados occidentales; una orientación pragmática al Occidente y escepticismo frente a ideologías totalitarias determinaron en forma duradera la orientación de sus vidas. Escritores como Günter Grass, científicos sociales e intelectuales como Jürgen Habermas, Ralf Dahrendorf y Hans Magnus Enzensberger marcaron desde esta generación, y por muchos decenios, la República Federal, incluso hasta hoy en día. Políticos como Johannes Rau y Helmut Kohl portan igualmente claros rasgos de esta “Generación del 45”.

La incomprendible e incomprendida fórmula de Kohl de “la gracia de un nacimiento tardío” nos conduce a este engranaje de una generación que por la misma razón hizo carrera rápidamente, en vista de que las anteriores generaciones se encontraban políticamente desacreditadas o simplemente muy debilitadas

por la guerra. La normalidad democrática y una orientación indubitable al Océano Atlántico determinaron su sistema de coordenadas: qué tanta “normalidad” de la República Federal era posible una o dos generaciones después del holocausto; por eso mismo, no por accidente, se desataron decisivas controversias históricas y sociopolíticas durante el período de gobierno de Helmut Kohl. Sin embargo, el político de Ludwigshafen, presidente del partido Unión Cristiano-Demócrata (CDU) desde 1973, apareció inicialmente como un “chico salvaje” y modernizador al hacer pasar su partido de una asociación de notables a una rígida sociedad de miembros. La proximidad al éxito en las elecciones parlamentarias de 1976 y su triunfo final de 1982-1983 no pueden explicarse sin la capacidad de reorganizar su propio partido, no sólo como tal, sino también en cuanto a contenidos y programas –con brillantes compañeros de los primeros años como Heiner Geißler y Kurt Biedenkopf–, haciéndolo adecuado a una sociedad sensiblemente liberalizada desde los años 60. Mientras más tiempo pasaba, más se fue desplazando el acento de una modernización programada hacia una estrategia de satisfacción interna y estabilización exterior de la República Federal.

Cuando el nuevo gobierno inició su labor en el otoño de 1982 la situación general del clima cultural y social se encontraba marcada por una tensión nerviosa. El otoño alemán del terror, entre el secuestro de Schleyer y Mogadiscio, era ya cosa de cinco años atrás, y el debate sobre rearme, en relación con el estacionamiento de nuevas armas nucleares de mediano alcance, politizó y movilizó a millones, especialmente a gente joven y de tendencia académica. Problemas fundamentales, mejor dicho, fundamentalistas, destrozaron al Partido Socialdemócrata (SPD) y consiguieron que el consenso fundamental de la República Federal, que perduraba hasta entonces, pareciera quebradizo. En el transcurso de los años 80 se consolidó de nuevo dicho consenso y las protestas fundamentales se desinflaron paulatinamente. Al final surgió incluso una nueva declaración de la izquierda a favor de los valores occidentales fundamentales, que se alió con el concepto del “patriotismo constitucional”, y Jürgen Habermas se concilió con la autoconciencia no intelectual e instintiva de Helmut Kohl de democracia y occidentalidad. Con el terror de la Fracción del Ejército Rojo (RAF), y a pesar de los asesinatos de Alfred Herrhausen y Detlev Rohwedder³, se resecaron los temores exagerados de una amenaza al Estado por parte de los extremistas. Recién la retrospectiva nos permite reconocer más fácilmente que entonces ya se movilizaban peligros de otro tipo –por ejemplo, la bomba que explotó en la discoteca “La Belle” en Berlín

3 Alfred Herrhausen fue presidente de la junta directiva del Deutsche Bank y fue asesinado por la RAF en 1989. Detlev Rohwedder fue un gerente y político de Alemania Occidental. Fue asesinado por la RAF en 1991. (Nota de los compiladores)

Occidental–, y que en esta forma esas inseguridades globales pudieran socavar de nuevo la sensación de la seguridad provisionalmente reencontrada.

Satisfacción y confirmación de decisiones fundamentales, un titular de esta suerte puede utilizarse igualmente para las relaciones exteriores de la República Federal en la era Kohl. El Canciller se movía ciertamente cada vez más a gusto en la escena internacional, y en realidad cada vez más exitosamente, que en las profundidades de la política económica y social. Las perturbadas relaciones con Norteamérica se normalizaron hasta el punto en que George Bush Senior se refirió a Alemania y Estados Unidos como compañeros de liderazgo. Sin embargo, en lo relativo al nuevo orden de la Guerra Fría, se llegó muy pronto a nuevas disonancias, y la estabilidad de una amistad germano-americana, orientada al modelo y a las condiciones de la posguerra, mostró ser ilusoria. A este respecto, Kohl, como político occidental de la vieja guardia, ya no encontró respuestas que lo siguieran guiando.

En vez de ello, la integración europea avanzó cada vez más con mayor fuerza hacia el primer plano y se convirtió en una historia de éxito de los años 80 y 90 desde el punto de vista alemán. De nuevo pueden reconocerse claramente los motivos fundamentales de la “generación del 45”, a saber: aprender de las experiencias históricas del siglo XX; la consecuente disposición a relativizar el propio Estado-Nación y su soberanía; los esfuerzos de reconciliación con los enemigos de los padres y los abuelos, al menos con Francia. Se trataba de hacer avanzar la integración europea tanto y tan irreversiblemente que se descartaran tanto las guerras entre las naciones como el establecimiento de una nueva dictadura. Con el ingreso de España y Portugal a la Comunidad Europea finalizó en 1986, de momento, el proceso de ampliación al sur en el hemisferio occidental de Europa; con la firma del Acta Única Europea se inició en el mismo año el camino hacia el establecimiento del mercado común. Desde el Acuerdo Schengen, pasando por el Tratado de Maastricht, hasta la Unión Monetaria, se prolonga desde entonces una larga lista de hitos en la integración de Europa a través de los años 80 y 90: en muchos aspectos, y a pesar de los reveses en el decenio subsiguiente, una silenciosa revolución. En la etapa inicial del cambio hacia la aceptación de estados postcomunistas se prolongó dicha revolución.

Esta misma ha estado siempre en Alemania a la sombra de la reunificación, aunque la integración europea y la reunificación han estado indisolublemente entrelazadas entre sí desde 1989. En la exitosa conjunción de las uniones alemana y europea puede verse incluso uno de los realmente extraños casos en los que se han armonizado totalmente la programática política, la actuación política y los efectos a largo plazo. Entretanto, existe quizás la tendencia a ver la euforia de los años 80 y 90 en forma más bien crítica. Y, efectivamente, ha dejado ésta

cuestiones centrales sin respuesta que se replantean cada vez con más energía: no en último término, la cuestión de la legitimación democrática de las decisiones que se toman en Bruselas. Sin embargo, el fuerte impulso de unión de finales del siglo XX ha constituido igualmente un fundamento de la seguridad alemana y del bienestar europeo, y no podemos imaginar, ni nos es lícito desear, recaer detrás del mismo.

III

El desarrollo social durante la era Kohl proporcionará ciertamente a los historiadores durante un buen tiempo temas por discutir. Fue una época paradójica, en la cual se entrecruzaron profundos fenómenos críticos en el campo de lo social con los temores que de allí resultaban, con nuevas cimas en la expansión del bienestar y un estilo de vida seguro y despreocupado. Ya a mediados de los años 70 hablaban algunos observadores clarividentes, entre ellos algunos reformistas del partido CDU (Unión Cristiano-Demócrata), como Heiner Geißler –adentrándose en la situación del aparentemente consolidado “milagro económico” y de la expansión–, del surgimiento de una “nueva cuestión social” que había reemplazado la clásica del siglo XIX, siendo ésta resultado del entonces nuevo trabajo industrial. Algunos jóvenes no encontraban trabajo ni orientación en la sociedad laboral; se hacían visibles precarias condiciones familiares en las que mujeres jóvenes debían hacerse cargo de la educación de sus hijos; emigrantes con escasa calificación ya no podían participar de las nuevas oportunidades y se constituían en nuevos casos sociales para el Estado. Finalizó el tiempo de una integración de la sociedad aparentemente incontenible, de una uniformidad creciente. Las fuerzas centrífugas experimentaron crecimiento.

Como un indicador importante se constituyeron las condiciones habitacionales y los modelos de asentamientos como expresión de organización espacial, especialmente en las densas zonas habitacionales de las grandes ciudades. Justamente, aun en los años 70, habían surgido los grandes asentamientos como “ciudades satélite”, con un gesto triunfal de la modernidad, en los que una nueva clase media iba a encontrar su hogar en apartamentos de cuatro habitaciones y conjuntos cerrados de casas propias. Tras sólo media generación estos apartamentos empezaron a atraer la atención en forma totalmente diferente, como “puntos críticos sociales”; la migración, el desempleo, la necesidad de ayuda social y crisis familiares se ocultaban tras las fachadas de concreto. Quien podía, se mudaba en cambio a los nuevos suburbios de las mitades de una casa doble, con cerraduras rojas y tejados a cuatro aguas, y calles de tráfico tranquilo, que habían surgido en la mitad de los años 80 en los linderos de las grandes ciudades. La expansión del subsidio fiscal con la figura de

propietario del inmueble, amortizaciones y “subsidió infantil para la construcción”, que se aunaron posteriormente, simplificados y expandidos, en el subsidio estatal para casa propia, aceleró esta diferenciación social en el espacio. En los nuevos estados federales se llevó a cabo en los años 90 un proceso muy análogo, como consecuencia del cual los casos problemáticos y los perdedores económicos de la unificación se quedaron frecuentemente en la calle.

Por esta misma razón fue subvalorada durante largo tiempo la “nueva” cuestión social, porque en el orden del día aparecían de nuevo problemas clásicos de la sociedad industrial en la figura de la creciente desocupación masiva. El mercado de trabajo, la política social y las finanzas del Estado, además del desarrollo demográfico, constituyeron, a más tardar desde los primeros años 80, un verdadero campo de fuerzas: sobre cada uno de sus polos podía uno obtener alguna explicación, pero a su vez, como sistema global, permanecía contradictorio e indomable. El gobierno de Kohl inició una política de liberalización económica, que, sin embargo, se quedó en estrechas fronteras, comparada también con el desarrollo internacional. En los primeros años, tras el “Wende”, se reconoció de todas formas el endeudamiento del Estado como una trampa gigante para el futuro y se redujo el endeudamiento anual. Tanto más imperaba de nuevo la despreocupación en este frente en el séquito de la reunificación, con la primacía de la meta política de establecer rápidamente, y no en última instancia, con medios de la política social de transferencia, las mismas condiciones de vida en oriente y occidente.

Desde el acceso al poder de la coalición cristiano-liberal se ve expandir a través de la historia de la República Federal la huella del discurso del “debilitamiento social”; empero, visto desde la distancia, se habrá de poder hablar de un cambio parcial en la estratificación social y deberá caracterizarse esta época, por lo menos hasta mediados los años 90, como una fase más de la expansión del Estado social. Se expandieron tanto los resultados de la política familiar como las subvenciones fiscales por motivos sociopolíticos; el nuevo seguro de salud para casos de invalidez redondeó el espectro de los seguros sociales financiados por contribución, cuando la frontera demográfica del mismo espectro era claramente identificable; se registraron una vez más fases de fuertes subidas de salarios con reducción simultánea de las horas semanales de trabajo. No todos salieron beneficiados con ello pero sí la gran mayoría de la población con posición comparativamente segura en la sociedad mayoritaria. A este grupo pertenecían, por otra parte, cada vez más pensionados, por cuanto desde los años 80 habían ido acogiéndose a la pensión los de las “generaciones doradas” del tiempo de la expansión de la posguerra y quienes, a diferencia de sus padres, no era raro que en la edad avanzada pudieran mejorar aún más su nivel de vida. No fue casualidad el que en esta época haya surgido el término de “la sociedad de los dos tercios”,

el mismo que, por una parte, llamaba la atención sobre la solidificación de un sector marginal de la población y, por otra, puede leerse como fortalecimiento del bienestar de la mayoría.

Este bienestar, por supuesto, reposaba no solamente sobre la dotación material, sino también sobre nuevas formas de vida, que iban desde la vida privada hasta el campo público y comercial. El deseo de acceder a una autorrealización irradiaba desde los años 80, de las reliquias de “la generación del 68” y de los salones de té protestantes, sobre la cultura predominante. Se orientaron patrones totalmente nuevos a la calidad de vida y, no en menor escala, a la intimidad de las relaciones sociales. Una sociedad conyugal que no funcionara ya no debería constituir una prisión de por vida, más bien debía darse por terminada; tener hijos no era algo sobreentendido, sino el resultado de un proceso de reflexión, en el cual la posible limitación de la libertad personal constituía un importante criterio. Las chicas y mujeres maduras insistían más conscientemente, y con menos ambages que en los tardíos años 60 y 70, en sus propias oportunidades de vida, independientes de un compañero. Desde los comienzos de los años 80 será lo más natural que terminaran su bachillerato y accedieran a la universidad tantas chicas como chicos. A pesar de esto, constituye un factor remanente que hace difícilmente explicable el hecho de que en la República Federal esta emancipación haya fracasado hasta la actualidad. La familia y el desempeño laboral, los hijos y el éxito profesional constituyan al final del siglo XX más una alternativa que un proyecto concreto de la propia y más privada modernidad.

El período de gobierno de Helmut Kohl coincidió, también por esto mismo, con la fase más elevada de individualización social, porque durante el mismo se superpusieron las consecuencias tardías, pero amplias en su efecto, de las pretensiones de emancipación de los años 60 y de la época social-liberal, con las consecuencias dinámicas de una nueva sociedad de consumo y mediática. El tiempo libre y el consumo constituyeron desde los años 80, cada uno a su manera, un punto central en la autoconciencia tanto individual como colectiva. El significado de la vida “propriamente dicha” se desplazó en forma dramática. Ya no se vivía para el trabajo sino que se trabajaba para el tiempo libre, para viajar, para deleitarse y para la sociabilidad: para la diversión de la “sociedad de la diversión”, y a veces también para la aventura. Teniendo en cuenta las advertencias por parte de la economía, ya desde las dos crisis en los años 70, la del petróleo y la coyuntural, y teniendo en consideración igualmente una inseguridad cultural fundamental, de la cual se hablará posteriormente, todo aquello era del todo sorpresivo y algo de esto podría considerarse como una compensación de los temores existentes.

Sin embargo, ante todo estaban a la disposición los requisitos técnicos y materiales previos para un estilo de vida orientado al consumo. El auto particular

vivió un renacer sin igual. El auto familiar se convirtió en la característica lógica de la dotación de cada uno de los adultos. El número de caballos de fuerza y la máxima velocidad aumentaron y en la pintura metálica brillaba un significado de culto al automóvil inexistente en el año 55 y aun en el 70. El culto a la marca y a los artículos de marca se apoderó no solamente de la cultura juvenil. Hasta el último estante del supermercado servía para la autoconfirmación estética, así como para la diferenciación social. También el propio cuerpo se vio sometido, en forma bien diferente, a la estilización, al fortalecimiento, al relax, desde el estar en forma hasta ser saludable, desde el cuidado clásico del rostro hasta las operaciones estéticas. El deporte, como emoción de la masa y acontecimiento comercial del tiempo libre –como espectáculo deportivo de masas en los estadios y en la televisión–, vivió una revaloración sin igual; con Boris Becker se disponía desde 1985 del ícono adecuado. En general, la comercialización del tiempo libre constituyó un rasgo básico de la época, aunque el “parque colectivo de atracciones” llamado Alemania, del cual se hablaba en ocasiones de manera crítica, cojeara muy atrás del pionero en este campo: Estados Unidos.

Y Helmut Kohl no tenía a la vista otro desarrollo realmente revolucionario cuando habló, en la ceremonia de toma de posesión al reemplazar a Helmut Schmidt, de un cambio mental y moral. Durante su gobierno se efectuó una revolución de medios de comunicación y telecomunicaciones, cuyas consecuencias sociales y efectos –entre ellos, una buena parte del síndrome de globalización– son parcialmente aún hoy difíciles de cuantificar. Cuando Kohl llegó a la Cancillería existía la posibilidad de elegir entre cinco canales de televisión, todos ellos en manos públicas; la música estaba a disposición en grandes discos negros de vinilo; el correo federal facilitaba teléfonos con teclas en vez de disco para marcar y tenía en período de prueba el “texto de pantalla”. Los más osados experimentaban con un computador personal del tipo “Commodore”. La televisión comercial es ciertamente la única de las innovaciones entre las que siguieron a continuación, en la que una iniciativa política planeada tuvo un papel de importancia en su rápida expansión. Cuando años más tarde llegó Gerhard Schröder a la Cancillería había una disputa por discos duros que se habían borrado y mensajes de correo electrónico que habían desaparecido, y el correo electrónico, así como el teléfono celular, habían reinventado realmente la cotidianidad de la comunicación personal.

IV

La paradoja de esta época se deja ver de nuevo en que esta revolución técnica y de la cotidianidad no estaba empotrada durante los años 80 y 90 en un desafiante, impetuoso y futurista estado de ánimo. La era de las grandes utopías había

llegado a su fin a más tardar al principio de los años 70; la última forma política venida a menos de estas visiones la constituyó el “marco de orientación 85” del SPD, aprobado en el año 75, una especie de plan final decenal de la antigua época de la posguerra en la RFA. En lugar de orientarse al futuro prometedor, se dirigió la mirada al pasado que propiciaba la identidad. Una rara mezcla de temores y bienestar caracterizó esa época. Los consejeros de arquitectura interior y de estilos de vida se inventaron la expresión *cocooning*: cuando uno podía aislarse cómodamente en casa era posible, a pesar de todo, superar muy a gusto los peligros de la época. Por ello es también sólo una aparente contradicción el que la comercialización del tiempo libre correspondiera con una retirada a la privacidad, con una tal retirada de aquella vida pública que en los años 60 y 70 había constituido el marco de una enfática politización.

La reflexión sobre el pasado como punto de orientación de la cultura propia se impuso desde mediados los años 70 como movimiento internacional, ni siquiera limitado a Occidente. En esta forma, estados socialistas como la RDA descubrieron su propia historia: en el redescubrimiento de Prusia, o apropiándose de Lutero o de Federico el Grande. En lugar del cambio radical entró la enfatización del origen y continuidad y su funcionalización política. El presidente francés Mitterand le apostó a la fuerza de la política histórica simbólico-monumental, a semejanza de Kohl; Estados Unidos discutió los abismos de su propia historia y de su representación en un monumento o museo en forma del todo paralela a los debates de la República Federal. En general, puede decirse que raramente se han fundado tantos museos históricos –desde aquellos en pequeñas ciudades hasta nacionales– ni se han discutido, planificado y construido más monumentos y lugares conmemorativos como al final del siglo XX. En cuanto a la construcción de ciudades en Alemania Occidental, se constata ya en la mitad del decenio de los 70 un corte bien notorio. Lo que había sido demolición, saneamiento de áreas, ciudades aptas para el auto, de supermodernidad, todo eso fue reemplazado en pocos años por un nuevo historicismo, con preferencia por la reconstrucción, la conservación de los núcleos históricos de las ciudades, la preocupación por la autenticidad.

Después de que el período de posguerra en Alemania Occidental estuvo marcado por una política del pasado, del distanciamiento y de la percepción selectiva –tampoco el movimiento del año 68 cambió en el fondo mucho en esto–, apareció el pasado nacionalsocialista, especialmente la masacre de los judíos europeos, en la conciencia pública desde los inicios de los años 80 de manera totalmente nueva. En 1983 se cumplieron 50 años de la “captura del poder” del 30 de enero de 1933, y desde ese momento los días de recordación pusieron en movimiento en rápida sucesión el recuerdo del fracaso, de los crímenes y de sus consecuencias

en el largo plazo. El discurso de Richard von Weizsäcker con motivo del 8 de mayo, conmemorando no el día de la derrota sino el día de la liberación, tuvo en 1985 un efecto de autolibertación y se convirtió en un punto de referencia de una nueva identidad autocítica de la República Federal. La discusión pública sobre el pasado se hizo más densa en controversias como el “Historikerstreit” en 1986-1987 sobre la unicidad y comparabilidad de los crímenes nacionalsocialistas o, cerca de 10 años más tarde, el agitado debate sobre el libro de Daniel Goldhagen, *Los ejecutores voluntarios de Hitler*. Tanto la ilusión del no haber sabido como el autoengaño de una nación seducida por un supuestamente pequeño grupo cerrado se disolvieron definitivamente en los años 90. Al contrario de lo que quiere hacer creer alguna leyenda sobre la “maza⁴ de Auschwitz”, nunca salieron a la calle los alemanes occidentales vestidos de saco y ceniza, obsesionados con los doce terribles años. Mucho más se centró el interés en Hitler y el Holocausto, intercalado con una curiosidad más amplia sobre origen y pasado. En igual forma, florecieron desde los años 80 las exposiciones sobre la Edad Media, con nuevos récords de visitantes, y el mercado de libros históricos se expandió con biografías de Bismarck, pero también de Hitler.

El vestido de penitente de ninguna manera hubiera quedado bien, porque la tendencia hacia la historización contenía también elementos nostálgicos y que debilitaban debilidad. Desde la primera película de la serie *Heimat* de Edgar Reitz, de 1984, este concepto ya no sonaba a sollozos de los años 50. La inclinación al pasado correspondía mucho más a una incomodidad fundamental con la modernidad; a un sentimiento –tanto de los más jóvenes como de académicos– profundamente anclado en que la sociedad había sobrepasado la raya desde hacía tiempo y dejaba ver sus lados oscuros, sus horribles violencias, su propio fracaso. Esta incomodidad resultaba de la comprensión de las fronteras ecológicas del crecimiento económico y, más que nada, del estilo de vida técnico-industrial, que nunca se había puesto en duda tan categóricamente como en los años 80. De las reliquias de la izquierda del 68, de las demostraciones por motivos ecológicos y sociales, y –algo en realidad específicamente alemán dentro del contexto internacional– de una rigurosidad y un fundamentalismo ético, se constituyó el Partido de los Verdes, que entró al Parlamento federal en 1983, y ya en 1985 pudo conformar por primera vez un gobierno en el estado federal de Hesse. Desde entonces, la era Kohl fue al mismo tiempo una era rojo-verde, pues los socialdemócratas tomaron para sí, tras

4 El término “maza de Auschwitz” surgió en el debate entre el escritor alemán Martin Walser y el presidente del Consejo Central de los Judíos en Alemania, Ignatz Bubis, sobre la manera correcta de recordar el Holocausto. Los dos textos centrales del debate están incluidos en este libro. (Nota de los compiladores)

la caída de Helmut Schmidt, mucho de los Verdes, menos en la parte programática, pero sí en un tinte básico que hablaba de los límites de la modernidad y de la situación de exigencia excesiva en que vivía la gente en este sistema. Muchos conservadores no quisieron quedarse rezagados y exigieron desaceleración, tradición y conservación, más que dinamización y futuro.

Mientras que los años 90 dejaron ver de nuevo un matiz más optimista como signo de la reunificación y de la “New Economy” –aunque en muchos aspectos fue éste un optimismo en la cuerda floja–, el decenio anterior había estado empapado de profundos temores, que, parcialmente, pero también en forma duradera, se enquistaron en la mentalidad alemana. Una caracterización muy típica de ello la aportan los diagnósticos de la época en el campo de la filosofía y de la teoría social de los años 80. Jürgen Habermas llegó a recomendar que se continuara con el proyecto “inacabado” de la modernidad, pero simultáneamente esbozó el lúgubre cuadro de un mundo de la vida humana colonizado por los poderosos y difícilmente controlables imperativos del capitalismo y de la burocracia. La razón humana, que para Habermas aún ardía como una chispa del logrado acuerdo, era para Peter Sloterdijk solamente “cínica”, y para la teoría de los sistemas sociales de Niklas Luhmann, un viejo lastre de Europa. La expresión más acertada para la nueva constelación y estados de ánimo de los años 80 la encontró Ulrich Beck con su fórmula de la “sociedad de riesgo”, que conquistó el mercado cuando acaeció en la primavera de 1986 la catástrofe atómica de Chernóbil. La seguridad fundamental, de cuya garantía se había preocupado tanto la política de Alemania Federal desde los años 50, parecía desmoronarse y se expandió una sensación de desamparo ante peligros elementales.

En ninguna otra sociedad occidental se encumbraron los fenómenos de crisis tanto –hasta convertirse en tensiones colectivas, en apocalipsis y paranoia– como en la República Federal de los años 80 y 90. La preocupación de desaparecer como pueblo fue tratada en la literatura por Günter Grass ya en 1979: la pareja matrimonial de los *Partos mentales* no quería traer niños al mundo a causa del miedo ante la destrucción del medio ambiente y ante las plantas atómicas. Al miedo de una liquidación nuclear inminente siguió la muerte de los bosques como mal augurio de una generalizada destrucción de los fundamentos naturales de la vida. Como nunca antes en la historia de los alemanes, siempre fieles a la autoridad, las sospechas se dirigieron también al Estado que, en la opinión de muchos, había mutado para convertirse en un monstruo de los de Orwell. El censo poblacional planeado para 1983 quizás estuvo mal preparado, y no jurídicamente impermeable, pero eso no logra explicar el fundamentalismo parcialmente de pánico del movimiento que promovió el boicot. Indudablemente, en el “haber” se encontraba el desarrollo de nuevas formas del compromiso político y social, había un sinnúmero de inicia-

tivas ciudadanas, una red de nuevos movimientos sociales más allá de los partidos establecidos, así como más allá de las sectas de la izquierda en los años 70. Con ello se formó un fundamento sobre el cual se podía hablar desde los años 90 de sociedad civil y de un nuevo compromiso burgués. En el “debe”, por el contrario, pesaba una sociedad profundamente angustiada que había perdido la confianza en sí misma y en el futuro.

V

En esta situación de crisis económica estructural y de inseguridad sociocultural algunos factores –como el derrumbe del comunismo, la apertura del Muro de Berlín y la rápida reunificación de la República Federal y la República Democrática Alemana– proporcionaron un alivio sorprendente. Los parámetros y las prioridades del acontecer político cambiaron casi de un día al otro, pero durante mucho tiempo la vieja Alemania Occidental se sintió escasamente afectada por estos cambios. La ampliación del orden social, jurídico y económico occidental en los nuevos estados federales hizo más bien relegar de nuevo a segundo plano la necesidad de reformas diagnosticada ya en los años 80. Esto no quiere decir que un camino diferente para la reunificación, especialmente uno más lento, les hubiera sentado mejor tanto al oriente como al occidente. El accionar continuado y decidido, asegurado siempre en forma simultánea internacionalmente, del gobierno de Kohl y, no en última instancia, del propio canciller federal durante la crisis de la unificación de 1989-1990 puede salir airoso ante los ojos de la historia esceptica. La rápida unificación estatal fue voluntad de una mayoría abrumadora de los alemanes del este y del oeste, y aprovechó una oportunidad temporal que no hubiera permanecido disponible por mucho tiempo. Teniendo en cuenta la huida masiva que se presentaba en esos momentos, ningún otro camino hubiera estado al alcance de la unificación económica y monetaria. Más allá de estas decisiones fundamentales, se habrán de discutir durante mucho tiempo cuestiones críticas, entre las cuales se encuentran la sobreexigencia al seguro social, al establecer la unidad sociopolítica, y también el manejo de la herencia industrial de la economía de la República Democrática.

La orientación cultural de Alemania no cambió fundamentalmente por la reunificación, al menos no en la manera como se especuló y se temió entonces en diversas formas. La República Federal no se volvió más “prusiana” ni tampoco más “oriental”, pues, qué hubiera significado eso ante una Europa centro-oriental que, desde Polonia, pasando por las repúblicas Checa y Eslovaca, hasta Hungría, se “occidentalizó” en muchos aspectos más rápida y exitosamente que la ex RDA. La geografía de la nación sufrió un cambio total en 1990, y la presentación del

nuevo mapa meteorológico en el noticiero de la televisión constituía más que un indicio superficial. La República Federal se expandió hacia el este pero, por otro lado, le fue impuesta simultáneamente una fuerte frontera en los ríos Oder y Neiße, en donde una zona difusamente borrosa hizo resonar hasta el año 1989 ecos de las fronteras del Reich de 1937. En el oeste acababa uno de acostumbrarse a los nuevos ejes norte-sur del tráfico, representados simbólicamente en el nuevo trecho del tren rápido (ICE) Hanover-Würzburg, y ahora pasaban a primer plano de nuevo las comunicaciones oeste-este; poco antes de las elecciones de 1998 se acortó la distancia entre Berlín y Hanover a sólo una hora y media por vía férrea. La decisión respecto a la capital de la república, que favoreció a Berlín en junio de 1991, tenía inicialmente algo de irreal, únicamente retórico, y sólo desplegó su dinámica real, entonces con gigante furia, tras el traslado del gobierno.

En una mirada retrospectiva, todo aquello gana una justificación interior, pues la República Federal siguió siendo, también tras el 3 de octubre de 1990, enteramente occidental. Aquello que originalmente se tomó como tranquilización y confirmación, a saber, que Alemania debía mantenerse tras la unificación fuertemente atada a las que hasta entonces habían constituido sus raíces, parece entretanto problemático, en el sentido de que el país se confrontó a la nueva realidad y al reto interno del cambio bastante tarde, más exactamente, recién entre los años 2003 y 2005. La sensación despreocupada de continuidad de los años 80 y 90 que se interrumpió de repente no se puede atribuir a una actitud lenta, cómoda y conservadora de un gobierno federal, menos aún de un canciller. El sentirse bien, el *cocooning* en medio de la crisis, existió durante la larga era de Kohl, incluso también en una variante socialdemócrata, a saber, en el estado federal más extenso, Renania del Norte-Westfalia, bajo el primer ministro Johannes Rau, quien gobernó allí más tiempo que Kohl en la Cancillería. Era una sensación profundamente anclada en la mentalidad de la Alemania Occidental de ese tiempo.

Visto en esta forma, no se culminó en 1990 un “largo camino al Occidente” (Heinrich August Winkler). Mucho más entraron también en crisis, de nuevo en forma más pronunciada en comparación con sus vecinos, algunas características históricas de Alemania, más allá del abrigo protector de la prosperidad económica y del aparentemente inagotable Estado social. Tras el estancamiento de los últimos años de Kohl, el país entró en el período rojo-verde de gobierno con la sensación de que ahora debía cambiar algo, que algo debería liberarse. Sólo tras más de un período legislativo, más tarde se expandió la convicción de que esta liberación había pasado de largo por la mayor parte de los problemas agobiadores.

CAPÍTULO 3

LA REUNIFICACIÓN Y LA REPÚBLICA DE BERLÍN

INTRODUCCIÓN

El año 1990 es la cesura decisiva de la historia alemana reciente y del presente. La caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 significó, por un lado, el fin de la Guerra Fría y, por otro lado, el principio de un nuevo capítulo en la historia alemana. Después de más de 40 años de separación había otra vez un Estado alemán unificado, la llamada “República de Berlín”. Este Estado no era una nueva fundación, como la República de Weimar. La nueva república alemana unificada adoptó más bien las instituciones políticas, económicas y sociales de la vieja República Federal sin mayor discusión o reforma.

La euforia de la población en ambas repúblicas en 1990 era patente. La caída del Muro –inesperada por la gran mayoría de las poblaciones– y la reunificación de octubre de 1990 se enlazaron sin dificultades. El lema de los participantes de las manifestaciones de septiembre y octubre del 1989, que era “somos el pueblo”, se convirtió después de la caída del Muro, rápidamente, en “somos un pueblo”. La demanda de la mayoría de la población alemana-oriental de reunificarse lo más pronto posible con la RFA acomodada era imposible detener. A lo mejor, se podía realizar de manera regulativa. La historia se desarrolló en cámara rápida. Por consiguiente, muchos de los problemas actuales de Alemania son una consecuencia directa o indirecta del proceso de reunificación.

Los textos de Florian Illies y Jana Hensel enfocan las diferentes mentalidades, sobre todo, de la población joven que se desarrollaron en ambos estados alemanes en los años 80. De un lado, se encuentra la descripción irónica de Illies de la orientación hacia el consumo de los jóvenes occidentales que dieron la espalda a la política y a los ideales del 1968 y se interesaron en el mero placer. Del otro lado, Hensel describe la vida cotidiana de un adolescente “normal” en la RDA, que transcurría entre las presiones políticas del Estado y la retirada omnipresente a la vida privada.

El discurso de Christa Wolf en Berlín Oriental del 4 de noviembre de 1989 refleja el pensamiento de una gran parte de la inteligencia crítica de la RDA poco antes de la caída del Muro. Sus ideales y exigencias apuntan a una reforma del modelo de una sociedad socialista, en vez de superarlo y sustituirlo por el sistema político y económico de la República Federal. Pero cinco días después, esta utopía de una “RDA mejor” carecía ya de validez.

Marion Gräfin Dönhoff y Jens Reich se ocupan de la superación de los crímenes de la dictadura de la RDA. En la Alemania reunificada, ¿cómo se deben manejar esos crímenes política y jurídicamente, y al mismo tiempo preparar el camino a la llamada “integración interna”? ¿Cuál institución debe y puede reclamar la autoridad de castigar esos crímenes?

Los textos de Erich Röper y Rainer Eckert hablan del desarrollo del proceso de reunificación y su discurso, negativo a menudo. Röper retoma el discurso negativo y explica por qué y de qué manera los antiguos ciudadanos de la RDA, incluso 15 años después del cambio, todavía están en una situación más difícil que sus conciudadanos occidentales. Eckert, por el contrario, muestra que las exigencias que tenía el movimiento cívico en el otoño de 1989 se realizaron casi todas.

El 3 de octubre de 1990, Alemania consiguió de nuevo su soberanía como Estado-Nación. Parecía que finalmente los diferentes desarrollos alemanes especiales del siglo XX pertenecían al pasado. Al mismo tiempo, crecieron tanto en el interior como en el exterior las demandas y exigencias de ser tratado desde ya como “país normal”. El debate sobre qué significa concretamente ser un país normal es el contexto del artículo de Joschka Fischer. Este debate se cristalizó en la discusión sobre intervenciones militares alemanas en el exterior; Fischer concluye, a partir del hecho de que el mundo falló en impedir el Holocausto en la época del Tercer Reich, acerca de la necesidad de impedir genocidios actuales y futuros, también, y precisamente, con la ayuda militar de Alemania.

Florian Illies (1971) es periodista y escritor. En el libro Generation Golf (La generación Golf), publicado en el año 2000, escribe sobre la generación que nació entre 1965 y 1975 en Alemania. Illies introduce el término generación para una generación que no se sentía como tal, pero que sí se reconoce en sus descripciones.

¿DE DÓNDE VENGO? ¿HACIA DÓNDE VOY? ¿Y POR QUÉ MI VW GOLF SABE LA RESPUESTA?

Florian Illies

A mí me va bien. Es sábado en la noche, estoy sentado en la tina tibia, sobre la espuma nada el barco pirata color café de Playmobil. Me froto con el cepillo mis rodillas, verdes por el pasto de jugar fútbol. El cuarto de baño está increíblemente caliente, mi madre lo calienta desde aproximadamente las tres de la tarde para que yo no me resfrie. Cuando salga, comienza *Apuesto que...*¹, con Frank Elstner. Para eso me envuelvo en la bata de baño con capucha que mi madre había calentado ya para que realmente no me resfrie. En otras palabras: me siento como si el cartero acabara de entregar el paquete no-te-preocupes-por-nada o como el gato al que el ama le acaba de poner otro tallo de perejil junto a la comida marca Sheba².

Después del baño, que llega como hasta las ocho, hay pan negro con Nutella, el cabello en la nuca está aún un poco mojado. Tengo 12 años, y, junto con los ojos verdes de Sonia en la misa dominical para niños, lo más excitante del fin de semana es la música de Eurovisión³ antes de *Apuesto que...*; en ese entonces era obvio que la gente viera *Apuesto que...*, con Frank Elstner. Años más tarde nunca más volvía a tenerse una sensación tan segura de hacer en un determinado momento justamente lo correcto. La sensación de ver justamente lo correcto era tan precisa como la sensación de ver lo que no se debía ver –cuando en la noche del viernes se había encendido la televisión, de nuevo imprudentemente; los padres

1 *Wetten, daß...?*, show de concurso de televisión coproducido por los países de lengua alemana desde 1981. (Nota de los compiladores)

2 Publicidad en la televisión en los años 80. (Nota de los compiladores)

3 Melodía característica de programas difundidos en el marco de la Unión Europea de Radiodifusión. Se trata del preludio del *Te Deum* de Marc-Antoine Charpentier. (Nota de los compiladores)

habían salido—: *Archivo XY no resuelto*⁴, con el tenebroso Eduard Zimmermann, y, ya viendo las escenas posteriores del asalto, se escuchaban en el sótano y en el pasillo aproximadamente cuatrocientos ruidos sospechosos. Pero entonces, mejor Frank Elstner, donde el único peligro consistía en que se perdiera la apuesta principal. Si yo veía cómo se detenía un montacargas sobre cuatro vasos de cerveza y un chiflado suizo reconocía una extravagante marca de cerveza suiza por los dientes de la tapa, podía quedarme dormido con la maravillosa sensación de que el lunes podría hablar con los demás durante la pausa.

Sin embargo, desafortunadamente siempre faltaba todavía el domingo. Estúpidamente después de cada maravilloso sábado, con compras matutinas y el olor a pasto podado la víspera, viene un horrible domingo. Los domingos eran espantosos: ya en ese entonces y hasta hoy no ha cambiado nada en esencia. O quizás eran en aquel tiempo, en aquellos días de la preadolescencia, aún más espantosos. Pues entonces no se tenía nada atrasado por resolver. Por mucho, se tenía alguna tarea ‘pendiente’, pero para eso todavía se tenía aún toda la noche. Todavía éramos muy jóvenes para querer recuperarse de alguna borrachera de sábado por la noche, muy jóvenes también para encontrarse en algún lugar con los amigos para comer un *brunch*, sobre todo porque no existía aún esa expresión. Mejor dicho, muy joven para cualquier pasatiempo razonable y muy viejo para la siesta. Y como entonces se tenía tanto tiempo, las tareas de matemáticas podían esperar, pero luego se estaba tan cansado que a la final había que copiarlas a la mañana siguiente, a Rüdiger, en la pausa entre la segunda y la tercera hora. Rüdiger se llamaba de hecho así, y era una de esas personas que más tarde escogían el curso especial de matemáticas y física, en ese entonces ya leían la revista *P. M.*⁵ y tenían portafolios negros y una computadora personal ‘Commodore 64’ y enormes barros en la cara, pero nunca una novia.

Aun hoy, alrededor de quince años más tarde, cuando al día siguiente hay pendiente algo importante, sueño en las noches que no hice las tareas de matemáticas y que Rüdiger está enfermo. Probablemente porque la mamá de Rüdiger no precalentaba el baño suficientemente, por eso era que él se enfermaba constantemente. Y cuando Rüdiger estaba enfermo, no había salvación alguna. Yo le regalé a él una y otra vez un disco de Purple Schulz o de Klaus Lage, cuando notaba que a él no le parecía del todo óptima nuestra relación de dar y recibir. Por eso sueño con mucha frecuencia que Rüdiger está enfermo y que yo no puedo sacar

4 *Aktenzeichen XY ungelöst*, programa de televisión producido por ZDF desde 1967, cuyo fin es el esclarecimiento de hechos punibles. (Nota de los compiladores)

5 *P. M. Magazin*, periódico que contiene informes sobre ciencia popular, historia y sociedad. (Nota de los compiladores)

mi salvación de su portafolios negro. O sueño que el profesor de matemáticas, el señor Grenz, llega a la clase, tose un poco y comienza con un *quiz* sorpresa. En mi sueño aparecen entonces otra vez esas hojas hectografiadas con letra azul-violeta de máquina de escribir, sobre papel de color suave que el conserje fabricaba en su rincón con una prensa de imprimir pasada de moda y que siempre tenía un fuerte olor a mazapán. Pero el buen olor anunciaba siempre lo catastrófico: resulta que yo no entiendo ni una palabra y ninguna columna de números y odio a todos los que alegremente calculan como si nada, y al lado de la hoja de trabajo están el reloj que se quitan y una bonita manzana. Se toman diez minutos para cada tarea. Yo necesito treinta para la primera, interrumpo enérgicamente, salto a la tercera porque se ve más fácil y me escapo a la cuarta cuando los primeros ases ya entregan sus trabajos, empacan sus maletas tronando los dedos, insopportablemente contentos de sí mismos, y se van. A mí me da calor, hago un nuevo intento con la última tarea, entonces suena el timbre. ¡Diablos! En la pausa me dicen que soy el único que obtengo números chuecos en todos los ejercicios. A veces pienso que debería haber hecho la tarea de matemáticas el domingo en la tarde, entonces dormiría hoy mejor.

El tiempo en el que Rüdiger comenzó a poner sus cuadernos en una cartera de ejecutivo negro, es decir, como en el séptimo grado, fue el tiempo del primer empuje del individualismo. Antes se diferenciaban todos sólo porque tenían el maletín amarillo marca Scout, el rojo con bolsillo delantero de color naranja o el clásico en azul. Podría uno imaginar que había un acuerdo secreto entre la rama profesional de las ingeniosas profesoras de primaria y las fisioterapeutas; pues entre los 6 y los 12 años de edad nos metían tantos libros pesados en las maletas –a nosotros, que hasta entonces habíamos crecido ampliamente sin obstáculos– que la columna vertebral llegaba a deformarse en forma relativamente inevitable; así mismo, llegaban los pies planos y las caderas torcidas. Se intentó contrarrestar estos amenazantes peligros mediante visitas regulares a la fisioterapista; sin embargo, las flexiones y los estiramientos sobre esteras azules, hasta donde yo sé, no tuvieron efecto alguno en mí ni en nadie más. Un domingo en la noche la mamá de Claudia pesó la maleta Scout llena de libros. Pesaba siete kilos. Ella pensó que eso era definitivamente demasiado para los veinte kilos de Claudia y consideró que todo eso sería un bonito tema para el punto “Varios” en la próxima reunión de padres.

Paulatinamente, en los siguientes años de escuela y con el creciente número de horas libres, las maletas se volvieron más livianas. Y en algún momento ya no había más maletas Scout. En lugar de ello, a partir de séptimo u octavo grado, de repente hubo exactamente cuatro posibilidades de transportar los útiles escolares. Una era la de la mencionada fracción de Rüdiger. El ala radical introdujo la

combinación de números para la chapa de seguridad. Los otros hacían saltar de inmediato las cerraduras y descubrían el interior, que estaba tan ordenado, y no importaba que todos echaran un vistazo. Incluso los lápices y la navaja suiza que nunca utilizaban estaban en los cinturones previstos para ellos. A partir del séptimo grado andaban también con relojes digitales con pulso metálico articulado de color plateado que a la hora en punto pitaban de forma enervante. Después, todos los Rüdiger se volvieron agentes de seguros o empleados de banco. Entre las mujeres había un pequeño grupo que traía maletas hechas con un particular trenzado, que se cruzaban sobre el pecho y de cuyas correas colgaban los botones azules de la paloma de la paz. Por lo general, las portadoras de semejantes maletas frecuentaban la actividad extracurricular sobre "Medio Ambiente" o cuidaban un caballo en alguna parte. Cuando yo les contaba historias graciosas les gustaba decir: "Oye, tú, realmente eso no me sirve para nada".

Además, había un par de chicos despreocupados y chicas aún más despreocupadas que tenían maletas de cuero ligeramente desgastadas. Ésos eran por lo general los que andaban en bicicletas BMX. Más tarde ellos introdujeron al patio de la escuela las chaquetas Barbour. Sin embargo, la mayoría tenía en esa época mochilas de los más diferentes precios y orígenes, tan inapropiadas para guardar los libros y archivadores, y en donde había que buscar por horas, entre los oscuros rincones de la tela, los borradores. Junto a esas mochilas de cuero que se compraban en cualquier parte preferiblemente usadas, para no tener que correr demasiado tiempo por ahí con la presuntuosa superficie de cuero libre de garabatos en esfero, había morrales a cuadros azules con beige y rojo con blanco de Esprit, que estaban revestidos con ribetes en los bordes y cuyo interior estaba forrado. Había algunas chicas que tenían que cargar un morral Bree porque sus mamás habían dicho: si toca morral, entonces uno bueno. Las que cargaban un Bree sufrían tanto con ellos como caros eran sus morrales, como si se pudiera escribir encima de ellos, y una de las cosas más importantes que se hacían con el morral era poner sobre él inscripciones sin sentido. Era un morral auténtico tan sólo si estaba completamente rayado con marcadores como un yeso en la pierna después de cuatro semanas. Al lado de los nombres de los compañeros de clase se escribía también el nombre de bandas como U2, algunas veces también podían leerse lugares añorados como Nueva York o, también frecuentemente, marcas de ropa como Esprit o Marc O'Polo, o bien Jan. Muy apetecidas también Love u otras palabras de moda en inglés. Especialmente admiradas eran aquellas niñas que dominaban la escritura ahuecada con las letras abultadas que se entrelazaban unas con otras como nubes. No estaba a la moda quien cargara el morral con las dos correas adecuadamente, de modo que allí no servía de nada la inscripción más bonita. Los morrales sólo podían colgar de un hombro, así tenía que ser, por

lo que fuera. Las madres y los profesores estaban de acuerdo desde el principio en que al menos estos morrales eran tan malos para la espalda como lo eran para los pies los tenis Adidas Allround rojo con negro. Probablemente sólo por esto todos llevábamos entonces los morrales, en el fondo tan poco prácticos, con los tenis, a la larga tan incómodos. Se podía aumentar la abierta provocación amarrando escasamente los tenis o llevándolos sin amarrar y en forma especialmente descuidada para poder arrastrar los pies por las calles y por los años ochenta.

Por lo demás, también era muy poco práctico ser joven en aquellos años, pues los años ochenta fueron con seguridad la década más aburrida del siglo XX. No es de sorprender que el juego del yoyo fuera tan popular durante los recreos. Y que la era de los juegos de computadora empezara con un juego para el que ya se necesitaban cualidades casi estoicas: dos barras blancas lanzaban, bajo sonidos electrónicos, un bloque blanco de aquí para allá: el conjunto se llamaba tenis, se podía jugar en el televisor, y si no se había elegido justamente el nivel diez de dificultad, podía uno quedarse dormido. Pero así fue aquella época. A todos les iba bien, escasamente se tenía algo de miedo, y cuando se prendía el televisor se veía a Helmut Kohl⁶. Nicole⁷ cantaba por un poco de paz, Boris Becker jugaba un poco de tenis, de repente al café se le decía capuchino, eso era todo. Los años ochenta fueron como una espiral sin fin. Raider⁸ ahora se llama Twix; aparte de eso, no cambió nada. Cuando se escuchaba música había sólo mosaicos, en lugar de las canciones conocidas. Y cuando uno iba al cine, en lugar de películas nuevas, había sólo nuevas versiones: *Rambo I*, *La historia sin fin II*, *Volver al futuro III*, *El retorno del Jedi IV*, y así por el estilo. Aún no se tenía ni idea que se pertenecía a una generación para la que desafortunadamente la vida entera, incluso un lunes, se sentía como la calmada quietud de una tarde de domingo bien acolchonada. Sí, ni siquiera se tenía idea de que se perteneciera a alguna generación.

Las preocupaciones eran otras: uno mismo se decía: nunca quiero tener un acné como el del cantante de *Alphaville*. Pero eso no les servía a todos. Siempre había en cada clase justamente un chico que estaba lleno de acné de arriba abajo y que mostraba esos rojos granos con una conciencia imperturbable de sí mismo. Por cierto, entre personas de la misma edad había por lo demás exactamente una con una discapacidad física de alguna especie. En el primer año de escuela, era un niño que tenía un ojo tapado con una banda café con la forma de un huevo.

6 Canciller alemán desde 1982 hasta 1998. (Nota de los compiladores)

7 Cantante alemán que ganó en 1982 un concurso con la canción “Ein bisschen Frieden” (Un poco de paz). (Nota de los compiladores)

8 Marca de barras de chocolate. (Nota de los compiladores)

Por lo general sus padres se portaban especialmente bien con él y le ponían gafas con chistosos marcos de colores para que nadie notara la venda: así cualquiera notaba inmediatamente el gigantesco vendaje. A los 12, 13 años, había también niñas con aparatos de ortodoncia de las que me era imposible enamorarme. Lo molesto de esto no eran precisamente los frenillos. Lo más asqueroso de las que usaban frenillos fijos era tener que mirar los restos de comida entre los puntos de metal de color rosado, y para aquellas que usaban frenillos extraíbles, lo que más chispeaba saliva era el momento en que metían los frenillos en la cajita roja de plástico con agujeros de ventilación que las muy obstinadas chicas traían incluso colgada alrededor del cuello, precisamente como si los frenillos no fueran algo que en cualquier caso mejor debería ocultarse.

Por lo general, también en las pausas se les permitía a las chicas con frenillos quitárselos y ponerlos luego, goteando, en las cajitas rojas, de forma que pudieran comprar sin molestias las bolsas de cacao al conserje. Algunos tomaban también Capri-Sonne, a los hijos de los médicos se les reconocía por llevar a la escuela Hohes C⁹, que era más caro y al parecer también más saludable, pero que no tenía para nada buen sabor, olía siempre un poco a Fachinger¹⁰, y aparte de los hijos de los médicos, sólo lo tomaba mi abuela. Los niños cuyas madres organizaban o iban a las fiestas Tupper se reconocían porque el por naturaleza turbio jugo de manzana estaba envasado en alargados recipientes Tupper, y que de tanto agitarlo se volvía espumoso (no se salieron de eso ni en años siguientes y aún hoy en cada ocasión ordenan un jugo de manzana con agua mineral). Cuando yo contaba en casa que a otros niños les daban para el recreo chocolatinas Ritter Sport rellenas de nueces y leche entera o Dany con crema¹¹, mi madre tomaba eso como una señal de su abandono y me empacaba al otro día, y muy demostrativamente, muchas frutas frescas y verdura cruda en papel de cocina absorbente marca Zewa-Wisch-und-Weg¹². A mis amigos les iba igual. Madres que les empacaran a sus hijos Fruchtzwerge¹³ y Milchschnitten¹⁴ en la maleta Scout se veían desafortunadamente sólo en los comerciales. El problema era que yo me llevaba todos los días nuevos emparedados con algo untado y hechos en casa, pero por lo general compraba durante el recreo tantos

9 Marcas de jugo de naranja. (Nota de los compiladores)

10 Agua mineral. (Nota de los compiladores)

11 Postre de chocolate. (Nota de los compiladores)

12 Marca de papel de cocina “Zewa-limpie-y-deseche”. (Nota de los compiladores)

13 ”Enanos de fruta”, Marca de queso fresco de frutas. (Nota de los compiladores)

14 Producto de la marca Ferrero compuesto de dos capas de masa café que envuelven una mezcla de leche. (Nota de los compiladores)

Milchschnitten marca Kinder y leche de vainilla y panecillos de beso de negra, que no me daban más ganas de sándwiches de queso. Generalmente, la noche del domingo, cuando empacaba la maleta para el lunes, descubría en las profundidades de la maleta algunos restos de la semana anterior, que arrojaba entonces apenado afuera, en la caneca de la basura. Nunca me gustaron las campañas de beneficencia como *Pan para el mundo*¹⁵, porque entonces tenía que pensar por un momento, siempre un poco sonrojado, en nuestra caneca de la basura.

Esta generación de jóvenes nacidos entre 1965 y 1975, tan bien alimentados pero por otra parte completamente desorientados, se dirigía hacia los años 80. Pero de alguna forma eso tampoco nos importaba mucho. Aun cuando estábamos desorientados, estábamos, como sonámbulos, seguros de que todo, también las grandes preguntas de la humanidad, al final se podría resolver. ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde voy? ¿Y por qué mi VW Golf sabe la respuesta?, lógicamente no conocíamos esta relajada filosofía de vida de los comerciales de Volkswagen de los años 90. Pero nosotros nos comportábamos ya en ese tiempo, en los años 70, en los días de nuestra preadolescencia, de manera consecuente. Alguien, eso creímos, sabe todas las respuestas. Ya fuera el amado Dios, como nos enseñaban en la misa para niños. O incluso el evidentemente parecido y amado Golf. Sabíamos de todas formas que no debíamos preocuparnos exageradamente, porque de todos modos nuestros hermanos mayores y las profesoras de la primaria lo hacían por nosotros, con sus miedos a la guerra atómica. Nosotros podríamos dedicarnos a lo esencial, es decir, a jugar Playmobil. Con seguridad, Playmobil es lo más característico que le pasó a nuestra generación. Las figuras de Playmobil son nuestra gran vivencia clave en común. Arriba un peinado removible al estilo Gabriele-Krone-Schmalz¹⁶, debajo una cara como la de Monica Lewinsky, en conjunto, exactamente siete centímetros y medio. Pronto se ensayaban los roles del mundo de los adultos con las figuras de Playmobil; quien alguna vez recibiera como regalo una casa de plástico de Playmobil, a éste le parecía estúpido tomarse la molestia de construirlo mismo, arduamente y mucho menos bonito, con piezas de Lego. Algo así nos deja marca. La completa indiferencia de la generación Golf hacia las construcciones teóricas de cualquier clase y su tendencia hacia la filosofía práctica están con seguridad decisivamente marcadas por el fin de la era del Lego. Los fabricantes de Playmobil reconocieron muy a tiempo que para su clientela el tema ya no era la ciencia ficción, las construcciones futuristas y las na-

15 Brot für die Welt, una organización caritativa de la Iglesia protestante en Alemania. (Nota de los compiladores)

16 Periodista y corresponsal en el extranjero para la emisora ARD. Tiene un peinado característico. (Nota de los compiladores)

ves espaciales, que se podían construir aún con piezas de Lego. Quien compraba Playmobil compraba casas de entramado, castillos feudales, granjas. Compraba conciencia de tradición, conservación de la historia, conservatismo. El objeto más moderno fue por muchos años el bote de policía azul con blanco. Futuro sí, pero por favor, con la velocidad máxima respetada. Tampoco fue una sorpresa que el producto que competía con Playmobil, Playbig, nunca haya podido imponerse; sin embargo, los fabricantes creían realmente que podrían entusiasmar a la nueva generación con robots y astronautas. Únicamente la fracción de Rüdiger jugaba con figuras Playbig, pero de todos modos ya no los tomábamos en serio después de haberlos visto una vez con un maletín de Fischertechnik¹⁷, la versión de tiempo libre de la cartera de ejecutivo.

De la época del Playmobil, que le daba a uno la agradable sensación de poder al menos jugar a ser adulto sin importar si se era rey u obrero de la construcción, se pasó, la mayoría de las veces sin transición alguna, a la antiguamente llamada época de la pubertad. No es de sorprenderse que la única diferencia que existía entre la mujer y el hombre en las figuras de Playmobil fuera sobre todo que anatómicamente la camisa de la mujer en la parte del estómago se abultaba hacia adelante; aparentemente, no se quería seguir abrumando al grupo destinatario de adolescentes con senos y partes traseras muy detalladas. Y también los pitufos, aun cuando latente mente eran masculinos, nos parecían no tener género definido. Irritante fue sólo cuando en los huevos sorpresa salieron una vez pequeños bebés pitufo y nosotros nos preguntábamos de dónde venían, pero mi hermano me dijo: está claro que salieron de los huevos. Muy chistoso. “Muy chistoso”, se decía siempre en esa época, cuando uno encontraba que algo definitivamente era de todo, menos chistoso.

Nosotros suponíamos entonces que también los demás secretos de la vida tenían algo que ver, sobre todo, con la ropa. A consecuencia de eso el hito central fue que de repente todos nos rehusamos a usar en invierno gorros de lana y a ir a comprar Nickis¹⁸ y pantalones con nuestras mamás. Sin duda, uno se pregunta, cuando mira los viejos álbumes de fotos, si de hecho fue favorable, desde el punto de vista estético, hacerse cargo desde tan temprana edad de la apariencia personal. Por otra parte, alguna vez había que acabar definitivamente con los Nickis y con el suéter blanco de esquiar que tenía arriba una cremallera que rozaba de forma desagradable la manzana de Adán en delicado crecimiento. También había que acabar con las botas de goma y abrigos amarillos para la lluvia y con los legendarios monederos para colgar del cuello, que cada mamá les daba a sus

17 Un juego de construcción. (Nota de los compiladores)

18 Suéter de una tela suave. (Nota de los compiladores)

hijos para las excursiones del colegio, aun cuando nosotros siempre protestábamos porque queríamos llevar, más bien, Bifi¹⁹. Los monederos para colgar del cuello estaban siempre hechos de aquel deplorable cuero que por lo demás sólo había sido utilizado para la camisa café oscura de Old Shatterhand en las películas *Winnetou*, y sobre el cual se podían, aunque obviamente no era permitido, escribir los nombres de bandas inglesas con un marcador. Supuestamente, de esa forma lo aprendimos, estos monederos eran increíblemente prácticos; sólo era raro que ni una sola mamá llevara su dinero de esta forma tan práctica.

Mientras nos crecían los primeros vellos de la axila y tu Bac²⁰ se convertía en mi Bac, escuchábamos cantar, en el pequeño radio transistor y debajo de las cobijas, a F. R. David: "Words Don't Come Easy". Nosotros no teníamos ni idea de lo que los Spider Murphy Gang²¹ querían decir exactamente cuando contaban del "Escándalo en el Sperrbezirk"²², y mejor dejábamos sin traducir "One Night in Bangkok". Acústicamente, nosotros éramos increíblemente conformes. Hasta el estúpido clic del marcador marca Edding y las melodías de presentación de *Bonanza* y *Western von Gestern*²³ eran verdaderas melodías para nuestros oídos; durante la música de Eurovisión, antes de *Apuesto que...*, nos desbordábamos de la emoción e incluso intentábamos descubrir a lo largo de dos canciones en los sencillos de la princesa Estefanía²⁴ una pista de audio con una voz femenina. Sólo hasta el final de nuestra época de escuela experimentamos la vivencia de los discos compactos con calidad DDD y el precio de 36,90 marcos alemanes; los años anteriores habían estado marcados por cassetes grabados de afán, en los que entre las canciones siempre podían oírse las últimas y las primeras palabras de los locutores, y algunas veces, la advertencia sobre un conductor suicida o vacas en la calzada. Por cierto, en estos tiempos, pobres en eventos, un programa absolutamente para toda la tarde era querer hacer oír a los amigos una canción determinada de un casete, rebobinando y adelantando. En retrospectiva, es casi curioso que nos entregáramos tan fatalmente a esta increíble prolifidad, aunque el disco compacto estaba de hecho casi a la puerta, pero nadie salía a la calle ni se manifestaba por hallar rápidamente títulos particulares en un aparato portátil; estoicamente se adelantaba y se rebobinaba hasta que en algún momento la cinta se rompía y se saltaba fuera de la grabadora. Eso no era vida. Desafortunadamen-

19 Minisalami en forma de salchicha. (Nota de los compiladores)

20 Marca de desodorante. (Nota de los compiladores)

21 Banda musical de Baviera creada en 1977. (Nota de los compiladores)

22 Zona libre de prostitución para proteger a la juventud. (Nota de los compiladores)

23 Serie de películas western. (Nota de los compiladores)

24 De Mónaco. (Nota de los compiladores)

te, el único casete que no se dañó fue el que una vez para Navidad Carmen me había grabado con canciones y poemas de amor de Erich Fried, y al que ni ella ni yo habíamos marcado con la respectiva inscripción. Posteriormente, fue un par de veces motivo de gran molestia cuando una vez Judith y más tarde otra vez Franziska lo hicieron sonar en el radio de mi automóvil.

Pero ésa también fue la época en la que andábamos en automóvil, y entonces todo se volvió más complicado. Antes también las discusiones y la vida eran un tema más fácil de ver. Se debatía si era mejor la pluma Geha o la de Pelikan, aun cuando estaba claro que Geha se portaba frente a Pelikan como el Banco Popular frente a la Caja de Ahorros²⁵. Después de que Pelikan se había impuesto claramente, por lo menos en nuestro salón, era muy gracioso que justamente todos los chicos se compraban plumas azules y las chicas plumas rojas. Se debatía también si eran mejores los tenis de Converse o los botines de Adidas, y si era Adidas, tenía que ser Allround en rojo y negro, y se hacía girar por horas el cubo de Rubik hasta que se unificaba el color en todos los lados. No era tema de discusión que los tenis con velcro eran un absurdo porque no se amarraban y la superficie de adhesión pronto quedaba llena de pelusas. Los lápices olían a fresa, los borradores a vainilla, y a los tontos les untábamos Slimy²⁶ verde en el pelo, y antes de que llegara el profesor les lanzábamos, durante nuestras batallas, la esponja empapada. Luego esperábamos ansiosos la más reciente edición de *Yps* para probar los Gimmicks, mientras las tempranamente maduras lectoras de *Bravo* se burlaban de nosotros y arrastraban por el patio de la escuela sus alpargatas azules o negras traídas de España²⁷. Entonces, al día siguiente lucíamos la dentadura de plástico de Drácula y por eso se nos aguaba un poco el esperado efecto sorpresa.

Lastimosamente, ni *Yps* ni *Bravo* revelaban cómo vestirse de manera razonable. Fueron duros meses y años en cuanto a la moda, en ese entonces en el umbral de la talla infantil de 168 centímetros hasta las tallas S y M. Nosotros los muchachos nos compramos nuestras primeras chaquetas *popper* en colores pasteles; debajo usábamos camisetas blancas de 3K y todos queríamos vernos como Don Johnson de *Miami Vice*. Para la clase de danza nos atábamos entonces delgadas corbatas de cuero de color rojo oscuro y lucíamos además un traje cruzado y zapatos azul oscuro. Nada raro que nadie quisiera bailar conmigo. Por eso tuve que ir al baile de graduación con Katja; en ese tiempo ella usaba faldas de color azul oscuro y blusas voladas blancas con hombrecitas y mangas de ángel y se rocia-

25 La comparación pretende señalar la mejor calidad de Pelikan. (Nota de los compiladores)

26 Juguete de consistencia de gelatina. (Nota de los compiladores)

27 *Yps* y *Bravo* son revistas para jóvenes. *Yps* trae siempre un pequeño juguete. (Nota de los compiladores)

ba un polvo resplandeciente en la nariz. Se podían admirar también las primeras chaquetas de lana de color vino tinto; quienes las llevaban puestas nunca se las quitaban. Nos veíamos increíblemente ridículos. Traíamos exactamente aquellos cortes y combinaciones de los que nos burlaríamos cinco años más tarde, cuando los felices ciudadanos de la República Democrática Alemana se atrevieron a pasar la frontera en esas fachas.

No había un H&M por ningún lado, ningún Gap, y los actores de *Buenos tiempos, malos tiempos* y *Amor prohibido*²⁸ no daban ninguna lección diaria sobre conceptos de moda; también Peter Illman, en *Formel 1*, el precursor de cuarenta y cinco minutos de MTV y VIVA, llevaba una extraña permanente, hasta chaqueta de *jean* y camisa Jürgen von der Lippe²⁹. Únicamente Björn Engholm³⁰ y Leo Lukoschik³¹ eran luchadores a favor del buen estilo, aunque daban un poco la impresión, en esa época, de la asociación de electores de Schleswig del Sur: valientes luchadores solitarios, cuyos deseos propiamente no se entendían del todo, pero uno los arrastraba consigo bondadosamente por razones de tolerancia. Los dos pioneros no pudieron cambiar nada. Los peinados del resto de Alemania se quedaron indefinidamente exagerados y tupidos hacia arriba, en algún lugar entre Nena y los extraños hombres de su banda, la Münchener Freiheit, Stefanie Tücking y Morten Harket de “Aha”³². Sólo Margarethe Schreinemakers³³ y su esposo Werner Klumpe se permiten aún a comienzos del siglo XXI andar por ahí con peinados de tal talante. Entre posteriores estudiantes de Sociología y Germanística era muy popular la asimetría exhibida orgullosamente, en verdad horrible, que para colmo se intentó nivelar con largas guirnaldas en la oreja libre. También había chicas que se teñían los delgados cabellos con rojo de Henna, pero paulatinamente comprendían que eso no les aportaba nada. Más tarde, Franziska se tiñó también un poco de castaño, que era el rojo de Henna para avanzados, en comparación con el rojo leñoso, pero que tenía la ventaja de que, de hecho, no se veía (sin embargo, eso no podía decirse). Más espantosos eran en nuestros días de preadolescencia los experimentos en general con la permanente. Tanja, Sonja, Katja, ninguna pudo resistirse; no obstante, dos semanas más tarde, gracias a Dios, hablaban de que “volvería a crecer”.

28 *Gute Zeiten, schlechte Zeiten* y *Verbotene Liebe* son telenovelas alemanas de los años 90. (Nota de los compiladores)

29 Presentador de televisión. (Nota de los compiladores)

30 Político alemán. (Nota de los compiladores)

31 Presentador de televisión. (Nota de los compiladores)

32 Cantantes alemanes. (Nota de los compiladores)

33 Presentadora de televisión. (Nota de los compiladores)

Este crecimiento tan desagradable se veía entonces en la fase final como el crecimiento del cabello teñido con *henna* roja o de rubio, pero nosotros contemplábamos eso con indulgencia, pues después de todo las mismas mujeres reconocían su error. Y además aún no pasaban todas las tardes las telenovelas. Pues éstas les hubieran entonces mostrado que es absolutamente ridículo dejarse crecer una colita detrás del peinado. Era como un apéndice del 68, un último y limitado nido de resistencia, un mechón revolucionario en la cabeza cuidadosamente cepillada, que crecía sin ningún sentido hasta los hombros y que en algún momento fue cortado en toda Alemania, porque los interesados vieron que con eso uno hacía el ridículo. Simultáneamente tuvieron también un fin las diminutas trenzas que se mantenían juntas por medio de un pequeño cordón de tejido de rizos y debían darles a las que las portaban una apariencia agresiva; en realidad, sólo se veían como las cintillas en el cabello de las muñequitas Monchich³⁴.

En la mayoría de los suéteres podía leerse en letras inmensas *United Color of Benetton, Best Company* o *Chevignon*; había también saldos de *Fruit of the Loom* —se mostraban orgullosamente los trazos de marcas, como la enorme etiqueta “NORA” de Thomas Anders³⁵—, una propensión al reconocimiento que en lo sucesivo desarrollaron sobre todo los conductores de camiones con sus calcomanías en el parabrisas. También en aquellos años era la época en que ya no se acostumbraba cambiar las laminitas de fútbol. Pero como siempre se tenía que colecionar algo, se buscaban otros campos para explorar.

Durante poco tiempo se pudo uno dedicar a la colección de tarjetas telefónicas, después lo usual era tener al menos tres relojes Swatch diferentes. No eran muy caros y siempre tenían bonitos colores, pero cuando caímos en la cuenta de que sólo se podía llevar uno de ellos puesto, los dejamos y empezamos a colecionar calcomanías. Corríamos de tienda en tienda y preguntábamos por las figuras que apilábamos después en cajas de zapatos en la casa; quien conseguía algunas traídas de Londres era el rey. El dueño de la tienda de zapatos Salamander se llevó una gran decepción cuando yo le di la señal de que ya no me interesaba por sus tiras cómicas de Lurchi³⁶ y tampoco por los zapatos Kickers con los puntos rojos y verdes en el tacón, sino que en el futuro solamente me interesaría por las figuras adhesivas de las Camel-Boots. Si en aquel entonces

34 Muñeco en forma de mono. (Nota de los compiladores)

35 Cantante alemán cuya esposa entonces se llamaba Nora. (Nota de los compiladores)

36 Salamander quiere decir salamandra en español. La mascota era una salamandra llamada “Lurchi”. Cada vez que se compraban un par de zapatos, los niños recibían un cuaderno con las aventuras de Lurchi. (Nota de los compiladores)

ya hubiera habido analistas del espíritu de la época, gracias a nuestro inexplicable amor por los *stickers* que promocionaban marcas y no decían nada, hubieran podido profetizar toda la historia del desarrollo de la generación Golf: o sea, el amor precoz por lo superficial, el fetichismo por las marcas, la completa falta de distancia hacia el ficticio mundo de la publicidad. Pero desafortunadamente en aquel entonces no había buenos analistas sino muchos malos diseñadores de propaganda, y en esta forma, una sola campaña nos quitaba rápidamente las ganas y la diversión por nuestra nueva pasión: en pocos meses Alemania fue cubierta con una figura adhesiva que había venido como anexo del periódico *Bild* y que los violadores de niños y los tiranos de la casa pegaban después en el Opel: un corazón rojo y sobre él –escrito con letras, que parecían pan ruso³⁷– *un corazón para los niños*. Con eso acabó todo. Emparedados entre el rojo y amarillo de “Energía nuclear? No gracias” y el rojo de “un corazón para los niños”, buscamos lo más pronto posible un nuevo *hobby*.

Así que en adelante no fuimos más a las tiendas de ropa por los adhesivos sino a comprar ropa nueva. Los colores eran vivos, la gama correspondía a la del cubo de Rubik, se combinaba multicolor con multicolor y además *jeans*, y Hans Magnus Enzensberger³⁸ escribió: “Por suerte, lo inapropiado siempre se deja combinar sin esfuerzo con lo inapropiado”. Desafortunadamente, todavía no sabíamos en aquel entonces quién era Enzensberger.

Aún estábamos demasiado ocupados con la elección de los *jeans* correctos. Mientras más estrechos eran los *jeans*, más enfáticamente nos prevenían las más de la impotencia, que, junto al envenenamiento con Coca-Cola, era una de las mayores preocupaciones de las madres en los años ochenta. Sin duda, había siempre diferentes marcas de *jeans* que en determinados momentos estaban totalmente *in*, pero en retrospectiva, Replay, Wrangler, Mustang, Edwin, Joker y Levi's se convirtieron en una confusa masa única de tela azul: nuestros criterios de cálculo de esa época eran realmente pasajeros, también las minuciosas diferencias entre Teds, Mods, Rockabillisys y Popper curiosamente se volvieron difusas. Los *jeans moonwashed* estaban *out* en todos los campos, y eso todavía lo sabe cualquiera. A lo cual objetaría con razón Max Goldt, el columnista del *Titanic*³⁹ –que, aunque del año 1958, era de alguna manera presidente honorario de nuestra generación–, que algo podría estar *out* solamente si alguna vez antes había estado

37 Russisch Brot es el nombre de un tipo de galletas. Tradicionalmente se les da forma de letras.
(Nota de los compiladores)

38 Escritor alemán. (Nota de los compiladores)

39 Revista satírica. (Nota de los compiladores)

in. Y nadie afirmaría seriamente que los *jeans moonwashed* alguna vez habían estado *in fuera de Zwickau*⁴⁰.

Aunque todos nosotros habíamos creído a lo largo de un año que no había ningún pantalón más feo que los anchos *jeans moonwashed* en forma de zanahoria con pliegue de colores, fuimos instruidos sobre algo mejor: primero, sobre los *jeans moonwashed* ceñidos con la llamada forma entubada, que, combinados con medias blancas y chaquetas de *jean* demasiado pequeñas, representan tal vez la supercatástrofe de los años ochenta. O casi: el mayor accidente estético imaginable fueron después, sin lugar a dudas, los *jeans stonewashed* con violetas estampadas en los bolsillos del trasero. Cuando Nicole llegó una vez con uno de éhos a la escuela una mañana de lunes y respondió incluso con orgullo la pregunta obligatoria “¿Es nuevo?”. “Sí”, en lugar de avergonzarse como corresponde, murió definitivamente para mí. Además, habría podido suponerlo, pues también a las grasosas cubiertas de hule rojas y azules, que en ese entonces las chicas de bien hacían alrededor del cuaderno de matemáticas, les pegaba no sólo adhesivos de Alf sino también de flores que de resto no se conocían sino en los álbumes de poesía, donde quedaban especialmente bien junto a la tinta lila. Pues bien. Si hoy en día miro la vitrina del salón de moda de Petra en una pequeña ciudad de Sajonia-Anhalt y veo unos *jeans stonewashed* con violetas estampadas, tengo que pensar siempre en Nicole y qué será de las mujeres que ya de niñas usan *jeans* claros con violetas. En todo caso, no les dábamos grandes posibilidades en aquel entonces. El proverbio decía: Tonto sigue siendo tonto, contra eso no ayuda ninguna píldora.

En ese entonces me compré una vez unos *jeans* rojos porque por algún tiempo me había presentado en la tienda con el increíble nombre de “moda juvenil”; algo así podría gustarle a Katja. Pero cuando me los puse en la casa decidí mejor dejarlos, y que se acabaran de ahí en adelante en el armario. Con los *jeans* de cualquier color y convicción, tanto los chicos como las chicas usaban Sweatshirts, una clase de ropa extinguida en la actualidad, debajo de los cuales se llevaban camisetas polo de colores cuyos cuellos se doblaban lisos en la parte de arriba. Una combinación que tampoco triunfó, sólo porque eran de Lacoste.

Las primeras gafas de sol que uno se compraba se combinaban con cintas de colores neón, pero yo nunca podía llevarlas puestas por mucho tiempo porque no veía nada con ellas, y tampoco nadie me había dicho que también se podían comprar gafas de sol con receta. También había lentes sólo cafés; los azules llegaron recién un poco más tarde. Una vez íbamos en bicicleta con nuestras primeras

40 Ciudad en Sajonia. (Nota de los compiladores)

gafas de sol en hileras de tres por la calle del parque y cantábamos a todo pulmón “Reality”, la perfumada melodía de presentación de *La Boum*⁴¹, cuando de repente efectivamente se oyó un “boom” porque Frank, que iba a la derecha y que con sus lentes veía tan poco como yo, chocó a toda velocidad contra un auto estacionado. Eso le costó un diente partido y yo tuve que ir a la óptica. Aparentemente, a mí no me pasó nada porque llevaba puesto en el brazo un lazo indígena de la suerte que Katja tejió para mí después de que le escribí en el álbum de poesía: “Sé como una rosa”.

Hay que decir, sin embargo, que de hecho yo preferiría ser como Karl-Heinz Rummenigge⁴². Propiamente, yo era fan del Schalke pero me tocó vivir tiempos difíciles porque el Schalke descendió de la Bundesliga y los clubes en esa época no volvían a ascender inmediatamente como hoy. Por eso tomé como ejemplo a Karl-Heinz Rummenigge, aunque él no estaba con el Schalke sino con el Bayern de mierda, pero eso ayudaba. En las noches cuando estaba solo y jugaba el partido del Schalke con las figuras azul claro y azul oscuro de Playmobil, era otra vez Rüdiger Abramczik o Klaus Fischer⁴³. Cuando su gol de chilena fue elegido como gol de la década en el programa de televisión *Sportschau*⁴⁴, fui al otro día a la escuela con la expectativa de ser felicitado por todos.

Nosotros los muchachos teníamos que soportar a Jupp Derwall como seleccionador nacional y pasamos gran parte del año desde el cuarto al sexto grado comprando laminitas de fútbol frente a la escuela, que en su mayoría teníamos repetidas, para intercambiarlas después durante la pausa. También durante las clases todo giraba en torno al deporte del balón. Las plumas Geha eran tan poco populares como populares eran sus cartuchos de tinta, porque se podían morder mejor que los elásticos de Pelikan. También las esferitas de Geha eran cada vez menos azules y por eso se teñían menos los labios, y en la boca tampoco quedaba el desagradable sabor metálico de la tinta. Una vez liberada la bolita se podían construir dos arcos con borradores; se disparaba con marcadores que tenían dos grosores diferentes. La mayoría de las veces podía mantenerse el juego todo el tiempo en secreto hasta que la bolita caía de la mesa y rebotaba por todo el salón. Mientras corríamos en cuatro patas detrás de las tales bolitas ligeramente azules, las chicas comenzaban a colgar en la pared afiches con puestas de sol y a tomar té de vainilla cuando leían *Juan Salvador Gaviota u Hola señor Dios, habla Ana*,

41 Película francesa. (Nota de los compiladores)

42 Jugador de fútbol. (Nota de los compiladores)

43 Jugadores del Schalke 04. (Nota de los compiladores)

44 Noticiero de deporte. (Nota de los compiladores)

y escuchaban a Klaus Lage y Jennifer Rush. Junto a las puestas de sol en playas con palmeras que algunos colgaban en los terribles sótanos revestidos de madera donde se hacían fiestas, se podían ordenar en *Bravo* afiches de las bandas. Katja también colgaba afiches de animales en la cabecera de la cama, que provenían del cuaderno *Medi & Zini* que se podía comprar en la droguería cuando se iba por el jarabe para la tos. En la parte de atrás se explicaba por qué debían cepillarse los dientes dos veces al día y cómo actuaban los virus de la gripe. Los dos chiquillos *Medi y Zini* corrían felices entre la cavidad bucal y los intestinos. Pero eso no nos parecía tan fascinante, como tampoco las revistas *Junior* que había en la óptica.

Nuestra ilustración sobre las ciencias naturales se la habíamos transferido rápidamente al televisor. *El programa del ratón y Diente de león*⁴⁵, con Peter Lustig, nos proporcionaban confiablemente toda la información necesaria acerca de cómo llegaban los huecos al queso y las burbujas a la champaña. De todos modos, algo así no se aprendía en los libros de texto. Sobre todo, los textos de francés e inglés nos sacaban de quicio. Todo comenzaba al principio del año escolar, cuando se los tenía que forrar con una lámina de plástico con bordes rojos, a pesar de que de todas formas ya eran una porquería⁴⁶. También en el interior estaban completamente pasados de moda. Las fotos en el libro de inglés dejaban ver autos en la plaza Trafalgar en imágenes en blanco y negro medio oscuras, cuyas marcas nadie podía reconstruir. También en el libro de inglés y en el tan futurista como obsoleto laboratorio de idiomas el tema era la polución en Londres y la niebla (*dense fog*); sin embargo, de todas las palabras que en realidad necesitábamos en inglés cuando queríamos trabajar con nuestro computador o intentábamos traducir *Cherie Cherie Lady* aprendíamos: ninguna. En lugar de eso, verbos irregulares tan tontos como *wring*, *wrang*, *wrung*, aunque hasta entonces yo personalmente había utilizado sólo dos veces en mi vida la palabra *ausgewrungen* (escurrido, retorcido) en alemán. En el libro de francés por lo menos no había fotos en blanco y negro, pero en cambio sólo dibujos de trazos y siempre una chica que se llamaba Monique y que hacía *salade niçoise* en la cocina, para que aprendiéramos una palabra con un ganchito debajo de la c. No se podía hacer nada con eso, como se veía en el matador silencio que predominaba entre los cursos vecinos y sus alumnos franceses de intercambio. La idea de intercambiar estudiantes entre Alemania y Francia es una nefasta mezcla de la democracia social de Günter Grass y la amistad entre los pueblos de United Colors of Benetton. En realidad, nunca funcionó y todos estaban contentos cuando finalmente se terminaba y regresaba

45 *Die Sendung mit der Maus* y *Löwenzahn* son dos programas infantiles. (Nota de los compiladores)

46 En Alemania, los textos escolares pertenecen a los colegios y se prestan cada año a los alumnos. (Nota de los compiladores)

la tranquilidad; las estudiantes francesas de intercambio eran bonitas solamente en los sueños de los realizadores cinematográficos alemanes. Yo estuve muy contento cuando mi madre, de alguna forma, convenció a los otros padres, en la junta de padres, de que mi curso debía salirse de la locura del intercambio estudiantil. Y cuando estaba acostado sobre la hierba los domingos y meditabundo miraba el cielo, pensaba con compasión en los de la clase paralela que ahora tenían que ir por octava vez con sus estudiantes de intercambio al zoológico o a Rothenburg ob der Tauber⁴⁷.

En aquella época la diferencia entre chicos y chicas consistía sobre todo en que ellas tenían en orden sus pequeños cuadernos rojos de tareas durante todo el año mientras que nosotros nos dábamos por vencidos ya después de una semana y vivíamos permanentemente con la sensación de no saber exactamente qué era lo que todavía quedaba pendiente. Recuerdo que los domingos durante la misa para jóvenes, cuando los números de las canciones eran anunciados, en el número 3 e-f siempre tenía que pensar en que todavía no había hecho el ejercicio 4 a-d de la tarea de matemáticas.

Al fin y al cabo yo me esforzaba al principio del año escolar cada vez más, y casi hasta la mayoría de edad. Escribía como si hubiera de nuevo una nota de caligrafía, como en la época bendita de la escuela primaria, y cuando se trataba de títulos tomaba especialmente para ello un color rojo y los subrayaba con la regla. Pero entonces pasó alguna vez que olvidé el cuaderno correcto y comencé a escribir con el bolígrafo en una hoja. Le dije al profesor: "Lo traigo después". Y en la tarde antes del examen, cuando buscaba desesperado las hojas que había escrito de arriba abajo, tuve el disgusto de mi vida porque, claro, no las había pasado en limpio. Entonces, como siempre, tuve que montarme como loco en la bicicleta, ir hasta donde Rüdiger y fotocopiar todo su cuaderno en la tienda de fotos.

Semejantes preocupaciones jamás las tenían las chicas. En ese entonces ellas comenzaban a comprarse Impulse en spray, perfume Loulou y brillo de labios, y a emular los consejos de maquillaje de la revista *Pop Rocky*. También Oilily, que había producido hasta ahora sólo camisetas de un azul muy claro o rosadas, sacó de repente para las chicas jóvenes *kits* de maquillaje. Siempre me pareció muy asqueroso el protector para labios *Labello* rosa, que las muchachas se pasaban durante la clase como un *joint* hasta que la décima se había humedecido los labios. No es de sorprender que después todas tuvieran al mismo tiempo amigdalitis febril de flautista. Las damiselas se preocupaban algo más por los ojos. Por épocas intentaban incluso combinar sombras de ojos lila con rosado. Eso no quedaba bien.

47 Ciudad medieval en Baviera. (Nota de los compiladores)

Era usual que las chicas de los niveles altos, en las horas libres o cuando se escapaban de la clase de francés, fueran a la droguería más cercana, que para esa época aún no se llamaba *Body Shop*, y por horas se rociaban en el antebrazo muestras de los perfumes exhibidos por ahí, mientras nosotros comprábamos perros calientes en la carnicería. Tampoco había nada más popular como regalo de cumpleaños que un pequeño popurrí de las más diversas consistencias y aromas. Pero eso no bastaba. Los cumpleaños de las chicas se convirtieron en la clase en un evento que preparaba al papá económica y organizativamente para la posterior celebración de la boda. No era suficiente llevar a casa a todos los niños en el auto a la hora deseada. Junto a la exuberante gama de pasteles tenía que ofrecerse una cena bien hecha, que al lado de espaguetis a la boloñesa, por lo general, debía incluir papas fritas y pollo. Posteriormente, a todos nos daban náuseas porque aquí y allí habíamos picado del aún medio rosado, medio amarillo tocino de cerdo. Por cierto, no puedo acordarme ni de un solo regalo que hubiera recibido en aquel tiempo de mis amigos; tan sólo recuerdo que no eran cosas tan horriblemente útiles como en la confirmación. De un año a otro aumentaba la oferta de comida; se llegó a una verdadera tiranía de la antigua cultura de eventos que nos formó ejemplarmente para nuestra vida posterior en el círculo de nuestros contemporáneos. En esta forma, incluso, se volvió habitual que al final de la celebración el agasajado entregara a todos los invitados una pequeña bolsita con dulces y pequeños regalos, una práctica en sí descabellada pero que indicaba por dónde iba el agua al molino: incluso en el cumpleaños propio todo dependía de escenificarse uno de acuerdo a su clase social. También eso lo habían comprendido ya mejor las chicas con sombras en los ojos.

Igualmente, había hijas de médicos que iban por la noche al solárium de casa y no se cohibían al decir que visitaban con sus madres el estudio cosmético para deshacerse de las espinillas. En aquella época empezaron a usar de pronto camisetas de colores por el estilo de las interiores sobre la camiseta-T, compraban y tejían sus propias medias calentadoras y bailaban aeróbicos como Jennifer Beals en *Flashdance*. Una de las más grandes decepciones de mi juventud surgió por cierto en aquel momento, cuando al final de *Flashdance* noté que la increíble escena acrobática ni siquiera la había hecho la delicada Jennifer Beals sino un actor que tenía puesta una peluca de rizos y lo filmaron por detrás. Algo así se queda grabado en la memoria.

Si se quieren resumir los años ochenta en una frase, lo que naturalmente no se puede hacer, se puede decir entonces que ese tiempo fue la época en que las esposas de los presidentes empezaron a fundar organizaciones de beneficencia para impronunciables enfermedades de los huesos; padres de familia con pantalones cortos estaban al acecho en las estaciones de trenes para fotografiar los

primeros ICE⁴⁸ pasando a toda velocidad; los presentadores de noticias en la radio no decían al principio cómo se llaman y todavía sonaba un pito sin sentido durante el pronóstico del estado del tiempo en televisión cuando se detenía la flecha de la rosa de los tiempos. Era la época en la que no se sabía qué era *mozzarella* con tomate y se podía apagar el televisor y poner las cáscaras de las nueces a un lado cuando no había ni en el primero, ni en el segundo ni en el tercero nada razonable que ver. La época en la que a partir de las doce y media sólo había en televisión cartas de ajuste y uno no notaba todavía el comienzo del otoño porque había de nuevo *Mon Cherie*, sino porque se formaban muñequitos con castañas y fósforos. Cuando las castañas se secaban, era Navidad. Se podría decir también que ésta era la década en la que aún se decía “*Stück ma 'n Rück*” (córrete) y “*zum Bleistift*” (por ejemplo)⁴⁹ y durante las vacaciones de verano llegábamos al hotel siempre con la boca abierta porque viajábamos aún con huevos duros, pero sin las estúpidas cabezas de oso que se pueden pegar en el interior del parabrisas para evitar el sol. Pero en ese entonces sencillamente uno no se interesaba todavía por los autos.

Vehículos de Fórmula 1 sólo los había en los juegos de cartas de cuartetos, pero como todavía no existía Schumi, ni mucho menos Schumi 2⁵⁰ ni ninguna transmisión de RTL, esas cosas no le interesaban a nadie más que a nuestro mecánico. Acabábamos de dejar atrás felizmente la época en la que nos entusiasmábamos por los autos de Matchbox y poco tiempo después por los chistes de Matchbox; aún éramos muy jóvenes para rompernos la cabeza pensando cuál era la escuela de conducción más barata. En ese entonces los autos eran sobre todo superficies para pegar calcomanías. Una de éas era la enorme cantidad de autoadhesivos de *No pite, el conductor está soñando con el FC Bayern* (lamentablemente, no había una del Schalke). Con frecuencia eso se combinaba con las placas amarillas de los pueblos con las que patriotas locales de 18 años adornaban el vidrio trasero de su Opel. Adicionalmente, se pegaban en nuestro pueblo también *stickers* con la inscripción *La cerveza es saludable: tu tabernero*, que no se debía confundir con la posterior ola de *Fit for fun* (Listo para la diversión), que mostraban en la silueta diferentes posiciones sexuales. Con esto se debía mostrar a las potenciales mujercitas que el consumo excesivo de cerveza, una forma muy difundida de la sociedad de consumo en las altitudes de nuestro Hessen superior, no les impedía de ninguna forma a los mariditos realizar regularmente el acto sexual. Por el contrario. A pesar de todo, lo más notable eran aquellas calcoma-

48 Tren de alta velocidad. (Nota de los compiladores)

49 Ambas expresiones en alemán corresponden a un juego de palabras. (Nota de los compiladores)

50 Apodos de Michael Schumacher y su hermano menor, Ralf. (Nota de los compiladores)

nías de manchas en colores de neón de las que hasta hoy no es claro qué era lo que querían demostrar (tampoco ayudó que apareciera casi simultáneamente la colección de tenis de Steffi Graf). Se combinaban frecuentemente con la confesión de que *La cerveza es saludable* y quedaban bien en todos los modelos de la casa Opel. Probablemente, ya en esa época había también muchísimos Golfs, sólo que no los veíamos porque en su mayoría estaban escondidos detrás de la enorme calcomanía de Kenwood.

No obstante, de pronto apareció en las calles de nuestra provincia un primer Golf-Cabrio azul oscuro adornado con una diminuta calcomanía que inicialmente se tomó como la mancha en la frente de Gorbachov, pero más tarde se identificó como la isla Sylt. En este auto había una joven rubia con gafas de sol. Ella también era la primera que llevaba una chaqueta Barbour verde oscuro. Esta mujer rubia fue la pionera de la generación Golf. Su Golf-Cabrio azul oscuro nos señaló el camino de salida de la tristeza de los ochenta.

Jana Hensel (1976) es escritora y periodista, proveniente de Alemania Oriental. Tenía 13 años cuando cayó el Muro de Berlín. Su exitoso libro Los niños de la zona –zona es un término occidental que se refiere a la RDA–, de 2002, describe su infancia en la RDA y las experiencias de los jóvenes de su generación con el cambio de 1990.

SÍ, LO JURAMOS. SOBRE NUESTRA EDUCACIÓN

Jana Hensel

Saca las manos de los bolsillos. No seas sapo, ni un cero a la izquierda. No tires de la cuerda, ése es tu asunto, así dice la canción característica de nuestra niñez como jóvenes pioneros y Jóvenes Alemanes Libres¹. A las abuelas les ofrecíamos nuestra silla en el tranvía, les traímos el carbón del sótano como Timur y su tropa² y les cargábamos las bolsas del mercado hasta la casa. Los sábados corríamos muy temprano a la escuela, pintábamos de nuevo las bancas y los marcos de las ventanas, y hacíamos que nuestros padres nos pintaran soles sobre los adoquines grises. Frente a los grandes almacenes vendíamos semillas y flores del jardín de la escuela y donábamos lo obtenido a los niños de Vietnam. Limpiábamos las materas frente al gimnasio, recogíamos viejas bolsas de leche de los arbustos o asumíamos el padrinazgo de algún objeto que requiriera cuidado en la zona residencial. Para el Primero de Mayo elaborábamos claveles de papel crepé y en el sótano de la escuela les dábamos duro a las tareas de matemáticas con los alumnos más deficientes.

Siempre estábamos dispuestos a asumir un encargo oficial. El agitador político escribía informes sobre los hombres de la traza³ o le leía a la clase lo más notable de la Cámara Actual⁴ tras una caja de zapatos transformada en televisor. La secretaria, una de las chicas más hermosas y con la escritura más bonita, redactaba en el libro del grupo largos ensayos sobre la última tarde de

-
- 1 Freie Deutsche Jugend (FDJ), Jóvenes Alemanes Libres, era la organización de la juventud socialista en la RDA. (Nota de los compiladores)
 - 2 *Timur y su tropa* es un libro del escritor ruso Arkadi Gaidar cuya lectura era obligatoria en la RDA. (Nota de los compiladores)
 - 3 Se refiere a los obreros de la RDA que participaron en la construcción de la traza de gas natural de Rusia hasta Europa. (Nota de los compiladores)
 - 4 Aktuelle Kamera, el noticiero de la televisión en la RDA. (Nota de los compiladores)

los pioneros. El jefe de la brigada controlaba las tareas, el libro de clase lo llevaba el encargado del mismo, el lechero iba por la leche y el cajero cobraba. Todos nosotros luchábamos por el distintivo deportivo, por el tercer nivel en natación y por la distinción por un buen aprendizaje. Para la izada de bandera aparecíamos con pañoleta al cuello y quepis. Para alegría de las mamás, siempre teníamos un pañuelo limpio en el bolsillo. Hasta que un día se me exigiera realmente y tuviera que escribir con leche mensajes secretos como Lenín, me conformaba con llevar cáscaras de papa al recipiente de los desperdicios, aprenderme de memoria la historia del SED⁵ y, como Teddy⁶, darles a los compañeros más pobres algo de mi lonchera. Mis cuadernos de apuntes no estaban doblados, el cuaderno de tareas estaba siempre al día, y en matemáticas me esforzaba por ni siquiera tocar los bordes azules superiores del reglón cuando escribía los números.

Todos debían poder confiar en mí. Yo era una más de los ciudadanos de la joven República Democrática Alemana y debía retransmitir el socialismo para que algún día, lejano quizás, éste se convirtiera en comunismo. Era nuestra mayor suerte poder haber nacido y crecido en la paz y el socialismo, y no tener que experimentar la guerra y las bombas, ni necesidad ni hambre, en nuestra propia piel. Pero aún no desaparecían las nubes amenazantes del peligro de guerra y la lucha de nuestro pueblo por la paz no había llegado a su fin. Yo también tenía que mantenerme firme y, en caso de peligro, con el arma en la mano, ayudar a evitar que siguiera expandiéndose el peligro imperialista.

Así como Erich Honecker⁷ y sus camaradas tuvieron que ir a la cárcel porque habían luchado para que del suelo alemán nunca surgiera de nuevo una guerra, así mismo no nos era permitido soltar de las manos tan irresponsablemente la valiosa herencia socialista. Así como el trabajador en el torno, el campesino sobre la trilladora y el policía popular en la calzada, nosotros los colegiales jurábamos esforzarnos por una formación y cultura mayores y emplear nuestro saber y poder en la realización de los grandes ideales humanísticos. Aquí cada uno de nosotros tenía que llevar a cabo alguna tarea, y nuestros padres, profesores, los amigos experimentados en la Juventud Libre Alemana y los padrinos de las empresas estarían a nuestro lado brindándonos consejo y acción.

5 Sozialistische Einheitspartei: Partido Socialista Unificado de Alemania. (Nota de los compiladores)

6 Teddy era el apodo de Ernst Thälmann, presidente del Partido Comunista Alemán desde 1925 hasta 1933. Murió en 1944 en el campo de concentración de Buchenwald. En la RDA, Thälmann era considerado un héroe y modelo para la juventud. (Nota de los compiladores)

7 Presidente del Consejo del Estado de la RDA desde 1976 hasta 1989. (Nota de los compiladores)

Dependía de cada uno. Asumíamos la responsabilidad de todo. Si los niños en África no tenían nada que comer, me llevaba mi juguete al colegio y lo donaba a las señoras mayores de la Solidaridad Popular, que estaban sentadas en el gimnasio en largas bancas de colegio y tenían que llevar registro de todo, lo cual, más tarde, debía venderse y transformarse en medicamentos o juguetes nuevos. Pero, a decir verdad, a mí sólo me interesaba saber a dónde llevarían las señoras mi juguete y dónde podría comprarlo de nuevo; pues, naturalmente, quería recuperarlo todo y, en el mejor de los casos, lo de mis compañeros también.

Yo también era responsable por el programa de la “Guerra de las Galaxias” de Ronald Reagan, al menos cuando no me declaraba a favor del socialismo en forma convincente y en todo momento, y cuando no participaba correctamente si había que marchar detrás del colegio. En honor del Festival de la Canción y la Marcha, nuestra clase enterró, ya en 1985, como medida de prevención, el libro del grupo para que los pioneros del año 2000, si el ataque atómico no había llegado antes, tuvieran algo qué desenterrar y pudieran estar seguros de que habían existido generaciones de niños antes que ellos que también habían luchado por la buena causa. Sobre todo al secretario, quien semana tras semana había anotado e ilustrado en la carpeta los acontecimientos y el desarrollo de nuestras tardes de pioneros, debió de haberle roto el corazón ese entierro. Y a mí también, en el mejor de los casos, con ánimo de reconciliación, me consuela saber que el libro yace allí a los pies de la montaña de ceniza, justo detrás de nuestro nuevo barrio, e imaginar cómo tiene allí en solitario un sueño sinfin.

En mi infancia, así me parece hoy, reinaba la guerra. En todas partes del mundo. Todos peleaban. Los sandinistas en Nicaragua, el Congreso Nacional Africano en Sudáfrica y los angoleños en Angola. Solamente la RDA se salvaba por el momento de ello, gracias a los estados socialistas hermanos, a las fuerzas armadas soviéticas y a los amigos del Ejército Popular Nacional⁸. Pero en el caso de que nosotros no pudiéramos volver a terminar justo a tiempo nuestro periódico mural sobre el profesor de Bielefeld, con inhabilitación profesional, estaríamos haciendo justamente lo que los imperialistas esperaban; entonces mañana mismo podía llegar la guerra atómica. En las tardes construía, junto con mis amigos, cuevas en las que me escondería arrastrándome tan pronto cayeran las bombas. Nos inventábamos sistemas de alarma, quién a quién debería timbrar y a quién alamar, pues queríamos naturalmente que si había sobrevivientes, nosotros estuviéramos entre ellos.

Si por la noche yacía sola en la cama –para la cena había habido deliciosos macarrones con filete en salsa de champiñones–, y si de repente el atardecer coloreaba

8 El Ejército Popular Nacional (Nationale Volksarmee) era el ejército de la RDA. (Nota de los compiladores)

mi habitación con raros colores de fuego, entonces, lo sabía, ahora comienza todo. Las primeras casas del vecindario ya ardían y nuestra cueva estaba bastante lejos. Me daba un miedo que perduraba hasta que me quedaba dormida sobre las cartas que en pensamientos le escribía a Erich Honecker y en las que le pedía hacer todo para que los americanos guardaran sus aviones de bombardeo nuevamente en sus garajes, y nosotros, igualmente, juraríamos mañana recoger aún más papel reciclabl e, y si él tal vez no podía construir un enorme techo de vidrio sobre la RDA, que detuviera las bombas, finalmente, él sabía cómo hacerlo.

En casa todo era diferente, naturalmente. Aun cuando nuestros papis, en las reuniones de padres de familia, discutían con el director dónde conseguir ventanas nuevas para el baño del colegio y nuestras madres hacían demostraciones en las tardes de pioneros sobre cómo elaborar mantitas con estampados de papa para las otras mamis, con motivo del día de la mujer, ellos consideraban estas cosas bastante engorrosas. Peleaban regularmente la noche anterior a las noches de padres por quién debería acudir a ellas. Tan pronto se fijaba un día de caminata y se buscaba al menos a tres mamis para guiarnos a través del denso tráfico, uno estaba enfermo, tenía una junta en la empresa o tenía que ir al salón de belleza. Que nosotros no debíamos contar eso en el colegio sino permanecer sentados y tranquilos en la banca sin movernos hasta que se encontrara a una mami, eso no tenían que habérnoslo dicho antes. También éramos unos expertos en ello, siempre que se trataba de mantener la boca cerrada durante las discusiones sobre la programación de televisión de esa noche, cuando entraba el profesor, y decía, en lugar de *Apuesto que...* y *La Cámara escondida o Duro pero cordial*⁹, simplemente palabras tales como *Colabora, hazlo así, hazlo mejor, Buzón de correo para sugerencias, Una olla colorida, Inka o Ralf 'Bummi' Bursy*¹⁰.

Nuestros padres nos exigían ser listos. Teníamos que darnos cuenta de que un puesto en el consejo de grupo podía ayudarnos a conseguir un cupo en bachillerato y más tarde poder ir a la universidad. Una formación técnica con *Abitur*¹¹ estaba bien para ellos, pero no tanto. De ninguna manera debíamos perderlo por tonterías, con un comportamiento llamativo frente a alguien. Nuestros padres odiaban cuando nosotros sacábamos un 3¹² en conducta, orden, colaboración o aplicación, y ellos debían aparecerse en el colegio un sábado al mediodía para tener que oír en la sala de profesores que éstos les dijeron lo que ellos hacían mal

9 Programas de televisión occidentales. (Nota de los compiladores)

10 Programas de televisión orientales. (Nota de los compiladores)

11 El *Abitur* es el examen final del colegio que permite estudiar en la universidad. (Nota de los compiladores)

12 La nota 3, en una escala de 1 a 6, quiere decir “satisfactorio”. (Nota de los compiladores)

en el tema educación. Sólo para evitarles eso, nos sentábamos en la segunda fila, y cuando era posible muy cerca del más aplicado.

Para mí siempre fue el primer mandamiento saber de antemano lo que se me exigía. Así podía pasar desapercibida. Yo no quería ni sobresalir en la clase de historia por mis exagerados conocimientos ni arrastrar hasta la escuela papel de reciclaje por kilos. Eso era curioso. En las excursiones ninguno tenía demasiado chocolate occidental en las bolsas de acampar. Si llevaba mi ropa buena sólo a las reuniones familiares y al teatro pero no al colegio, esto era en todo caso mejor que si se hubiera hablado de mí. En general, no debía surgir ningún rumor. No sobre-salir y siempre permanecer en el promedio. Los padres que trabajaban en un club de fútbol o en una posada eran tan sospechosos como las familias que tenían dos autos o cuatro hijos, o aquellas en las que las mamás no iban a trabajar. Tampoco debíamos meternos con compañeros que no nos invitaron al apartamento y que frecuentemente tenían bananos en sus loncheras. Con niños sin padre, lo mismo, uno no sabría nunca en qué se estaba.

Oficialmente debíamos tener una opinión negativa del Occidente. Éste constaba solamente de profesores con inhabilitación profesional, despidos masivos, usura en arriendos y esfuerzos imperialistas por una gran Alemania. Ya semanas antes de la feria de Leipzig fuimos instruidos por la directora del curso que durante la feria no debíamos recoger en la calle ninguna envoltura de chocolates occidentales. No teníamos permitido poner las narices contra las ventanas de los autos occidentales, ni mendigarles a los expositores invitados tiquetes aéreos, calcomanías, chocolates Ritter Sport, mentas Wrigley's o chicles Huba Buba. Quien se apareciera en el colegio con una estrella de Mercedes arrancada podía reportarse inmediatamente en la oficina del rector. En esa forma los profesores me convirtieron Alemania Occidental en un país en el que los adultos amaban tanto a los niños que llevaban siempre en sus bolsillos chocolates y chicles y se los obsequiaban en la calle a los niños, aparentemente sin que nadie se los pidiera. Si en el tiempo de la feria iba del colegio a la casa y me encontraba en el camino a un alemán occidental, lo miraba por largo tiempo y amistosamente, pues él debía de ser un amigo de los niños, y tal vez me daría un pedazo de los tesoros que tenía en sus bolsillos. Debía solamente contenerme de no preguntarle antes.

Oficialmente terminó nuestra educación el día de la “Consagración de la Juventud”. Nosotros estábamos en octavo, y desde medio año atrás hacíamos parte de los Jóvenes Alemanes Libres; en su mayoría los muchachos se habían enlistado para un año y medio o tres años de servicio en el ejército, en cuatro años podríamos entrar al partido, y hoy, como punto máximo en lo que llevábamos de recorrido en nuestra vida, fuimos aceptados en la gran comunidad del pueblo trabajador y nos convertimos en personalidades socialistas.

La fiesta ya había sido planeada en detalle semanas atrás. En el salón cultural de la empresa popular de limpieza de la ciudad, o en otros lugares igualmente revestidos con tapices de terciopelo pardo, linóleo gris y pesadas cortinas rojas, teníamos que formarnos una y otra vez, probar la marcha al escenario en grupos de a cinco ordenados alfabéticamente y repasar reiteradamente la entrega de los certificados y las flores. Esta vez juramos frente a nuestros padres, a la abuela y al abuelo, y ante todo el profesorado, que siempre nos preocuparíamos por la gran causa del socialismo, que consolidaríamos la hermandad con la Unión Soviética y lucharíamos a favor del internacionalismo proletario. El grande y pesado libro se llamaba *Del sentido de nuestra vida*. Resumía nuestra corta existencia, por hoy y por toda la eternidad, en cinco preguntas: ¿Quién soy? ¿Qué puedo? ¿Qué quiero? ¿A quién le soy útil? ¿Quién me necesita?

Yo amaba este tipo de libros, pues, si bien lanzaban inicialmente preguntas confusas, no ocultaban largo tiempo la respuesta, sino que aclaraban todo de inmediato: saber y poder, conciencia de responsabilidad y sentido del deber frente a la comunidad, la firme opinión de clases y la disposición de estar a la altura, en el estudio y en el trabajo, de las grandes exigencias que se proponían a todo trabajador en nuestro país. Ésas son las características decisivas de una personalidad socialista, se decía allí, en las que podría formarse quienquiera que, como exigía la ideología marxista-leninista, dispusiera de conciencia y fuera capaz de actuar independientemente. Por lo demás, a ello también pertenecían personas, se me dijo en otro lugar, que habían venido al mundo con lesiones congénitas del sistema circulatorio, incluso, discapacitados.

Cuando el Muro desapareció, cambió todo. De repente, muchas familias tenían dos autos, las mamis no se llamaban más mamis y ya no iban a trabajar. La mayoría de ellas tenía tres o cuatro hijos. Los pañuelos limpios en mis bolsillos ya no eran un problema, ahora podía llevar siempre diez de una vez y desechar simplemente los sucios. En lugar de llevar pan con queso en las loncheras del colegio ahora se llevaba en ellas Milchschnitte¹³, de la cual nadie daba nada voluntariamente, y ¿quién sabía todavía quiénes eran Teddy y Lenín? Ahora todos llevaban al colegio bananos y chocolate occidental, tantos como pudieran llevar: los cartuchos de tinta Pelikan y los dulces masticables Maoam perdieron valor, con la creciente presencia, y “jurar solemnemente”, esa palabra ya no existía, así como tampoco Ronald Reagan y los imperialistas, ellos también habían desaparecido. Mientras que en la clase de geografía de nuestros años de infancia se estu-

13 Producto de la marca Ferrero compuesto de dos capas de masa café que envuelven una mezcla de leche. (Nota de los compiladores)

diaba la estructura de las provincias de la RDA, comenzaba el curso de historia, como se llama la materia ahora, con que nosotros debíamos recitar los nombres de los estados federados de la Alemania Occidental y sus respectivas capitales. Uno debía ponerse de pie y, sin rastro de vacilación, decir dónde se encuentran Renania-Palatinado y Hesse, Maguncia y Düsseldorf. Pero, a diferencia de las personas mayores que aún se saben de memoria sus canciones de la infancia, yo no me acuerdo ya mucho de eso. Más tarde se introdujo en el plan de estudios la historia de la República Federal después de 1945. Aprendimos de memoria los datos de la época de Adenauer, la política económica de Ludwig Erhard, los debates sobre el rearme de la República Federal, el milagro económico, la votación del País del Sarre, las revueltas estudiantiles, la Fracción del Ejército Rojo y el voto de censura; pero cuando se dijo que cada estudiante debería hacer una exposición sobre un tema de su elección, yo escogí el levantamiento de los obreros del Primer de Junio de 1953. Mi profesora de historia se convirtió en una principiante. Ella les enseñaba a sus alumnos de la primera clase lo que ella misma había leído en la tarde anterior en la biblioteca. Con frecuencia anotaba nuestras preguntas en un papel y presentaba la respuesta al día siguiente. Mi exposición se la copió. Aquí todos se echaban una mano.

Ahora exigían nuestros padres más insistentemente que debíamos ser listos. Aún más listos que antes, más exactamente, de tal forma que cualquiera pudiera verlo y que los profesores lo notaran de inmediato. En todas las discusiones que tenían lugar en cada esquina y en cada hora de clase, y que a mi alguna vez me parecieron verdaderamente innecesarias, debíamos demostrar que poseíamos un espíritu crítico, que nos ocupábamos en forma intensa de nuestro medio y que éramos capaces de formular alternativas. Los adultos quisieron saber de repente qué no nos había gustado de nuestra vida anterior, qué queríamos mejorar en las estructuras, como ellos decían, en la escuela, en el deporte, en los pioneros, en el coro, y donde fuera.

Yo me esforcé mucho —pues ahora vivía en la democracia— en no pensar todo como antes, con anterioridad y detenimiento, sino en criticar rápidamente, y hasta provocar en algunas ocasiones: se me ocurrió que ya no podía ver la sopa de arveja en la comida del colegio y que me había molestado también que el pudín de chocolate nunca alcanzaba para todos. Y las tabletas de flúor, la revisión médica en serie, el trabajo práctico y la introducción a la producción socialista, la izada de bandera y la clase de educación cívica. Sí, claro, también quería viajar y tener dinero occidental. Por lo demás, no había encontrado tan mala mi vida hasta ahora como para que todo debiera cambiar inmediatamente. Pero eso no lo decía en voz alta sino que primero criticaba, tal como se nos exigía. Al final de cuentas no teníamos todavía ninguna experiencia con la democracia. La observaríamos

primero tranquilamente para averiguar cuáles estrategias entre el colegio y la casa eran las apropiadas.

La lucha no la podíamos parar tan rápidamente. Creíamos que ahora tenía mucho más sentido que antes, sólo que ahora la pelea no tenía ya lugar en el campo de entrenamiento sino en las calles. Y, en esta forma, cualquier ocasión era suficientemente buena: en las demostraciones estudiantiles peleábamos por nuestra semana de cinco días; junto con los estudiantes y algún comité de salvamento, por el mantenimiento del DT'64¹⁴, y nos absteníamos, en dudosa coalición, de recibir alimentos, para luchar por los puestos de trabajo de nuestros profesores. Lo importante era seguir peleando, y también interveníamos en los diálogos, como nos decían todos. La democracia está hecha para que los ciudadanos usen los instrumentos de ella y tomen posición activa frente a sus intereses, había copiado poco tiempo atrás del tablero a mi primer profesor occidental de ética. Eso me sonaba lógico y lo creía también.

Cuando los norteamericanos invadieron Irak en 1991 nos movilizamos por las calles con velas una o dos veces, observábamos un poco a los demás cantando “Give Peace a Chance” y lo considerábamos, en estricto sentido, bastante exagerado. Eran las mismas personas que dormían en la calle porque pensaban que así la guerra se acabaría más rápidamente. Propiamente, era que no habían conseguido un trabajo y tenían mucho tiempo, de suerte que se reunían en gremios, comités y consejos estudiantiles. Pero compromiso y política eran sospechosos. En ese tiempo preferíamos ganar dinero. La búsqueda de una estrategia para la escuela y para la casa ya no la considerábamos necesaria. Ya habíamos entendido: cuando todos decían su opinión, sencillamente no había ya nadie que escuchara.

Más tarde observamos en la televisión sin comentarios las imágenes de los campos de castigo de Milosevic. Hacía tiempo habíamos terminado ya la lucha. Uno u otro ya había anotado en el Foco de la ARD¹⁵ el número de cuenta de las donaciones o había arrojado una bolsa de plástico adicional en la donación de ropa frente al supermercado, pero ya no nos sentíamos responsables por esto. Nuestro mundo se había vuelto más pequeño. Eso nos aliviaba. Era estupendo no tener que cuidar de ahora en adelante más que de nosotros mismos. Escogíamos lo que íbamos a estudiar y para eso no debíamos ingresar a ningún partido, ni vincularnos activamente en ninguna organización masiva. Incluso, el Primero de Mayo podíamos dormir a gusto. Nicaragua, Cuba y Angola se volvieron países como cualquier otro,

14 Programa de radio de la República Democrática Alemana para la juventud. (Nota de los compiladores)

15 Emisora de televisión de Alemania Occidental. (Nota de los compiladores)

y sólo cuando Nelson Mandela fue elegido presidente y en todos los bares sonaba la música del Buena Vista Social Club, nos hicieron acordar de viejos amigos del colegio de los cuales no habíamos oído nada desde hacía ya años.

Sin embargo, en los años 90 teníamos mucho que hacer, incluso sin una vinculación política y sin demostraciones contra la guerra. Para nosotros empezaban los largos años de adaptación, en los que nos volvimos más cuidadosos, menos críticos, y ya casi no provocábamos. Observábamos detenidamente la nueva República Federal, reflexionábamos frecuentemente sobre nosotros y cavilábamos en busca de la manera en que podíamos sobresalir lo menos posible y, a pesar de eso, llegar muy lejos. Muy inesperadamente, por decirlo así, queríamos surgir algún día sosteniendo nuestros pasaportes en alto en los que se pudieran leer lugares de nacimiento como Cottbus, Sonneberg o Wismar y dejar a todos los demás boquiabiertos con el hecho de que lo habíamos logrado, aun con una imperfección tan grave.

Hasta entonces nos esperaba una gran cantidad de trabajo. Sabíamos muy poco de todo, notábamos cuánto no habíamos entendido y lo que aún teníamos que aprender. Por ejemplo, pasó mucho tiempo hasta que comprendí por qué mis amigos de Bonn o Passau siempre se estremecían y corría sobre sus caras una chispa de miedo si yo les preguntaba a qué se dedicaban sus padres. Esa clase de preguntas no se debía hacer así como de pasada, y siempre mi interlocutor primero respiraba profundo, sonreía inseguro y respondía preguntando en forma un poco agresiva qué era lo que yo pretendía con mi pregunta. Si yo no cedía inmediatamente, recibía vagas respuestas, de las que yo podía inferir todo. O era tranquilizada con una frase como “soy hijo de mi padre y él no fue un don nadie”.

Evidentemente, nadie podía dar una respuesta precisa. “Soy de extracción humilde y salí adelante por mi propia cuenta” estaba en la lista de las mejores posibles y también muy en primera fila. En esos momentos tenía que pensar de nuevo en nuestros vagos, que en los puestos de recepción del “SERO”¹⁶ se habían hecho cargo de las botellas y las clasificaban por tamaño y por color, o en los niños de los vagos en los lugares de apadrinamiento en la enseñanza. Pero no era ésa la apariencia de aquellos que querían haber construido todo por su cuenta.

Las chicas que habían tomado en el colegio un curso intensivo de francés, y en cuyos bolsos se encontraba siempre un caos de gran burgués con labiales, cajas de anticonceptivos, permiso de conducir, frascos de perfume, cajetillas vacías de cigarrillos y condones, preferían distanciarse de cada toque de cotidianidad con

16 Sistema de reciclaje en la RDA. (Nota de los compiladores)

la frase: “¡Imagíname como hija de buena familia!”. Algo así me impresionaba increíblemente e inmediatamente me resultaba difícil seguir la conversación. Una y otra vez bailaba la frase frente a mis ojos de aquí para allá y era tanta la exasperación que no se me ocurría ninguna imagen que encajara. ¿Había sido también Jenny Marx¹⁷ una niña de buena familia?, me preguntaba para mis adentros y alcanzaba a pensar si aquellas chicas tenían en mente a Katharina Witt¹⁸. Cuando veía mujeres jóvenes que en el abarrotado auditorio de un seminario no se querían sentar en el piso, que despectivamente fruncían la boca al oír la palabra “saco de dormir” y que continuamente advertían a sus amigas no comprarse un Twingo de color, ya sabía yo de qué habían hablado. Sus amigos, que se casarían a los 26 años, tenían todos antecedentes aristocráticos, como ellos los llamaban, un caballo y un ruidoso Volkswagen Golf. Algunas veces aquellos chicos querían ser graciosos conmigo, querían romperse muros en la cabeza y preguntaban, interesados, cómo era ahora la vida para mí, ya que yo había vivido antes solamente entre proletarios. A mí no se me ocurría ninguna respuesta. Yo tenía que pensar en sus padres y estaba segura de que ellos lucirían exactamente igual que aquellos a los que antes no nos era permitido dirigirnos ni preguntarles si nos daban algo de sus chocolates.

Entre nosotros el asunto era más fácil y, con ello, más complicado. Yo podía atar cabos respecto a esa misteriosa forma de hablar mediante insinuaciones. Simplemente no lo entendía. La RDA había sido un Estado proletario. Muchos de nuestros padres se habían dedicado a profesiones que hoy ya no existían y habían producido cosas que ya nadie producía en Europa. Lo que no habíamos conseguido nosotros mismos tras el cambio o no habíamos visto, leído o logrado después del cambio no lo conocíamos, y lo que no habíamos entendido nosotros mismos no nos lo enseñaba nadie. Valía en nuestra vida tanto como nada si éramos hijos de profesores, fotógrafos, maquinistas del tren, gerentes de empresa o esposas de panaderos. Nuestro mundo ya no era algo conocido para los padres del uno ni para los del otro. Lo más importante era que nosotros continuáramos haciendo los que se nos exigía o hicíramos lo que ellos pensaban que se nos exigía.

Nunca se nos habría ocurrido que para nosotros podría tener importancia lo que eran nuestros padres. Antes había libros por doquier en cada casa, discos también, y si alguna vez había un concierto de rock, incluso la gente que hasta ahora conocía a la banda sólo de nombre intentaba conseguir boletas. Con el curso íba-

17 Esposa de Karl Marx. (Nota de los compiladores)

18 Patinadora sobre hielo que ganó dos veces la medalla de oro en los Juegos Olímpicos (1984 y 1988). (Nota de los compiladores)

mos al teatro tres veces al año, al museo con más frecuencia, y si no se podía alzar la mano cuando la profesora preguntaba si se habían sacado prestados libros con frecuencia de la biblioteca del distrito municipal, entonces eso no le pasaba a uno dos veces. Cuando nuestros padres señalaban a nuestros vecinos porque tenían una caravana con la que viajaban todos los veranos a Hungría o porque tenían una casa en el mar Báltico, entonces se nos explicaba que, o bien la habían heredado, o habían sobornado a alguien, que les había sido dada por colaborar o que simplemente tenían muchos familiares occidentales. Nuestra envidia se mantenía en sus límites. Nos alegrábamos por anticipado por el campamento vacacional. Allí todos conocíamos a todos los de las últimas promociones y encontrábamos la vida bastante excitante, a pesar de las excursiones, izadas de bandera, los cuartos de veinte personas y los quince días de agua de manzanilla. La única diferencia de clases que existía para nosotros era el “paquete del Occidente”¹⁹. Sólo eso podía realmente separarnos. Una verdadera envidia social nos invadía, niños sin clase, sólo cuando los otros usaban coloridas camisetas, *jeans* o zapatos Adidas con cierre velcro.

En nuestros corazones siempre hemos sido niños sin clase. Creemos todavía de la nueva República Federal lo que ya antes pensábamos de la antigua: sólo si uno se esfuerza realmente en este país se le abren todas las puertas, y con talento y ambición todos logran sus metas. Si digo algo así en voz alta mis amigos occidentales se burlan de mí, me llaman ingenua y comienzan a buscar entre su círculo de amigos ejemplos que muestren que en muchos casos era claro quién llegaría a ser algo y quién no.

No obstante, nos envidian por la ingenuidad con la que pasamos por alto las diferencias de clases y no captamos que ellos están tensos antes de encontrarse con una hija o un hijo de buena familia, y que preguntan un par de veces más si la ropa que tienen hoy está bien. Ahora pienso si eso ahora se puede o se debe comparar con Karl Eduard von Schnitzler²⁰, pero entonces me viene a la mente que para Franziska van Almsick²¹ el *van* tampoco fue nunca un verdadero talismán²².

Si en los primeros años noventa habíamos respondido conforme a la verdad cómo ganaban nuestros padres su dinero, más tarde lo hacíamos cada vez menos.

19 El nombre del envío que usualmente los alemanes occidentales les mandaban a sus amigos y familiares en la República Democrática Alemana. (Nota de los compiladores)

20 Locutor político y presentador del programa *Der Schwarze Kanal* (El canal negro), un programa propagandístico contra la RFA. (Nota de los compiladores)

21 Nadadora alemana. (Nota de los compiladores)

22 *Von o van* es una adición al apellido que significa que la persona es de origen noble. (Nota de los compiladores)

No solamente porque hoy, después del cambio, nuestros padres ganan su dinero, casi sin excepción, en forma diferente a la de antes, sino también para adaptarnos a las técnicas de disimulo occidentales: ahora veníamos de la clase media independiente, descendíamos de condiciones modestas, nuestros padres trabajan en química, en la producción de materiales de construcción o en el comercio al por menor. Para nosotros es todavía difícil sacar consecuencias de algo así. No sabemos aún lo que puede significar el que nuestros padres hubieran sido antes directores, jueces, profesores y torneros, pero, ahora desempleados, estaban en jubilación prematura, tomando medidas para cambiar de profesión, o en profesiones nuevas. ¿Se procedía ahora de la clase del proletariado industrial, que por lo demás se había vuelto superflua, de la decaída nomenclatura aristócrata, de la *intelligentsia*²³, del *Apparatschik*²⁴, o al final se era, al menos en parte, un burgués ilustrado? Nuestra conciencia de clase, que habíamos jurado como columna de nuestra educación, ya no podía, en todo caso, seguir ayudándonos aquí.

De la misma forma como nuestra vieja educación ya no nos ayudaba casi nada. Pocas de las cosas que habíamos jurado habían sobrevivido. Desde largo tiempo atrás ya no creíamos más en el cuento de hadas del más alto sentimiento de comunidad del Oriente, que siempre nos fue infiltrado y que nosotros mismos nos infiltrábamos. Obviamente, nuestros amigos debían llamar antes si querían visitarnos y no pararse frente a la puerta y timbrar sin previo aviso. Eso violaba nuestro espacio privado. De la misma manera, nos molestaba si noche tras noche nuestro apartamento era asediado por gente; a más tardar, a la cuarta noche necesitábamos nuevamente nuestra tranquilidad.

Nuestro medio ambiente lo protegemos tan bien o tan mal como cualquier otro. Separamos la basura doméstica, apagamos la calefacción cuando abrimos la ventana y no dejamos correr por mucho tiempo el agua del grifo; no obstante, el agua mineral la compramos en envase no retornable, pero en cambio las botellas con prenda las tiramos en los contenedores para botellas y las noticias de la televisión sobre los manifestantes de Castor²⁵ nos fastidian. En la calle no nos dejábamos abordar por jóvenes protectores de animales u opositores a la energía nuclear: ahí ponemos una cara de apresurados y murmuramos algo así como no tener tiempo. De vez en cuando les compramos a los vendedores de la calle el

23 En la Unión Soviética y los estados del Bloque del Este se refería al grupo social de personas involucradas en profesiones intelectuales y creativas. (Nota de los compiladores)

24 Es un término proveniente del ruso que designa a un funcionario del Partido Comunista o de la administración en los países comunistas. (Nota de los compiladores)

25 Abreviatura de Contenedores para el Almacenamiento y transporte de Materiales Radiactivos. (Nota de los compiladores)

periódico de las personas sin techo, y a rusos que hacen música en el tren de cercanías les damos, por vieja solidaridad de pronto, un marco.

Ya no nos llevamos las manos a los bolsillos en cada oportunidad. Ahora simplemente las dejamos adentro. Nos largamos. Todo eso ya no nos importa. Las preguntas en nuestro nuevo libro del sentido de la vida son: ¿Quién soy yo? ¿Qué quiero? ¿Quién me sirve? ¿A quién necesito? Para nosotros tenía algo de tranquilizador que ya no existen todas las personas que anteriormente nos decían dónde se nos necesitaría y de qué debíamos preocuparnos. Ya no juramos nada, no colaboramos en ninguna parte y podemos preocuparnos de nosotros mismos con toda tranquilidad.

Sólo queda una cosa que ni antes ni después de la caída del Muro nos hacía pensar: en la clase de historia, en nuestra niñez, éramos antifascistas. Nuestros abuelos, nuestros padres, nuestros vecinos: todos eran antifascistas. Y era una gran fiesta cuando el veterano de trabajo del distrito municipal nos visitaba para el llamado de la escuela, nos transmitía saludos afectuosos de parte de los trabajadores veteranos del mundo y le daba a todo un cierto *glamour*. En los periódicos de los pioneros había historias que continuaban y contaban de la vida de Teddy y otros funcionarios del trabajo. Siempre que de niña me imaginaba la Segunda Guerra Mundial, todos eran por supuesto, en alguna forma, miembros del movimiento de resistencia la Rosa Blanca o se reunían a conspirar en los patios traseros o en los sótanos para organizar la resistencia e imprimir panfletos. La guerra no había tenido lugar en nuestro país. El mundo a mi alrededor había empezado en el año 1945. Antes, mi sensación era que no había sucedido mayor cosa.

Eso cambió para mí solamente cuando hace poco conocí a Moritz. Moritz era un amigo de Jan, y un día viajamos todos juntos a la casa de verano de los abuelos de Jan en el Eifel. Casa de verano era una palabra curiosa para mí. Burgesa. Pero Jan la decía con tanta naturalidad, casi como una palabra de niños, que yo no meditaba tanto en ella. Poco después de Colonia, en la autopista, ya se presentaba una ruidosa discusión, cuando Jan, quien, según su propias palabras, provenía “de condiciones modestas”, se deshacía en elogios ante los demás de cómo su abuela adoraba escuchar las radionovelas en la casa de verano y leía los libros de las listas de los mejores de la SWR²⁶. Yo me sentaba tranquila en el asiento trasero del auto, los otros discutían. Yo ya sabía eso. También aquí eso de “condiciones modestas” parecía ser un concepto flexible.

26 Radiodifusora en el sudoccidente de Alemania. (Nota de los compiladores)

La casa de verano era, como se vio poco después, un apartamento de verano, pero como el ambiente en los autos era tan alegre, eso no molestaba a nadie. Nos sorprendió mucho el tamaño del apartamento. Lo mejor allí era una larga mesa de madera que estaba ubicada en la sala de estar, directamente frente a una gran ventana que daba al jardín. Sin esfuerzo, todos encontraban un puesto allí, para cocinar todas las noches, para tomar mucho vino y para hablar sobre Dios y todo el mundo, para leer historias en conjunto o para participar en juegos de mesa. ¡Lo importante era no abandonar la mesa! A la hora de la comida, Moritz se sentaba siempre a mi lado. Algunas veces lo miraba entonces de perfil, y cuando dejaba deslizar mis ojos por su derecha, caía mi mirada sobre un retrato del abuelo de Jan por encima del aparador, quien, algo nunca visto por mí fuera de los museos, usaba el mismo bigote de Adolf Hitler. A mí me divertía ladear la foto al pasar por allí sin que nadie se diera cuenta. Pero nunca se quedaba así por más de media hora, antes de que Jan la volviera a poner como es debido.

Moritz adoraba ser el centro de atención y yo lo admiraba por eso. Pero sólo una vez remontó la escalera de la atención silenciosamente y casi sin ser notado. Afuera ya estaba oscuro, el hermano de Jan había puesto velas en las ventanas, sobre la mesa había restos de queso del postre. Debajo de mi silla se arrumaban las botellas de vino vacías, y yo no sabía de qué se estaba hablando, cuando de repente sólo Moritz hablaba. Nadie lo interrumpía y mis ojos también permanecieron fijos en su rostro. Él contó cómo fue que se enteró de que su abuelo no había sido solamente un miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, sino también un funcionario de alto rango, autorizado para tomar decisiones; que todos habían sabido de eso pero poco se había hablado al respecto. Que él tampoco había hecho ninguna pregunta, ni a su abuelo, ni a su padre. Que la cosa, como muchas otras, pertenecía a la historia de la familia.

Después de un par de minutos de silencio y de fumar tranquilamente, comenzaron los otros en la mesa a contar episodios paralelos de sus familias. O de personas de las que sabían o habían escuchado cosas parecidas. Sólo yo permanecí muda: no se me venía a la cabeza ningún ejemplo. Simplemente nada. Y pensaba en mis amigos de Leipzig, en David, Sebastian, Judith o Susanne. Entonces me llamó la atención que nosotros nunca habíamos hablado sobre tales cosas. No sabíamos qué habían hecho nuestros abuelos, si habían colaborado o si habían opuesto resistencia; nosotros habíamos nacido, como la generación del presente, en un estado en el pasado que nos había eximido de preguntas y de historias feas. Miré las caras de las personas en la mesa, una a una. Quería retener cada rostro, peinados, ojos y narices, *todo*, pues por primera vez pensaba que ésta es mi historia. Mis amigos ya sabían que eran los nietos del Tercer Reich. Yo era una de ellos. Sin embargo, yo recién lo sabía.

Christa Wolf (1929) se cuenta entre los escritores líderes de la RDA y de la Alemania unificada. El discurso reproducido parcialmente aquí fue pronunciado por Wolf en una gran demostración, el 4 de noviembre de 1989, en el Alexanderplatz, en Berlín Oriental, cinco días antes de la caída del Muro de Berlín, impregnado por los acontecimientos y las emociones del proceso de cambio en la RDA en la segunda mitad del año 1989. En ese momento tenía ella, como muchos intelectuales en la RDA, aún ilusiones sobre la capacidad de las reformas del socialismo bajo otra dirigencia.

EL IDIOMA DEL CAMBIO

Christa Wolf

Todo movimiento revolucionario libera también el idioma. Lo que hasta el momento era tan difícil de pronunciar, nos sale ahora sin ningún problema. Admiramos lo que hemos pensado por largo tiempo y lo que ahora nos grita: ¡Democracia: ahora o nunca! Y lo que queremos decir es poder del pueblo, y nos acordamos de los principios que se quedaron en el tiempo o fueron derrotados a sangre y fuego en nuestra historia, y queremos la oportunidad que se esconde en esta crisis, pues ésta despierta todas nuestras fuerzas productivas: no volver a quedarnos dormidos; pero tampoco queremos desperdiciar estas fuerzas por imprudencia o por la inversión de imágenes enemigas.

Con la palabra “giro” tengo mis dificultades. Veo allí un bote de vela en donde el capitán grita: “¡Listo para girar!”, porque el viento ha cambiado de dirección y la tripulación se agazapa cuando el mástil se bambolea sobre el bote. ¿Es correcta la imagen? ¿Es correcta aún en esta situación que nos empuja hacia adelante?

Yo hablaría de una “renovación revolucionaria”. Las revoluciones se inician desde abajo. “Abajo” y “arriba” cambian sus puestos en el sistema de valores y este cambio hace regresar a la sociedad socialista de la posición de cabeza a la de pie. Grandes movimientos sociales se ponen en marcha, tanto como en estas semanas nunca se ha hablado en nuestro país, hablado entre sí, nunca con esa pasión, con tanta furia y tristeza y con tanta esperanza. Queremos aprovechar cada día, no dormimos o lo hacemos muy poco, nos hacemos amigos de nuevas personas y peleamos dolorosamente con otras. Eso se conoce ahora como “diálogo”, lo hemos exigido, ahora casi no podemos oír la palabra y realmente no hemos aprendido aún lo que ello quiere expresar. Con desconfianza nos quedamos mirando

una mano que se nos alarga o una cara hasta ahora rígida: “La desconfianza es buena, el control es mejor”: les damos la vuelta a soluciones antiguas que nos han oprimido y herido, y las devolvemos a vuelta de correo. Tememos ser utilizados. Y tememos rechazar una oferta sincera. En este dilema se encuentra todo el país en este momento. Debemos, debemos entrenar el arte de no dejar degenerar este dilema en confrontación: estas semanas, estas posibilidades no nos son dadas más de una vez, y solamente por nosotros mismos.

Perplejos contemplamos a los oportunistas, en el lenguaje popular conocidos como “veletas”, que, según el diccionario, “se adaptan rápida y fácilmente a una situación dada, se mueven en ella hábilmente y saben utilizarla”. Ellos son los que bloquean más la credibilidad de la nueva política. Hasta allí no hemos llegado nosotros todavía, hasta poderlos tomar con humor, lo que en otros casos nos ha salido bien. “¡Que se bajen los viajeros de los estribos!”, es lo que puedo leer en pancartas. Y, dirigido a la policía, el grito de los manifestantes: “¡Cámbiense de traje y adhiéranse a nosotros!”: una generosa oferta. También pensamos económico: “¡La seguridad del derecho ahorra la seguridad del Estado¹!”. Y estamos incluso dispuestos a renuncias existenciales: “Conciudadanos, ¡apaguen la tele y pónganse a correr!”. Sí: el idioma salta de las oficinas públicas y del alemán de los periódicos en el que se encontraba envuelto, y recuerda sus palabras sentimentales. Una cosa de ellas es “sueño”. Es decir, soñamos con una razón bien despierta.

¡Imagina: es socialismo y nadie sale corriendo! Si, empero, vemos las fotos de los que aún se van, nos preguntamos: ¿Qué hacer? Y en el eco escuchamos: ¡Hacer algo! Esto recién empieza cuando las exigencias se convierten en derechos, es decir, en obligaciones: comisión de investigaciones, tribunal constitucional. Reforma administrativa. Mucho que hacer y todo ello paralelamente al trabajo. Y, además, ¡leer el periódico!

Para marchas que pasan rindiendo honores, para manifestaciones por receta, ya no tendremos tiempo. Esto es una *demo*(stración), con permiso, sin violencia. Si permanece así, hasta el fin, vamos a saber más sobre lo que podemos y, entonces, insistiremos en ello:

Propuesta para el Primero de Mayo:

Los jefes pasan por delante del pueblo.

1 Staatssicherheit o Stasi es la abreviatura para el Ministerio de Seguridad del Estado, la policía secreta del gobierno de la RDA. (Nota de los compiladores)

Cambios increíbles. El “pueblo soberano de la RDA” se lanza a la calle para reconocerse como pueblo. Y ésta es para mí la frase más importante de estas últimas semanas, el grito de miles: ¡Nosotros-somos-el-pueblo!

Una conclusión simple. No queremos olvidarla.

Este texto de Marion Gräfin Dönhoff fue publicado en 1993 con el título “Porque el país necesita reconciliación”. En este libro, intelectuales alemanes y europeos enfrentan el difícil camino de la integración interna alemana.

PORQUE EL PAÍS NECESITA RECONCILIACIÓN

Marion Gräfin Dönhoff

Han pasado tres años desde que se reunificó Alemania, pero en estos tres años ha tenido lugar un mayor distanciamiento mutuo de las dos partes de un todo que en los anteriores 40 años. ¿Por qué?

Pocos habían previsto que la sincera y gran alegría de la reunificación no sería una situación permanente. La desaparición del Muro tras casi tres decenios dejó ver tanto más otros muros. Desde 1990 se ha hecho cada vez más claro que los alemanes vivieron los cuatro últimos decenios en dos mundos fundamentalmente distintos.

Eran diferentes los sistemas de valores, el *way of life*, las metas, las estructuras sociales y el clima cotidiano... Un motivo especialmente decisivo de alienación de las dos partes de Alemania fue su integración en dos alianzas militares contrarias que competían en imaginar cada vez más pavorosas imágenes del enemigo.

A los alemanes del Oriente se les añade además una doble decepción: por años se les había hecho creer que se encontraban en el grupo de los diez países más industrializados del mundo, que eran la vanguardia del grupo del Oriente y el Estado alemán más progresista que hubiera registrado alguna vez la historia. Pero luego quedó demostrado que todo aquello eran sólo patrañas. Se vio que la infraestructura se desmoronaba, que la industria era anticuada y que el medio ambiente estaba arruinado.

El segundo *shock* le siguió los pasos al primero: después del cambio, las condiciones de vida no mejoraron de repente, como lo había prometido Bonn y como muchos lo esperaban. Por el contrario: pasaron un año, dos, incluso tres, y para algunos las cosas fueron de mal en peor: la tasa de desempleo real es hoy de más de 30%, los precios y los arriendos suben continuamente, hay más empresas insolventes y menos seguridad social. Ciertamente, más libertad, pero ¿de qué

sirve esto a los muchos cuya existencia está amenazada? Bajo esas circunstancias la libertad pierde su esplendor.

La alienación se aceleró aún más por la impaciencia de los alemanes occidentales que llegaron, que no podían entender que a sus compatriotas les eran desconocidas cosas como el cálculo de costo-beneficio o reflexiones sobre el marketing. Ellos, los alemanes occidentales, compraban fábricas que luego ocasionalmente cerraban para evitar la competencia propia en el Oriente; un motivo suficiente éste para que los trabajadores que quedaban en el paro los consideraran como explotadores.

Finalmente, se grabó, evidentemente sin objeciones entre nosotros, los alemanes del Occidente, la idea de que todo en la antigua República Democrática Alemana era fundamentalmente malo. Se olvida que los ciudadanos se habían instalado en el sistema de protección del sistema, que vivían, trabajaban y, de vez en cuando, disfrutaban alegrías en la misma forma como sucede en otros países y en otras circunstancias. En el caso de algunos alemanes orientales comenzó ahora la inseguridad, que había tomado fuerza inicialmente como molestia, hasta transformarse en repudio constante, en depresión o incluso en odio; no puede estar lejano el día en el que muchos alemanes del Oriente llegarán a concluir: "En el fondo no era tan malo anteriormente".

Desde un trasfondo como éste, el problema de la superación del pasado, reducido a una "desestatificación", gana un significado especial. Aun cuando este esfuerzo hubiera debido convertirse en lo contrario, la reconciliación entre alemanes del Oriente y del Occidente no va a requerir diez años, sino una o dos generaciones. Motivo suficiente para meditar con exactitud y constancia sobre lo que se debe hacer.

En primer lugar: los crímenes que se cometieron no deben ni ser olvidados ni echarse a un lado. Nadie que haya tenido un hermano, un hijo o un padre que haya sido asesinado o torturado o retenido por años en una prisión de la "Stasi" [Policía estatal de seguridad], o en una cárcel, podrá nunca olvidar algo así; tampoco aquellos que sufrieron en carne propia la arrogancia del poder o la brutalidad de guardias animalizados, por ejemplo, en la "Miseria Amarilla"¹, en la ciudad de Bautzen. Todos estos crímenes deben ser mencionados, llevados a la conciencia de todos y perseguidos; sólo que se debe pensar, conservando los patrones de un Estado de Derecho, de qué manera debe suceder esto.

1 Miseria Amarilla es el nombre con el que se conoce la cárcel de Bautzen, haciendo alusión a su color. (Nota de los compiladores)

Deben respetarse tres principios de un Estado de Derecho:

1. Sólo se castigan los hechos, no las intenciones.
2. Determinante sólo puede ser el código penal vigente entonces en la RDA.
3. Debe demostrarse la culpa individual de cada quien.

Obviamente, debe castigarse a los criminales, y las élites dirigentes deben ser reemplazadas, pero es un sinsentido que un antiguo colaborador de la “Stasi”, que ahora trabaja barriendo calles, sea despedido.

Naturalmente, alguien como Götz Schlicht –quien, bajo el pseudónimo de doctor Lutter en el campo de refugiados de Marienfelde², proporcionó a la “Stasi” durante años informes sobre los ciudadanos de la RDA que habían huido a la República Federal– debe comparecer ante un juez. Sobre esto no cabe ninguna duda, pues en muchos casos esto les ocasionaba a los parientes que no habían huido muchos perjuicios. Nadie que haya cometido algún delito, nadie que haya hecho sufrir perjuicios a sus conciudadanos, debe quedar exento de castigo.

Debemos tener muy en claro dos cosas: ¿Qué se quiere alcanzar? ¿Qué se puede alcanzar? No se puede superar lo actuado por un Estado injusto, con los medios de un Estado de Derecho; independientemente de que la criminalidad oficial y la represión por parte del Estado escasamente pueden ser objetos del derecho penal. Es indebido hacer valer a posteriori para ese tiempo los criterios democráticos (*nulla pena sine lege*), pero además sería injusto.

El juez Rainer Lips sostuvo la opinión –en el momento de fundamentar la sentencia contra Hans Modrow, el último primer ministro de la RDA en su fase de transformación– de que un proceso penal no era la ocasión de retomar la historia para superarla, sino que servía exclusivamente para la “práctica del derecho material”. De esto hace parte ante todo la consecución de la “paz jurídica”. De esta paz jurídica, debemos constatar, estamos hoy en día más distantes que hace tres años.

Lips indicó además que, a causa de la estricta disciplina del partido y del “centralismo democrático”, intolerante ante cualquier desviación de las prescripciones de la doctrina del partido, la mayor parte de los actores era igualmente víctima. De hecho, en el sistema de opresión tanto de los nazis como de la “Stasi” este doble papel es quasi inmanente. Los muchos cientos de miles de auxiliares de los que se servía ese régimen no eran *eo ipso* criminales. Sólo una pequeña mi-

² El campo de refugiados en el barrio Marienfelde en Berlín recibió refugiados de la RDA. (Nota de los compiladores)

noría se sentía realmente atraída por el ejercicio de este poder y violencia. La mayoría estaba compuesta de pequeños burgueses, quienes en otras circunstancias posiblemente se hubieran dedicado a cumplir fielmente sus tareas cotidianas.

¿Por qué deberían ellos –después de que se les había destrozado una parte de sus vida, y, más exactamente, no por culpa propia sino, por así decirlo, por culpa de las circunstancias– ahora ser marcados por el resto de sus vidas? Ellos estarían seguramente en disposición de servir lealmente al nuevo Estado si éste los aceptara. No se les puede negar simplemente la capacidad de laborar en la democracia en bien de su país. ¿Por qué entonces se debería arrinconar a los afectados en la amargura y la oposición? ¿No sería mucho más sensato emplearlos en algo provechoso? Muchos de ellos se requieren necesariamente para la reconstrucción.

La culpabilidad individual es entonces, en el caso de los ciudadanos, no sólo extraordinariamente difícil de dimensionar, sino propiamente imposible, porque nadie sabría establecer una norma para determinar por dónde corre la frontera entre aguantar y oponerse, entre adecuarse e irse a la oposición, entre apartar la vista y querer saber.

No se debe olvidar que el sistema de vigilancia en la RDA abarcaba más que en ningún otro Estado autoritario. Quien quisiera estudiar en una universidad o se quisiera esforzar por la fama o alguna otra distinción, debía adaptarse, pues la grandiosa garantía de “derecho a la educación” y “derecho al trabajo” era válida solamente para los leales, los adaptados, no para los que se desviaban, ni siquiera para los indiferentes.

No es posible una catalogación de la población entre culpables principales, menos incriminados y coequiperos, lo que seguramente están pretendiendo los fanáticos del orden; no es posible radiografiar a todo un pueblo. Tampoco es posible revisar lo que consignaron 100.000 empleados oficiales de la “Stasi” y posiblemente otros 100.000 no oficiales durante 40 años (y en 180 kilómetros de archivadores), con el objetivo de hacer justicia. Entonces, si no es posible una culpabilización individual, ni tampoco llegar a superar el pasado, ¿qué otra puede entonces ser la meta en la que deberíamos concentrarnos?

Esta meta debe ser, no investigar individualmente a los implicados, sino actuar de mediadores de nuevas comprensiones colectivas. Comprensiones del funcionamiento de ese refinado sistema de opresión con su psicoterror, las recompensas a los denunciantes, las órdenes secretas de secuestro y asesinato y un sistema de vigilancia extremadamente ramificado. El efecto sería en general algo así como si en un seminario se intentara imponer criterios de comportamiento político moral.

La meta debe ser impedir que se utilice todo mecanismo autoritario de poder e inculcarles a todos los ciudadanos la idea de que deben evitar que esta situación comience, pues al principio la oposición carece aún relativamente de peligrosidad y el éxito está más bien garantizado.

La meta debe ser despertar el sentido de liberalidad y tolerancia, pues no se trata de una lucha maniquea entre el bien y el mal. Se trata más bien de crear en forma pragmática un clima en el cual crezcan aspectos ético-políticos y se les dé a los ciudadanos la sensación de que la justicia está garantizada, aunque no se hurgue conciliatoria y continuamente en el pasado.

Resumen: en vista de que era imprevisible la duración de la división de Alemania, la mayor parte de los ciudadanos de la RDA solamente veía dos posibilidades:

Adaptarse, callar, tratar de sobrevivir, *o bien*:

no aceptar ningún compromiso, aislarse y sufrir.

También para la RFA había solamente dos posibilidades:

erigir fantasmas enemigos, sostener las tensiones y evitar los encuentros, *o bien*:

permitir los contactos, contraer algunos compromisos y buscar un arreglo que hiciera más soportable la división.

Es decir, o la política de la fuerza o distensión. Si Brezhnev³ o alguno de sus inmediatos sucesores hubieran permanecido más años en la cumbre no nos hubiera servido para mucho la política de la fuerza. Sólo cuando Gorbachov⁴ tomó el poder y se reorientó hacia la distensión con su “nuevo pensamiento”, es decir, hacia un cambio fundamental en la política, se movieron las cosas.

Quizás nosotros también deberíamos hacer reinar la “distensión” en el tratamiento de los problemas de la “Stasi”. La rigurosa política hasta el momento no ha producido más que frustración, precisamente porque actores y víctimas se han reencontrado a menudo en la misma categoría. A nadie puede satisfacer que jóvenes soldados que disparaban hacia el Muro, y con ello se hacían igualmente culpables, sean condenados inmediatamente, mientras que los verdaderos caudi-

3 Leonid Brezhnev, Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética, 1964-1982.
(Nota de los compiladores)

4 Mijaíl Gorbachov, Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética, 1985-1991.
(Nota de los compiladores)

llos de ese pérfido sistema, por ser considerados impedidos para comparecer ante un tribunal, se han escapado de una condena.

Desafortunadamente no se ha logrado erradicar el abuso de los archivos. El hecho de que los polacos hubieran sellado sus archivos ya en 1989 no fue cobardía, sino sabiduría. Si nosotros no detenemos en alguna forma el comercio con esos documentos, estaremos en vilo aún en el año 2000 con escándalos de destapes. Todos estos pensamientos llevan a reconocer que así no se puede seguir.

Nada nos puede redimir del pasado –no existe un “superar el pasado”–, no se puede ganar el futuro más que con reconciliación, no con ajuste de cuentas ni venganza.

El biólogo molecular Jens Reich (1939) fue una cabeza líder del movimiento político Neues Forum, fundado en 1989 en la RDA e integrado tras el cambio en la RDA en el partido Bündnis 90/Die Grünen. Después de un corto intermedio como parlamentario, Reich regresó a la ciencia y la investigación. Este texto es de 1993.

À LA LANTERNE

Jens Reich

El 21 de enero de 1793 fue condenado a muerte el ciudadano Louis Capeto, anteriormente conocido como Luis XVI, sobre la base de la sentencia de la Convención: 387 contra 334 votos. La sentencia no fue, sin embargo, ejecutada *à la lanterne*, mas sí en presencia de los militares y de una multitud: fue decapitado en la Plaza de la Revolución.

Exactamente doscientos años después se abstendrán los alemanes de ejecutar una sentencia contra su antiguo jefe de Estado. No habrá ningún tribunal para juzgar a Erich I, el Rojo¹; ningún parlamento se arrogará soberanía judicial, ningún fiscal leerá en voz alta la lista de las faltas políticas, ningún defensor sostendrá un alegato a favor de la inmunidad del rey, como en su momento lo hizo De Sèze y como lo exige también Honecker [...]

Los alemanes evitarán también el otro extremo. Ningún emperador pondrá pies en polvorosa hacia un *spa* sin ser molestado en forma alguna. Ningún presidente depuesto se exilia en una república banana para vivir allí de una cuenta en Suiza. Los alemanes insistieron tozudamente y lo trajeron de nuevo a casa, cuando él huyó a refugiarse bajo el manto protector de la Iglesia, luego en la inmigración interna hacia los rusos en Beelitz y, finalmente, en la inmigración externa, la doble, a la embajada chilena en Moscú. No le quedó más remedio, tuvo que abandonar a su María Antonieta (tan odiada al menos como la del Capeto de entonces en París) y regresar tras las rejas en Moabit; ya debilitado por la enfermedad, debió someterse al proceso, que no llegó a su culminación por motivos humanitarios. Así terminó

1 Esta mención se refiere a Erich Honecker, líder del Partido Socialista Unitario de Alemania (SED, por su sigla en alemán) y jefe de gobierno de la RDA desde 1971 hasta 1989. (Nota de los compiladores)

su carrera política, como había también iniciado, con un proceso político revestido de proceso penal. Los diez años que estuvo injustamente en Brandenburgo se le descontarán. Ya los ha purgado. Una sentencia ilustrativa faltará, sin duda, así como una fundamentación de la sentencia. En eso quedará todo [...]

Contra el reproche de homicidio de las víctimas en el Muro, se aportará toda una batería de argumentos de defensa (principalmente por parte de juristas de Alemania Occidental):

1. El uso de armas de fuego era un derecho positivo vigente.
2. Como todo Estado, la RDA tenía el derecho de proteger sus fronteras. Igualmente, tenía una especie de deber de asistencia frente a sus ciudadanos, entre otras cosas, procurar que la población no la abandonara, poniendo así en peligro la existencia misma de la sociedad (es decir, la construcción del Muro como salvación de la sociedad). Este argumento significa que el uso de armas de fuego no era solamente una norma jurídica positiva, sino que su empleo era así mismo adecuado y aceptable.
3. Si hubo transgresiones a esta ley no se les puede comprobar una culpabilidad personal ni a Honecker ni a ninguno más de los activistas de escritorio.

No debo referirme a la fortaleza de estos argumentos. Ella descansa sobre un principio: que solamente pueden ser perseguidas penalmente actuaciones que hubieran estado cominadas por la ley en la fecha de la acción.

Este punto de vista reviste tal peso, en razón de que es el que rige. Los ciudadanos de la RDA se acogieron a esta forma jurídica y en el tratado de la unidad firmaron por su parte que (brevemente formulado) para actuaciones anteriores a 1989 deberá ser aplicado el derecho de la RDA, de acuerdo a procedimientos y principios formales de la República Federal. Posteriormente, ya no podemos dar marcha atrás [...]

Estoy plenamente convencido de que para la condena de recriminaciones penales en los tiempos de la RDA, la justicia debe seguir la fórmula de chapurreo o algo análogo. Para un núcleo bien definido debe comprobarse que había una injusticia establecida por el Estado, y ni prescripciones expresas ni pruebas erradicadas que logren cambiarla. Es que la única alternativa sería desistir consecuentemente de toda jurisprudencia en el perímetro de la RFA, incluso sobre delitos de exceso de alcohol al volante, y esto no es factible. Las soluciones de emergencia que se aplican en vez de esto generan una zona gris insoportable, totalmente arbitraria, parcialmente accidental, entre aquello que estaba cubierto formalmente por el derecho de la RFA y lo que era punible también allí. En el caso de las descargas de fuego en el Muro tenemos un ejemplo palpable de ello;

maltratos en procesos de investigación, el estado desastroso de la ejecución de la pena (por ejemplo, en Bautzen²); otros ejemplos son las sentencias dictadas con anterioridad por la oficina política o el Ministerio de la Seguridad o el empleo de la psiquiatría para quebrar la resistencia política [...]

Ninguna ley de fronteras puede justificar la cacería (desde atrás) de quienes huían, con el arma automática en posición de disparar. No existe siquiera una hoja de parra para las máquina de matar. Los responsables hacen como si aquéllas hubieran caído del cielo. Y hoy, asesinado con la ametralladora: lo sentimos mucho, no podemos proceder, era un derecho positivo. Cayó en una máquina de muerte, lo sentimos mucho, no podemos proceder, no había ninguna orden expresa y quienes firmaron como responsables de las dos cosas estaban salvando la paz en la Guerra Fría y, por tanto, están exculpados de antemano. Una fina jurisprudencia [...]

Es difícil, así lo aprendo yo, comprobarles a Honecker & Co. la orden directa de disparar. Sin embargo, si existen en alguna parte testigos e indicios, es en este caso. Miles de ex soldados de fronteras pueden atestigar que en todas partes existía una presión coordinada e increíblemente fuerte de adoctrinamiento y de órdenes, en el sentido de que debía evitarse por cualquier medio, incluso hasta el aniquilamiento, una violación de la frontera. Había duras penas para quien “fallara” en el servicio. La cadena de comando corría sin vacío alguno, desde arriba (Consejo de Defensa) hasta abajo, y la cadena de informes, igualmente, sin interrupción hacia arriba. Los responsables de arriba guardaban un obstinado silencio frente a las numerosas protestas internacionales, negaban los episodios, rechazaban los reportes como exageración y difamación. Y luego vino el milagro: por las exigencias de Strauß³ se declaró Honecker finalmente de acuerdo con eliminar los totalmente inexistentes aparatos de muerte. Esto fue objeto de venta como una concesión humanitaria previa a la firma de algún tratado. Y el Tratado de Varsovia, sin cuya orden Honecker no podía aniquilar ni una cucaracha, impartió su bendición a este tratado con el enemigo en la lucha de clases.

Honecker había dejado ver con ello que el poder y los medios de negociación para cambiar la legislación sobre la frontera estaban en sus manos desde 1973, para cuando él así lo quisiera. Si a pesar de eso permitió que aún hasta 1989 docenas de jóvenes encontraran la muerte, eso demuestra la complicidad de escritorio

2 Bautzen era el lugar de una de las más tristemente célebres prisiones de la RDA, reservada principalmente para prisioneros políticos. (Nota de los compiladores)

3 Franz Josef Strauß fue por muchos años el líder de la Unión Social-Cristiana (CSU) en la República Federal, y en los años 70 y 80, primer ministro del estado federal de Baviera. En 1983 Strauß causó una gran agitación, también en las propias filas de la CDU/CSU, tramando un crédito de mil millones de marcos alemanas para la RDA. (Nota de los compiladores)

en todos los casos de heridos y muertos entre 1971 y 1989, al menos cuando éstos sucedieron por medio de minas antipersonas y máquinas de la muerte (que él bien supo desconectar con un trazo de su pluma cuando fue oportuno).

¿À la lanterne? ¿O mejor a la cárcel, quizás por docenas de homicidios?

No, yo no quiero decir algo semejante. Pero no porque esto sea injusto sino porque carece de sentido. Nosotros mismos permitimos durante mucho tiempo que el inflexible viejo y sus sátrapas se envejecieran en sus cargos, y no podemos ahora quejarnos si ya no están en condiciones de comparecer ante un juez [...]

Un país entero fue aniquilado económicamente, dos generaciones se mantuvieron prisioneras en una cárcel, se las convirtió en limosneros y fueron impuestas a una resignación deprimente, se traicionaron los ideales humanos de los grandes movimientos revolucionarios (por ejemplo, se asfixió la liberalidad con certeros disparos). La cabeza máxima del Estado, con la experiencia de diez años de prisión ilegal en el equipaje de la vida, permite que algo así suceda, que por transgresiones políticas se pasen decenas de años de vidas humanas en Bautzen o en cualquier otra parte; en vez de despejar las prisiones, él vende los prisioneros a cambio de divisas y permite la producción de aprovisionamiento de condenas, alardea de este comercio vacuno como eficiencia humanitaria; en vez de introducir la libertad de palabra, por la que él mismo luchó de 1930 a 1945, según sus propias pretensiones, fomenta, en un éxtasis de paranoia, un crecimiento exponencial del sistema de espionaje; en vez de seguir la tendencia de generosidad y tráfico internacional, permite que se siga disparando en la frontera y defiende un sistema absurdo de privilegios para los permisos de visitas [...]

¿Existe una pretensión penal frente a Honecker & Co. por estas transgresiones políticas?

Desafortunadamente no. Sólo existe descontento, rabia por nuestras vidas destrozadas en prisión. Por el despilfarro del patrimonio “popular”. Por los ideales traicionados. Por los cientos de miles de servicios de espionaje. Por la vergonzosa situación de peticionarios en la cual caímos.

Toda pretensión penal es nula porque nosotros fuimos partícipes. Nosotros lo vimos. Nosotros apartamos la vista. Nosotros callamos. Nosotros dirigimos nuestros ojos al cielo. Solamente un demacrado montoncito de personas intentó detener el proceso [...]

No hubieran podido disparar sobre cientos de miles, hubieran cedido. Recuerdo todavía la revolución del café al final de los años setenta: entonces el gobierno quiso duplicar el precio del café y casi desata una revolución. Rápidamente se retiró el asunto. Un par de años antes, la guerra de la ropa de cama: también allí

un paso atrás de la oficina política, cuando el pueblo comenzó a protestar en voz alta y perceptible. Desafortunadamente al pueblo se le olvidó protestar cuando entraron los tanques a Praga. Cuando el sindicato “Solidaridad” declaró la huelga. Cuando fueron acribillados a tiros algunos trabajadores del astillero de Dánzig.

A pesar de todo, considero que debemos dejar las cosas así. No hay repuesto para los miles de millones. Podemos expiar homicidio, heridas corporales, tortura, prevaricación en casos graves, y yo tengo bien poca comprensión, como ya se ha expuesto, frente a picapleitos pseudo-jurídico-estatales formales que protegen a los autores de escritorio. Quizás puede Schalck-Golodkowski⁴ ser estacionado no en el lago Tegern, sino también en el Centro penitenciario de Rummelsburg (en Berlín Oriental). Pero satisfacción no nos proporcionará nada de eso. El desperdi-ciado tiempo de vida se acabó.

Para el futuro es importante la liquidación del tribunal de la empresa RDA, también en esta forma inacabada. Tendremos que defendernos contra leyendas. Y tendremos que defender nuestra causa pública contra el embate de los incompetentes. Así como éstos saben camuflarse y atrincherarse, así mismo se necesita para ello un inmenso coraje civil.

Hoy, tres años más tarde, con Hoyerswerda y Rostock⁵ y la baja moral por la unificación, solamente me queda por decir: nos vamos a casa derrotados, los nietos lo combatirán mejor hasta el fin. Para el 3 de octubre de 1990 no hubiera confesado aún esta derrota. Demasiadas decepciones me han hecho regresar a la razón.

La próxima vez, poner más atención. Sólo con esto podemos satisfacer las exigencias del pueblo. Sin embargo, las perspectivas no son buenas, lo sé. Usar farolas como patíbulos es, a pesar de todo, obsoleto. Ningún camino lleva de regreso hasta el año 1793. Debemos encontrar nuevos caminos.

4 Alexander Schalck-Golodkowski fue un importante funcionario de las finanzas de la RDA que logró con frecuencia conseguir las ansiadas divisas para la jefatura de la RDA, por medio de negocios turbios en el occidente. Tras el fin de la RDA se iniciaron numerosos procesos contra él que terminaron, sin embargo, en condenas con libertad condicional, como máximo. Schalck-Golodkowski reside actualmente en una casa a las orillas de lago Tegern, en Baviera. (Nota de los compiladores)

5 En 1991, en las ciudades Hoyerswerda y Rostock, en Alemania Oriental, se llevaron a cabo ataques masivos contra extranjeros por parte de la población local. (Nota de los compiladores)

Joschka Fischer (1948) es un político alemán nacido en Alemania Occidental. Fue cofundador al final de los años 70 del partido “Die Grünen” (Los Verdes), dentro del cual fue primero representante al Parlamento federal; luego, ministro del Medio Ambiente en el estado federal de Hesse, y, finalmente, entre 1998 y 2005, ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno rojo-verde, en el período del canciller Gerhard Schröder. El discurso, reproducido parcialmente aquí, lo pronunció Fischer en mayo de 1999, en una convención extraordinaria del partido Bündnis 90/Die Grünen, en donde se trataban los temas de los ataques de la OTAN a Yugoslavia y la participación del Ejército Federal Alemán (Bundeswehr) en los mismos.

DISCURSO DURANTE EL DEBATE SOBRE LA INTERVENCIÓN MILITAR DE LA OTAN EN KOSOVO

Joschka Fischer

Queridas amigas y amigos, queridos contrarios, amados contrarios: desde hace medio año estamos aquí en el gobierno federal, medio año, sí; yo solamente he esperado; aquí habla un agitador de la guerra y ustedes van a proponer próximamente al señor Milošević¹ para el Premio Nobel de la Paz. Si la amiga de mi partido se levantara y dijera: la jefatura del partido está hablando de su desgarramiento, realmente no sé cómo se van a sentir cuando vean las fotos. Nunca me hubiera permitido soñar que nosotros [...] tras medio año, una asamblea del Partido Verde [...]

Pensé que queríamos discutir y que los amigos de la paz ante todo tienen interés en la paz. Y si están tan seguros, por lo menos deberían oír los argumentos y presentar sus contraargumentos. Con coros enteros, con bolsas de pintura no se va a solucionar esta cuestión, no en nuestro medio ni tampoco fuera de él. Y estamos viviéndolo en esta asamblea de partido, y en este sentido no es un desgarro interno sino un desgarro externo. Tampoco me hubiera permitido soñar que nosotros, Los Verdes, debiéramos realizar nuestra asamblea partidista bajo protección policial. Pero, ¿por qué debemos discutir bajo custodia policial? Ciertamente, no

1 Slobodan Milošević, político serbio, fue presidente de Serbia desde 1989 hasta 1997 y presidente de Yugoslavia desde 1997 hasta 2000. (Nota de los compiladores)

porque así lo queramos sino porque algunos no quieren discutir, como acabamos de vivirlo. ¡Ése es pues el punto! Yo sé, que, como ministro federal de Relaciones Exteriores, debo ser cauteloso, no puedo decir nada sobre determinadas cosas, por motivos bien ponderados. Pero me cuesta realmente mucho esfuerzo hacerlo después de lo que he oído en los últimos tiempos: sí, una “oportunidad a la diplomacia”, eso puedo apoyarlo enfáticamente. Ahora bien, les digo: estuve donde Milošević, discutí dos horas y media con él, le rogué que renunciara a que en este momento se empleara en Kosovo la violencia. Ahora hay guerra allí, sí. Y nunca me hubiera permitido soñar que (la alianza) rojo-verde comparta la guerra. Pero esta guerra no empezó hace 51 días, sino en 1992, queridas amigas y amigos, ¡desde 1992! Y yo les digo, entretanto, les ha costado la vida a cientos de miles, y ése es el punto en donde los del partido Bündnis 90/Grüne ya no son un partido de protesta. Hemos resuelto ir al gobierno federal, en una situación en la que estaba claro que podría tener lugar la escalada definitiva de las guerras yugoslavas de sucesión. Aún me acuerdo [...] ¡No, no voy a callar! ¡No voy a hacerles ese favor! [...] Aún me acuerdo: acababan de pasar las elecciones al Parlamento federal. En ese momento volamos Schröder y yo a Washington. Aún estábamos en la oposición; ya era claro que recibimos una herencia que en determinadas circunstancias podría conducir a una confrontación sangrienta, a una guerra. Y en este punto sólo puedo decirles: ya en ese momento, cuando cerramos la coalición, nos era claro que entrábamos en una difícil situación.

No me hubiera permitido soñar que en el primer semestre tendríamos allí no solamente la “Agenda 2000”², no solamente la crisis de la Comisión [Europea], sino también la cuestión Rambouillet³ y, finalmente, el fracaso de Rambouillet y la guerra. Sólo puedo decirles una vez más lo que yo no estoy dispuesto a aceptar: la paz exige como condición que no se asesinen personas, que no sean desalojadas, que no se viole a las mujeres. ¡Eso es condición previa de la paz! Y yo soy el último que diría que no he cometido errores. Justamente, incluso en los últimos tiempos, cuando se mencionan los informes de la situación actual. Sí, fue un error que debo aceptar. En el primer semestre no he podido, especialmente bajo la presión, hacer todo, pero asumo la responsabilidad de ello y seré criticado por lo mismo. Se han cometido otros errores. Sólo que, por otra parte, quiero decirles, y también quiero informar al partido, mi situación personal. El punto decisivo es

2 La “Agenda 2000” es un programa de acciones y reformas de la Unión Europa que fue aprobado en marzo de 1999. (Nota de los compiladores)

3 En 1999 se reunieron en Rambouillet (Francia) representantes de la OTAN con colaboradores de Slobodan Milošević para negociar un tratado de paz con respecto al conflicto en Kosovo, conocido con el nombre de Tratado de Rambouillet, que luego fracasó, lo que condujo a la declaración de guerra de la OTAN contra Yugoslavia. (Nota de los compiladores)

ciertamente que hemos ensayado realmente todo para impedir esta confrontación. Y ahí les digo, yo no soy, y Dios lo sabe, una suave planta al tomar y al dar, pero dolió cuando me levantaron el reproche personal de haber arrastrado la República Federal a la guerra. Sólo puedo decirles una cosa: el grupo del G8 ha decidido ahora una base común, una declaración de principios sobre la base total de Ram-bouillet. Y solamente les puedo asegurar que hice cuanto estuve en mi poder para evitar esta confrontación. Y si alguien opina en esta cuestión que él podría tomar una posición que fuera inocente, entonces tendríamos que analizar la posición completamente. Se me achacó un homicidio moral, y allí yo realizaría una eliminación de basuras de la historia alemana y otras parecidas. Quiero decirles: en mi biografía desempeñan un papel decisivo dos puntos centrales, y no puedo dejar mi biografía a oscuras. ¡Me pregunto quién lo puede hacer en esta cuestión! En Solingen⁴, cuando se llegó a ese atentado asesino contra una familia extranjera, una familia turca, los ataques racistas, el neonazismo, las cabezas rapadas. Obviamente, en mi interior se encuentra siempre el recuerdo de nuestra historia y allí cumple un papel. Y me pregunto, siempre que hemos usado conjuntamente ese argumento en la política interior, por qué no lo usamos cuando en Europa se presentan de nuevo el desplazamiento forzado, la guerra étnica y, en el entretanto, se debe registrar una cosecha sangrienta. ¿Es esto un rearme moral excesivo, es esto un homicidio? Auschwitz vuelve a ser Auschwitz. Sin embargo, tengo dos principios fundamentales: nunca más guerra, nunca más Auschwitz, nunca más genocidio, nunca más fascismo. Las dos cosas son en mí cosa común, queridas amigas, queridos amigos, y por eso ingresé al Partido Verde. Lo que me pregunto es: ¿por qué rehúyen ustedes esta discusión? ¿Por qué rehúyen con silbidos esta discusión si se designan ustedes mismos como izquierdistas, incluso como izquierdistas radicales? Pueden encontrar erróneo todo lo que se ha hecho en este gobierno federal y la OTAN, eso lo pueden encontrar erróneo. Pero a mí me interesaría cómo entonces, desde un punto de vista de izquierda, debería designarse lo que se practica en Yugoslavia desde 1992 en asuntos como guerra étnica, política nacionalista; cómo uno de la izquierda, desde el punto de vista de ustedes, designaría realmente esto. ¿Son acaso viejos conceptos de lo que se considera enemigo a los cuales uno se ha acostumbrado, y es que el señor Milošević no se ajusta a los mismos conceptos? Yo les digo, con el fin de la Guerra Fría ha regresado una guerra étnica, una política nacionalista que Europa no debe aceptar.

4 El 29 de mayo de 1993 cinco miembros de una familia turca fueron víctimas en Solingen (Renania del Norte-Westfalia) de un ataque incendiario. El atentado tuvo un trasfondo de extrema derecha. (Nota de los compiladores)

Erich Röper (1939) es profesor y colaborador del Centro Europeo de Política y Derecho (ZERP) de la Universidad de Bremen. Este texto fue publicado en la revista Aus Politik und Zeitgeschichte (De la política y la historia contemporáneas) en el año 2005, que intentó un análisis de 15 años de reunificación. Röper muestra en su texto varias áreas en las cuales los alemanes orientales han sido perjudicados.

LOS HERMANOS Y LAS HERMANAS INFERIORES

Erich Röper

En 1990 “pensábamos que la unificación significaba que la RDA ingresaría, mientras que en la República Federal todo iba a permanecer como estaba. Éste fue un gran error. Hubiéramos debido comprender que algo nuevo surgiría”¹. Esto no ha llegado hasta ahora a la conciencia de todos los alemanes. Era demasiado claro el fracaso social, económico y financiero de la RDA, demasiado descuidado su sistema político y económico como para que muchos alemanes occidentales hubieran querido acoplarse a ellos; demasiado tradicional el miedo de que aquellos “del otro lado” pusieran en riesgo el bienestar propio. Para los de acá eran, y son, sus hermanos y hermanas inferiores del Oriente quienes debían adaptarse.

Numerosos ciudadanos y ciudadanas en Occidente toman nota de sus con-ciudadanos orientales, aún en el año 15 de la unificación alemana, sobre todo cuando se trata de la liquidación moral y jurídica del régimen socialista, y a veces aplican normas que en gran medida faltan a su misma superación de la época nacionalsocialista. Entre tanto, crecen en Oriente, junto con *Ostalgie*² y con partidos de izquierda/PDS³, sentimientos de extrañeza hacia el aún hoy privilegiado Occidente, y en éste algunos desearían incluso la construcción de un nuevo muro.

1 Ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal, Joschka Fischer, en entrevista para el periódico Berliner Zeitung del 28./29.2. 2004, p. 5.

2 *Ostalgia* es un juego con las palabras *Nostalgie* (nostalgia) y *Ost* (este). *Ostalgia* es entonces la nostalgia por la Alemania del Este. (Nota de los compiladores)

3 PDS: Partei des demokratischen Sozialismus: Partido del Socialismo Democrático. (Nota de los compiladores)

Ingreso en vez de reunificación

“En 1989, cuando los héroes de Leipzig portaban por las calles el lema de un solo pueblo, no era una hora cero. En ese momento ya existía un Estado occidental saturado que proclamaba su Constitución en libertad y bienestar como un golpe de suerte de la historia”⁴. Largo tiempo antes de la reunificación unían a las dos partes del estado alemán solamente los derechos reservados de los Aliados y una nacionalidad común. Ésta hubo de compartirse por primera vez en 1967, por la ley de la ciudadanía de la RDA. Dos veces negó también el Tribunal Administrativo Federal la nacionalidad alemana a alrededor de 800.000 alemanes orientales, pues ésta no satisfacía las demandas de la ley alemana occidental de nacionalidad del Estado y del Imperio⁵. En 1987 el Tribunal Constitucional Federal revocó las sentencias: semejante manera estática de ver cuestionaba fundamentalmente la unidad de todo el pueblo alemán en su actual existencia, portador del derecho de autodeterminación, e iba en contra del precepto de la Constitución de defender la unidad de la nacionalidad alemana; la RDA y la República Federal de Alemania representaban aún a “Alemania como un todo”⁶.

Ya en 1949 muchos vieron “en la concepción occidental del Estado un sepelio de la unidad alemana”⁷, especialmente porque algunas autoridades alemanas también dudaron de ella⁸. El gobierno federal era para las potencias occidentales “el único gobierno alemán libre y legítimamente constituido y, por tanto, autorizado para hablar por Alemania como representante del pueblo alemán en asuntos internacionales”⁹; sin embargo no era para los aliados occidentales el gobierno *de jure* para toda Alemania.

En la existencia de dos estados no pensó solamente el SED¹⁰. Puesto que en vista de la construcción del Muro “no se podría hacer guerra por Berlín” y la

4 Thomas Darnstädt, *Die Konsensfalle*, Múnich 2004, p. 10.

5 v. *Entscheidungen des Bundesverfassungsgerichts* (BVerwGE), Volumen 66, pp. 277 ss., y 72, pp. 291 ss.; v. también Erich Röper, “Nation und Recht”, en *Zeitschrift für Rechtspolitik* (ZRP) (1987), pp. 403 ss.

6 v. *Entscheidungen des Bundesverfassungsgerichts* (BVerwGE), 77, pp. 137 ss.; ver Erich Röper, *Die Bundesrepublik kann die deutsche Staatangehörigkeit nicht definieren*, en *Die Öffentliche Verwaltung* (DÖV) (1988), pp. 488 ss.

7 Klaus Stern, *Staatlichkeit und Verfassungsgebung in Deutschland vor 50 Jahren*, en *DÖV* (1988), pp. 795 ss.

8 v. Eberhard Menzel, *Zur völkerrechtlichen Lage Deutschlands*, en *Europa-Archiv* (F.A) (1947), pp. 1009 ss., con indicaciones de tomas de posición del Ministerio Bávaro de Finanzas, del 22.1.46, y del Ministerio de Economía, del 14.2.1946.

9 Declaración de Nueva York del 8.9.1950 y minuta interpretativa, v. BVerfGE 77, pp. 137 ss., 158.

10 SED: Sozialistische Einheitspartei Deutschlands: Partido Socialista Unificado de Alemania. (Nota de los compiladores).

alternativa sería, en consecuencia, “guerra o desalojo”,¹¹ el ministro de Asuntos Exteriores de la CDU¹², Gerhard Schröder, propuso en septiembre de 1961 evacuar Berlín occidental y reconstruirlo en las Landas de Lüneburgo¹³. En 1965, Schröder quiso reemplazar la cláusula de Berlín en tratados internacionales por una declaración de principios¹⁴. La ciudad ya no hubiera sido lo que era, es decir, “un obstáculo casi insuperable para una división duradera de Alemania. Sin Berlín era posible imaginar una Alemania de dos estados como algo permanente, pero con Berlín esta solución incluía una pregunta sin respuesta: ¿Qué hacer con la isla?”¹⁵

La lucha por los votos de los desplazados y la aspiración de representación exclusiva de Bonn, asociada a la doctrina Hallstein, evitaron posiblemente, hacia finales de los años 50, el retorno de Stettin a la RDA, ciudad situada al occidente del Oder, originalmente perteneciente a la zona de ocupación soviética y más tarde asignada a Polonia. Tales correcciones de la Línea Oder-Neiße hubieran exigido el reconocimiento en derecho internacional de la frontera occidental de Polonia y pagos de reparación por las atrocidades nazis, lo que en ese momento no se hubiera podido llevar a cabo políticamente en la República Federal de Alemania¹⁶.

Como en general Bonn nunca cuestionó la pretensión de representación exclusiva de Alemania, se reemplazó consecuentemente la votación exigida en 1949 en el Artículo 146 de la Constitución sobre una constitución común en caso de reunificación¹⁷, por el simple ingreso de la RDA al campo de aplicación de la Constitución: “en concordancia con la doctrina vigente por décadas de la identidad de la República Federal de Alemania occidental con el Estado alemán total, el ingreso de la RDA, según el Artículo 23 de la Constitución (versión antigua), no cambió en nada la identidad alemana por derecho internacional, sino que solamente amplió su territorio”¹⁸.

11 Diarios de Heinrich Krone, volumen 1, 1945-1961, Düsseldorf, 1995, anotación del 18.8.1961.

12 CDU: Christlich-demokratische Union: Unión Cristiano-Demócrata Alemana. (Nota de los compiladores)

13 v. Daniel Koerfer, Kampf ums Kanzleramt, Stuttgart, 1987, pp. 597 ss.

14 v. Theo M. Loch, Die “Berlinklausel soll gestrichen werden”, en *Rheinischer Merkur* del 9.7.1965, p. 1.

15 Peter Bender, Berlin, glückliches Ärgernis, en *Die Zeit* del 27.8. 1998, p. 49.

16 v. Harald Vocke, Alfred von Kessel, Friburgo; 2001.

17 v. Karl (Carlo) Schmid, Die politische und staatliche Ordnung der Bundesrepublik Deutschland, en DÖV (1949), pp. 201 ss.

18 Thoma Giegerich, Europäische Verfassung und deutsche Verfassung im transnationalen Konstitutionalisierungsprozess, Berlin, 2003, p. 1174.

Marginación económica y discriminación social

El rápido ingreso convirtió a muchos alemanes de la RDA en limosneros, según palabras de la publicista Daniela Dahn en la entrega del Premio Ludwig Börne, en 2004. En efecto, no pocos alemanes de Occidente creen hasta hoy que la adición presupuestaria de solidaridad para la financiación del pacto solidario se les cobra sólo a ellos. El continuado trato desigual en la asistencia, por ejemplo, en la remuneración laboral o en el monto del subsidio de desempleo II, y, no en última instancia, en el tema de “los frustrados del Oriente” que no deberían decidir sobre el futuro gobierno federal, generó indignación en muchos alemanes de Oriente durante la campaña electoral de 2005, y nuevos sentimientos de marginación.

El manejo del “patrimonio nacional” de la RDA que se ha percibido como discriminación empezó en 1990. Esto se ve claramente cuando se compara el Estado de los conscientemente llamados “nuevos” estados federados con la posición de los estados en la República Federal de 1949. “Bajo la prioridad temporal de desarrollo de la constitucionalidad de los estados antes de la formación de la organización de estados alemanes unidos” éstos habían tomado a su cargo en 1949 la fortuna estatal y municipal estatalizada en 1933-34¹⁹, en el “vacío de poder” del ejercicio fiduciario de la soberanía alemana por las potencias de ocupación²⁰, y reglamentaron la repartición de la fortuna de la administración del Imperio y financiera, en los artículos 134 y 135 de la Constitución. La RDA fue en 1990, por el contrario, el compañero más débil: los artículos 134 y 135 de la Constitución no tenían trascendencia alguna, ya que “en los tiempos de la RDA la fortuna del Imperio se había transformado en fortuna popular, según los artículos 21 y 22 del Tratado de Unificación, o bien se había asignado a otros organismos jurídicos”²¹. La Federación entregó a los “nuevos” estados federados arruinados edificios administrativos, pero ningún patrimonio fiscal valioso²²; según la ficción política, los distritos habrían reemplazado a los estados en 1952 y, con ello, la RDA habría estatalizado su patrimonio. En consecuencia, éste habría pasado el 3 de octubre

19 v. H. Holtkötter, en Bonner Kommentar, nota. C.5b) al Art. 134 GG; Fritz Freudling, Rechtsfragen zu Art. 134 und 3 GG (Reichsvermögen), en Neue Juristische Wochenschrift (NJW) (1954), pp. 1785 ss.

20 v. BVerfGE 6, pp. 309 ss., 360.

21 Werner Heun, en Horst Dreier (editor), Grundgesetze, Vol. 3, Tübingen 2000, Números al margen, 10 ss. 21 sobre Art. 134.

22 v. sobre la “fortuna prusiana”, Helmut Steinberger y Dagmar Richter, Ist das Land Brandenburg im Wege der Rechtsfolge in das auf seinem Territorium gelegene Vermögen des ehemaligen Staates Preußen eingetreten?, Rechtsgutachtungen, junio de 1993; BVerfGE 95, pp. 250 ss., sobre las centrales eléctricas de Brandenburgo-Mecklenburgo expropiadas por Brandenburgo en 1948.

de 1990 a la Federación como entidad heredera legal, pues hasta las elecciones de los parlamentos estatales del 14 de octubre de 1990 no existían los estados de Alemania Oriental. Si, por el contrario, se parte correctamente de la continuidad jurídica de los estados orientales, los cuales se encontraban traslapados en los distritos y sin poder de decisión, a semejanza de toda Alemania, desde 1952 hasta 1990 en la República Federal y la RDA, su patrimonio no se hubiera transferido en forma alguna a la RDA y luego a la República Federal²³. Y para impedir en el futuro una minoría bloqueante de los estados orientales en futuras reformas a la constitución²⁴, se determinó en el Tratado de Unificación “diversificar” los votos para la Cámara Baja federal: estados con más de siete millones de habitantes –todos en el Occidente– dispondrían de un voto adicional.

Después de 1990 el tema bien pronto fue, en especial, la abolición de las ayudas federales y de las exageradas transferencias. Sin embargo, según cálculos del instituto (fundación Stiftung Marktwirtschaft und Politik [Economía de Mercado y Política]), cercano a los intereses patronales, de 1,1 billones de marcos, sólo una cuarta parte –cerca de 40 mil millones anuales– puede considerarse como aporte específico para el Oriente, en su mayoría inversiones, asignaciones a los estados sin objetivo concreto y recursos para el mercado laboral²⁵. En esta forma, los pagos de pensiones o partidas para la construcción de carreteras y ferrovías han sido –y aún son– cargados a la “reconstrucción del Oriente”, los mismos que en Occidente se tratan como recursos del plan federal de movilidad. Además, Berlín arriesga el fomento de la estructura del Oriente al fijar el aporte de la UE en un 1% del ingreso nacional bruto²⁶.

La institución fiduciaria liquidó incluso empresas con capacidad de sobrevivir. Fatales consecuencias tiene también la extendida falta de un listado de la producción oriental en las grandes cadenas de víveres. El fomento de la inversión con depreciaciones (especiales) y devolución de inmuebles en lugar de indemnizaciones convierte a los alemanes orientales, de por sí débiles en cuanto a capital,

23 v. Erich Röper, “Verfassungsgebung und Verfassungskontinuität in den östlichen Bundesländern”, en Zeitschrift für Gesetzgebung (ZG), 6 (1991), pp. 149 ss.

24 v. el mismo, Beitritt nach Artikel 23 GG sichert die finanzielle Handlungsfähigkeit der DDR-Länder, en: Deutschland Archiv (DA), 23 (1990) 4, pp. 559 ss.

25 v. Frankfurter Institut der Stiftung Marktwirtschaft und Politik, Argumente zur Marktwirtschaft und Politik, 65 (1999) 9, pp. 5 ss.

26 En relación con eso la secretaría de Estado parlamentaria Barbara Hendricks en la hora de preguntas, BT-Protokoll 15/96 del 10.3.2004, p. 8593. Con resolución del 18.7.2005 el Tribunal Constitucional Federal impidió los esfuerzos de los estados alemanes del sur de transferir la compensación de riesgos estructurales en el seguro estatal de enfermedad a cargo de los asegurados de Alemania oriental (Número de archivo 2 BvF 2/01).

en arrendatarios en su propio país. (Si los alemanes occidentales habían rehabilitado casas en la RDA antes de julio de 1990, este gasto no se podía deducir de los impuestos²⁷).

Antes de 1990 era acorde con el *ordre public* no aplicar acuerdos tarifarios, como en el caso de trabajadores extranjeros²⁸, a los ciudadanos de la RDA. Si hoy los costos unitarios de la mano de obra alcanzaran el nivel de Occidente, “el efectivo cartel de los sindicatos de Occidente y de las federaciones patronales prestaría atención a que de esto no se deriven ventajas para Oriente en cuanto a costos, pues, de lo contrario, las empresas baratas del Oriente podrían convertirse en competencia seria para los centros de desarrollo ya establecidos en el Occidente”²⁹.

En la disputa por la “propiedad alemana oriental” se exigen aún vehemente mente una revisión de la “reforma agraria” y el reintegro de los terrenos expropiados en la zona de ocupación soviética desde 1945 hasta 1949³⁰. La reforma agraria no era algo específico de Moscú ni del SED, y la preservación del *statu quo* en el Artículo 41 del Tratado de Unificación, o bien en el artículo 143, parágrafo 3 de la Constitución, no era una obsesión del primer ministro de la RDA, Lothar de Maizière. Para él lo importante era la paz jurídica, “lo ya vivido” en la RDA. Además, las cuatro potencias de ocupación quisieron emprender reformas agrarias para la “desmilitarización completa” y la “eliminación” de la influencia de los nobles y de los grandes propietarios nazis en los asuntos de Estado³¹. Las constituciones de Alemania Occidental formularon algo parecido. Los Aliados aceptaron entre sí las respectivas medidas. De esta forma, los británicos no abolieron, tras la fijación de fronteras de las zonas alrededor de Ratzeburg, el 27 de noviembre de 1945, las expropiaciones del decreto de la reforma agraria de Mecklenburg-Vorpommern del 5 de septiembre; las quejas no tuvieron éxito³². El Tribunal Europeo para los Derechos Humanos rechazó recientemente las demandas de los anteriores terra-

27 v. Tribunal Financiero Bremen, Sentencia del 18.8.1999, Número de archivo. 499122K3.

28 v. respuesta del secretario parlamentario de Estado, Wolfgang Vogt del 7.7.1982 a una consulta por escrito, BT-Drs. 11/608, pp. 39 ss.

29 Stefan Berg y otros, Las nuevas Zonas Orientales, en: Der Spiegel, Nr. 16/2004, pp. 22 ss.

30 En forma ejemplar, Constanze Paffrath, Macht und Eigentum, Colonia, 2004.

31 Prólogo del proyecto de reforma agraria de la zona americana, cit. en BVerfGE 46, pp. 268 ss. Al respecto, detalladamente, Erich Röper, Die Bodeneformen in allen vier Besatzungszonen, en: Neue Justiz (NJ), (2005), pp. 296 ss.

32 Sobre la vigencia jurídica de la legislación de la reforma agraria v. Bundesgerichtshof (BGH), sentencia del 17.2.1960 (V ZR 86/58); sobre el traspaso a nuevos agricultores BGH, LM 39 1955, Hoja 188, sobre §839 BGB/Art. 14 parágr. 3 y Art. 34 de la Constitución.

tenientes³³, al igual que el derecho de indemnización a los agricultores que ya no ejercían más la agricultura. Toda restitución de bienes anteriores tendría imprevisibles consecuencias: dos tercios del territorio del país afectados por la reforma agraria de la zona de ocupación soviética pertenecían a familias aristocráticas, aunque sólo el 1% de la población era y es aristocrática³⁴.

Tampoco la vida laboral vivida en la RDA es considerada como equivalente. “Pretensiones de restitución de una rehabilitación profesional total o parcial en el aspecto de derecho laboral no se contemplan en la [ley de rehabilitación laboral]”, aunque en 1994 la Comisión Consultiva del Parlamento alemán para la “superación de la historia y de las consecuencias de la dictadura del SED en Alemania” vio la necesidad de actuar: “El legislador se abstuvo de incluir el derecho de contratación en caso de desventajas laborales por persecución política, contenida en el anterior código de la RDA [ley de rehabilitación del 18.9.1990]”³⁵. Perjuicios en el derecho a la pensión se repararán sólo si existen pretendientes. En esta forma, los escolares de antaño que sufrieron persecución política o fueron perjudicados, y a causa de dicha persecución no empezaron su formación profesional, no reciben ninguna indemnización³⁶.

Aún más, sólo se aceptan grados profesionales “equivalentes” a los de aquí³⁷. La formación del profesorado en la RDA se consideraba comparable formalmente y en cuanto a contenidos, mientras que en la República Federal eran escasos los docentes. Ahora la carrera universitaria y la actividad laboral especializada deben corresponder a la estructura, al objetivo y al contenido de la capacitación profesional en Occidente. Como consecuencia del “procedimiento lento y degradante de reconocimiento de los grados profesionales de los alemanes del Oriente”, son “funcionarios de los ministerios de Educación occidentales, sin conocimiento de la vida en la RDA, quienes deciden sobre esta equivalencia”³⁸.

También en la indemnización de las consecuencias de la guerra hubo y hay diferencias. “La única *terra incognita*³⁹ en el mapa de indemnizaciones de la ley

33 EGMR, en: NJ, (2005), pp. 325 ss.

34 Joachim Wieland, en: H. Dreier (Nota 17), número al margen! 4 sobre Art. 143 de la Constitución.

35 Tribunal Laboral Federal (BAG), sentencia del 9.11.1994, 7 AZR 19/94, p. 12.

36 v. BVerwG, sentencias del 21.1.1999, 3 C.5/98, 3 C.6/98.

37 Art. 37 párrafo. 4 Tratado de la Unificación (EV); v. respuesta del secretario parlamentario de Estado, Christoph Matschie, del 20.11.2003 a una consulta escrita, BT-Drs. 15/2107, pp. 47 ss.

38 Thomas de Maizière, Den Glauben an den Staat gemästet, en: Frankfurter Allgemeine Zeitung (FAZ) del 25.1.1999, p. 11.

39 Joachim Löbach/Wilhelm Kreuer, Das Lastenausgleichsrecht und offene Vermögensfragen, Bornheim 1992, p. 345; v. BverfGE 46, pp. 299 ss.

de compensación de cargas fue por largo tiempo sólo la RDA". Únicamente los desplazados con domicilio permanente en Occidente a finales de 1950 recibieron la compensación por la guerra y por los perjuicios del desplazamiento forzoso; gradualmente fue revocado después de 1961 el plazo para fugitivos de la zona soviética. Los desplazados que vivieron hasta 1990 en la RDA y no habían recibido terrenos de la reforma agraria recibieron después de la reunificación un pago único de 4.000 marcos alemanes.

Para los alemanes de la zona de ocupación soviética, a quienes les estaba prohibido actuar en la Constitución, y para quienes también actuó expresamente el Consejo Parlamentario, según Cláusula 2 del preámbulo de 1949, hubieran debido tener validez las mismas garantías prescritas en la Constitución. Sin embargo, su derecho a la libre circulación (Art. 11, parágrafo 1 de la Constitución) fue restringido para Occidente ya en 1950: según § 1 parágrafo 1 de la ley de aceptación urgente se necesitaba un permiso especial para la residencia continua en Occidente. Como es el caso actualmente en las solicitudes de asilo, se verificó la persecución política. Resultado: sólo del 6 al 10% eran efectivamente perseguidos políticos; en su mayoría eran refugiados económicos. La solicitud del SPD⁴⁰ de recibir a todos aquellos que no hubieran perpetrado ningún delito punible aquí fue denegada. El tribunal constitucional federal aprobó la ley debido a la fuerte carga económica y social que traería consigo una gran corriente migratoria⁴¹. Como en el § 3 parágrafo 1, sentencia 4 de la ley federal de desplazados, hasta 1990 ésta repercutió en el código de indemnizaciones: como refugiado se entiende solamente quien huyó a causa de una urgente situación política especial impuesta, ante todo en peligro directo para la integridad, la vida o la libertad personal; "sólo motivos económicos no justifican el reconocimiento como refugiado de la zona soviética".

El Artículo 138, parágrafo 5 de la Constitución de la Iglesia de San Pablo de 1848 comprometió al Estado a reparar e indemnizar una detención ilegal, y en el Artículo 16, parágrafo 2, igualó esta última a la expropiación. Sin embargo, por prisión en la Unión Soviética o en la RDA sólo fue indemnizado quien vivía en Occidente en 1955; "refugiados de la zona soviética", sólo después de 1961. Los liberados de la detención forzosa en la RDA que regresaron a casa no han recibido

40 SPD: Sozialdemokratische Partei Deutschlands: Partido Socialdemócrata de Alemania. (Nota de los compiladores)

41 BVerfGE 2, pp. 266 ss.; v. también BVerfGE 3, pp. 40 ss. Similar fundamentación: Sentencia BVerfGE del 17.3.2004 sobre la ley de asignación de lugar de residencia para inmigrantes tardíos, 1 BvR 1266/00.

hasta hoy ninguna indemnización⁴². Inequiparable con el principio de igualdad en el Artículo 3, parágrafo. 1 de la Constitución es también la renta básica de invalidez para las víctimas de la guerra en Occidente y Oriente por igual perjuicio, en § 31 parágrafo 1, frase 1 de la ley federal de desplazados a partir del 31 de diciembre de 1998. El legislador tiene para el período de transición “un amplio margen de cálculo para las prestaciones en efectivo”, pero no para las diferentes indemnizaciones por el mismo perjuicio, debido a los enormes requerimientos de financiación estatales causados por la reunificación alemana⁴³.

Superación del pasado

En 1945 se derrumbó la Alemania nacionalsocialista, la Wehrmacht⁴⁴ capituló sin condiciones. Pero la mayoría de la gente no quería enfrentarse a los delitos: 42 a 55% en la zona de ocupación americana consideraban el nacionalsocialismo como una buena idea que había sido llevada a cabo mal, y el 44% no quería asumir ninguna responsabilidad por la época nacionalsocialista. En 1949 el 31% estaba en contra de toda reparación y en 1952 el 44% se pronunciaba en contra de los pagos a Israel⁴⁵.

En 1950 el SPD fracasó en el Parlamento con la moción de “rehabilitar de manera unificada en el nivel federal y en forma total a las víctimas de la justicia nazi”. La reconstrucción tenía prelación y el enemigo en el Oriente era el mismo que antes de 1945. La “estrategia del olvido” estuvo en vigor hasta entrados los años 90. Los culpables desaparecieron en su mayoría de la conciencia social. También la RDA había incluido miembros del NSDAP (Partido Nacional Socialista Obrero Alemán) en la construcción del nuevo Estado; sin embargo, el NDPD⁴⁶ como partido en bloque, comparable con el DP⁴⁷ en el Occidente, nunca

42 v. respuesta de la secretaría parlamentaria de Estado, Ute Voigt, el 14.3.2005 a una consulta escrita, BT-Drs.15/5167, pp. 5 s. Sobre la “incomparabilidad” de la indemnización por prisión en Occidente y Oriente v. respuesta del ministerio de Justicia de Baden-Württemberg a una consulta pequeña, I.T-Drs 12/3152 del 6.8.1998.

43 BVerfG, en: NJW, (2000), pp. 1855 ss.

44 La Wehrmacht era el ejército alemán del Tercer Reich. (Nota de los compiladores)

45 v. detalladamente Frank Stern, Im Anfang war Auschwitz, Gerlingen 1991, pp. 81 ss.

46 NDPD: National-demokratische Partei Deutschlands: Partido Nacional Democrático de Alemania era un partido político de la RDA, fundada en 1948, donde se integraron antiguos miembros del NSDAP. (Nota de los compiladores)

47 DP: Deutsche Partei: Partido Alemán. Un partido político de la RFA, conservador de derecha. Existió hasta 1980. (Nota de los compiladores)

tuvo influencia en el gobierno en el Estado del SED. Éste reactivó a oficiales de la Wehrmacht en el NVA⁴⁸, aunque evadió las líneas tradicionales.

En los juicios que tienen que ver con la superación del pasado deciden desde 1990, por lo general, alemanes occidentales, por encima de los alemanes de la RDA; critican el pensamiento político teñido de socialismo, aunque ellos “se han ‘ocupado’ –ciertamente, burocrática y jurídicamente, historiográfica y financieramente– de la otra dictadura, de la época del nacionalsocialismo, pero no la han superado política y emocionalmente”.

Recién en 1998 la ley de revocación de sentencias injustas del nacionalsocialismo rehabilitó a “las víctimas de la injusticia jurídica y eugenésica nacionalsocialista y les dio satisfacción, no financiera pero sí jurídica y moral”⁴⁹. Hasta entonces no había tampoco exclusiones de pago⁵⁰: En esta forma, quienes habían delinquido entre 1933 y mayo de 1945 en el servicio público contra los fundamentos de la humanidad o del Estado de Derecho, “[...] eran considerados beneficiarios por todo el tiempo en que habían estado exentos de aportar al seguro antes del 8 de mayo de 1945, debido a su trabajo en el servicio público, como reasegurados en el seguro de pensión legal hasta el monto límite de los aportes válidos en ese tiempo”⁵¹. Sólo ahora están excluidos “pagos de pensión, incluso para solicitantes del interior, cuando ellos, o aquellos de quienes proviene el derecho, hubieran delinquido durante la tiranía del nacionalsocialismo contra los fundamentos de la humanidad o del Estado de Derecho”⁵².

En cambio, después de 1990 fue degradado quien como “soporte del sistema DDR” hubiera efectuado un considerable aporte para el mantenimiento del sistema político. Sólo el tribunal constitucional federal revocó la limitación del pago de aportes para miembros de MfS/AfNS⁵³⁻⁵⁴. Los culpables principales, así como los incriminados, debían ser retirados de importantes cargos en el servicio (semi-)

48 NVA: Nationale Volksarmee (Ejército Popular Nacional), el ejército de la RDA. (Nota de los compiladores)

49 Kurt Rudolf, Die vergessenen Opfer der NS-Justiz, NJW, (1999), pp. 102 ss.

50 v. el secretario parlamentario de Estado, Horst Seehofer el 2.2.1990 a una consulta escrita, BT-Drs 11/6413, pp. 25 ss.

51 El ministro de Finanzas del estado de Renania-Palatinado a una consulta pequeña, LT-Drs10/1448 del 7.5.85.

52 El secretario parlamentario de estado Horst Günther en el momento dedicado a las consultas, BT-Prot. 12/154 del 29.4.1993, p. 13165.

53 MfS: Ministerium für Staatssicherheit: Ministerio para la Seguridad del Estado. AfNS: Amt für Nationale Sicherheit: Autoridad de la seguridad nacional. (Nota de los compiladores)

54 v. BVerfGE 100, pp. 1 ss., 47 ss., 54 ss.

público y en las empresas del Occidente desde de 1945⁵⁵. Sin embargo, muchos de ellos dieron la pauta para la nueva formación de las autoridades. Antiguos nazis tomaron parte en la formación de la oficina federal de criminología. En el Ministerio de Asuntos Exteriores dominaron ex funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich; por el contrario, después de 1990 no fue aceptado ningún diplomático de la RDA⁵⁶. Ya en 1948, “en algunos tribunales occidentales el porcentaje de jueces nazis era mayor que en la época nazi, [...] la membresía en el NSDAP era casi una condición de contratación en los años cincuenta”. La desnazificación de las universidades fracasó a causa de que “gran parte del profesorado de las universidades era cómplice en la ideología y en lo referente a la política de la educación superior, y también en la renazificación estatal de funcionarios en los correspondientes ministerios de los estados”; “casi todos los profesores regresaron a las facultades de Derecho, algunos de ellos incluso fuertemente incriminados en el Tercer Reich”⁵⁷. De todo esto hacía parte “el consenso implícito de tratar con gran escepticismo a los contrarios declarados de Hitler, a los científicos judíos y supuestamente izquierdistas”, sobre todo entre estudiantes, con frecuencia antiguos soldados; a los pocos docentes antinazis se los perturbaba sistemáticamente⁵⁸.

“Toda relación laboral de los funcionarios se extinguió el 8 de mayo de 1945”⁵⁹; sin embargo, casi todos se rehabilitaron a partir del 31 de marzo de 1951, con la ley de regulación de las condiciones de derecho de las personas cobijadas por el Artículo 131 de la Constitución federal. De esta manera, “numerosas personas que habían pertenecido al servicio público, separadas de sus cargos tras el final de la guerra y que, a causa de sus imputaciones comprobadas en el proceso de desnazificación, hasta ese momento no habían sido aceptadas de nuevo en el cargo” pudieron regresar a sus antiguas posiciones, “en caso de que no fueran muy graves aquellas incriminaciones”⁶⁰. En el caso de ex funcionarios nazis que hubieran huido de la zona de ocupación soviética/RDA esto fue válido hasta 1964, solamente cuando ellos como refugiados hubieran logrado pasar a la República Federal para “evitar un peligro inminente o amenaza para el cuerpo, la vida y la

55 v. directiva del consejo de control 24 del 31.3.1946 ABl. KR Nr. 5, p. 98.

56 v. Genscher wollte keine SED-Diplomaten. Interview mit Ex-Botschafter Werner Killian, en: Die Tageszeitung (taz) del 7.4.2005, p. 3. v. también el secretario de Estado Klaus Scharioth, el 22.3.2005 a una consulta escrita. BT-Drs, 15/5181, p. 7.

57 Citas: Uwe Wesel, Geschichte des Rechts, München1997, pp. 514 y 533 ss.

58 Detalladamente F. Stern (Nota 39), pp. 155 ss., 170, 169, 173 y 180 ss.

59 BVerfGE 3. pp. 58 ss., E 6, pp.132 ss.

60 Adalbert Rückerl, Die Strafverfolgung von NS-Verbrechen, Heidelberg 1979, p. 46.

libertad personal”⁶¹; hasta hoy esta ley no es válida para quienes permanecieron en la RDA.

También en el cultivo de las tradiciones hay diferencias. A los antiguos soldados del NVA no les es lícito llevar su grado de servicio con el apéndice “a.D.” (en retiro); por el contrario, los soldados de la Wehrmacht pueden llevar toda clase de condecoraciones de guerra⁶². El ministro federal de Defensa fundamenta esto en la discontinuidad del NVA y del ejército federal –Bundeswehr–, no de la Wehrmacht, cuyos generales dan el nombre a algunas unidades del ejército federal⁶³. La revocación de esta disposición fue rechazada⁶⁴.

En años anteriores los partidos de extrema derecha tuvieron éxito en las elecciones para el Parlamento de los estados: 12,9% de los votos para la DVU en 1998, en Sajonia-Anhalt; 9,1% para el NPD en Sajonia en 2004 sirvió de señal de advertencia; 10,9% para los “republicanos” en 1992, en Baden-Württemberg, y su reelección en 1996, con el 9,1%, pasaron casi desapercibidos⁶⁵.

La frontera invisible

“La razón de la República Federal no es ver que en el Occidente, a orillas del Rin, ganen amplios espacios la autosatisfacción y las comodidades”⁶⁶; sin embargo, la República Federal se había instalado cómodamente para fijar los límites con la RDA. “Mientras más vieja se tornaba la República Federal, más crecía en el occidente de Alemania la tendencia hegeliana de ver lo real como razonable, y en los dos estados alemanes, la prueba de que en el espíritu mundial aún se podía confiar”⁶⁷. Con la vista al Atlántico, se le dio la espalda a la RDA.

Esta sensación de ser algo extraño levanta, aun después de 15 años de unificación, una frontera invisible, no sólo a causa del atraso económico. Los alemanes

61 v. BVerfGE 3, pp. 58 ss., 149 s.

62 Sin cruz gamada o calavera; en caso de distintivos de lucha de bandas ganadas en la guerra de aniquilamiento en el Oriente no existe “ninguna necesidad de actuar”, puesto que “ya no está en servicio en la Bundeswehr ningún soldado que haya participado en la Wehrmacht”, según el secretario parlamentario de Estado, Klaus Rose el 29.9.1998 a una consulta escrita, BT-Drs. 13/11464, p. 5.

63 v. respuesta del gobierno federal a una pequeña consulta, BT-Drs. 15/5426 del 4.4.2005.

64 v. BT-Prot. 15/166 del 17.3.2005, p. 15529 B a BT-Drs. 15/4949 del 23.2.2005.

65 DVU, Deutsche Volksunion, NPD, Nationaldemokratische Partei Deutschlands y los Republikaner son todos partidos políticos de la extrema derecha. (Nota de los compiladores)

66 Alcalde-gobernante de Berlín Ernst Reuter 1949, cit. en P.Bender (nota 11).

67 Heinrich August Winkler, Separatismus auf Filzletschen, en: Die Zeit del 15.10.1998, p. 58.

occidentales ocupan las cátedras, las posiciones clave de los ministerios y juzgados del Oriente; la reconstrucción administrativa se asemeja en cada caso al “país que ofrece la asistencia”. El desarrollo propio no tiene validez (incluso Bismarck les concedió en 1871 a los estados federales derechos de reserva). En 1990 se agregó el “territorio pobre” conocido como *nuevos* estados federados a los *antiguos* estados, de gran capacidad financiera y económica. Aquéllos debían copiar su exitosa receta. Las facultades que hubieran permitido continuar con el desarrollo de cuatro décadas no fueron otorgadas. “Un pueblo, una nación, un derecho”, escribe Wolfgang Schäuble⁶⁸, pues “parecía que era un hecho que las leyes vigentes en Alemania Occidental son intocables, las del Oriente están todas a disposición [...]. Seguir aplicando leyes razonables de la RDA, al menos en forma provisional; con ello no tuve al final éxito alguno”⁶⁹.

Más que diferencias entre compatriotas, hay dos sociedades como antes⁷⁰; el comportamiento en las elecciones y el sistema de partidos diferentes demuestran lo anterior en forma especialmente evidente. En 1985, “Alemania” era para el 59% de la población occidental sólo la República Federal, mientras que solamente para el 25% lo era también la RDA⁷¹. Hoy en día una gran parte de los ciudadanos del Oriente se ven en primer lugar como alemanes orientales⁷². Si ha de evitarse esta continua división interna, el Occidente debe aceptar la identidad que creció en Oriente durante más de 40 años y reconocer que allí se hizo mucho para pagar la culpa de toda Alemania por la guerra. Este histórico esfuerzo compensa los actuales pagos de transferencia, los cuales, vistos con detenimiento, son escasamente pagos en el marco del sistema constitucional financiero. Aún hoy día es válida la exigencia del antiguo alcalde de Berlín, Eberhard Diepgen (CDU), en 1988: se trata de “derribar la presunción frente a los alemanes de la RDA”⁷³.

68 Wolfgang Schäuble, político del CDU, ministro del Interior de 1989-1991. (Nota de los compiladores)

69 Wolfgang Schäuble, Ich habe einen Traum, en: Die Zeit del 30.9.1999, Leben, p. 28.

70 En agosto de 2005 el 43% de los alemanes del Oriente estaban “descontentos”, o “muy descontentos” con el sistema político, con el funcionamiento del mismo, incluso el 74% “descontentos” o “muy descontentos”. Encuesta Forsa, en: taz del 1.9.2005, p. 7.

71 Encuesta para el canal de tv. ZDF; v. servicio exclusivo, Bonn, 9.10.1985.

72 Los alemanes del Oriente se sienten “fuertemente” o “bastante fuertemente” ligados con “Alemania del Este” (73%), algo menos con “Alemania” (38%) o con “Europa” (22%); v. Sozialreport 2004 des Sozialwissenschaftlichen Forschungszentrum Berlin.Brandenburg.

73 Debate sobre el informe de la situación de la nación, BT-Prot. 11/113 del 1.12.1988, pp. 8094 ss.

Rainer Eckert (1950) es el director del Foro de Historia Contemporánea Leipzig de la Fundación Casa de la Historia de la República Federal de Alemania. Este texto fue publicado en la revista Aus Politik und Zeitgeschichte (De la política y la historia contemporáneas) en 2005, que intentó un análisis de 15 años de reunificación. Eckert busca en su texto las razones por las cuales la integración interna de las dos Alemanias se presenta tan difícil y enfatiza los logros que se realizaron en 1990.

EL HISTÓRICO AÑO DE 1990

Rainer Eckert

En la República Federal del año 2005 muchos creen que el futuro ya desapareció. Parece que ni el pueblo ni las élites políticas tienen una idea clara de cómo será la sociedad en diez o veinte años¹. El historiador alemán-norteamericano Fritz Stern piensa que la situación y el estado de ánimo están marcados por la melancolía, el dudar sobre sí mismo y el descontento². Parecería que se estuvieran extendiendo una nueva desigualdad social y un “fatalismo general”, y muchos ven como algo cercano el recurrir al pasado para tener una certeza sobre el presente y ganar un futuro.

Habría que explicar de qué aspectos del pasado se trata. No pocos espectadores temen que el mencionado pasado de los alemanes sea el nacionalsocialismo: un recuerdo de un tiempo “fascinante”, época en la que se superó el desempleo masivo, en la que Alemania recobró algún valor dentro del mundo y en la que ganó “guerras relámpago”³. Hay que añadir los recuerdos familiares del “dolor, los apuros y la necesidad, el recuerdo de la casa bombardeada, de los bienes que se abandonaron, del abuelo, en ese entonces aún muy joven, como prisionero de guerra”⁴, y se descubre, en la ciencia y el periodismo, el estatus

1 V. Harald Welzer, Nervtötende Erzählungen. Die Bewältigung der Vergangenheit in Deutschland gilt als vorbildlich. Was bewältigt ist? Gar nichts. En: Frankfurter Rundschau, Suplemento del 7 de mayo de 2005. p. 1.

2 Fritz Stern, Fünf Deutschlands sind ein bisschen viel. Entrevista. En: Der Tagesspiegel del 19 de junio de 2005.

3 Blitzkrieg. Una estrategia militar usada por Hitler. (Nota de los compiladores)

4 H. Welzer (nota 1).

de los alemanes como víctimas de los bombardeos, de las deportaciones y las violaciones⁵. Estos recuerdos no deben desacreditarse, pues cada pueblo tiene el derecho e incluso el deber de acordarse de sus propios muertos. La elaboración individual del dolor que familias e individuos padecieron también es necesaria y útil. Sin embargo, ese dolor no debe separarse del contexto de la culpabilidad alemana.

La monstruosa época delictiva del “Tercer Reich” ha sido, de hecho, tan bien estudiada y anclada a la conciencia colectiva que no es apta como “maravilla nacional”. Independientemente de eso, sigue siendo necesario ocuparse continuamente de la culpabilidad alemana, y, aunque un alemán aislado de hoy no es culpable, sí persiste la responsabilidad de la nación. Auschwitz permanecerá como el fundamento negativo de la República Federal. Sin embargo, hay que preguntarse si basta con ese recuerdo para que se dé la nueva configuración de la identidad nacional. Una posible respuesta a esta pregunta está relacionada con la búsqueda del correspondiente *positivo* en la historia alemana.

En forma sensata la atención se vuelca rápidamente también sobre las tradiciones alemanas de la libertad. Es posible buscar los orígenes de estas tradiciones. La resistencia contra el nacionalsocialismo y contra la segunda dictadura alemana reviste importancia decisiva para la estabilización moral e intelectual de la democracia alemana. En este punto, la atención se centra en la revolución pacífica de 1989-1990 y en la reunificación que se hizo posible gracias a ella.

Al preguntarnos por el significado histórico del año 1990 y del otoño del año anterior, no se trata en primera instancia del 9 de noviembre de 1989 y de la caída del Muro de Berlín, sino sobre todo de lo acontecido el 9 de octubre en Leipzig, día en que las fuerzas del Estado capitularon ante la sola masa de manifestantes pacíficos. Fue primero el pueblo el que creó las condiciones para la caída del Muro, como punto culminante de una revolución pacífica. Algunos historiadores y polítólogos pierden de vista esta perspectiva al dar excesiva importancia a condiciones externas, como la superioridad económica del Occidente, la revolución de la información y el papel de los políticos occidentales o del dirigente del partido, el soviético Mijail Gorbachov⁶. No obstante, sólo después de aquel lunes decisivo, con Leipzig como escenario, fue posible darle una ac-

5 V. Jörg Friedrich. *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*. München, 2003; Hubertus Knabe, *Tag der Befreiung? Das Kriegsende in Ostdeutschland*, Berlín, 2005.

6 V., entre otros, Eckhard Jesse, *Das Dritte Reich und die DDR – Zwei „Deutsche“ Diktaturen?*, en: *Totalitarismus und Demokratie*, 2 (2005) 1, p. 49, o: Dennis L. Bark, *Außenpolitische Bedingungen der deutschen Einheit. Die „Supermächte“*, en: *Zeit-Fragen. Der Weg zur Wiedervereinigung*. Köln-Bonn 2000. pp. 11-26.

ción política a la unificación. De manera que es cierto que el 9 de noviembre de 1989 es uno de los días más felices de la historia alemana⁷; sin embargo, ese día es impensable sin el 9 de octubre. Este hecho cae cada vez más en el olvido, pues Berlín, como capital, logra atraer sobre sí más interés que la “provincia alemana de Oriente” y proporciona más impresionantes imágenes de la caída del Muro. Éste fue un acontecimiento alemán-alemán. Con todo, no se debe sobrevalorar la caída del Muro de Berlín frente a la toma de la Bastilla⁸. Sólo las ocupaciones de la central de la policía secreta del SED⁹, a partir del 4 de diciembre de 1989, estuvieron en consonancia con el histórico punto culminante de la Revolución Francesa.

Exigencias del movimiento civil

Desde el punto de vista económico, social, moral y político internacional, la dictadura comunista había llegado a su fin en 1989. Predominaba una esperanza doblegada y mentalmente exhausta de que de Moscú llegaría en algún momento la orden de libertad. Para los poderosos, la ideología marxista-leninista había caducado y el valor de declararse a favor de los propios ideales disminuyó con una rapidez dramática¹⁰. En una situación como ésta fue cuestión de suerte histórica el que se unieran en poco tiempo las esperanzas y exigencias del movimiento civil con las de la mayoría de la población y, de este modo, se hiciera posible un accionar político revolucionario.

Un texto del Nuevo Foro del 28 de octubre de 1989 revela ejemplarmente y de manera clara las exigencias del movimiento civil¹¹. El tema era la libertad en cuanto libertad de prensa, de opinión, constitucional, de manifestación, la libertad de escoger el lugar de residencia. A esto hay que añadir la idea de una RDA reformada, sin una policía [secreta] omnipresente, aliada amigablemente con la República Federal pero, eso sí, con la pretensión de ser “una nueva RDA”¹², posición finalmente ilusoria.

7 Véase Heinrich August Winkler, *Der lange Weg nach Westen. Deutsche Geschichte vom „Dritten Reich“ bis zur Wiedervereinigung*, tomo 2, München 2000, p. 513.

8 Así Winkler, véase *ibid.*, p. 517.

9 Sozialistische Einheits-Partei (Partido Socialista Unificado de Alemania), el único partido político permitido en la RDA. (Nota de los compiladores)

10 Véase Jens Reich, *Rückkehr nach Europa. Zur neuen Lage der deutschen Nation*. München-Wien, 1991. pp. 79, 131.

11 Véase *ibid.*, pp. 193 s.

12 Véase *ibid.*, p. 261.

Entre las esperanzas reformistas de los grupos a favor de los derechos civiles se contaban: una reforma de los medios, la reforma del derecho electoral, cambios fundamentales en el ámbito de la justicia política penal y del procedimiento penal, así como dar a conocer y reducir las ventajas y prebendas especiales de las que gozaban los funcionarios estatales. Debería acortarse el servicio militar y crearse un servicio social sustitutivo. Los órganos de la policía y de los servicios de seguridad debían ser controlados desde el Parlamento y reducidos a la dimensión estrictamente necesaria. Otras exigencias se referían a la desvinculación de Estado y sociedad, a la reducción de la burocracia, así como a la independencia de círculos y comunidades. También había esperanzas de un resurgimiento en la educación y la formación profesional, así como en la estabilización de la red social.

Durante un corto pero feliz período histórico, las exigencias, esperanzas y deseos de la mayoría de los alemanes del este, representados en el lema “Nosotros somos el pueblo”, se identificaron con las exigencias, esperanzas y deseos del movimiento pro derechos civiles, para luego diferenciarse después de la caída del Muro de Berlín y desarrollarse, reconociendo cada vez más rápidamente que “Nosotros somos un pueblo”, en dirección a una reunificación lo más veloz y completa posible. En detalle, se caracterizó la situación en las demostraciones del otoño de 1989, por el hecho de que las exigencias políticas en general estaban vinculadas con deseos de cambios en la cotidianidad¹³, similares en todas las regiones de la RDA. Los manifestantes exigían: “Stasi (Policía de la Seguridad del Estado) a la producción”, que los funcionarios del SED fueran llamados a responder por sus actos, que se terminara con la pretensión del SED de llevar la voz cantante y que se rehabilitara a las víctimas de la persecución política. Esto significaba elecciones libres, libertad de prensa, libertad de cultos y la libertad en la educación escolar, en la instrucción en las universidades y en la investigación. La presencia de tropas soviéticas en la RDA también fue objeto de críticas.

Otras esperanzas se fundaron en la desaparición de la burocracia hipertrófica. Los sajones en particular acogieron con gran entusiasmo la visión de una nueva fundación de su Estado libre. El SED y los partidos del bloque y las organizaciones masivas debían abandonar las empresas. Había que asegurar la protección del medio ambiente, detener el deterioro de las ciudades y reformar el servicio de salud. Los discapacitados y los ancianos debían recibir mejor atención; se debía construir parques infantiles. Los manifestantes exigían que el presentador de te-

13 Por ejemplo en una grabación hecha en un evento que tuvo lugar en la Plaza del Teatro de Dresde, el 19 de noviembre de 1989.

levisión Karl Eduard von Schnitzler¹⁴ desapareciera de las pantallas y se hiciera una verdadera revisión de la historia.

Muchos se empeñaban, no en última instancia, en una mejor situación económica y no pocos pensaban en ese momento en reemplazar su “Trabi”¹⁵ por un “verdadero” auto. Finalmente, ganaba significación también la esperanza de una Alemania única en una Europa unificada. En medio de la euforia general y la expectativa en el futuro, sólo muy pocos oradores se referían al colapso en la economía o a quiebres sociales, o bien asociaban esto con la profecía de peores tiempos inminentes. En esos momentos muchos alemanes orientales no querían oír nada de ello.

El historiador Hartmut Zwahr, oriundo de Leipzig, analizó y clasificó de manera sistemática las exigencias de la revolución de 1989-1990. Identificó cuatro grupos de ellas: 1. De democratización, que se expresaba en lemas tales como “Democracia: ahora o nunca”, “Nosotros somos el pueblo”, 2. De derechos y libertades fundamentales (“libertad de prensa”, “servicio civil, derechos humanos”, libertad de viajar para todos, “Sin visa hasta Hawái” y “derecho a huelga”, 3. De cambio de poder, expresada en frases como “Erich¹⁶, vete; no nos duele”, “El país necesita nuevos hombres”, “¡Que renuncie el gobierno!”, “Que se castigue a los culpables” y 4. De destruir los aparatos del Estado, en primer lugar, la “Seguridad del Estado” [policía secreta] (“Que se acabe la Stasi, no tiene sentido”, “¡Stasi, a la economía!”, “Stasi, se te acabó tu cuarto de hora”)¹⁷.

Más del 90% de las exigencias del otoño de 1989 se hicieron realidad. Los alemanes orientales de los años 1989-1990 escasamente podían entrever las dificultades del presente: desde el desempleo masivo, pasando por el envejecimiento de la población, hasta la emigración del este.

¿Qué se logró en 1990?

Por vez primera en la historia alemana, tras la entrada de la RDA al ámbito constitucional de la República Federal, según el Artículo 23, vivían los alemanes tras fron-

14 Su programa “Der schwarze Kanal” (El canal negro) era un programa de propaganda antioccidental. (Nota de los compiladores)

15 Una de las dos marcas de carro producidos en la RDA. (Nota de los compiladores)

16 Se refiere a Erich Honecker, presidente de Consejo de Estado de la RDA hasta el 18 de octubre de 1989. (Nota de los compiladores)

17 Véase Harmut Zwahr, Ende einer Selbststörung. Leipzig und die Revolution in der DDR, Göttingen 1993. pp. 130-131.

teras seguras y reconocidas internacionalmente y sus vecinos no los percibían como una amenaza. Se ha resuelto la “cuestión nacional”; se han conquistado la libertad y la unidad nacional, y éstas se mantienen estrechamente vinculadas, la nación se ha unificado en un democrático Estado-Nación posclásico¹⁸. La época de la posguerra llegó a su fin con el “tratado sobre la reglamentación definitiva respecto a Alemania” del 3 de octubre de 1990, y la República Federal es ilimitadamente soberana.

Richard Schröder, en una controversia que mantuvo con Günter Grass sobre la interpretación de “la libertad que se les regaló” a los alemanes, mencionó importantes acontecimientos en el desarrollo de la revolución pacífica hasta la reunificación¹⁹. Entre ellos, se encuentra ante todo el que la opresión y el espionaje políticos llegaran a su fin, así como el que los hombres que quisieran abandonar su país ya no correrían el riesgo de ser asesinados en una frontera prácticamente infranqueable. Igualmente importante es en la actualidad el que los alemanes orientales hayan aceptado básicamente la democracia parlamentaria y sus instituciones. Por otra parte, con el otoño de 1989 aún se asocia, si bien de manera un poco velada, el recuerdo de la felicidad de “la marcha erguida” y el reconocimiento de haber podido vencer situaciones de opresión de manera pacífica²⁰.

No obstante, la avenencia con una forma democrática de gobierno parece estar cada vez más en peligro en los últimos tiempos. Una señal de alerta radica en que entre 1991 y 2003 el 30 y el 50%, respectivamente, de los alemanes occidentales, pero entre el 50 y el 70% de los alemanes orientales, hayan manifestado su descontento con la democracia²¹. Es preocupante, por otra parte, que este descontento se refleje en la pérdida de votos, en el retroceso en la membresía partidista y en una participación cada vez menor en las elecciones. En busca de razones que justifiquen esta situación se ha apelado en la parte oriental al fenómeno de una socialización de diferente género, al estatus socioeconómico actual, a las expectativas frustradas en el proceso de unificación y a las escasas posibilidades de un comercio participativo.

Pero en el fondo, la satisfacción con la democracia está relacionada, primera y especialmente, con la posibilidad de la libre acción individual²². En esto se

18 V. H.A. Winkler (nota 6), pp. 638 y 655.

19 Richard Schröder, Günter Grass sieht Gespenster. Von wegen „Freiheit nach Börsenmaß“, en: Die Zeit del 12.5.2005, p. 8. Richard Schröder, oriundo de la RDA, es teólogo y filósofo en Berlín, Günter Grass es un escritor y premio Nobel. (Nota de los compiladores)

20 Discurso del presidente del Parlamento federal, Wolfgang Thierse, el 9.10.2004 en la Nikolaikirche en Leipzig. Grabación.

21 V. Wilhelm Hinrichs/Ricarda Nauenburg, Unterschiedliche Demokratiezufriedenheit in West- und Ostdeutschland, en: Deutschland Archiv (DA), 38 (2005) 3, p. 393.

22 *Ibid.*, p. 401.

hacen necesarios ciertos cambios urgentes en el este que, no obstante, deben ser reclamados y colmados de vida solamente por los alemanes orientales. La democracia requiere compromiso, y para el progreso, en el desarrollo en la Alemania unificada es indispensable que los intereses de los alemanes orientales se tomen en consideración suficientemente en el ámbito federal²³.

Es importante reconocer que, a pesar del desempleo masivo, de que muchos alemanes han emigrado de la parte oriental (a lo que se unen el envejecimiento progresivo de la población y una alta tasa de desocupación de viviendas)²⁴, de una tasa de natalidad negativa y una desindustrialización²⁵, “la reconstrucción del Oriente”²⁶ puede hablar de respetables éxitos. Se han salvado ciudades que se desmoronaban, se ha construido una nueva infraestructura de autopistas, se han creado redes de comunicación muy modernas, se han construido nuevos aeropuertos y canales. Y, a pesar del colapso de grandes partes de la economía alemana oriental, ha surgido también en los últimos quince años un sector empresarial de alto rendimiento que se concentra de manera creciente en los mercados extranjeros²⁷. Por otra parte, la situación de la vivienda ha mejorado sustancialmente, la economía de la escasez ha llegado a su fin y los servicios de salud ya no sufren bajo esa precariedad de la antigua RDA, donde era necesario reutilizar las agujas de las inyecciones repetidas veces y afilarlas antes de usarlas de nuevo.

El discurso de la reunificación

A pesar de todos los logros, el discurso sobre el proceso de unificación se desarrolló de manera contradictoria y a menudo negativa. Esto nos debe llevar a pensar que la discusión sobre una dictadura tras su derrumbamiento debe ser en gran medida controvertida²⁸. Adversarios y víctimas de la dictadura piden justicia

23 V. Hans-J. Misselwitz, *Nicht länger mit dem Gesicht nach Westen. Das neue Selbstbewußtsein der Ostdeutschen*, Bonn 1996, p. 81.

24 V. Thorsten Erdmann, *Regionale Aspekte der Bevölkerungsentwicklung in Ostdeutschland seit der Wiedervereinigung*, en: DA, 38 (2005) 3, p. 402.

25 V. Wolfgang Seibel, *Verwaltete Illusionen. Die Privatisierung der DDR-Wirtschaft durch die Treuhandanstalt und ihre Nachfolger 1990-2000*, Frankfurt/Main 2005.

26 En alemán, “Aufbau Ost”, un concepto gubernamental para el desarrollo de la antigua RDA. (Nota de los compiladores)

27 V. Udo Ludwig, *Licht und Schatten nach 15 Jahren wirtschaftlicher Transformation in Ostdeutschland*, en: DA 38 (2005), p. 415.

28 V. Rainer Eckert, *Triumph über die Diktatur oder Verschleierung der Vergangenheit? Zwölf Jahre Auseinandersetzung mit der zweiten deutschen Diktatur. Eine vorläufige Bilanz*, en: Horch und Guck 11 (2002) 39, pp. 23-27.

y explicación, la mayoría de los simpatizantes guarda silencio, sin conciencia de culpa, y los antiguos amos de la tiranía no reconocen culpa alguna, tratan de asegurar su existencia profesional y se afanan por llegar de nuevo a los cargos más altos. Así es como la democracia, que sigue tras el dominio totalitario, requiere el más alto grado de cuidado para tratar su historia previa.

Esto se nos concedió en la República Federal, tras la liberación del nacionalsocialismo, sólo en forma limitada. Los demócratas de 1989-1990 habían aprendido de esta situación y llevaron adelante el enfrentamiento con la dictadura comunista concatenada con aquello. Sin embargo, se cometieron errores durante dicha deslegitimación. Algo típico de esto puede verse en el esclarecimiento de la actividad de los colaboradores no oficiales de la policía secreta, quienes se transformaron en un abstracto “Ossi”²⁹ colectivo³⁰, mientras que la mayoría del personal directivo encargado de la seguridad estatal y las estructuras del SED permaneció en la oscuridad. También era necesario inspeccionar los vínculos de cientos de miles de alemanes orientales con la policía secreta; sin embargo, esa inspección ya era injusta por el mismo hecho de que alemanes occidentales nunca, o en extremadamente pocas ocasiones, llegaron a estar en el banquillo de pruebas, y la pregunta acerca de cómo se habían comportado bajo una represión totalitaria permaneció sin respuesta.

Al final no podía sorprender que los alemanes orientales les retornaran a sus compatriotas occidentales los reproches que se habían confeccionado contra ellos. De hecho, surgió una crítica temprana proveniente de Alemania Oriental que caracterizaba a los compatriotas como gente deformada, con la represión como rasgo distintivo³¹. Se adicionó a esto una reacción por despecho, acoplada con el punto de vista de que los alemanes orientales debían salir solos de sus propias dificultades. Entonces siguieron, por una parte, intentos de desarrollar una perspectiva de futuro para los nuevos estados, y por otra, crecieron la desilusión, los reproches y la nostalgia. Mientras que unos, como Markus Meckel, intentaron evocar el camino autoconsciente hacia la unidad alemana³², otros, como Wolfgang Thierse, llamaron a desarrollar perspectivas para Alemania Oriental³³; otros, como Friedrich Schorlemmer, le apostaron a la reconcilia-

29 Apelativo para los alemanes orientales. (Nota de los compiladores)

30 V. H. A. Winkler (nota 6), p. 634.

31 V. Hans-Joachim Maaz, *Der Gefühlsstau. Ein Psychogramm der DDR*, Berlín 1990.

32 V. Markus Meckel, *Selbstbewußt in die Deutsche Einheit. Rückblicke und Reflexionen*, Berlin 2001. Markus Meckel es un político oriundo de Alemania Oriental. (Nota de los compiladores)

33 V. Wolfgang Thierse, *Zukunft Ost. Perspektiven für Ostdeutschland in der Mitte Europas*, Berlín 2001. Wolfgang Thierse es un político oriundo de Alemania Oriental. (Nota de los compiladores)

ción³⁴, o bien argumentaron desde la perspectiva de Alemania Oriental, como Edelbert Richter, en contra del espíritu neoliberal de la época³⁵. Todo esto era comprensible y remitía al futuro en forma discursiva. En cambio, publicaciones más recientes en las que se hablaba del “la frustración de la unidad”³⁶, “la disputa en la unidad”³⁷, “el malestar en la unidad”³⁸ o las “diferencias en la unidad”³⁹ parecía que acertaban en el muy difundido estado de ánimo, pero no en el meollo del asunto. Éste es el caso también de las fuertes protestas del año 2004 en contra de las reformas “Hartz IV”⁴⁰ o de quienes prevenían acerca de un “descomunal fracaso de la unificación”⁴¹.

Muchos de los problemas no son achacables directamente a la reunificación, sino que han surgido en los últimos años. Hoy en día parece que se está propagando en Alemania Oriental una desilusión creciente, en lugar de una alegría frente a la libertad política individual y pública conquistada. Esta desilusión no es producto de la ingratitud, ni de la frustración por las ilusiones que fracasaron, ni una remembranza irracional de la RDA, sino que tiene unas causas concretas. Entre ellas, se pueden enumerar, junto con la degradación masiva en los aspectos social y jurídico de las viejas élites del SED, el principio aplicado en el tema de las propiedades, de restitución antes que indemnización, menores salarios con la misma carga de trabajo y horarios más extendidos, así como desigualdades en las cuentas de ahorro, en bienes raíces y propiedades industriales. A todo esto se sumó la emigración de los ciudadanos de una Alemania a la otra. Aquí carece ya de utilidad la argumentación de Richard Schröder, según la cual durante los años 2001 y 2003 cerca de 862.000 alemanes orientales migraron a la parte occidental y 715.000 alemanes occidentales lo hicieron a la parte oriental⁴², pues no respondía en este aspecto a la pregunta acerca de cómo estaban compuestos profesionalmente estos

34 Friedrich Schorlemmer, Versöhnung heisst nicht “Schwamm drüber“, en: Marion Dönhoff et al. (ed.): Weil das Land Versöhnung braucht. Ein Manifest II, Berlin 1993, p. 50-64. Friedrich Schorlemmer es un teólogo oriundo de Alemania Oriental. (Nota de los compiladores)

35 V. Edelbert Richter, Aus ostdeutscher Sicht. Wider den neoliberalen Zeitgeist, Köln, Weimar, Wien 1998. Edelbert Richter es un político oriundo de Alemania Oriental. (Nota de los compiladores)

36 Mathias Wedel, Einheitsfrust, Berlin 1994.

37 Lothar Probst (ed.): Differenz in der Einheit. Über die kulturellen Unterschiede der Deutschen in Ost und West, Berlin 1999.

38 Daniela Dahn, Westwärts und nicht vergessen. Vom Unbehagen in der Einheit, Berlin 1996.

39 Jana Simon/Frank Rothe/Wiete Andrasch (ed.), Das Buch der Unterschiede. Warum die Einheit keine ist, Berlin 2000.

40 Medidas que algunos expertos desarrollaron dentro del marco de una política laboral. (Nota de los compiladores)

41 Uwe Müller, Supergau Deutsche Einheit, Berlín 2005.

42 V. R. Schröder (nota 14).

grupos y qué posiciones llegaban a ejercer en cada caso. Algo típico es que, en el Oriente, alemanes occidentales ocupan puestos de dirección y, por el contrario, fueron personas más jóvenes, en especial trabajadores calificados, quienes se mudaron al Occidente⁴³. Más que dudoso parece –como opina Wolfgang Engler– si los alemanes orientales, que deben luchar contra estas dificultades, por eso mismo se constituyen en la vanguardia de desarrollos ulteriores en toda Alemania⁴⁴.

Algo más importante que la problemática de la migración (y simultáneamente unido estrechamente con ésta) es la escasa representación de alemanes orientales en posiciones sociales y públicas significativas. El cambio de las élites desde 1990 es, como antes, uno de los problemas centrales del proceso de unificación. Es cierto que era necesario este cambio en el personal directivo, en bien de la estabilización del proceso democrático en los nuevos estados federados, que no podría afianzarse por medio de personas de la oposición, a causa de la debilidad del movimiento ciudadano en lo relativo a candidatos, pero la situación actual, en la que los alemanes occidentales predominan casi sin excepción en numerosos campos sociales, crea resentimientos duraderos que le dan una y otra vez fuerza a la tesis de la colonización y, además, se dejan instrumentalizar fácilmente en la política.

Esto permanecerá así mientras se mantengan las condiciones que puso en evidencia un estudio de élites realizado por la Universidad de Potsdam en 1995. Según este estudio, ningún alemán oriental ocupaba alguno de los 426 cargos directivos en la economía, la justicia y el ámbito militar que se consideraron en el mismo. Entre los 474 cargos directivos en la administración, eran 12; en los medios de comunicación, en los gremios académicos, en los sindicatos y en el ámbito cultural sólo uno de cada 10 cargos estaba ocupado por un alemán oriental⁴⁵. Esto no se puede cambiar ni de manera rápida ni de manera profunda: sólo se puede esperar un cambio cuando toda una nueva generación alemana haga obsoletas tales diferenciaciones.

Fundamentalmente, se debe resaltar una y otra vez que con la exigencia de superar el problema del desequilibrio no se le da la palabra a una nueva división Este-Oeste, sino que se lucha por una participación de todos y con igualdad de derechos en los asuntos alemanes. La meta no son condiciones de vida igualitarias, sino con el mismo valor. Sin embargo, la igualdad entre competidores sólo puede existir sobre la base de una igualdad de posibilidades de éxito⁴⁶.

43 V. Wolfgang Engler, *Bürger ohne Arbeit. Für eine radikale Umgestaltung der Gesellschaft*, Berlin 2005, p. 332. Wolfgang Engler dicta sociología cultural en Berlín. (Nota de los compiladores)

44 V. ibid., *Die Ostdeutschen als Avantgarde*, Berlín 2002.

45 Citado detalladamente en W. Thierse (nota 26), p. 51.

46 V. H.-J. Misselwitz (nota 18), p. 90.

La tradición de la libertad y la revolución pacífica

En la actualidad, la situación en Alemania Oriental se hace cada vez más difícil, sobre todo por el hecho de que no se dio un remonte autosostenido de la economía, y porque los alemanes del Oriente dependen aún de las transfusiones del Occidente. Esto motivó ya en 2001 al presidente del Parlamento federal, Wolfgang Thierse, a considerar la situación económica y social en Alemania Oriental como si se encontrara “a las puertas del fracaso”⁴⁷. La crítica es justa y no tiene nada que ver con *Ostalgie*⁴⁸. Se debe reflexionar sobre cómo se puede alcanzar la unidad de libertad y seguridad material, puesto que la libertad solamente puede percibirse en todo su alcance si se realiza sobre una base vivencial carente de peligros. Hay que considerar aquí el sentido de justicia e igualdad, acuñado no solamente en el Oriente, de que en los nuevos estados federados se perciba una distribución de los ingresos, tan igualitaria como sea posible, en forma mucho más positiva que en Occidente. No puede tratarse ni de nivelar diferencias ni de apostar exclusivamente al libre juego de fuerzas. Sobre la base de material estadístico es dudoso que los alemanes orientales entiendan realmente la responsabilidad personal como una carga, y las libertades sociales, solamente como la liberación de la miseria y de riesgos⁴⁹. Si la confianza en el orden económico y en el sistema político de la República Federal sigue en descenso, depende esencialmente de la política de reformas en los próximos años.

Si en el futuro no se puede perder de vista la meta de la equivalencia de las condiciones de vida en el Oriente y en el Occidente, no puede significar que los alemanes vayan a vivir todos igualmente bien o mal, sino que superen las diferencias en las condiciones de vida determinadas por la larga división estatal. Esto será, sin embargo, un largo camino, en el cual el tema es la modernización en toda la República Federal. También el Occidente debe superar su mala voluntad hacia las reformas, y en eso puede sacar provecho de las experiencias de reforma en el Oriente. Lo decisivo no es un desarrollo orientado a la recuperación de terreno sino la conquista del futuro. Con razón, y repetidamente, Thierse indica que no se trata primordialmente de la limitación de subsidios, de la conservación de un sector de salarios bajos y de la reducción del compromiso del Estado y de

47 W. Thierse (nota 26), p. 8.

48 Es un juego con las palabras “Ost” (Este) y “Nostalgie” (nostalgia). *Ostalgie* es, entonces, la nostalgia por el antiguo Oriente. (Nota de los compiladores)

49 V. Renate Köcher, Freiheit und Gleichheit – Wertewandel im Vergleich, en: Hermann Schäfer (ed.), Ploetz: 50 Jahre Deutschland. Ereignisse und Entwicklungen, Freiburg 1999, pp. 77-82.

las instituciones públicas⁵⁰. El camino correcto puede encontrarse en una política económica de toda Alemania, activa, orientada al mercado interno, que conduzca a una intensificación de las inversiones, ante todo en la ciencia y la investigación. Éste es un proceso a largo plazo. El recuerdo de la revolución pacífica y de la felicidad de la reunificación puede aquí proporcionar y hacer evidentes la confianza y las esperanzas de que allende el Elba no se acumulen un valle de lágrimas y una tumba de millones. Por el contrario, el Oriente, sin duda, ha aportado a la República Federal un potencial de reforma, que va desde el cambio de opinión sobre la actividad profesional de las mujeres hasta la flexibilización del horario de trabajo⁵¹.

Si se quiere hacer productiva la herencia que nos dejaron los años 1989-1990, es necesario recuperar el concepto de revolución, en contra de la insignificante e incluso difamante designación que se inventó Egon Krenz⁵² de “viraje”. Más aún, para el desarrollo de la sociedad civil y su vinculación con Occidente, revisten gran importancia el aspecto cristiano y la orientación de sus conceptos hacia el proceso europeo de unificación. Algo que por lo demás vale la pena resaltar es el carácter pacífico de la revolución democrática que se llevó a cabo en 1989, el enorme significado de los movimientos populares, así como la confirmación del pensamiento político occidental y de la tradición de la Ilustración europea.

El significado fundamental que tienen la resistencia y oposición a las dictaduras en la conciencia política de los alemanes consiste en desarrollar y reconocer un sentimiento hacia aquello que amenaza de manera permanente al Estado de Derecho, y en que todos los pueblos están llamados a oponer resistencia ante una violación de los derechos humanos fundamentales. En el ámbito internacional, la tradición de las revoluciones pacíficas como “revoluciones republicanas” (Richard von Weizsäcker) podría ser parte fundamental en el proceso de ampliación de la Unión Europea y constituirse en puente entre Europa Centro-oriental y Occidental⁵³. Nunca más debe equipararse la democracia con derrota⁵⁴, y las ideas del movimiento civil, la fuerza del coraje civil y del compromiso que viene

50 Sobre la justificación teórica del camino de la República Federal hacia un sector con salarios altos, v. W. Engler (nota 35).

51 V. Stephan-Andreas Casdorff, Vergesst die Ostdeutschen nicht, en: Der Tagesspiegel del 28.6.2005.

52 Presidente de Consejo de Estado de la RDA del 18.10. hasta el 6.12.1989. (Nota de los compiladores)

53 Detallado en: H. A. Winkler (nota 6).

54 “Nationalismus ist die Pest”. Joschka Fischer und Heinrich August Winkler über die Last der Nazi-Vergangenheit, gemeinsame Werte in der Europäischen Union und das Unbehagen an der Osterweiterung, en: Der Spiegel (2005) 18, p. 36.

“de abajo” también deben tenerse en cuenta en la solución de conflictos futuros. En el campo internacional, la esperanza en que se pueda quebrantar el vínculo, considerado hasta ahora indisoluble, entre violencia y contraviolencia, asesinato y asesinato masivo, está asociada con las revoluciones democráticas⁵⁵. Los defensores de los derechos civiles, tanto de la RDA como de otros países de la Europa Central, han ampliado claramente el repertorio de las acciones revolucionarias en el último siglo.

En el futuro es necesario que los alemanes orientales puedan alcanzar su bienestar en libertad y a través de su propio trabajo. Para ello es necesario contar con una economía competitiva y de proyección hacia el futuro, que haga posible que Alemania Oriental se convierta en una región europea vinculante y con un perfil propio⁵⁶. Al mismo tiempo, el público alemán debe permanecer consciente de que 15 años atrás los hombres que vivían en la RDA conquistaron su libertad y no la recibieron de manos de “grandes hombres” o de un benévolos destino. Esta revolución pacífica hace parte de la tradición de la democracia alemana que no se basa en muchos casos exitosos de resistencia y oposición a dictaduras y dominio extranjero. Tanto mejor es que desde 1989-1990 hay aquí más cosas positivas qué recordar.

55 V. Rainer Eckert, Revolution, Zusammenbruch oder “Wende”. Das Ende der zweiten Diktatur auf deutschem Boden im Meinungsstreit, en: Heiner Timmermann (ed.), Die DDR zwischen Mauerbau und Mauerfall, Münster u.a. 2003, p. 444.

56 V. W. Thierse (nota 26), p. 13.

CAPÍTULO 4

EL DIFÍCIL MANEJO DE LA HISTORIA ALEMANA

INTRODUCCIÓN

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el manejo del pasado nazi en la República Federal de Alemania ha experimentado varios cambios. Después de la conclusión de los juicios de Núremberg contra los criminales de guerra, el pasado reciente desapareció hasta los años 60. Se querían olvidar los terrores de la guerra superada. Los aliados occidentales, sobre todo Estados Unidos, favorecieron esta actitud, ya que estaban interesados –al igual que la República Federal– en convertir Alemania Occidental en un nuevo aliado. Mencionar crímenes pasados de manera repetida no hubiera sido útil en este contexto.

En los años 60 esta actitud se convirtió en una confrontación permanente con los crímenes del Tercer Reich. El juicio contra el responsable de los transportes de judíos a los campos de concentración, Adolf Eichmann, en 1961 inició este cambio. Se intensificó con las preguntas críticas que hizo la generación de 68, la primera generación de la posguerra, a la generación de sus padres.

El filósofo conservador Hermann Lübbe justificó la política del pasado de la generación que vivió el Tercer Reich y criticó el esfuerzo y el derecho moral de la joven generación de superar el pasado nazi de la República Federal. Él contradijo, sobre todo, la tesis del psicoanalista Alexander Mitscherlich, que habló de un bloqueo colectivo de la culpa, y sostuvo la tesis de que sin guardar silencio sobre el pasado no hubiera sido posible construir el presente democrático de la República Federal. La argumentación conservadora de Lübbe apuntó a que el joven Estado federal se podía construir sólo con la mayoría del pueblo y no en contra. Por eso, según él, era necesaria la discreción respecto al pasado nacionalsocialista.

Si el trabajo de memoria se concentró primero en la catástrofe y la culpa de los alemanes, el discurso del presidente Richard von Weizsäcker, con ocasión del cuadragésimo aniversario del fin de la guerra, en 1985, marcó un cambio. Por primera vez, Weizsäcker constató que el día de la capitulación del ejército alemán era también para los alemanes un día de liberación y no un día de derrota. Así logró adaptar la perspectiva alemana a la de las naciones vecinas y, sobre todo, las víctimas.

En 1986, el historiador Ernst Nolte sostuvo la tesis de que el sistema de los campos de muerte, en cuyo sinónimo se convirtió Auschwitz, no era un invento

de Hitler, sino que éstos tuvieron sus modelos en la Unión Soviética y eran una reacción frente al miedo de la amenaza bolchevique. Nolte desencadenó así un debate intelectual sobre el manejo del pasado, en el cual se criticó fuertemente su idea. De hecho, hasta hoy en día es bastante discutido en Alemania el hecho de cuestionar la singularidad de Auschwitz.

La posibilidad de un recuerdo excesivo era el tema del debate entre Martin Walser e Ignatz Bubis. El escritor Martin Walser recibió en 1998 el premio de literatura “Friedenspreis des Deutschen Buchhandels”. En su discurso, al recibir el premio, advirtió que la práctica repetida de recordar podría llevar a una banalización de este acto importante, que finalmente no tendría sentido. El presidente del Consejo central de los judíos alemanes, Ignatz Bubis, se opuso de manera vehemente. Sólo con la repetición permanente del acto comemorativo, según él, se asegura que no se repita el Tercer Reich.

Desde hace algunos años, se abre a los alemanes la perspectiva no sólo de culpables sino también de víctimas de los nazis. Dicha perspectiva no era permitida en el discurso del pasado y era considerada a lo mejor un discurso ridículo de los que no aprenden. El premio Nobel alemán Günter Grass señaló en este contexto, especialmente, los sufrimientos de los desplazados, poco notados hasta la fecha. Con ocasión de un discurso que dio en el año 2000, el “Diálogo polaco-lituano-alemán sobre el futuro de la memoria”, en Vilnius, trajo los sufrimientos alemanes, según él, un “tema en el fondo”, al primer plano y mencionó a los alemanes, junto con otras víctimas de la dictadura nazi.

El manejo del pasado nazi en la Alemania reunificada es tema del artículo del historiador Heinrich August Winkler. La reunificación de los dos estados alemanes significa que era también necesario reunir diferentes imágenes del pasado. Winkler dice que los mitos del pasado que existían en la Alemania Oriental y en la Alemania Occidental ya no están vigentes en el país reunificado, y que en el futuro debe tratarse de una apropiación crítica de la historia alemana.

Hermann Lübbe (1926) es un conocido filósofo alemán contemporáneo. El discurso aquí reproducido lo pronunció Lübbe en el mes de enero de 1983, en el edificio del Reichstag en Berlín, como discurso final en un congreso con motivo del quincuagésimo aniversario de la toma del poder por los nacionalsocialistas, el 30 de enero de 1933. La conferencia apareció posteriormente en el diario liberal-derechista Frankfurter Allgemeine Zeitung.

NADA SE HA OLVIDADO, PERO SE HA CURADO TAL CUAL HERIDA

Hermann Lübbe

El interés en el nacionalsocialismo ha crecido en intensidad en la medida en que crece el número de años que nos separan del hundimiento de esa tiranía. Con la mayor distancia cronológica respecto a los doce años del Tercer Reich no ha estado vinculado ningún efecto de desaparición del recuerdo en la conciencia contemporánea. Todo lo contrario, la impertinencia de este recuerdo en el ámbito cultural y político ha aumentado.

Los síntomas de los cuales se puede deducir esta situación son bien conocidos. Ante todo, la extensa tematización actual del nacionalsocialismo en los medios de comunicación, tanto más en los medios electrónicos: desde la serie *Holocausto*, con su extraordinario efecto, hasta los intentos actuales de “alemanizar” la actualización mediática del nacionalsocialismo [...]

¿Qué efectos ha tenido este cambio? A esta pregunta hay una respuesta menos popular que pública. Yo la documento con lo que expresó una conocida publicista alemana ante alumnos de secundaria, en el contexto de la fase política de nuestro movimiento juvenil iniciado cerca del año 1967. La mencionada publicista explicaba que recién en ese movimiento había surgido definitivamente la voluntad de que “nunca volviera a pasar” lo que se vivió en ese tiempo al “fracasar la generación de los padres [...]” De todos modos, en un sentido biográfico, esa nueva generación ya no estaba incriminada, y en este cuadro también se puede integrar sin esfuerzo el cambio en las formas de referirse al nacionalsocialismo: el silencio de los padres, que ahora parecía hacerse perceptible, y como complemento, la crítica de los hijos, cada vez más sonora, que supera el pasado y se alista para el futuro.

Esta interpretación de la importancia del cambio de generación para la relación de posguerra con el nacionalsocialismo ha sido muy efectiva. Sin embargo, es inadecuada. Eso se reconoce cuando se tienen en cuenta ciertas condiciones que determinan la historia alemana de posguerra en sus inicios. Tres de esas condiciones me parecen ser especialmente importantes.

Primera: la aniquiladora totalidad del hundimiento del Tercer Reich. La derrota que desde años atrás se consideraba inevitable alcanzó a los alemanes con tal fuerza que dio al traste con todo raciocinio sobre las condiciones en las que hubiera sido posible evitarla militarmente. Esto trajo consigo la principal consecuencia para la historia de la posguerra, a saber, que aun la resistencia activa alemana interna, especialmente la vinculada con la fecha del 20 de julio de 1944, no valió ni siquiera como fermento para la resurrección de una nueva creencia masiva en la leyenda de la puñalada trasera¹.

Segunda: la evidente imposibilidad política de entender el hundimiento del Reich de otra forma que como consecuencia de reacciones de otros, finalmente inevitables, ante intenciones y decisiones que uno, como miembro del mismo Reich, debía atribuirse a sí mismo. El choque sufrido con las realidades políticas mundiales se hizo efectivo para la historia alemana de la posguerra en forma de ganancia de disponibilidad para acomodarse, con un robustecido y desilusionado sentido de la realidad, en el marco de márgenes políticos que habían sobrevivido.

Tercera: la evidencia moral de las consecuencias terroristas y criminales de la tiranía nacionalsocialista, con las que los alemanes tenían que familiarizarse al final de la guerra, en cuanto a que con anterioridad no hubieran sabido nada al respecto. El efecto fue un descrédito total de la ideología nacionalsocialista, especialmente en su núcleo de contenido racista y de conquista de espacio vital. Como creencia masiva, no podía resurgir esa ideología en la Alemania de posguerra.

Lógicamente, no se deduce de estas tres circunstancias, en lo referente a la relación alemana con el nacionalsocialismo en la historia temprana de la República Federal, que los ciudadanos de esta república se liberaran desde el principio de los residuos del nacionalsocialismo. Es incluso posible considerarlos como cuantitativamente significativos. En la esfera normativa, tales residuos nacionalsocialistas eran en todo caso inexistentes.

1 La leyenda de la puñalada trasera (*Dolchstoßlegende*) fue uno de los principales soportes teóricos de la conspiración iniciada por la jefatura superior del ejército alemán para hacer recaer la culpa de la derrota del Imperio alemán en la Primera Guerra Mundial, ante todo, sobre la Socialdemocracia. La leyenda afirmaba que el ejército alemán había permanecido invicto en el frente durante la guerra, para luego recibir de parte de traidores civiles de la propia patria, que operaban en la oposición, una puñalada trasera. (Nota de los compiladores)

Si se regresa la vista hasta la fundación de la República Federal de Alemania se hace evidente que el reconocimiento público de la derrota política y moral de la tiranía nacionalsocialista era uno de los elementos centrales de la legitimidad de esta república. Esto mismo es válido para la voluntad de sacar consecuencias institucionales de las experiencias más próximas con la misma tiranía y, especialmente, de experiencias con las condiciones constitucionales de la llamada captura del poder. Y, finalmente, era válido el principio básico de la reconcatenación con aquellas tradiciones morales y políticas que habían sido anuladas en la revolución cultural nacionalsocialista. Los padres fundadores de la República Federal que eran determinantes y llevaban la voz cantante representaban esas tradiciones.

Protegiendo oficialmente estos principios válidos en relación con el nacionalsocialismo, tuvo lugar el nacimiento como Estado de la segunda democracia alemana. Esta normativa es visible en los preámbulos e, igualmente, hasta en lo profundo de nuestras Constituciones regionales, en los actos fúnebres en memoria de las víctimas de la tiranía nacionalsocialista y en los discursos representativos de los políticos de aquel momento.

Entretanto, sigue siendo correcto que, en comparación con estas lógicas delimitaciones públicas frente al Tercer Reich, las preocupaciones históricas o teóricas por superar el nacionalsocialismo en los asuntos públicos culturales o políticos cumplen más bien un módico papel en los primeros años de la República Federal. En ese tiempo, en todo caso, no fue un factor de política interior y, más concretamente, ideológico-político que formara frentes en el distanciamiento del nacionalsocialismo, y, especialmente, no hubo en las relaciones de los alemanes entre sí, ni al final de la guerra ni en los años siguientes, una voluntad dominante de liquidación política de cuentas.

¿Cómo se explica entonces que en esta forma, bajo la protección de una normatividad pública recién restablecida y en la proximidad temporal, la relación alemana con el nacionalsocialismo haya sido más tranquila que en los años posteriores de nuestra historia de posguerra? Me parece que la respuesta podría ser la siguiente: esa cierta tranquilidad era el medio psicosocial y político necesario para la transformación de nuestra población de posguerra en la burguesía de la República Federal de Alemania.

No hubiera habido necesidad de un medio tal si la tiranía del nacionalsocialismo hubiera sido realidad exclusivamente en aquellos amos del poder que fueron condenados en los procesos de los Aliados, en virtud de un fallo de los juzgados para los procesos de desnazificación, considerados como “insoportables”, o incluso de los que habían actuado como pequeños esbirros en la maquinaria del crimen. Dentro de la realidad nacionalsocialista se contaban igualmente los

mucho más de una docena de millones de camaradas registrados del partido, el número aun mayor de camaradas oportunistas, y aun más allá los que se habían aproximado a Hitler, incluso desde espacios ideológicos y políticos lejanos del nacionalsocialismo, como consecuencia de los éxitos iniciales del mismo: en resumidas cuentas, la mayoría del pueblo. El nuevo Estado alemán debía organizarse en contra de la ideología y la política del nacionalsocialismo, cuya catastrófica caída había arrastrado consigo al Reich. Contra la mayoría del pueblo difícilmente podía llegar a hacerlo.

Esto es válido obviamente para los dos estados alemanes, y, desde sus premisas ideológicas, a la RDA le resultaba incluso más fácil solucionar el problema que de allí surgía. Pues si el fascismo, como lo quiere la fórmula Dimitroff², válida desde 1933 hasta hoy, en su función política esencial no es otra cosa que “la abierta dictadura terrorista de los elementos más reaccionarios [...] del capital financiero”, entonces el “pueblo” en su inmensa mayoría se hubiera encontrado bajo el dominio de la dictadura de estos elementos y ahora habría sido liberado, al despejarse el panorama. En el Occidente se podía seguir siendo más realista frente a ello, en cuanto no se estaba comprometido ideológicamente con un concepto mítico del pueblo de esa especie. En el ejemplo ideado más cerca de la realidad se dice: el conserje y el profesor habían pertenecido al mismo grupo local del Partido Nacionalsocialista (NSDAP, por su sigla en alemán), incluso como funcionarios, y sabían el uno del otro. El colega de los profesores, reincorporado de la fuga y clandestinidad después de su emigración como opositor, también lo sabía e, igualmente, los estudiantes que en 1945 se encontraban aún en edad de pertenecer a la juventud nacionalsocialista. ¿Cómo podría ser ahora el trato del uno y el otro?

Quien tenga la respuesta a esta pregunta ha entendido lo más importante de la presencia del nacionalsocialismo en los primeros años de la vida pública de la posguerra alemana. A nadie le estaba permitido justificar o defender el nacionalsocialismo. Igualmente, no podía dudarse públicamente de que el opositor tenía la razón frente a su colega ex nazi, y el porqué el colega se había vuelto nazi, por motivos respetables o menos respetables, no era un acertijo para ninguno de los implicados, incluso para los estudiantes de la antigua juventud nazi.

Justamente por esto hubiera sido muy laborioso plantear públicamente en la universidad este no-acertijo, y no existía en este aspecto un punto de partida para

2 Georgi Dimitroff fue un político búlgaro. De 1935 a 1943 fue secretario general de la Internacional Comunista (KOMINTERN), y a partir de 1946, primer ministro búlgaro. Su definición, que se hizo clásica, del fascismo fue planteada por él ante el VII Congreso Mundial de la KOMINTERN, el 2 de agosto de 1935. (Nota de los compiladores)

un conflicto generacional. El colega que se había destacado como opositor fue nombrado rector. Tanto más se entendía que éste renunciara frente a su colega ex nazi, retraído por conveniencia, a hacer alarde de manera especial de la situación que surgía de la diferencia de sus biografías políticas, o incluso aprovecharse de ella. En resumen: se desarrollaron relaciones de una discreción no simétrica. Y en esta discrepancia se llevó a cabo la reconstrucción de la institución a la que se estaba obligado conjuntamente, y después de diez años no se había olvidado nada pero algunas cosas se habían finalmente resanado.

Mi tesis es que cierta reserva en la tematización pública de pasados nazis individuales o incluso institucionales que caracterizó la historia temprana de la República Federal era una función de los esfuerzos por integrar en el nuevo Estado democrático, no justamente esos pasados, sino sus sujetos; esta tesis implica, por lo demás, que la conocida tesis del desalojo es incorrecta. Lo que habla contra esta última se enumera rápidamente:

Primero, no es reconocible para qué se necesita propiamente esta exigente teoría, si el hecho que la misma debería explicar se puede hacer plausible como resultado de suposiciones más simples.

Segundo: es una exigencia al sentido común el tener que considerar posible lograr que millones desalojen de su memoria lo que en realidad vieron millones con sus propios ojos: desde sinagogas ardiendo hasta películas documentales sobre los campos de concentración que las potencias que ocupaban Alemania le ordenaban ver a la población local.

Tercero: la tesis del desalojo transforma la tarea histórico-política de asentarse –frente al nacionalsocialismo, una relación moral-política capaz de sobrevivir en el futuro– en el curioso esfuerzo nacional-terapéutico de emprender un análisis colectivo del desalojo.

Cuarto: la tesis del desalojo contradice el hecho de que con el proceso de la consolidación de las nuevas realidades políticas creadas en Alemania no se relegó definitivamente a zonas oscuras de la conciencia alemana la pasada realidad del Tercer Reich, sino que, por el contrario, ésta ganó continuamente presencia documental, literaria e historiográfica.

Nada de esto se ajusta a la tesis del desalojo pero todo ello sí se ajusta, una vez más, al contexto de acontecimientos relacionados con la consolidación política de una comunidad que tenía que cerciorarse, para su propia legitimidad, de las realidades de cuya catástrofe y superación normativa ella había surgido [...]

Inseguridades dependientes del pasado y de naturaleza diferente resultaron de la obviedad de que, bajo un Estado restablecido bajo el imperio de la

ley, la persecución de los crímenes nazis –si no se deseaba un derecho penal especial para esos crímenes y, además, comprometido con una prohibición de la retroactividad– estaba ligada a los marcos normativos de un derecho penal y de un derecho de procedimiento penal que no fueron concebidos para sentencias pendientes por tales crímenes políticos. La inseguridad inevitable sobre cómo podrían interrelacionarse ambas cosas se extendió hasta los debates sobre la prescripción que debieron llevarse a cabo en tres ocasiones en el Bundestag, a partir de 1965 [...]

Las mismas inseguridades no son un indicio de una fracasada reconstrucción del Estado alemán, sino justamente del éxito de la misma, y los sujetos de tales inseguridades son justamente aquellos que se identificaban desde el principio con el mismo Estado.

La disponibilidad para esta identificación disminuyó al final de los años sesenta en forma dramática, más exactamente, como algo específico de la generación del momento. ¿Cómo así? Esto tiene antecedentes que no son específicamente alemanes, son mucho más específicos de una sociedad industrial, más exactamente, “occidentales”, es decir, característicos de sociedades altamente desarrolladas y con una Constitución política liberal. Éstas se encuentran a su vez en un proceso de distanciarse emocionalmente de sí mismas. Es así como quisiera yo caracterizar el proceso que también en nuestra casa salió a la superficie de la vida cultural y política al final de los años sesenta, justamente tomando al inicio las formas de un movimiento juvenil político cuyas orientaciones iniciales de marxismo tardío obraron en forma fascinante, menos por su contenido de realidad que por su potencial abstencionismo.

Característico de la situación alemana es que este alejamiento se fue acumulando y fortaleciendo, debido a las consecuencias, específicas de cada generación, de la culpabilidad por el pasado nazi alemán. La generación de protesta, que surgió al final de los años sesenta, especialmente, en las comunidades académicas, fue igualmente la primera generación alemana de la posguerra que, en su mayoría, por la fecha misma de su nacimiento, nunca estuvo en contacto biográfico en manera alguna con el Tercer Reich.

La pregunta decisiva para la comprensión de la relación de esta generación con el nacionalsocialismo me parece que es la siguiente: ¿Bajo qué premisas podrían ellos haber estado dispuestos a dejarse inculpar el pasado nazi, con sus correspondientes consecuencias de culpabilidad y desconcierto, como parte de su propia historia de origen? La respuesta es: sólo con un alto grado de aceptación del sistema político de la República Federal, ésta hubiera podido estar dispuesta a tomar para sí el pasado de los padres como su propio pasado político. Aun dicha

aceptación se hubiera debilitado mucho tiempo antes, por motivos en principio independientes de la relación con el nacionalsocialismo.

Como consecuencia, se dio que simultáneamente se relegaron ambas cosas de la propia identidad histórico-política: la historia alemana de posguerra y el Tercer Reich que la precedió. Esto pudo suceder, obviamente, en la forma más efectiva porque la historia de la República Federal fue refundida como una historia de la superación incompleta del nacionalsocialismo y, justamente, ésta fue la función del gran debate académico-publicista sobre el fascismo que surgió al final de los años sesenta y estuvo vigente hasta bien entrados los años setenta.

Naturalmente, estos debates de hace diez o quince años trajeron variados resultados históricos. Pero no es eso lo que importa en el análisis de la relación alemana con el nacionalsocialismo, sino los efectos a largo plazo. Voy a esbozar estos efectos en tres párrafos.

Primero: la explicación histórica del fascismo, incluido el nacionalsocialismo como función política del capitalismo, elevó al mismo hasta convertirlo en un factor independiente dentro del contexto teórico del fascismo. “Quien [...] no quiera hablar del capitalismo debería abstenerse de hacerlo también del fascismo”: esta conocida frase de Max Horkheimer se hizo así altamente aceptable. Como consecuencia, se llevó a cabo una deslegitimación, inicialmente teórica; luego, sin embargo, también político-moral, de los intentos de la historia inicial de la República Federal de Alemania de llevar el pasado nacionalsocialista a la conciencia política del presente: “El indefenso antifascismo”, como rezaba el conocido título que corresponde a este contexto.

Segundo: el proceso de dicha deslegitimación, puesto en marcha por la nueva, o mejor, renovada teoría del fascismo, tenía naturalmente la posibilidad de expandirse sin dificultades, más allá del antifascismo de la antigua República Federal, declarado indefenso, incluso, de la historia completa de la República Federal, y así sucedió. Obviamente, ningún teórico que pueda considerarse serio ha afirmado nunca que la República Federal es un Estado fascista, pero justamente sí era un Estado postfascista, con un capitalismo conservador y, con ello, un Estado que debía estimular a que lo transformaran en una intención antifascista. Con ello se eleva la historia reciente de la República Federal a ser una historia que, por su parte, necesitaría ser superada, a ser una “historia olvidada”, y más aún, a ser la historia de las “oportunidades perdidas”. Si hubiera sido posible convencer de eso a la burguesía en la República Federal de Alemania, ésta se hubiera visto con ello privada de aquella autosensibilidad política que había surgido paulatinamente de su asentimiento fundamental a esta república, incluso de su historia.

Tercero: si la dimensión independiente llamada capitalismo se prolongara en el tiempo, incluso en su especialmente precaria forma tardía, estaríamos cerca de suponer que se deberían prolongar igualmente con ello también predisposiciones fascistoides de opinión y comportamiento, que deberían percibirse y desenmascararse, con una intención preventiva. En la historia temprana de la República Federal de Alemania lo usual era más bien, como ya se ha expuesto, la actitud integracionista respecto a rasgos biográficos fascistas. Esto había hecho surgir un silencio comunicativo, bajo la premisa política de reconsolidación de que, a este lado de ciertas fronteras, reviste menos importancia política saber de dónde proviene una persona que a dónde tiene la voluntad de ir.

Pero a la luz artificial de las revitalizadas teorías izquierdistas del fascismo parecía en principio dudosa justamente esta voluntad política de la burguesía, con el futuro como referencia, en cuanto la misma daba la impresión de haberse comprometido con el sistema capitalista. Se expandió una atmósfera de sospecha intelectual. Las actividades nazis en el nivel estudiantil de profesores establecidos, también literarias –por lo demás, documentos regularmente conocidos de largo tiempo atrás del movimiento intelectual del pasado–, fueron presentadas ahora con la apariencia de descubrimiento; se crearon frentes de convicción tras de los cuales se congregaba uno bajo la pretensión, a diferencia de los excluidos en cada caso, de hacerse cargo de “aquellas tradiciones contra las cuales se enfrentó un gobierno alemán en 1933”. El fascismo aparecía como una realidad actual “al lado”, fungía incluso como específico de la OTAN.

Con ello, los sentimientos de extrañeza frente al sistema político del propio Estado ganaron una tal intensidad que impulsaron a una literatura que intentaba “explicarnos la República Federal a nosotros mismos, y a otros”. Sencillos esfuerzos académicos en bien de las condiciones de trabajo de empleadas de la limpieza, así como de los estudiantes, por traernos a la memoria las virtudes secundarias del orden y la limpieza, fueron vistos como esfuerzos del espíritu de Adolf Eichmann³, en cuanto éste seguramente también fue una persona muy ordenada.

En general, aumentó de nuevo, en este contexto ideológico-político, y en forma considerable, la antigua idiosincrasia alemana contra lo alemán. Con buen olfato para condiciones de desarrollo deficitarias en cuanto a democracia, y en el camino hacia la conciencia plenamente democrática, se levantó finalmente el

3 Adolf Eichmann fue, en la oficina principal de la seguridad del Imperio (RSHA), como jefe de la sección a cargo de la organización del destierro y de la deportación de los judíos, responsable del asesinato de cerca de seis millones de personas durante la Segunda Guerra Mundial. (Nota de los compiladores)

dedo índice alemán incluso más allá de las fronteras. Un famoso profesor pudo ahora mencionar, en círculos representativos, a Suiza como “país totalmente no democrático”, nación notablemente ordenada y también limpia, e incluso, hacer imprimir su declaración. Y la satisfacción de los británicos tras el para ellos exitoso conflicto de las islas Malvinas⁴ fue comentada, en el mejor de los casos, con benigna ironía.

La conciencia democrática –que en tales acontecimientos se le presentaba como modelo al resto del mundo como ideal neoalemán, con el ánimo de contribuir a su recuperación– se definió, sin duda, a partir de la oposición al nacionalocialismo. Pero no es cierto que, como opinaba la publicista citada inicialmente, la decidida voluntad de impedir el regreso de éste haya surgido recién en la segunda mitad de la historia de la República Federal hasta nuestros días, es decir, recién en el movimiento juvenil de los tardíos años sesenta. Lo que más bien surgió fue la transformación de la disputa con el fascismo, que la convirtió en un medio para la deslegitimación del sistema político de la República Federal.

4 Hace referencia a la breve guerra entre Argentina e Inglaterra por las islas Malvinas, en 1982.
(Nota de los compiladores)

Richard von Weizsäcker (1920) es un líder político de la Unión Cristiano Demócrata (CDU, por su sigla en alemán). Fue alcalde-gobernador de Berlín Occidental desde 1981 hasta 1984, y desde 1984 hasta 1994, presidente federal de la República Federal de Alemania. Durante la Segunda Guerra Mundial, Von Weizsäcker se desempeñó como oficial en el ejército alemán.

DISCURSO CON OCASIÓN DEL CUADRAGÉSIMO ANIVERSARIO DEL FIN DE LA GUERRA

Richard von Weizsäcker

El 8 de mayo [de 1945] no es para nosotros los alemanes ningún día de fiesta. Las personas que lo vivieron conscientemente recuerdan experiencias muy personales y, por ello, muy disímiles. Uno regresaba a casa, el otro quedaba apátrida. Éste fue liberado, para aquel se iniciaba su cautiverio. Muchos sencillamente estaban agradecidos de que las noches de bombardeos y miedo fueran ya cosa del pasado y de que ellos hubieran salido con vida. Otros sentían dolor por la derrota total de su propia patria. Algunos alemanes se encontraban amargados ante ilusiones despedazadas, otros, agradecidos por el reinicio que se les obsequiaba.

Era difícil orientarse rápidamente. Era la incertidumbre lo que colmaba el país. La capitulación militar había sido incondicional. Nuestro destino estaba en manos de los enemigos. El pasado había sido pavoroso, tanto más aún para muchos de esos enemigos. ¿Sería que nos iban a hacer pagar por lo que les habíamos hecho?

La mayoría de los alemanes había creído que luchaban y sufrían por el bien de su propio país. ¿Y qué iba a resultar ahora? Todo aquello no solamente había sido en vano y sin sentido, sino que había servido a los fines más inhumanos de un régimen criminal. Agotamiento, desconcierto y nuevas preocupaciones caracterizaban las sensaciones de la mayoría. ¿Se podrían encontrar aún algunos parientes? ¿Tenía realmente sentido una reconstrucción en esas ruinas?

La vista retrocedía a un oscuro abismo del pasado y hacia adelante apuntaba a un futuro incierto y oscuro. Y, sin embargo, día tras día se veía más claro lo que

hoy podemos decir todos juntos: el 8 de mayo fue un día de liberación. Nos liberó a todos del sistema que menospreciaba al ser humano, del sistema de dominio violento de los nacionalsocialistas.

Nadie olvidará, por esta misma liberación, cuántas duras penas empezaban para muchos hombres con el 8 de mayo y cuántas seguirían después. Pero no podemos ver en el final de la guerra la causa de la fuga, del desalojo y la privación de la libertad. Ella se encuentra mucho más en su inicio, en el principio de aquel régimen de violencia que condujo a la guerra. No podemos separar el 8 de mayo de 1945 del 30 de enero de 1933.

Ciertamente, no tenemos un motivo para participar el día de hoy en las fiestas de la victoria. Pero tenemos todo el motivo para reconocer al 8 de mayo de 1945 como el fin de un descarrío de la historia alemana que acabó con el germen de la esperanza en un futuro mejor [...]

Al principio del régimen de violencia ya existía el abismal odio de Hitler contra nuestros congéneres judíos. Nunca lo ocultó Hitler ante el público, más bien convirtió a todo el pueblo en instrumento de ese odio. Aun en la víspera de su fin, el 30 de abril de 1945, cerraba su así llamado testamento con estas palabras: “Ante todo, comprometo a la jefatura de la nación y a los seguidores a respetar penosamente las leyes raciales y la despiadada resistencia contra lo que envenena a todos los pueblos, el judaísmo internacional”.

Es cierto, escasamente existe algún Estado que en su historia no se haya visto involucrado culpablemente en guerras y violencia. El genocidio de los judíos carece, sin embargo, de antecedentes en la historia.

La perpetración del crimen estaba en manos de pocos. Fue ocultado de la vista pública. Pero todos los alemanes pudieron presenciar lo que tuvieron que sufrir los conciudadanos judíos, desde la fría indiferencia, pasando por una intolerancia solapada, hasta el abierto odio.

¿Quién podía permanecer de buena fe tras los incendios de las sinagogas, los saqueos, la estigmatización con la estrella de los judíos, la privación de derechos, las afrentas sin fin a la dignidad humana?

A quien abría ojos y oídos, a quien hubiera querido informarse, no podía pasársele por alto que circulaban trenes de deportados. La fantasía de la gente no alcanzaba a imaginar la forma y dimensión del aniquilamiento. Pero en la realidad es parte del crimen el intento de innumerables personas –también de mi generación, de los que éramos jóvenes y no fuimos partícipes en la planificación y perpetración del crimen– de no enterarse de lo que estaba pasando.

Había muchas formas de distraer la conciencia para que ya no se sintiera competente, para que mirara hacia otro lado, para que callara. Cuando al final de la guerra se desveló toda la inenarrable verdad del Holocausto, muchos apelaron a que no sabían nada o que sólo lo sospechaban.

Culpa o inocencia de todo un pueblo no existe. La culpa, al igual que la inocencia, no es algo colectivo sino personal.

Existe una culpabilidad humana que un buen día se descubre y otra que permanece oculta. Hay una culpa que los hombres han reconocido y otra que han rechazado. Cada uno de los que vivieron conscientemente ese tiempo debería preguntarse en la soledad por su implicación.

En su inmensa mayoría nuestra población actual eran aún niños en ese tiempo o aún no habían nacido. Ellos no pueden reconocer culpa alguna por hechos que no cometieron. Ningún humano sensible espera de ellos que se cubran de polvo y ceniza sólo porque son alemanes. Pero sus antepasados les dejaron como herencia una pesada carga.

Todos nosotros, culpables o no, viejos o jóvenes, debemos aceptar el pasado. A todos nos han afectado sus consecuencias y nos han hecho responder por ellos. Los más jóvenes y los más viejos pueden ayudarse mutuamente a entender por qué es vital mantener despierta la memoria.

No se trata de superar el pasado. Eso no es posible. El pasado no se deja cambiar con posterioridad ni hacerlo ver como que no sucedió. Pero quien cierra los ojos ante el pasado se enceguece frente al presente. Quien no quiera acordarse de la inhumanidad se vuelve propenso a nuevos peligros de contagio.

El pueblo judío se acuerda y se acordará siempre. Como seres humanos, nosotros buscamos reconciliación.

Justamente por eso debemos entender que no puede haber reconciliación sin memoria. La experiencia de millones de muertes es una parte del interior de cada judío en el mundo, no solamente porque la gente no puede olvidar un horror de esas dimensiones, sino que la memoria pertenece a la fe judía:

El querer olvidar prolonga el exilio,
y el secreto de la redención tiene el nombre de memoria.

Esta verdad judía, frecuentemente citada, quiere aún decir que la fe en Dios es fe en su obra en la historia. La memoria es la experiencia de la obra de Dios en la historia. Es la fuente de la fe en la redención. Esta experiencia engendra esperanza, engendra fe en la redención, en el reencuentro de quienes se han separado, en la reconciliación. Quien olvida pierde la fe.

Si por nuestra parte quisieramos olvidar lo que sucedió en vez de recordarlo, eso no solamente sería inhumano, sino que ofenderíamos la fe de los judíos sobrevivientes y destruiríamos el principio de la reconciliación.

Para nosotros todo depende de un monumento conmemorativo, al pensar y al sentir en nuestro propio interior.

Ernst Nolte (1923) es uno de los más conocidos y más controvertidos historiadores alemanes. En 1986, él desencadenó la llamada Disputa de los historiadores, que se inició a partir de su tesis de que los crímenes de Hitler eran únicamente una reacción a una percibida amenaza bolchevique. Este artículo, que originó el debate, fue publicado en el periódico conservador Frankfurter Allgemeine Zeitung, en junio de 1986.

EL PASADO QUE NO QUIERE PASAR: UN DISCURSO QUE SE PUDO ESCRIBIR PERO NO PRONUNCIAR

Ernst Nolte

Cuando hablamos de un “pasado que no quiere pasar”, sólo nos es posible pensar en el pasado nacionalsocialista de los alemanes o de Alemania. Aquí se parte del supuesto de que todo pasado normalmente pasa y de que este “no pasar” es algo excepcional. El normal pasar del pasado no debe ser visto, por otra parte, como un simple desaparecer. La época de Napoleón I está presente una y otra vez en los textos de historia, al igual que el clasicismo de Augusto, conocido también como augustal. Pero esas épocas han perdido la carga negativa para sus contemporáneos. Por eso mismo, los historiadores ya pueden abordarlas. El pasado nazi no está, por el contrario, sujeto a ese desaparecer, a ese proceso de debilitamiento, como hace poco lo señaló Hermann Lübbe. Parecería que este pasado estuviera cada vez más vivo y adquiriera cada vez más fuerza, pero no como un modelo positivo, sino como algo terrible, como un pasado que se impone como presente o que se cierne sobre el presente como el hacha de un verdugo.

Imágenes en blanco y negro

Existen razones que justifican este hecho. A medida que la República Federal de Alemania, y en general la sociedad occidental, tiende cada vez más a “una sociedad de bienestar”, se vuelve cada vez más extraña la imagen del Tercer Reich, con su ideología de abnegación bélica, su máxima de “cañones en vez de manequilla” y su alusión, durante las fiestas escolares, a pasajes de las Edda, tales

como “nuestra muerte será una fiesta”¹. Aunque en la actualidad los hombres son pacifistas en cuanto a sus convicciones, no pueden vislumbrar el belicismo de los nazis desde un terreno más seguro, pues saben que las dos superpotencias gastan anualmente mucho más dinero en armamento que el que Hitler gastó entre 1933 y 1939. De manera que subsiste una profunda inseguridad, por la cual se prefiere acusar al enemigo por lo evidente más que por la confusión del presente.

Algo similar ocurrió con el feminismo. En el nazismo, el “machismo” aún estaba lleno de una autoconciencia desafiante; en la actualidad ese machismo tiende a negarse y a esconderse; el nazismo es, por consiguiente, el enemigo actual en su manifestación última aún inconfundible. La pretensión de Hitler de “dominar el mundo” se ve como algo aún más escandaloso, en la medida en que se hace más evidente que la República Federal puede desempeñar, en el mejor de los casos, el papel de un Estado de mediana dimensión en la política mundial; sin embargo, a Alemania no se la ve como “inofensiva” y en muchas partes aún se tiene el temor de que se convierta, si bien no en la causa, por lo menos sí en el punto de partida de una Tercera Guerra Mundial. Entretanto, el traer a la memoria la “solución final” ha hecho, más que ninguna otra cosa, que el pasado no pase, pues resulta aún más inconcebible que en Alemania se hubiera llevado a cabo un exterminio masivo de millones de hombres, ahora que la República Federal se unió al grupo de los estados humanitarios, por medio de su legislación². Sin embargo, aquí surgieron ciertas inquietudes, y muchos extranjeros, al igual que alemanes, creyeron –y aún creen– muy poco en la identidad entre el *pays légal* y el *pays réel*³.

¿Pero fue realmente la obstinación del *pays réel*, que salía a la luz en las tertulias, lo único que opuso resistencia a ese no pasar del pasado y que quiso que se hiciera borrón y cuenta nueva, para que de este modo el pasado alemán ya no se diferenciara de manera fundamental de otros pasados?

¿No hay algo esencialmente correcto en muchos de los argumentos y preguntas que, hasta cierto punto, crean una barrera en contra del deseo de que se

1 Las Edda eran un conjunto de historias sobre la mitología nórdica. Se trata de recopilaciones de textos medievales en los que aparecen los mitos nórdicos. (Nota de los compiladores)

2 La “solución final” se refiere al plan de exterminio que implementaron los nazis para acabar con los judíos. (Nota de los compiladores)

3 “Pays légal” y “Pays réel” son dos nociones tomadas del francés; literalmente significan “país legal” y “país real”. Muchos ven cierta inconsistencia entre las acciones homicidas cometidas por Alemania y su posterior intención de que se la reconozca como un Estado humanitario. Este deseo de Alemania de ser reconocida como un Estado humanitario se refleja en sus normas. Sin embargo, tanto los alemanes como los ciudadanos de otros países ven una brecha entre la Alemania real y la Alemania del papel. Por ello, no creen en la identidad entre la Alemania *real* y la Alemania *legal*. [Nota de los compiladores]

haga un “análisis” siempre continuo del nazismo? Voy a citar algunos de estos argumentos y preguntas, con el propósito de desarrollar un concepto de aquel “errar” —que es, a mi modo de ver, lo decisivo aquí— y de esbozar aquel “análisis” que está tan lejos de un final como de la siempre anhelada “superación”.

Justamente aquellos que más hablan de los “intereses” y que lo hacen con el tono más negativo posible no le dan cabida a la pregunta acerca de si en cada estancamiento del pasado también estuvieron o están en juego intereses, intereses como los que tienen los perseguidos y sus descendientes, en obtener un estatus permanente que los haga sobresalir y les dé privilegios.

El discurso acerca de la “culpa de los alemanes” pasa por alto, y de manera deliberada, su similitud con el discurso acerca de la “culpa de los judíos”, culpa que fue uno de los argumentos clave que esgrimieron los nazis para justificar sus acciones. Todos los reproches de culpabilidad que los alemanes les hacen a “los alemanes” son insinceros, pues los acusadores se consideran a sí mismos y al grupo que representan como seres que no tienen nada en común con los acusados. Lo que quieren en el fondo con estas acusaciones es atacar de manera implacable a sus adversarios.

Al fijarse la atención en la “solución final”, se dejan de lado actos criminales importantes de la época nazi —tales como la matanza de la “vida indigna de vivir” o el trato que se dio a los prisioneros de guerra rusos— pero sobre todo se dejan de lado preguntas importantes acerca del presente; por ejemplo, las preguntas acerca del carácter óntico de la “vida previa al nacimiento” o acerca del “genocidio” que se cometió ayer en Vietnam y hoy en Afganistán.

La coexistencia de estas dos problemáticas paralelas, una de las cuales está en primer plano, pero que no se puede imponer sobre la otra, ha llevado a una situación que puede considerarse paradójica, o también grotesca.

Una declaración precipitada de un diputado parlamentario frente a ciertas exigencias hechas por los voceros de organizaciones judías, o bien el que un político municipal haga un comentario de mal gusto, se convierten por exageración en síntomas de “antisemitismo”, como si todo recuerdo del antisemitismo genuino, todavía no nazi, propio de la época de Weimar, hubiera desaparecido. En la televisión se muestra, al mismo tiempo, un commovedor documental llamado *Shoah* dirigido por un judío⁴. El director probablemente hace que, en algunos fragmentos del documental, las tropas de la SS, que operan en los campos de la muerte, quieran ser a su manera víctimas, y que, por otra parte,

4 *Shoah* es el término hebreo para ‘holocausto’ (Nota de los compiladores)

haya un antisemitismo virulento entre los polacos víctimas del nazismo⁵. La visita que hizo el presidente americano [Ronald Reagan] al cementerio militar de Bitburg suscitó por cierto una discusión bastante algida, pero el miedo a la acusación de la “retribución” y a las comparaciones dejó sin resolver la sencilla pregunta acerca de qué hubiera pasado si el canciller federal de ese entonces se hubiera rehusado a visitar en 1953 el cementerio militar de Arlington y hubiera justificado su reticencia argumentando que allí también estaban sepultados hombres que habían participado en el asalto terrorista que se ejecutó en contra de la población civil alemana.

Para los historiadores el efecto más lamentable del “estancamiento” del pasado radica justamente en que parecería que las leyes más simples que rigen para todo pasado hubieran dejado de aplicarse; estas leyes son que cada pasado debe reconocerse cada vez más en su complejidad, que el contexto en que dicha complejidad se forjó debe manifestarse cada vez mejor, que se deben restaurar las imágenes en blanco y negro de los coetáneos que estuvieron en combate, y que los retratos antiguos deben someterse a una revisión.

Pero justamente esta reglamentación se muestra como peligrosa en su aplicación al Tercer Reich, desde el punto de vista de la educación del pueblo: ¿podría conducir a una justificación de lo que Hitler hizo o, por lo menos, a una “exoneración de los alemanes”? ¿Surge así la posibilidad de que los alemanes se vuelvan a identificar con el Tercer Reich –tal y como lo hizo la vasta mayoría, por lo menos durante los años de 1935 y 1939– y de que no hayan aprendido la lección que la historia quiso darles?

A lo anterior se puede responder de manera breve y apodíctica. No es posible que ningún alemán quiera justificar las acciones de Hitler; dado que en marzo de 1945 éste dio incluso la orden de acabar con el pueblo alemán. La garantía de que los alemanes aprendieron algo de la historia no la dan los historiadores ni los periodistas, sino el cambio completo de las relaciones de poder y las consecuencias evidentes de dos grandes derrotas. En efecto, los alemanes aún pueden sacar ciertas enseñanzas equivocadas de su historia, pero esto sólo lo pueden hacer por una vía distinta y, en cualquier caso, “antifascista”.

Es cierto que no es fácil salir del ámbito de la polémica y formar una imagen más objetiva del Tercer Reich y del Führer; basta con mencionar aquí los nombres de Joachim Fest y Sebastian Haffner. Sin embargo, estos dos periodistas e

5 La SS es la *Schutzstaffel*, esto es, el Escuadrón de Protección. Se trataba de una organización militar del Partido Nacionalsocialista. Era responsable del exterminio masivo de judíos. (Nota de los compiladores)

historiadores parten en primera instancia del “punto de vista alemán interno”. A continuación intentaré, por medio de la formulación de algunas preguntas y la alusión a algunas afirmaciones, indicar la perspectiva desde la cual se debe ver este pasado, si se le quiere dar el “mismo tratamiento” que a cualquier otro pasado; aunque abordar de la misma manera todos los pasados o momentos de la historia es un postulado fundamental de la filosofía y de la historiografía, este postulado no conduce a equiparaciones sino a un surgimiento de diferencias.

Afirmaciones esclarecedoras

Max Erwin von Scheubner-Richter, quien fue posteriormente uno de los colaboradores más cercanos de Hitler, y que además fue asesinado por una bomba en noviembre de 1923, trabajaba en 1915 como cónsul alemán en Erzurum. Allí se convirtió en testigo de las deportaciones de armenios. Tales deportaciones representan el comienzo del primer genocidio del siglo XX. Scheubner-Richter no escatimó esfuerzos para oponerse a las autoridades turcas. Su biografía, escrita en 1938, concluye la descripción de los acontecimientos vividos por él, con las siguientes palabras: “¿Pero qué podían hacer esos pocos hombres en contra de las intenciones de exterminio de la Puerta Sublime, Puerta que incluso se mantuvo cerrada a las exigencias más directas que venían de Berlín? ¿Qué podían hacer esos hombres en contra de la fiereza salvaje de los kurdos, en contra de la catástrofe que ocurre a una velocidad monstruosa, por la cual un pueblo asiático discute con el otro, al estilo asiático, esto es, estando ambos totalmente alejados de la civilización europea?”.

Nadie sabe lo que Scheubner-Richter hubiera hecho o hubiera dejado de hacer, si se lo hubiera nombrado ministro para los territorios orientales, en lugar de Alfred Rosenberg. Sin embargo, el que existiera una diferencia fundamental entre él, Rosenberg y Himmler, o incluso entre él y el mismo Hitler, significa muy poco. Hay que preguntar, no obstante: ¿qué pudo haber llevado a hombres que sintieron como “asiático” el genocidio del que fueron testigos, a cometer ellos mismos un genocidio de una naturaleza aún más cruel? Hay ciertas afirmaciones que nos pueden ayudar a responder esta pregunta. Una de ellas es la siguiente:

Cuando, el 1 de febrero de 1943, Hitler recibió la noticia acerca de la capitulación del Sexto Ejército en Estalingrado, pronosticó inmediatamente que algunos de los oficiales que habían sido tomados como prisioneros tendrían que servir a la propaganda soviética: “Ustedes deben imaginar la situación [...] el oficial llega a Moscú [...] allí está la ‘jaula de las ratas’. Así lo firma todo. Lo confesará todo, involucrará a otros [...]”.

Los comentaristas explican que con “jaula de las ratas” se hace referencia a la Lubyanka⁶. Yo pienso que esta explicación es equivocada. En el libro *1984*, escrito por George Orwell, se describe cómo la policía secreta del “Hermano Mayor”, después de someter al héroe Winston Smith a largas torturas, finalmente hace que niegue a su prometida y, con ello, renuncie a su dignidad humana⁷. Le ponían al frente de la cabeza una jaula, en la cual había una rata que se había vuelto medio loca por el hambre. El encargado del interrogatorio amenazaba a Smith con abrir la puerta de la jaula. Winston Smith se desmaya. Orwell no se inventó esta historia. Ésta se encuentra presente en muchos pasajes de la literatura antibolchevique sobre la guerra civil rusa, entre otros, en algunas páginas del socialista Melgunov, cuyos planteamientos parecen confiables. Esta historia se le atribuye a la “Checa china”⁸.

Archipiélago Gulag y Auschwitz

Un aspecto negativo de la literatura sobre el nazismo es que los autores no saben o no quieren admitir en qué medida ya se había descrito, a comienzos de los años veinte, todo lo que los nazis hicieron en años posteriores: deportaciones y ejecuciones masivas, torturas, campos de la muerte, deseo público de que se asesinara a millones de hombres, inocentes, pero vistos como “enemigos”. Lo único que hasta entonces no se había descrito era el proceso técnico del homicidio con gas.

Es probable que muchos de estos informes sean exagerados. Es cierto que también el “Terror Blanco” [en Rusia] llevó a cabo actos espantosos, aunque no se puede establecer aquí ninguna analogía con el “exterminio de la burguesía”. Sin embargo, hay que formular la siguiente pregunta lógica e inevitable: ¿llevaron a cabo los nazis, llevó a cabo Hitler un acto bárbaro “asiático”, tal vez sólo porque se veían a sí mismos y a sus congéneres como víctimas potenciales o reales de una barbarie “asiática”? ¿No era el archipiélago Gulag más antiguo que Auschwitz? ¿No era el “homicidio de clase” del bolchevismo el *prius* lógico y fáctico del “exterminio racial” de los nazis? ¿Acaso no se pueden explicar las acciones más secretas de Hitler argumentando que él recordaba la “jaula de las ratas”? ¿Se origina Auschwitz tal vez en un pasado que no quiso pasar?

6 La Lubyanka era el cuartel general desde donde operaba la policía secreta rusa. Este edificio fue el escenario de múltiples torturas. Los prisioneros eran llevados e interrogados allí. (Nota de los compiladores)

7 El *Hermano Mayor* o el *Gran Hermano* es uno de los personajes de una novela de Orwell. El Hermano Mayor es una figura política que se asemeja a líderes autoritarios como Hitler o Stalin. (Nota de los compiladores)

8 La Checa era la policía secreta rusa. (Nota de los compiladores)

No es necesario haberse leído el desaparecido librillo de Melgunov para formular dichas preguntas. Pero tememos plantearlas. También yo he tenido miedo, durante largo tiempo, de formular estas preguntas, pues se las considera tesis anticomunistas de guerra o productos de la Guerra Fría. Estas preguntas tampoco encajan adecuadamente en las indagaciones que hace la ciencia especializada, dado que ésta debe escoger formulaciones de preguntas cada vez más precisas. Mis preguntas se basan, no obstante, en verdades sencillas. La ciencia especializada aduce justificaciones morales para ignorar de manera deliberada estas verdades sencillas, pero, con ello, viola el *ethos* de la ciencia.

Las inquietudes serían entonces esperables, si nos quedáramos en esos actos criminales y en esas preguntas y no las formuláramos en un contexto más amplio, a saber, en el contexto de todas las rupturas cualitativas que ha habido durante la historia europea. Estas rupturas comenzaron con la Revolución Industrial y todas las veces provocaron una búsqueda ansiosa de los “culpables” o de los “autores” de un progreso considerado como fatal. Sólo en este contexto se hace bastante claro que, a pesar de todas las comparaciones que se puedan hacer, las campañas de exterminio biológico del nazismo se diferencian de manera cualitativa del exterminio social del bolchevismo. Pero si bien es cierto que es muy pequeña la justificación que se puede dar de un homicidio o incluso de un genocidio apelando a otro homicidio, con todo, el sólo contemplar un asesinato o un genocidio específicos y el dejar de lado los otros asesinatos y genocidios, aunque probablemente haya entre ellos una conexión causal, es un grave error.

Quien contemple esta historia no como algo aislado, sino como algo que se articula con un contexto, llegará a una conclusión importante: si la historia –en toda su oscuridad, en todos sus horrores, pero también en la confusa originalidad que se le debe reconocer, en consideración de sus protagonistas– ha de tener algún significado para las generaciones posteriores, entonces ese significado debe ser el liberarse de la tiranía del pensamiento colectivo. Esto debe significar, al mismo tiempo, el cambio progresivo hacia un orden liberal, un orden que acepte y propicie la crítica de las acciones, las maneras de pensar y las tradiciones y, por consiguiente, también de los gobiernos y de las organizaciones de todo tipo. Este orden debe, no obstante, entender como inadmisible toda crítica de aquellos hechos de los cuales los individuos no han podido liberarse, o bien sólo con un gran esfuerzo. Tal es el caso de la crítica que se les hizo “a los” judíos, “a los” rusos, “a los” alemanes o “a los” pequeñoburgueses. Si ese pensamiento colectivo es justamente lo que determina los análisis, entonces hay que comenzar de nuevo desde cero. No se puede negar la posibilidad de que se extiendan la irreflexividad y la autosuficiencia. Pero esto no necesariamente tiene que ser así. No siempre

se puede hacer que la verdad dependa de la utilidad. Un análisis cabal —que debe consistir, sobre todo, en reflexionar sobre la historia de los últimos dos siglos— haría, por su parte, que este pasado “pasara” —tal y como le corresponde a todo pasado—, mas de este modo se lo apropiaría.

Martin Walser (1927) es un escritor alemán. En 1998 recibió el Friedenspreis des Deutschen Buchhandels (Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán). Con su discurso, al recibir el premio, desencadenó un debate intelectual sobre la cultura de la memoria en Alemania.

LA BANALIDAD DE LO BUENO. EXPERIENCIAS RECOGIDAS DURANTE LA REDACCIÓN DE UNA ALOCUCIÓN DOMINICAL

Martin Walser

En toda época existen problemas que se constituyen sin lugar a dudas en temas de conciencia de la época, o bien se los convierte en ello. Dos pruebas de la problemática de conciencia de esta época: un pensador realmente de importancia formuló en el año 92: “Sólo las reacciones al terror de derecha –las del centro político de la población y las de arriba: las del aparato del Estado y de las jefaturas de los partidos– hacen visible las dimensiones totales de la depravación moral-política”. Un poeta igualmente importante había dicho un par de años atrás: “Entre usted a cualquier restaurante en Salzburgo. A primera vista tiene la impresión de gente buena, pero escuche a su vecino y descubra que solamente están soñando con exterminio y cámaras de gas”. Si se adicionan una con otra las declaraciones del pensador y el poeta –el uno realmente tan serio como el otro–, entonces tanto el gobierno, el aparato estatal, la jefatura de los partidos como la gente buena de la mesa vecina son “moral y políticamente” depravados. Mi primera reacción cuando leo año tras año cualquier número de veces tales declaraciones provenientes de personalidades intelectuales y literarias de gran seriedad es la siguiente: ¿Por qué no se me representa esto así? ¿Qué le falta a mi capacidad de percepción? ¿O quizás dependa de mi conciencia que se adormezca fácilmente? Esto es claro: estas personalidades intelectuales y literarias son también personalidades de conciencia. De otra manera, no se podría explicar la perspicacia de la sospecha, o la incriminación. Y si una incriminación se pasa suficientemente de la raya, es ya de por sí suficientemente diciente, y allí ya no hacen falta pruebas.

Al fin se abre una posibilidad de hacer que el discurso se vuelva crítico. Yo espero que autocrítico valga también como crítico. ¿Por qué no me hace movilizar

la indignación que les impone a los pensadores el siguiente inicio de frase?: “Si la población simpatizante monta ventas de salchichas ante las casas de asilados cuando éstas se encuentran en llamas [...].” Esto hay que imaginarlo: la población simpatiza con aquellos que han prendido fuego a las casas de asilados, para, además, hacer negocios. Y debo reconocer que yo ni podría imaginar esto si no lo leyera en el semanario intelectualmente decisivo y bajo un nombre de todo respeto. La apreciable distancia que separa a este semanario del periódico *Bild*¹ hace lo que queda por hacer para ayudar a mi insuficiente imaginación moral-política; convierte las palabras del pensador en destacados en negrilla, de modo que uno pueda captar lo importante, aun sin leer el párrafo línea por línea. Entonces, las palabras del pensador pueden admirarse en textos impresos en forma extraordinariamente visibles: “Puestos de salchichas ante casas de asilados en llamas y política simbólica para caracteres apáticos”.

No puedo negar tales declaraciones; se trata de personalidades demasiado serias, tanto el pensador como el poeta. Pero –y ésta es quizás evidentemente mi debilidad moral-política– tampoco puedo estar de acuerdo con ellos. Mi reacción sólo designable como trivial ante tan dolorosas frases: ojalá que no sea cierto lo que se nos está diciendo en forma tan tajante. Y para develarme por completo: sencillamente no puedo creer estas dolorosas frases, que no puedo ni apoyar ni negar. Por así decirlo, se escapa de mi fantasía moral-política tener por cierto lo que se está diciendo allí. A mi mente llega una idea no demostrable: lo que quieren aquellos que plantean tales frases es hacernos daño porque encuentran que lo hemos merecido. Quizás quieren ellos herirse a sí mismos. Pero a nosotros también. A todos. Con una limitación: a todos los alemanes. Pues eso ya es claro: en ningún otro idioma podría hablarse así, en el último cuarto del siglo XX, de un pueblo, de una población, de una sociedad. Eso se puede decir solamente de los alemanes. En caso dado, también de los austriacos.

Todo el mundo conoce nuestra carga histórica, la imperecedera vergüenza, no hay día en el que no se nos reproche. ¿Podría ser que los intelectuales que nos reprochan caigan durante un segundo, por el hecho de reprocharnos la vergüenza, en la ilusión de haberse excusado un poco por haber trabajado al servicio del recuerdo, de haber estado incluso más cerca de las víctimas que de los actores? Un alivio momentáneo del inexorable contraste de autores y víctimas. Nunca he creído posible salir del lado de los inculpados. A veces, cuando no tengo a dónde más mirar sin ser atacado por una acusación, tengo que convencerme para mi propio descargo de que en los medios de comunicación ha surgido una rutina

1 *Bildzeitung* es un periódico de la prensa amarillista. (Nota de los compiladores)

de culpabilización. He tenido que aprender a apartar mi vista, ya más de veinte veces, con seguridad, de las más terribles secuencias filmicas sobre los campos de concentración. Ninguna persona digna de tenerse en cuenta niega Auschwitz; ninguna persona en posesión de sus facultades mentales se dedica a rebuscar interpretaciones de la crueldad de Auschwitz; pero cuando cada día, en los medios de comunicación, se me presenta a la vista este pasado, noto que dentro de mí algo se defiende contra esa continua representación de nuestra vergüenza. En vez de estar agradecido por la continua representación de nuestra vergüenza, empiezo a mirar a otra parte. Quisiera entender por qué en este decenio se presenta el pasado como nunca antes. Cuando noto que dentro de mí algo se defiende contra eso, trato de desviar mi atención hacia los motivos y llego casi a alegrarme cuando creo haber descubierto que con frecuencia no es el motivo el recordar, el no deber olvidar, sino la instrumentalización de nuestra vergüenza con propósitos de actualidad. Siempre buenos motivos, honorables; sin embargo, instrumentalización. Alguien encuentra que no ha sido buena la forma como nosotros queremos superar las consecuencias de la división alemana, y dice que así estamos haciendo posible un nuevo Auschwitz. La misma división, a lo largo de todos esos años, fue justificada por decisivos intelectuales con una indicación de Auschwitz. O bien: representé el destino de una familia judía desde Landsberg an der Warthe² hasta Berlín, de acuerdo con los más exactos conocimientos de las fuentes, como un intento de cincuenta años de duración de escaparse del destino judío del este por medio del bautismo, el matrimonio y el alto rendimiento, y hacerse alemán, asimilándose completamente. He dicho que quien lo ve todo como un camino que sólo pueda terminar en Auschwitz hace de la relación germano-judía una catástrofe del destino en todas las circunstancias. El intelectual a cargo de eso lo designó como una minimización de Auschwitz. Yo tomo a mi favor que él no puede haber estudiado todas las evoluciones de esa familia como yo. También hoy los miembros de la familia que aún viven han confirmado mi representación. Pero: minimización de Auschwitz. Desde ahí no hay más de un pequeño paso a la así llamada mentira de Auschwitz. Un ingenioso intelectual muestra ante la televisión gran seriedad en su rostro, y en ese mismo rostro produce el efecto de un idioma extranjero cuando le comunica al mundo como un grave fallo del autor, que en su libro no aparece Auschwitz. Nunca ha oído algo sobre la ley primitiva de la narración: la de la perspectiva. Pero aun si fuera así, el espíritu del tiempo tiene prioridad ante la estética.

Antes de encasillar todo eso como reprimenda por la propia carencia de conciencia, debería uno devolver la pregunta por qué, por ejemplo, en la obra

2 Landsberg, cerca del río Warthe, es el nombre alemán de la ciudad polaca Gorzów Wielkopolski. (Nota de los compiladores).

Wilhelm Meister de Goethe, que por cierto empezó a aparecer recién en 1795, no aparece la guillotina. Y a mí me surge un recuerdo cuando me veo tan reprimido moral y políticamente. En 1977 tuve que hacer un discurso, no muy lejos de aquí, en Bergen-Enkheim, y aproveché la oportunidad para hacer la siguiente confesión: “Considero insopportable hacer terminar la historia alemana, tan profundo como haya caído ésta, en un producto de la catástrofe”. Y: “Nos es permitido, lo digo temblando de audacia, reconocer tan poco la RFA como la RDA. Debemos mantener abierta la herida que se llama Alemania”. Esto se me ocurre porque una vez más estoy temblando de audacia cuando digo: Auschwitz no es adecuado para tornarse una amenazante rutina, disponible todo el tiempo como medio atemorizador o porra moral, ni tampoco como ejercicio obligatorio. Lo que surge por una tal ritualización tiene la calidad de rezos de dientes para fuera. ¿Pero en qué sospecha cae uno si se dice que los alemanes son un pueblo normal, una sociedad usual?

En la discusión sobre el monumento al Holocausto en Berlín podrá leer el mundo futuro lo que ocasionaba la gente que se sentía responsable por la conciencia de otros. El haber encementado el centro de la capital con una pesadilla tan grande como un campo de fútbol. La monumentalización de la vergüenza. El historiador Heinrich August Winkler designa eso como “nacionalismo negativo”. Me atrevo a pensar que, aunque se imagine a sí mismo mil veces mejor, no es él ni un poquillo mejor que su antónimo. Probablemente existe también una banalidad de lo bueno.

Decirse uno mismo algo que uno le dice a otro, al menos en la misma forma, suena como una máxima pero no es más que un buen deseo. ¿Hablar abiertamente de su propia deficiencia? De repente se convierte en cliché. Debe tener que ver con nuestra conciencia el que sean difícilmente evitables tales acontecimientos. Cuando un pensador critica “el alcance total de la depravación moral-política” del gobierno, del aparato del Estado y de la jefatura de los partidos, no se puede evitar tener la impresión de que su conciencia está más limpia que la de los depravados moral y políticamente. ¿Cómo se percibe eso, una conciencia más limpia, mejor? Con el objeto de protegerme de ulteriores penalidades de confesión, quiero que me ayuden dos personalidades intelectuales de cuyo talento lingüístico no se puede dudar. Heidegger y Hegel. Heidegger, 1927, *Ser y Tiempo*: “El concientizarse de no haber hecho no tiene el más mínimo carácter de un fenómeno de conciencia. Por el contrario, ese concientizarse puede significar más un olvidar de la conciencia”. Esto quiere decir, algo menos exactamente: la buena conciencia puede percibirse perceptible como un inexistente dolor de cabeza. Pero luego se dice en el párrafo de la conciencia de *Ser y Tiempo*: “El ser culpable hace parte de la misma existencia [...]”. No espero que esto se entienda rápidamente de nuevo

como un cómodo cliché de descargo para gruñones contemporáneos sin ganas de culpabilidad. Ahora Hegel, en la *Filosofía del Derecho*: “La conciencia, esa soledad consigo mismo, profundamente interior, de donde desaparece todo lo externo y toda limitación, es ese usual retramiento en sí mismo [...]”.

Resultado de la ayuda filosófica: una buena conciencia no lo es. Con su conciencia cada uno se encuentra solo. Los actos públicos de conciencia están, por tanto, en peligro de volverse simbólicos. Y nada es más extraño a la conciencia que el simbolismo, tan inofensivo como pueda haberse pensado. [...]

Mi confianza en el idioma se ha formado por la experiencia que éste me brinda cuando creo que ya sé algo. Se abstiene, por así decir, no se despierta cuando opino que ya sé algo que yo debo formular solamente con ayuda del idioma. Un proyecto de ese tipo no lo estimula. Me dice entonces que siempre quiero tener la razón. Y solamente para ayudarme a tener razón no se despierta. Por ejemplo, para pronunciar un discurso crítico porque es un domingo por la mañana y el mundo es malo y esta sociedad especialmente mala, y en general, sin la menor ofensa, todo es aburrido; cuando presiento que irá contra mis sentimientos someterme una vez más a esa función de reemplazar un sermón, me entrego totalmente al idioma, le entrego las riendas sin reparar a dónde me conduce. Esto último no es obviamente cierto. Le vuelvo a rapar las riendas cuando debo temer que se sobrepasa, que está delatando demasiadas cosas de mí, que está dejando al descubierto exageradamente mi imprevisión. En ese momento pongo en movimiento con temor y cuidado rutinas lingüísticas de toda clase. Como objetivo de un tal sermón de domingo, se me ocurre, si acaso, que cuando se haya dicho la última frase, quienes me escuchan sepan menos de mí que tras la primera. La ambición de quien confía en el idioma puede muy bien ser que el oyente crea no conocer al orador al final del discurso tan bien como antes. Pero una esperanza muy aventureada no puede oprimir el orador, por así decirlo, como un apoteósico rodeo: es decir, el orador se ha familiarizado con el oyente porque no se lo conoce tan sin rodeos como antes del discurso. Esto se torna un poco grande cuando se dice en una recta final. Se debe tener simplemente la esperanza de que uno pueda satisfacer a otro no sólo multiplicando su saber, dándole fuerza a su punto de vista, sino de ente parlante a ente parlante, rozando su existencia en una forma incalculable pero quizás experimentable. Esto es pura esperanza. [...]

Ignatz Bubis (1927-1999) fue presidente del Consejo Central de los judíos en Alemania de 1992 a 1999; el escritor Martin Walser encabezó el debate intelectual sobre cómo recordar Auschwitz. El siguiente texto, de 1998, es la respuesta de Bubis al controvertido discurso de Martin Walser.

EL QUE HABLA DE LA VERGÜENZA

Ignatz Bubis

Hoy rememoramos el 9 de noviembre de 1938, día en que se incendiaron y se profanaron las sinagogas y los templos judíos en todo el territorio alemán. Aquella noche del terrible pogromo, que fue llamada la *Noche de los cristales rotos* en el lenguaje de la época, también se saquearon viviendas y negocios judíos. Además, muchas personas fueron arrestadas y hubo alrededor de cien muertos. Aquella noche es el punto culminante de la barbarie del régimen nacionalsocialista.

Sé que los nazis no fueron los inventores del antisemitismo. He leído en los libros de historia sobre el antijudaísmo cristiano que existió durante más de un siglo. Este antijudaísmo provocó los pogromos de los cruzados y la inquisición española. Tengo conocimiento del antisemitismo moderno que se practicó en Francia a finales del siglo. Mi padre me contó acerca de los atropellos que se cometieron con los judíos en la Rusia zarista. He sido testigo de una mezcla entre un antijudaísmo cristiano y un antisemitismo moderno que existió en Polonia de 1935 a 1939, y de un antisemitismo que se escondió detrás de la máscara del antisionismo que reinaba en los países comunistas. He visto cómo ocurrieron nuevos pogromos antisemitas justo después del fin de la guerra, en 1945.

Mientras que el antijudaísmo cristiano fue motivado por el deseo de cristianizar a los pueblos, y los otros atropellos que se cometieron con judíos fueron acciones de grupos aislados —aunque con una tolerancia estatal parcial—, en 1933 se instauró en Alemania un terror antijudío que fue organizado por el Estado y que contó con el respaldo de colaboradores voluntarios. Los nazis no sólo encontraron aliados en Alemania sino también en los territorios ocupados por ellos. La legislación nazi en contra de los judíos entró en vigor en el momento en que los nazis se tomaron el poder el 30 de enero de 1933; esta legislación adquirió más fuerza después de que se promulgó la Ley Habilitante (“Ley para suplir las necesidades

del pueblo y del Reich”). Esto ocurrió el 24 de marzo de 1933. Con esta ley se les confió a los nazis todo el poder estatal. Los únicos que votaron en contra de esto fueron los socialdemócratas; los comunistas ya estaban vedados.

La persecución no comenzó apenas el 9 de noviembre. La persecución de todo lo que era judío empezó a extenderse, y el 15 de septiembre de 1935, todos los funcionarios de ascendencia judía fueron destituidos de sus cargos, “sin importar qué tipo de religión profesaran”; éas eran las instrucciones. Así, de la comunidad religiosa judía se hizo una *comunidad racial*. Las *leyes raciales de Núremberg* reflejan esto.

El 9 de noviembre de 1938 fue un paso previo en el proceso que culminaría con el exterminio de los judíos, dado que ese día se incendiaron más de 1.300 sinagogas y templos judíos, se enviaron diez mil judíos a campos de concentración y casi cien judíos fueron asesinados. Otros acontecimientos que vinieron después llevaron finalmente al exterminio de casi todo el judaísmo europeo. Los judíos alemanes tuvieron que pagar en ese entonces mil millones de marcos alemanes y dárselos al Estado como contribución: en esa situación, los judíos tuvieron que pagar los daños que se les habían causado el 9 y 10 de noviembre de 1938.

El 9 de noviembre es una fecha históricamente significativa para Alemania. Aparte del 9 de noviembre de 1938, tenemos el 9 de noviembre de 1918, día de la fundación de la República de Weimar; el 9 de noviembre de 1923 tuvo lugar la marcha hacia el Feldherrnhalle de Múnich, cuyo objetivo fue acabar con la República de Weimar. Y, finalmente, el 9 de noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín. Gracias a este hecho fue posible fundar la República de Berlín.

Después de los acontecimientos del 9 de noviembre de 1938, vino el 20 de enero de 1942, día en que se realizó la famosa Conferencia de Wannsee; allí se llegó a la llamada *solución final de la cuestión judía*. Como resultado de este encuentro, entraron a formar parte de la historia Sobibor, Majdanek, Plaschow, Chelmno, Treblinka y Auschwitz, por sólo mencionar los seis campos destinados al exterminio de judíos. Por lo anterior, Auschwitz se interpretó en el lenguaje común como sinónimo de exterminio.

En 1944 había en el territorio alemán alrededor de 68.000 campos de trabajos forzados, en los cuales trabajaron obligadas más de seis millones de personas; dicho de otra manera, trabajaron como esclavos. Entre ellos se encuentran cerca de 4,5 millones de europeos orientales, quienes no han sido indemnizados, o han recibido una indemnización insignificante.

Son muchos los libros que se han escrito sobre esta terrible época; estos libros incluso han sido leídos; sin embargo, a veces me pregunto: ¿comprenden

los lectores el contenido de dichos libros? ¡Yo sé que hay muchas cosas que no se pueden comprender! ¿Cómo queremos, los que sobrevivimos y fuimos testigos de aquella época, contarles a las nuevas generaciones que personas que en el pasado eran nuestros vecinos, de repente se convirtieron en bestias feroces y que simplemente masacraron a hombres, mujeres y niños inocentes, sin ninguna justificación, por el solo hecho de ser judíos o porque eran de ascendencia judía? ¿Cómo queremos hacerles comprender a nuestros hijos y nietos que un Estado formó una burocracia cuyo único objetivo fue exterminar a un pueblo, y que cientos de miles lo siguieron inescrupulosamente?

¿Es esto en general algo que se pueda comprender? ¿Y acaso todos nosotros ya sacamos, en verdad, la moraleja de esto? ¿Somos ahora más tolerantes unos con otros? ¿Hemos comprendido en verdad el luto de los que sobrevivieron y lo que sintieron las víctimas? ¿Sabemos lo que significa respetar las angustias de los que sobrevivieron?

Nosotros, la comunidad judía, no podemos ser los únicos en lamentar los crímenes que se cometieron durante la época del nazismo. Hubo un genocidio en el judaísmo que dejó cerca de seis millones de muertos. La guerra dejó además cincuenta millones de víctimas. El sistema nazi es el responsable de todas esas víctimas, pues fue el que, a partir de 1933, se fijó como objetivos la guerra y el exterminio del judaísmo. Aquí se exige que la sociedad actúe. No es posible que las luchas racistas y antisemitas, así como la xenofobia, sólo nos preocupen a los judíos, mientras que una parte de la sociedad alemana se irrita con estos temas.

En la época de la posguerra se hicieron varios intentos de cambiar la historia. Estos intentos provinieron sobre todo de círculos radicales de la derecha, pero no sólo de éstos. Se hicieron esfuerzos por minimizar e incluso negar lo que ocurrió en Auschwitz, término que he usado aquí como sinónimo de exterminio de los judíos, de los gitanos, de los homosexuales y de los que fueron perseguidos, ya fuera por su religión o por sus ideas políticas. Hemos presenciado un debate entre historiadores que tuvo la misma intención, o que trató de presentar una obra antisemita como símbolo de la *normalidad*. En una campaña publicitaria que se realizó en 1995 se intentó declarar el 8 de mayo de 1945 –día que para mí representa la fecha en que se derrotó el sistema criminal del nazismo– como el día en que comenzó la escisión de Alemania, como el día de la derrota de Alemania y como el día en que empezó el desplazamiento de alemanes. Los patrocinadores de esta serie de anuncios pasaron por alto, de manera premeditada, que todos estos hechos fueron simplemente consecuencias del régimen que tomó el poder el 30 de enero de 1933.

El intento más reciente de suprimir la historia, dicho de otra manera, de borrar los recuerdos, lo hizo Martin Walser al pronunciar su discurso de agrade-

cimiento en la ceremonia donde recibió el Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán, el 11 de octubre de este año¹. A continuación cito algunos pasajes de ese discurso:

He tenido que aprender a apartar la vista.

Debo poder no soportar lo insoportable. También estoy entrenado para dejar de pensar. No puedo participar en la descalificación de la supresión.

A veces, cuando no tengo a dónde más mirar sin ser atacado por una inculpación, tengo que convencerme para mi propio descargo de que en los medios de comunicación ha surgido una rutina de culpabilización. He tenido que aprender a apartar mi vista, ya más de veinte veces, con seguridad, de las más terribles secuencias filmicas sobre los campos de concentración. Ninguna persona digna de tenerse en cuenta niega Auschwitz; ninguna persona en posesión de sus facultades mentales se dedica a rebuscar interpretaciones de la残酷 de Auschwitz; pero cuando cada día, en los medios de comunicación, se me presenta a la vista este pasado, noto que dentro de mí algo se defiende contra esa continua representación de nuestra vergüenza. En vez de estar agradecido por la continua representación de nuestra vergüenza, empiezo a mirar a otra parte.

y llego casi a alegrarme cuando creo haber descubierto que con frecuencia no es el motivo el recordar, el no deber olvidar, sino la instrumentalización de nuestra vergüenza con propósitos de actualidad. Siempre buenos motivos, honorables; sin embargo, instrumentalización.

una vez más estoy temblando de audacia cuando digo: Auschwitz no es adecuado para tornarse una amenazante rutina, disponible todo el tiempo como medio atemorizador o porra moral, ni tampoco como ejercicio obligatorio. Lo que surge por una tal ritualización tiene la calidad de rezos de dientes para fuera. ¿Pero en qué sospecha cae uno si se dice que los alemanes son un pueblo normal, una sociedad usual?

El haber encementado el centro de la capital con una pesadilla tan grande como un campo de fútbol. La monumentalización de la vergüenza.

Le vuelvo a rapar las riendas cuando debo temer que se sobrepasa, que está dela-tando demasiadas cosas de mí, que está dejando al descubierto exageradamente mi imprevisión. En ese momento pongo en movimiento con temor y cuidado rutinas lingüísticas de toda clase. Como objetivo de un tal sermón de domingo, se me ocurre, si acaso, que cuando se haya dicho la última frase, quienes me escuchan sepan menos de mí que tras la primera.

1 El Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán es un premio que los libreros de la Feria de Frankfurt le conceden anualmente a un escritor de talla mundial. Walser se lo ganó en 1998. (Nota de los compiladores)

Pienso que la anterior es una frase notable. Y otra cosa también es notable: Walser habla en cuatro ocasiones sobre la vergüenza, pero ni una sola vez de los crímenes de los alemanes. No deja de ser interesante conocer un fragmento de un artículo que escribió en 1978: "Auschwitz. Y con esto se acabó. Está perdido. Si pudiéramos superar lo que pasó en Auschwitz, podríamos dedicarnos nuevamente a nuestros quehaceres nacionales. Pero debo admitir que una sociedad puramente secular, una sociedad liberal que huye de lo religioso, una sociedad que sobrepasa al yo, no puede sino tratar de ignorar lo que Auschwitz representa. Allí donde el yo es lo más importante, la culpa sólo se puede ignorar". Esto también es evidente.

Walser dijo algo diferente sobre Rostock²:

Esto hay que imaginarlo: la población simpatiza con aquellos que han prendido fuego a las casas de asilados, para, además, hacer negocios. Y debo reconocer que yo ni podría imaginar esto si no lo leyera en el semanario intelectualmente decisivo y bajo un nombre de todo respeto.

Ojalá que no sea cierto lo que se nos está diciendo en forma tan tajante. Y para develarme por completo: sencillamente no puedo creer estas dolorosas frases, que no puedo ni apoyar ni negar. Por así decirlo, se escapa de mi fantasía moral-política tener por cierto lo que se está diciendo allí. A mi mente llega una idea no demostrable: lo que quieren aquellos que plantean tales frases es hacernos daño porque encuentran que lo hemos merecido. Quizás quieren ellos herirse a sí mismos. Pero a nosotros también. A todos. Con una limitación: a todos los alemanes.

Lo que Walser encuentra difícil de creer son hechos reales. Walser expresó en diez ocasiones diferentes opiniones semejantes durante la entrevista que le hizo Rudolf Augstein: ¿lo sabían ustedes en verdad? Esto es una escenificación posterior ¿Te acuerdas de esto? Lo estás tergiversando. Pero eso no es cierto; nadie puede creer algo así; esto no tiene nada que ver con la realidad. Se sintió pasando de un estupor a otro. Éstas también son frases notables. Ahora yo hago mi réplica a lo que dice Walser:

Apreciado Señor Presidente federal, Señor Presidente del Parlamento, Señor Canciller: de lo que voy a decir sólo yo soy responsable y no *todos los judíos*, así como del discurso del señor Walser sólo él es responsable y no *todos los alemanes*. Esto no funciona así, pues yo también tendría que ser entonces responsable del discurso de Walser. Pero primero que todo quiero citar una frase que el historiador Johannes Fried dijo en el discurso de bienvenida del Cuadragésimo se-

2 Rostock es una ciudad que queda en la costa del mar Báltico. Allí hubo un ataque racial en 1992 contra una residencia de asilados. (Nota de los compiladores)

gundo congreso de historiadores alemanes: “Quien busca escapar de la historia, fracasará con el tiempo”.

A menudo se me ha reprochado que mi crítica a Walser haya sido tan mordaz y que lo haya malinterpretado.

Martin Walser es uno de los escritores eminentes de la república de la posguerra y es un maestro de la palabra. Por eso, hay que aceptar que se le preste más atención a su lenguaje y a su manera de expresarse que al lenguaje y a la manera de expresarse de un simple mortal como yo.

No sé qué quiere dar a entender Walser cuando dice que tuvo que aprender a apartar la vista, que estaba entrenado para evitar pensar y que no podía participar en la descalificación de la supresión. Aquí Walser está hablando evidentemente para una cultura que aparta la vista y que deja de pensar, una cultura que estuvo más que acostumbrada al nazismo y a la cual no nos podemos volver a acostumbrar ahora.

Debemos enfrentar todos los hechos de la historia. Esto significa que no sólo debemos ver películas sobre Goethe o Bismarck sino también sobre la época del nazismo. Estudiamos la historia de la guerra de los Treinta Años y de la Revolución de 1848; por supuesto que estudiamos con agrado la biografía de Goethe, Schiller, Beethoven o Bismarck. Todo esto hace parte de la historia alemana. Sin embargo, también Hitler y Himmler hacen parte de dicha historia. Uno no puede seleccionar las partes bonitas de su historia e ignorar las desagradables. Al que no esté preparado para enfrentar este capítulo de la historia, sino que prefiera dejar de pensar u olvidar, le es necesario entender que la historia puede repetirse.

Esta vergüenza existe y no desaparecerá por el solo hecho de que se la quiera olvidar; considerar que a Auschwitz se lo está convirtiendo en un instrumento al servicio de los fines del presente es provocar *un incendio intelectual*. Éstas son afirmaciones que por lo general provienen de los *líderes del partido* de extrema derecha. La sociedad se acostumbró a que la extrema derecha es la que dice frases y afirmaciones de este tipo. Cuando alguien que hace parte de la élite intelectual de la república afirma, no obstante, algo por el estilo, esto tiene un peso totalmente diferente. No conozco a ninguna persona que cite a Frey o a Deckert, pero seguramente los de extrema derecha citarán ahora a Walser³.

No se pueden dejar de proyectar películas en las que se muestre la vergüenza, sólo para no perturbar la salud del señor Walser y de otros, y para que éstos

3 Gerhard Frey y Günter Deckert son políticos de extrema derecha. (Nota de los compiladores)

puedan encontrar su paz espiritual y no surja la sensación de que Auschwitz se utiliza como instrumento para ciertos fines.

Puesto que de sus palabras infiero que Walser, al igual que yo, no habla de una *culpa colectiva*, no entiendo por qué, al ver películas sobre el nazismo y el exterminio de los judíos, siente que lo están culpando.

Acordarse de los crímenes no es ningún ejercicio ineludible. Hablar de Auschwitz no es una rutina intimidante o un medio de intimidación o simplemente un ejercicio ineludible. Si Walser concibe esto como una *porra moral*, quizás hasta tenga razón, pues se puede, se debe y se tiene que sacar algún aprendizaje moral de Auschwitz, pero a esto no se lo debe considerar como una porra. Debo suponer que, según Walser, posiblemente es necesario usar la moral como porra, porque si no, algunos no querrán aprender a portarse éticamente.

El monumento conmemorativo del Holocausto se puede interpretar de diversas maneras, y, en general, también se puede estar en contra de erigir monumentos de este tipo. Pero en ningún caso, ni siquiera de manera poética, es lícito llamar pesadilla a dicha creación y tampoco conversión de la vergüenza en monumento. La vergüenza fue monumental, y no es por el monumento que se volvió monumental.

Estas partes del discurso de Walser no son dignas de una persona que ha recibido el Premio de la Paz. Ya he dicho lo que pienso de dicho discurso.

La tendencia presente en el discurso de Walser ha crecido notablemente en los últimos tiempos. El nacionalismo intelectual está creciendo y no está exento de llevar consigo un antisemitismo subliminal. Estoy especialmente molesto debido a toda una serie de cartas que recibí, en las que se manifiesta extrañeza por el hecho de que yo haya criticado de esta manera a Walser. Para los que no estuvieron de acuerdo con mi crítica, Walser simplemente manifestó lo que de todas maneras pensaba la mayoría. Tanto para Walser como para muchos, de lo que se trataba aquí era también de una *normalidad*. No sé que entienden por *normalidad*. Normalidad es para mí que, por ejemplo, judíos crean que pueden volver a vivir en Alemania, que participen en la vida social y política de la república y que tengamos una democracia como la que no había habido hasta ahora en Alemania. Sin embargo, *normalidad* no puede significar borrar el recuerdo y convivir con nuevos antisemitas y con un nuevo racismo como el que está presente en los partidos de extrema derecha. En relación con esto, Thomas Assheuer escribió en la última edición del *Zeit*⁴: “Walser viaja a Frankfurt; pide

4 *Die Zeit* es un periódico alemán que se publica semanalmente. Este periódico es de corte intelectual. (Nota de los compiladores)

justicia y recuerdo. ¿Para las víctimas? No. Para la nación, con cuya normalidad está obsesionado”.

En la comunidad judía aprendimos desde niños que recordar es un elemento importante de nuestra historia. Incluso el Talmud dice que “el recuerdo es el secreto de la salvación”.

El noveno día del mes once también cumple un papel importante en la historia judía. De hecho, el primer templo judío fue destruido en esta fecha hace aproximadamente 2.500 años, y el segundo, en el año 70 de nuestra era, de acuerdo con la cronología judía. Desde ese tiempo y hasta nuestros días, los judíos hacen ayuno el Tischa-B'av –el día noveno del mes once, siguiendo la cronología judía–, como conmemoración del día en que estos templos fueron destruidos.

Nosotros les debemos a las víctimas del *Shoah* el no olvidarlas⁵. ¡Quien olvida a estas víctimas, las mata de nuevo!

5 *Shoah* es el término judío que se usa para designar el Holocausto. (Nota de los compiladores)

Günter Grass (1927) es un escritor importante de la literatura alemana contemporánea. Ganó el Premio Nobel de Literatura en 1999. Este texto es un discurso que Grass dio con ocasión de las “Conversaciones polaco-lituano-alemanas sobre el futuro de la memoria”. En este discurso, Grass dirige la vista también hacia las víctimas alemanas del Tercer Reich; algo que todavía era poco común en el año 2000, cuando se publicó este texto.

YO RECUERDO... LO QUE UN ESCRITOR COMPARTE CON LOS ALEMANES

Günter Grass

Recuerdo... o soy recordado a través de algo que me traspasa, algo que ha dejado atrás su olor, algo que anhelaba ser recordado en cartas viejas que guardaban palabras maliciosas. Éstos y otros obstáculos hacen que nos tropecemos. Fuera del juego surge algo que en ese instante no se puede nombrar. Temas inefables nos commueven, cosas que desde hace años estaban ahí sin que nadie las percibiera –eso creímos– ponen secretos al descubierto: ¡qué embarazoso!, ¡qué embarazoso! Asimismo, en nuestros sueños nos vemos a nosotros mismos como seres extraños, inconcebibles, ávidos de interpretación infinita.

El recuerdo se adueña de nosotros cuando visitamos lugares del pasado que ya no existen, lugares que ahora nos resultan extraños y que se llaman de manera diferente. Esto me pasó en la primavera de 1958, cuando visité la ciudad de Gdansk tiempo después de que la guerra terminó. Gdansk era en ese entonces una ciudad que se levantaba poco a poco de los escombros. Esperé encontrarme por casualidad con algunos rastros de la antigua ciudad de Dánzig. Las escuelas permanecían ciertamente en pie y a lo largo de sus corredores aún se podía percibir el mal olor característico. Los caminos escolares parecían, por el contrario, más cortos de lo que yo recordaba. Entonces, fui al viejo pueblo pesquero de Brösen; reconocí el inmutable vaivén de las olas del mar Báltico; me detuve, de repente, al frente de la piscina municipal que estaba cerrada y de aquella tienda que también había sido sellada con clavos. En ese momento, me pareció ver cómo hacía espuma una de las golosinas que solía comer cuando era niño y que tantas veces me produjo tanta alegría: gelatina en polvo con sabor a frambuesa, limón y galio. Esta

golosina se conseguía en cualquier tienda por unas pocas monedas.

La delicia de la gelatina de frambuesa

Pero tan pronto como apareció en mi mente el recuerdo de aquella gelatina que se usaba para hacer una bebida refrescante, empezaron a entretejerse en mi cabeza verdaderas mentiras, que sólo habían esperado a que algo las hiciera salir a la luz. Aquella simple golosina, que se disolvía tan fácilmente en agua, creó una reacción en cadena en mi mente: recordé jóvenes amores apasionados, así como aquella bebida espumante que de niño tantas veces disfruté y que después nunca más volví a saborear.

Por más difuso e incompleto que sea el recuerdo, éste es más que la simple memoria que se ejercita para alcanzar la precisión. El recuerdo puede hacer trampas, pintar cosas de color de rosa, simular; la memoria, en cambio, se muestra como un contador incorruptible. Sabemos, sin embargo, que la memoria disminuye con la edad, mientras que en el recuerdo, todo lo que estuvo latente largo tiempo —por ejemplo, la infancia— vuelve a sernos familiar; el recuerdo se concentra a menudo en los momentos felices que hemos vivido. Yo conservo aún la costumbre de ir a buscar hongos en el bosque, y a veces se me viene a la mente el recuerdo de aquella vez en la que, siendo niño, me topé de repente con un solitario *porcini* en los bosques de Casubia¹. El hongo era mucho más grande y tenía una forma aún más maravillosa en mi recuerdo. Esta experiencia me hizo pensar que siempre debía buscar. El recuerdo le ha dado una dimensión a mi ser.

El escritor recuerda en un nivel profesional. Como narrador, está entrenado para recordar. Sabe que el recuerdo es, a menudo, como un gato que quiere que lo acaricien, a veces incluso a contrapelo, hasta que chisporrotea: sólo entonces ronronea. El escritor se aprovecha así de su recuerdo y, en caso necesario, del recuerdo de personajes que ha creado de manera deliberada. El recuerdo es para él una mina, un basurero, un archivo. Lo cuida como se cuida un cebollino en crecimiento. El escritor sabe, por cierto, que la literatura es un devorador que consume incluso las noticias del periódico y, de manera semejante, los hechos actuales que aún no han madurado y que han sido burdamente diseccionados; pero los recuerdos masticados una y otra vez son su alimento principal; en tiempos de escasez, el escritor recurre a recuerdos ya muchas veces evocados. Le es agradable ser una deformación profesional; esta deformación le permite aprovechar con deleite el error que ha sido doloroso, vergonzoso e incluso recordado.

1 El *porcini* es una especie de hongo comestible. Casubia era una región que quedaba al norte de Polonia; su capital era Dáñzig. (Nota de los compiladores)

De este modo, la patria perdida se ha convertido para mí en la causa permanente de un recordar compulsivo, esto es, de un escribir a partir de la obsesión. Algo que se ha perdido de manera definitiva, y que ha dejado un vacío que no se pudo llenar con una patria sustituta, debe ser recordado, evocado, conjurado en el papel, página por página y, si ha sido distorsionado, se lo debe atrapar como en un pedazo de espejo. El recuerdo se decantaba de manera premeditada, porque le daba de comer a un narrador egocéntrico, quien veía grande lo pequeño y pequeño lo grande, desde una perspectiva especial. Todas las esclusas permanecían abiertas. Todo estaba presente y a la mano de nuevo: los ferrocarriles de Dánzig, los cinemas de la ciudad antigua y de los suburbios. Con otra apariencia, entra a formar parte de la imagen que está recordando aquel tío de Casubia que se convirtió en héroe en contra de su voluntad, cuando actuó como defensor de la oficina polaca de correos, en los comienzos de la guerra. La familia calló su muerte. Sólo había continuamente chismes acerca de las batallas de cerco, comunicados especiales, victorias y asuntos de la vida cotidiana que se abordaban con minuciosidad en las tertulias, cosas de las cuales sólo quedaron retazos de conversación en la memoria².

La lengua que recuerdo es un gruñido que desapareció sólo décadas después del fin de la guerra con los expatriados más viejos; era aquel bajo alemán que, a medida que se extendía hacia el oriente y el occidente de Prusia, se convertía en un dialecto mucho más marcado; la variante de Casubia se me venía a la memoria, cuando hablaban mis familiares. Por ejemplo, recuerdo la frase que una tía abuela me susurró al oído en el 58, frase que sólo parcialmente se hubiera podido transmitir en alemán estándar: “Yo sé, Guntercito, que Occidente es mejor, pero Oriente es más bonito”³. Este juicio de valor no sólo se transformó en crisálida en mi recuerdo; más bien rondó de aquí en adelante en mis libros, juzgando a Oriente y a Occidente, e incluso en la actualidad, me sirve de orientación.

Todo esto se puede decir, en resumen, de la manía del escritor, del recordar como un hacer profesional. Pero hay un recordar colectivo, ya se lo vea como una exigencia o como afirmación, que también está presente en la celebración de ciertos eventos rituales. Este recordar se invoca, se pide, se niega en toda Europa. Las guerras y los delitos de guerra se han convertido en una carga para el recuerdo colectivo. El recordar colectivo aún tiene rasgos ideológicos. Genera molestias, en

2 Las batallas de cerco obedecen a una táctica militar que consiste en cercar o sitiatar al enemigo. (Nota de los compiladores)

3 Grass utiliza aquí un alemán no estándar. Este uso dialectal de la lengua no se percibe en la versión en español. El lector debe entonces tener en cuenta que el alemán de esta frase corresponde a una variante de la lengua, como lo es, por ejemplo, el español paisa o el caleño. (Nota de los compiladores)

especial, el recuerdo colectivo de la generación más antigua. Por eso quizás los alemanes nos hayamos inventado el típico término propio de un cliché: “elaboración del recuerdo”. Necesitamos esta elaboración como confesión de culpa, la negamos como un atrevimiento, la llevamos a cabo con esfuerzo, pues desde hace décadas –desde que el pasado se abalanza sobre nosotros una y otra vez–, esta elaboración se ha hecho como un ejercicio obligatorio; también desde los años sesenta, la en ese entonces joven generación que estaba libre de preocupaciones –así es como debemos considerarla– hizo esta elaboración. Es como si los niños y nietos quisieran recordar en lugar de sus callados padres y abuelos.

En la actualidad, no pasa ninguna semana en la que no se haga alguna advertencia sobre el peligro del olvido. Aunque hemos recordado lo suficientemente a los judíos que fueron perseguidos, desplazados y asesinados en una proporción increíble, ya es tarde para acordarnos de la deportación y asesinato de cientos de miles de gitanos. Para muchos incluso es demasiado tarde; estamos obligados en el presente a recordar la suerte de cien mil esclavos que venían de Polonia, de la Unión Soviética y de muchos otros países y que trabajaron en la industria bélica alemana.

Es como si los delitos que se cometieron en sólo doce años hubieran cobrado una importancia cada vez mayor, a medida que ha crecido la distancia temporal que nos separa de aquellos crímenes que generalmente se ven como una vergüenza. Parecen torpes los intentos de darle alguna forma al recuerdo por medio de monumentos. En Berlín, por ejemplo, estalló la discusión. Las preguntas importantes no eran sólo las de tipo estético. “¡Recuerden!”, gritaban los unos, “¡Ya es suficiente!”, pensaban los otros. Algunas veces ocurrió que los extranjeros que nos contemplaban llamaron “masoquista” al manejo que los alemanes le dábamos a nuestro pasado por medio del recuerdo. Lo implícito allí era que nuestro pasado estaba lleno de torturas⁴. Pero no se le ve ningún fin a este recordar. Cuando nos sentamos a planear el futuro, entonces aparece el pasado con su aroma, marcando el camino que se debe seguir, en un terreno supuestamente virgen. Este camino nos conduce a tiempos ya fallecidos.

El dolor del desplazamiento

4 Aquí Grass hace un juego de palabras entre “torturarse a sí mismo” –en esto consiste el masoquismo– y el hecho de que el pasado alemán “está lleno de muchas torturas”. Este juego morfológico-semántico tampoco se percibe en la traducción del texto en español. Por eso, se hace esta aclaración (Nota de los compiladores)

Es curioso e inquietante cómo los sufrimientos que padecieron los alemanes durante la guerra se recuerdan de manera tardía y aun titubeante. Las consecuencias de la guerra que comenzó sin escrúpulos y se llevó a cabo de manera criminal –a saber, la destrucción de las ciudades, la muerte de cientos de miles de civiles debido al bombardeo generalizado y al desplazamiento, la miseria de doce millones de alemanes orientales expatriados– eran cuestiones de poca importancia. En la literatura misma de la posguerra, el recuerdo de los cientos de muertos que quedaban después de una noche de bombardeo y de la fuga masiva se tematizaba poco. Una injusticia sustituía la otra. Estaba prohibido comparar una injusticia con otra, o bien justificar una con otra. Además, la experiencia nos ha enseñado que las víctimas de la violencia no quieren acordarse de los horrores que sufrieron; aquí no importa quién haya ejercido la violencia; las víctimas tienen por su parte el derecho a olvidar o incluso a reprimir sus recuerdos.

Así quedará entonces mucho sin decir, incluso si el pasado se abre paso en la conciencia como recuerdo doloroso que se repite. Sin embargo, el silencio de las víctimas es algo que no se puede evadir. Como nunca ha habido paz y el pasado está marcado por la muerte, la fuga y el desplazamiento en los Balcanes y el Cáucaso, y en muchos lugares terribles de este mundo, nunca cesarán el recuerdo como eco del dolor que sobrevivió. El escritor húngaro Konrád György escribió hace poco, al referirse a la historia de Europa, que “recordar es algo humano, podemos decir, lo humano en sí”. Su advertencia de que la naturaleza se comporta de manera indiferente frente a la historia enfatizaba la habilidad única de los seres humanos de recordar de dos maneras opuestas, a saber, siendo el recordar un don pero también una maldición. Esta habilidad es una maldición por el hecho de que nunca nos abandona, es una gracia por el hecho de que vence la muerte. De esta manera, en el recuerdo hablamos con vivos y con muertos. Al ser recordados somos eternos. El olvido, por su parte, es el manto de la muerte.

Heinrich August Winkler (1938) es uno de los más conocidos historiadores alemanes. Este artículo, de 2004, fue publicado en el libro El presente del pasado, en el cual científicos internacionales escribieron sobre el efecto que el pasado nazi tiene en el presente alemán.

El camino especial, Sonderweg, en alemán, es una teoría debatida en Alemania, según la cual, este país tuvo un desarrollo histórico y político diferente, excepcional, especial, en su camino hacia la democracia y el Estado nacional, en comparación con los desarrollos de los demás países de Europa. Winkler explica en su contribución por qué Alemania finalmente llegó al fin de su camino especial.

EL FIN DE TODOS LOS CAMINOS ESPECIALES

Heinrich August Winkler

Muchas izquierdas germano-occidentales y muchos defensores germano-orientales de los derechos civiles interpretaron la existencia de dos estados alemanes como una expiación por lo ocurrido en Auschwitz. Por eso, también le resultó difícil a la Alemania unificada llegar a la *normalidad*.

Un chiste que se oía en los pasillos de la RDA [República Democrática Alemana], durante la primavera de 1956 –poco tiempo después de que Nikita Kruschev diera un discurso secreto moscovita sobre los crímenes de Stalin–, era el siguiente¹: ¿qué es lo más difícil de prever del socialismo? La respuesta: el pasado.

El socialismo real ya desapareció, pero el pasado aún es difícil de prever. Ello se debe a que éste se refiere, en primer lugar, a la imagen que nos hacemos de él.

En 1925, el sociólogo francés Maurice Halbwachs llegó a la conclusión de que “la memoria depende del entorno social”. Más allá de los sueños, en la realidad, lo pasado no se muestra tal como es. Todo indica, más bien, que “lo pasado no se mantiene tal como es, sino que se lo reconstruye a partir del presente [...] La sociedad imagina el pasado de maneras diferentes, de acuerdo con las circunstan-

¹ Nikita Kruschev fue el presidente de la Unión Soviética entre 1953 y 1964. También fue jefe del Partido Comunista. Después de la muerte de Stalin, reveló sus críticas frente a las acciones de éste. (Nota de los compiladores)

cias y la época: modifica sus convenciones. Dado que cada uno de los miembros de la sociedad acoge tales convenciones, sus recuerdos se desarrollarán en la misma dirección en que se desarrolla la memoria colectiva”.

En lugar de hablar de “convenciones”, se puede hablar de “acuerdos”.

La época del nacionalsocialismo es el capítulo del pasado que han aceptado los alemanes más difícilmente, después de 1945. Este capítulo se discutió de diversas maneras en Oriente y en Occidente. El antifascismo oficial de la RDA fue uno de los resultados que dejaron las discusiones. Este antifascismo introdujo “al primer Estado alemán de trabajadores y campesinos” en la tradición de la resistencia antifascista, en esencia comunista, que surgió en contra de Hitler; con ello ubicó a dicho Estado del lado de los *vencedores de la historia*. La RDA configuró de ahí en adelante una leyenda de fundación, a partir de la cual pronto se formaría un mito fundacional.

Se trataba de un mito cuya función consistió completamente en dar una compensación. Este mito le permitió al Estado de Ulbricht y Honecker compensar hasta cierto punto la carencia de una legitimación democrática, por medio de una aparente legitimación histórica y moral. Lo que la dirección del SED concedió a la lealtad de los *intelectuales* desembocó en gran medida en su antifascismo².

A diferencia de la RDA, la antigua República Federal era democrática y estaba legitimada por medio del derecho electoral. Sin embargo, la antigua República Federal tampoco pudo ni quiso renunciar a un mito fundacional. A partir del décimo aniversario del atentado contra Hitler, el 20 de julio de 1944, se interpretó esa fecha a la luz de la democracia antitotalitaria que defendía la Ley Fundamental (aunque muchos, si no la mayoría de los conspiradores, tenían sus reservas frente a la democracia occidental).

Paralelamente aparece el recuerdo de otra sublevación igualmente fallida, que tuvo lugar el 17 de junio de 1953. Este día fue celebrado hasta 1990 como el *Día de la unificación alemana* (si bien, la reunificación no fue el objetivo principal de los trabajadores que hicieron huelgas en tal fecha en la parte oriental de Berlín y en la RDA).

La RDA se quedó hasta el final con su mito fundacional, la República Federal no. Desde los años sesenta, los historiadores alemanes occidentales cuestionaron tanto la interpretación conservadora del 20 de julio de 1944, que ésta finalmente perdió su importancia como *narrativa nacional dominante*.

2 El SED es el Sozialistische Einheitspartei, el Partido Socialista Unificado de Alemania. (Nota de los compiladores)

Pelea por el exterminio racial

A finales de los años setenta se extendió otra interpretación del pasado. Dicha interpretación hizo del asesinato de los judíos europeos el punto central no sólo del estudio del Tercer Reich sino de la historia alemana en su conjunto.

La justificación que dio, así como la defensa nacional y apologética que hizo Ernst Nolte, quien interpretó el exterminio racial nazi como una simple copia deformada del exterminio de clase bolchevique, fracasó en el *Debate de los historiadores* que tuvo lugar en 1986³.

Dos años más tarde, Oscar Lafontaine, en su libro *La sociedad del futuro*, les reprochó a los neoconservadores que no quisieran reconocer que “la República Federal de Alemania también tenía sus raíces en Auschwitz. Olvidar o reprimir este hecho sería tanto amoral como peligroso, pues nuestra identidad nacional alemana federal no llegaría hasta Auschwitz, sino sólo hasta 1949; así perderíamos la conciencia de nuestra responsabilidad frente a lo que ocurrió una década antes en nombre del pueblo alemán”.

“Nuestra identidad nacional alemana federal”: las palabras de Lafontaine fueron bastante cuidadosas y en gran medida típicas de la época. Al igual que muchos políticos e intelectuales de su generación, el gobernador de Saarland, que luego se convertiría en el candidato socialdemócrata a la Cancillería federal, vio en el asesinato de los judíos una de las razones más determinantes, una justificación, de la división alemana. Pero Lafontaine va aún más lejos. Del hecho de que los alemanes hubieran tenido “las experiencias más terribles debido a un nacionalismo pervertido” sacó una atrevida conclusión. Por razones que hacen parte de su historia reciente, los alemanes “están realmente predestinados a desempeñar un papel activo en el proceso de unificación supranacional de Europa”.

A finales de los años ochenta, el acuerdo postnacional con la historia, que promovió la generación Lafontaine, recibió la aprobación de la izquierda, más que de la derecha. Pero esto no siempre fue así. En las dos décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial, conservadores católicos, tales como Paul Wilhelm

³ El *Debate de los historiadores* fue una discusión que se llevó a cabo en 1986 sobre el devenir histórico de Alemania. Nolte es uno de los historiadores que han propuesto una visión diferente de la Alemania nazi, una visión que no sólo conciba a los alemanes que vivieron en esa época meramente como delincuentes y asesinos de judíos sino también como víctimas de un terrible conflicto armado. Aquí surgió una discusión entre dos bandos de historiadores, unos que veían el nazismo como un acontecimiento totalmente desarticulado del devenir histórico alemán y otros que lo veían como totalmente vinculado con los hechos anteriores tanto de la historia de Alemania como de la historia de los países europeos y de la Unión Soviética. (Nota de los compiladores)

Wenger, redactor bonense del *Rheinischer Merkur*, exigieron una disolución federalista de Alemania en Europa y le declararon la guerra a la nación⁴.

En 1956, Wenger citó una frase del periodista conservador Friedrich Gentz para sustentar sus tesis. Gentz pronunció la siguiente frase en 1806: “Europa ha sucumbido a causa de Alemania; a causa de Alemania debe levantarse de nuevo”.

El mito del Imperio

1806 fue el año en que se disolvió el Sacro Imperio Romano de la nación alemana, bajo la opresión definitiva de Napoleón. Sin embargo, el mito del Imperio permaneció vivo. Se deseaba que Alemania fuera más que un conglomerado de Ciudades-Estado, se deseaba que fuera un Estado nacional federal.

Cuando en 1939 Hitler transformó la parte checa de Checoslovaquia en el *Protectorado de Bohemia y Moravia*, el austriaco Karl Gottfried Hugelmann lo secundó. Hugelmann era un historiador del Derecho que enseñó en Münster a partir de 1935. La *incorporación* del pueblo checo al Gran Imperio alemán era algo justificable a partir del concepto de imperio, y coherente con él. En esa época, incluso debió de ser algo evidente “que la índole de imperio del Gran Imperio alemán se destacaría aún con más fuerza, gracias a la incorporación del Protectorado de Bohemia y Moravia al Gran Imperio alemán”.

En mayo de 1945, no sólo sucumbió el Gran Imperio alemán de Adolf Hitler sino también el pequeño Imperio alemán de Otto von Bismarck, fundado en 1871; y con el Imperio sucumbió también el mito del Imperio, que era mucho más antiguo. Sin embargo, en Bonn se retomó ese concepto universal de un Imperio alemán, aunque se le dio un matiz diferente.

El 20 de octubre de 1948, el delegado de la CDU, Adolf Süsterhenn, explicó ante el Consejo Parlamentario que el Estado de Bismarck, la República de Weimar y el Tercer Reich habían llevado injustamente el apelativo de “Imperio”⁵:

“La idea de Imperio, tal y como existió durante 1.000 años en la historia alemana, fue la de un ente supranacional, un ente europeo. Éste fue el calificativo que se le dio a Occidente. Y si alguna vez queremos traducir el término Reich en

4 El *Rheinischer Merkur* es un periódico regional que se publica semanalmente en Alemania. Este periódico es de corte conservador y cristiano (Nota de los compiladores)

5 La CDU es otro partido político alemán. Esta sigla significa Christliche Demokratische Union, Unión Demócrata Cristiana. (Nota de los compiladores)

la lengua moderna de la política actual, tendríamos que llamar hoy Unión Europea o Federación Europea a lo que en ese entonces se denominaba Reich”.

En 1945, lo que se solía designar como el *camino especial alemán* había llegado a su fin: la sublevación en contra de la democracia occidental, en contra de las ideas de la declaración americana de Independencia de 1776 y de la Revolución Francesa de 1789, provocó la catástrofe. De ahí en adelante, esta experiencia sirvió como el gran argumento en favor de la democracia y de los derechos humanos. El fracaso de una revolución en contra de la democracia cumplió así un rol en el recuerdo colectivo de los alemanes occidentales que fue similar al rol que desempeñó el recuerdo del éxito de una revolución democrática en las otras naciones.

Pero aún había caminos alemanes especiales después de 1945. La antigua República Federal, en cuanto “democracia postnacional entre naciones” –ésa fue la fórmula clásica que usó Karl Dietrich Bracher, historiador de la época contemporánea, en 1976–, tomó un camino diferente al de sus vecinos del occidente, del norte y del sur. El carácter provisional del Estado que se formó en 1949 perdió cada vez más importancia. De la carencia de una nación se hizo una virtud.

La RDA recorrió así mismo un camino especial. Se perfiló como un Estado ideológico, por carecer de una identidad nacional. Cuando los otros miembros del Pacto de Varsovia también quisieron declararse formalmente a favor del *internacionalismo proletario*, esta doctrina fue para la RDA expresión de su racionalidad estatal *socialista*.

Un Estado provisional

“La pregunta clave que hay que hacerse es [...] ¿qué es aquello que podemos llamar identidad socialista de la RDA?”, declaró Otto Reinhold, rector de la Academia para la Investigación en Ciencias Sociales, que estaba bajo la dirección del Comité Principal del SED, el 19 de agosto de 1989, en un reportaje que hizo la Radio RDA. “¿Qué justifica la existencia de una RDA capitalista al lado de una República Federal capitalista? Por supuesto que nada”.

Reinhold resultó profeta en contra de su voluntad. Tres meses después de que diera su veredicto, cayó el Muro de Berlín y se terminó la RDA como un Estado que había surgido de manera provisional. La historia tomó un giro con el cual no contaba la mayoría de los alemanes en su época. La reunificación era posible y, debido a que era posible, también se realizó.

Decir “no” a la unificación alemana en Bonn no era una opción, por razones jurídico-constitucionales, políticas y morales. Las elecciones de la Cámara Popular del 18 de marzo de 1990 reflejaron el “sí” de los alemanes orientales⁶. Dicha decisión se asemejó a un plebiscito que se convocó para definir si los alemanes deseaban la adhesión de la RDA a la República Federal.

La reunificación no sólo desestabilizó la aceptación política e histórica de la RDA, sino también a la izquierda adenauerista que se formó después de la muerte de Adenauer⁷. Günter Grass no fue el único que, todavía en 1989 y 1990, rechazó la creación de una nueva nación alemana, con el argumento de que el hecho de que Alemania fuera un Estado dual era una expiación por lo acontecido en Auschwitz. Además de algunos intelectuales alemanes occidentales, y también de algunos defensores germano-orientales de los derechos civiles, muchos tuvieron sentimientos semejantes a los de Grass.

Desde un punto de vista histórico, la división de Alemania no fue una consecuencia del asesinato de los judíos, sino del hecho de que las *Cuatro Potencias* no pudieron ponerse de acuerdo en cómo resolver la cuestión alemana⁸. Desde un punto de vista moral, el intento de encontrarle algún sentido a la división, viéndola como una expiación, fue comprensible pero a la vez problemático. “Una culpa de tal magnitud imputable a una nación no se puede borrar decretando una división atemporal”. Willy Brandt dijo esto el 18 de diciembre de 1989 –día en que cumplió 76 años–, en la Convención Berlinesa de los alemanes socialdemócratas. Esto también sugería que la culpa alemana no dejaría de existir, el día que Alemania dejara de estar dividida. Una culpa como la alemana no se ha podido ni se puede borrar.

Los grupos de izquierda y la unificación

El hecho de que miembros de las izquierdas alemanas, entre ellos, Oskar Lafontaine, Joschka Fischer y Jürgen Habermas, se hayan declarado en contra de la unificación alemana que tuvo lugar en 1989-1990 obedece a razones que reposan en lo más profundo de la historia de Alemania. La unidad nacional fue alguna vez una consigna izquierdista que expresaba una oposición a la fragmentación estatal particular, a las dinastías y a la aristocracia feudal. En la Revolución de 1848-1849

6 La Cámara Popular era el Parlamento de la antigua RDA. (Nota de los compiladores)

7 Konrad Adenauer fue el primer canciller de la República Federal de Alemania. (Nota de los compiladores)

8 Las Cuatro Potencias eran Estados Unidos, Inglaterra, Unión Soviética y Francia. (Nota de los compiladores)

fracasó el intento de los liberales y de los demócratas de hacer realidad la unificación y, al mismo tiempo, la libertad.

La unificación se dio alrededor de dos décadas después como resultado de la *Revolución desde arriba* de Bismarck. El asunto de la unificación se solucionó por medio de las guerras de 1866 contra Austria y de 1870-1871 contra Francia, pero no en un sentido alemán amplio sino en un sentido alemán parcial: sin Austria y bajo una dirección prusiana.

En ese entonces quedó sin resolver el problema de la libertad. Los alemanes obtuvieron, de hecho, el derecho a elegir a los miembros del Parlamento. A todos los hombres se les otorgó este derecho. Pero no se creó ningún gobierno responsable del Parlamento. Después de la fundación del Estado, la consigna nacional pronto se transformó en un grito de guerra de la derecha. Ser nacional ya no significó ser antifeudal sino antiinternacional. La necesidad de fortalecer un parlamento y un derecho electoral volvió a ser tema de discusión apenas en el otoño de 1918, al final de la Primera Guerra Mundial.

El que la democracia parlamentaria hubiera surgido a partir de la derrota alemana se convirtió en una pesada carga psicológica para la primera democracia alemana, para la República de Weimar. Cuando ésta colapsó en 1930, a raíz de la crisis económica mundial, y fue sustituida por un sistema presidencial semiautoritario, los nazis de Hitler tuvieron una oportunidad única. De ahí en adelante pudieron apelar tanto al resentimiento difundido que existía frente a la democracia occidental, frente a la forma de Estado supuestamente *antialemana* que promovían los vencedores –la cual sólo existía en el papel en ese entonces–, como a la exigencia que hacía el pueblo de tomar parte en la creación del derecho electoral; dicha exigencia ya existía en documentos, desde la época de Bismarck. Los gobiernos presidenciales le habían quitado, en gran medida, el impacto político a esta exigencia.

Hitler se benefició así de aquel proceso de democratización de Alemania, que no ocurrió de manera simultánea. Primero tuvo lugar la democratización, que consistió en la instauración del sufragio universal. Después tuvo lugar la democratización del sistema de gobierno. Si existe, en última instancia, una causa que explique el triunfo de Hitler, ésta radica en que se le dieron largas al problema de la libertad en el siglo XIX.

Justo aquí se desarrolla una interpretación de la historia alemana específicamente de izquierda. Quienes defienden dicha interpretación lamentan que no se hubiera dado una revolución en Alemania en nombre de la libertad, igual a la que vivieron otros pueblos en Occidente, en épocas diferentes: Inglaterra vivió una revolución de este estilo en el siglo XVII; Estados Unidos y Francia, a finales

del siglo XVIII. Alemania no vivió dicha revolución ni en 1848-1849 ni en 1918-1919.

Lo que el mito del Imperio representó antiguamente para la derecha alemana, aún lo representa el mito de la revolución para algunas partes de la izquierda alemana: un sueño glorificante que retorna al pasado, sueño que se le aparece al soñador como un mundo ideal histórico. Si los alemanes revolucionarios –especialmente los de 1848, pero también los de 1918– tan sólo hubieran sido un poco más valientes, más agresivos y más conscientes de su poder, la catástrofe alemana que comenzó en 1933, y que terminó en 1945, no habría ocurrido: esto es lo que dicen los escritos de los que creyeron en el mito de aquella revolución que no tuvo lugar.

Los propagadores de la interpretación alemana de izquierda tienen razón hasta cierto punto al afirmar que, puesto que los alemanes no lograron conquistar su libertad, su autoconciencia política siguió siendo deforme en el nivel de la autoridad estatal, hasta bien entrado el siglo XX. Pero de ello tampoco se deduce que una revolución más radical en 1848 habría logrado su objetivo, a saber, la unificación y la libertad.

Para los revolucionarios alemanes todo fue más difícil, en comparación con los revolucionarios franceses. En Francia ya existía la nación antes de 1789; *bastó* con reemplazar el fundamento feudal absolutista por uno civil. En Alemania no había ninguna nación sino dos grandes potencias, a saber, Austria y Prusia, así como muchos Estados medianos y pequeños. Hacer de Alemania una nación y, al mismo tiempo, un Estado constitucional era un proyecto para el cual no había ningún modelo en la historia europea.

La gran mayoría de los liberales y de los demócratas no podía imaginar, en la primavera de 1848, una Alemania sin Austria. Austria debía comprender los territorios que habían pertenecido al Estado Federal alemán desde 1815; estos territorios también incluían Tirol del Sur y Trieste, así como Bohemia y Moravia. Es poco probable que las otras potencias europeas hubieran estado de acuerdo sin más con la creación de un imperio alemán semejante, y con que Alemania tuviera la supremacía sobre el continente.

Sin embargo, los revolucionarios más radicales no retrocedieron ante una posible guerra con diversas potencias; por eso, la idea de una guerra de emancipación en contra de Rusia, la hegemonía de una contrarrevolución, gozó de gran popularidad. Las escasas tropas que finalmente se conformaron con la solución alemana parcial, bajo la dirección rusa, tuvieron buenas razones para contradecir el entusiasmo bélico de la izquierda.

Puesto que la revolución de 1848-1849 no logró su objetivo principal, que era la unificación y la libertad, no es fácil, para los críticos posteriores, estigmatizar como fracasados o traidores a los liberales que estaban en la iglesia de San Pablo en Frankfurt.

A los socialdemócratas no les fue mejor en la Revolución de 1918-1919. Éstos hicieron todo lo posible por evitar una guerra civil, guerra que ellos sabían que no se podría limitar a Alemania. Los liberales habían intentado hacer lo mismo setenta años antes. Suponiendo que hubieran existido dichos deseos de evitar una guerra, sin duda habrían podido transformar más cosas y habrían debido proteger menos cosas. Pero en 1918 y 1919, Alemania estaba demasiado desarrollada políticamente para emprender una revolución clásica.

Predominio de las circunstancias

El mito de la revolución no nos sirve para tener una comprensión profunda de la historia alemana. Es la expresión de un sueño histórico que se nutre de la envidia que los alemanes sienten frente a las revoluciones de otros pueblos. Este mito conduce a la construcción de una historia alternativa fluctuante, historia que deja de lado de manera sistemática la pregunta por los costos del *desarrollo* debido. Este mito nos da una certidumbre falsa sobre aquello de lo cual debemos dudar. El mito no tiene en cuenta que en la historia también pudo haber situaciones trágicas, situaciones en las cuales aquello que el observador retrospectivo ve como razonable no se pudo convertir en realidad, porque las circunstancias eran más poderosas que la razón.

“Tragedia” es un concepto frente al cual la izquierda se hace cruces, dado que la derecha ha abusado de él sin vergüenza. ¿Pero de qué otro modo se debe llamar el fracaso de algo bueno, fracaso que no se debió a que los actores no tuvieran buena voluntad sino a la superioridad de las circunstancias, circunstancias que se opusieron a que las cosas salieran bien?

“La impaciencia exige lo imposible, a saber, alcanzar el fin sin tener los medios”, Hegel dice esto en el prólogo de la *Fenomenología del Espíritu*. Hay una impaciencia retrospectiva voluntaria que simplifica demasiado el análisis de la historia. Esta impaciencia lleva a conclusiones equivocadas; un ejemplo de dichas conclusiones se puede ver en las teorías fascistas relacionadas con el presente, creadas en 1968, y en sus efectos prácticos. Era necesario poner al descubierto el tiempo suficiente que la República Federal había sido “fascista” o “cuasifascista”, para hacer que algunas personas pensaran que un Estado de tal tipo debía combatirse con los medios del terror. La impaciencia histórica es expresión de un des-

equilibrio en la historia en general y, con ello, de una conciencia equivocada, en el sentido de Marx. Esto se refleja en la actitud de grandes grupos de la izquierda hacia la unificación alemana de 1989-1990.

Todo el público alemán occidental simpatizó con la *revolución pacífica* que se llevó a cabo en otoño de 1989 en la RDA. Pero para muchas izquierdas las simpatías desaparecieron, cuando, después de la caída del Muro, a la consigna “Nosotros somos el pueblo” se le superpuso la de “Alemania, patria unida”. No sólo defensores germano-orientales de los derechos civiles –que querían otra mejor RDA, pero no una Alemania unificada– vieron cómo su revolución se des Carrilaba en las consignas nacionales. Muchas izquierdas alemanas occidentales también compartieron esta opinión.

De hecho, la mayoría, que hasta entonces había permanecido en el silencio, tomó la palabra a finales de noviembre de 1989, en las calles de la RDA. Para esta mayoría, el deseo de que Alemania fuera una sola nación era, en primera instancia, una cuestión de justicia. Había motivos para plantear ese asunto en ese momento. El peso de la historia alemana se había distribuido injustamente después de 1945. Internamente, los alemanes occidentales fueron considerados como los ganadores de la Segunda Guerra Mundial, mientras que los alemanes orientales fueron considerados como los perdedores.

La justicia es un tema de izquierda, por autonomía. Pero en 1989 y 1990 hubo muchos miembros de las izquierdas alemanas occidentales que no quisieron ver que la cuestión nacional y la cuestión de la justicia constituían en realidad las dos caras de una misma moneda. Oskar Lafontaine, el candidato socialdemócrata a la Cancillería, subrayó una vez más, durante la contienda electoral parlamentaria de 1990, que su manera personal de abordar la unificación alemana era la cuestión social. Pero éste no conquistó los corazones de los alemanes orientales con su antipatriotismo ostentoso.

Jürgen Habermas dio la teoría para la práctica. Unos pocos días después de las elecciones populares de representantes a la Cámara, que se llevaron a cabo el 18 de marzo de 1990, Habermas hizo advertencias en el periódico *Zeit*, frente a los “primeros albores de un nacionalismo hinchado del marco alemán⁹”. Vio que la *autoimagen no nacionalista* y la *identidad posttradicional* de la República Federal estaban amenazadas por el *patriotismo tradicional* de los alemanes que vivían en la RDA. En relación con el *Debate de los historiadores*, cuatro años antes, el filósofo de Frankfurt describió “la actitud receptiva incondicional de la Repúbl-

9 El marco alemán era la moneda oficial de Alemania antes del euro. (Nota de los compiladores)

ca Federal frente a la cultura política de Occidente” como “la gran contribución intelectual de la época de la posguerra”, contribución de la cual se podía sentir orgullosa su generación. Ahora Habermas teme que la continuidad de esa conquista se vea amenazada. Con ello no sólo habla para sí mismo. En el momento en que, después de 1945, se dio, por primera vez, la posibilidad de una occidentalización del Oriente, muchos intelectuales alemanes occidentales empezaron a preocuparse por que Occidente se pudiera orientalizar.

Para la izquierda adenaueriana que surgió después de la muerte de Adenauer, la división alemana no sólo fue una consecuencia del pasado alemán sino también una de las condiciones para que la República Federal pudiera romper con dicho pasado. Por consiguiente, pareció que un nuevo Estado federal alemán realmente privaba de su sentido a la historia. Puesto que el Estado federal alemán se originó en una revolución que se hizo desde arriba y no desde abajo, se interpretó como el comienzo de un camino alemán equivocado. Algunos fueron aún más lejos e interpretaron la nación en general como un desarrollo histórico equivocado: una tesis extravagante que se puede comparar con la afirmación de que la Revolución Francesa, la Reforma o la migración de los pueblos habían sido *errores* en cada caso.

Auschwitz y Kosovo

La nación, al igual que la democracia, son una invención occidental con la cual los alemanes siempre han tenido problemas. Los partidarios del Imperio y de sus ideas se convirtieron en ciudadanos de un Estado mucho más tarde que los ingleses y que los franceses. Hasta entonces ellos habían querido de manera recurrente que el *Gran Imperio Germánico* de Hitler fuera más que un simple Estado federal, entre otros. Ellos habían arruinado su primera nación. Después de que lograron su cometido, algunos –al principio conservadores, luego liberales y alemanes de izquierda– creyeron que no había un futuro para el Estado-nación y que la cuestión de la nación ya no tenía vigencia.

Esto fue una noticia que, por fuera de Alemania, se percibió como lo que era, a saber, como una nueva variación sobre un tema antiguo de Emanuel Geibel del año 1861: “al carácter alemán le agrada sanar el mundo otra vez”.

La Alemania reunificada no es una *democracia postnacional entre otras naciones*. Es una nación democrática postclásica, entre otras. El término postclásico significa formar parte de la comunidad supranacional que es la Unión Europea y, además, estar dispuesto a acceder a una repartición de la soberanía entre la Unión y el Estado nacional. La unión política de Europa será, en palabras de Jacques

Delors, una “Confederación de Estados-nación” (“fédération d’Etats-nations”). Los alemanes hacen bien en dejar atrás la fórmula especial postnacional que se volvió anacrónica, fórmula que en el exterior fue percibida como arrogancia y que produjo desconfianza. Se requiere tener una fórmula europea que se ajuste a la *finalidad* del proceso europeo de unificación. La condición para esto es que haya un acuerdo fundamental entre París y Berlín.

Los caminos especiales alemanes, a saber, el camino antioccidental del Imperio alemán de 1945, el camino postnacional de la antigua República Federal y el artificioso camino internacionalista de la RDA en 1990, han llegado a su fin. Desde el 3 de octubre de 1990, se tiene una certeza definitiva de dónde queda Alemania, dónde están sus fronteras y a qué pertenece políticamente. Ya no hay ninguna cuestión alemana.

Sin embargo, se siguen planteando nuevas cuestiones alemanas. Durante la década que siguió a la reunificación gobernó un discurso retrospectivo sobre el significado de dicho acontecimiento y, particularmente, sobre las consecuencias del aumento de la soberanía que trajo consigo la restauración de la unidad alemana. En la guerra del Golfo de 1991, en el combate durante las operaciones *out of area* del ejército alemán de 1993 y 1994, en la lucha para que en 1995 se les diera apoyo a las *tropas de intervención rápida* en Bosnia-Herzegovina por medio de aviones Tornado, en todos estos acontecimientos, enemigos y defensores de un compromiso alemán que pertenecían a los socialdemócratas y a Los Verdes tomaron en consideración a Auschwitz para justificar su “sí” o su “no”. En 1999, la alusión al Holocausto cumplió nuevamente un papel importante, esta vez como uno de los argumentos que dio el nuevo gobierno federal rojo y verde para definir si los alemanes debían o no participar en la intervención militar que tendría lugar en Kosovo.

Auschwitz se utilizó como instrumento para alcanzar ciertos propósitos políticos actuales. De esto no hay duda. El que el genocidio de los judíos europeos se utilizara para respaldar la propia posición frente a la necesidad de alcanzar ciertos propósitos políticos ha provocado una reflexión ulterior. Desde 1999, se hacen cada vez menos alusiones a los delitos alemanes de lesa humanidad. Tales alusiones no tuvieron cabida en las operaciones del ejército alemán en Macedonia y en Afganistán, y tampoco cumplieron un rol en la negativa de los alemanes frente a la posible participación militar del país germano en la guerra de Irak de 2003. La expresión engañosa de Gerhard Schröder del “camino alemán”, que causó un desconcierto político tanto interno como externo, durante la contienda electoral parlamentaria de 2002, se eliminó rápidamente¹⁰. La posición que Alemania

10 Gerhard Schröder fue canciller alemán de 1998 a 2006. (Nota de los compiladores)

ocupó en la crisis de Irak no representó ningún retorno a los caminos especiales alemanes. La actitud berlinesa que se adoptó junto con París fue mucho más *europea* que la de aquellos estados que se aliaron incondicionalmente con Estados Unidos.

Los alemanes no pueden insistir en que su historia se considere como una anomalía permanente, por el hecho de que, antes de 1990, no hubo en Alemania algo siquiera similar a la normalidad occidental. Si bien Alemania nunca había sido un país *normal* hasta la época de la reunificación, sin embargo, en 1990 tampoco se pudo regresar la normalidad. La única posibilidad que le quedó a la nueva República Federal fue la de convertirse en un país más normal, en un sentido europeo y occidental. Esto ocurrió a partir de los años noventa, exactamente.

En contra de los mitos alemanes

Las operaciones del ejército *out of area* contribuyeron a esto, al igual que un hecho importante de política interna que tuvo lugar en 1999: la reforma del derecho de ciudadanía. Esta reforma complementó el principio genealógico, hasta entonces vigente y que se ajustaba a modelos occidentales, con el principio electoral. Para el que quiere ser alemán ahora es más fácil conseguir la ciudadanía alemana. Pero esto no es suficiente. Mientras que en los nuevos estados se toleren *zonas nacionalmente libres*, la actitud receptiva frente a la cultura política de Occidente permanecerá como un proyecto inconcluso¹¹.

Durante la época de la división alemana, los años 1933 y 1945 constituyeron los puntos de partida de las reflexiones sobre la historia alemana.

Desde la reunificación, se les sumó a estos puntos el año 1990. En la medida en que Alemania es ahora una nación, su historia ya no se puede ver como una refutación de la nación alemana o de la nación, simplemente. De manera que el primer Estado-nación alemán, fundado en 1871, no sólo hace parte de los antecedentes de lo que ocurrió en 1933, sino también de los antecedentes de lo que ocurrió en 1990. Dicha nación fue un Estado militar y autoritario, pero éstas no fueron sus únicas características. Esta nación también tenía las siguientes características: primero, en ella misma estaban las causas de su fracaso. Este fracaso llevó a la catástrofe que ocurrió entre 1933-1945; segundo, en ella estaba contenido mucho de lo que más adelante serviría de fundamento para el segundo Estado-nación

11 Una *zona nacionalmente libre* es un término de la extrema derecha que se refiere a una región en la cual no viven extranjeros. (Nota de los compiladores)

alemán, por ejemplo, la tradición del Estado de derecho y del Estado constitucional, la tradición del Estado federal, del Estado social, de la cultura parlamentaria y del derecho electoral.

En 1979, cuando la Constitución cumplió 30 años, el político y periodista Dolf Sternberger exhortó a los ciudadanos de la República Federal de Alemania a que manifestaran un *patriotismo constitucional*, siguiendo el ejemplo de Estados Unidos.

Con esta acción, Sternberger no pensó, como sí lo hizo Habermas más tarde, en una Constitución abarcadora de Occidente, sino en una Constitución particular, la Ley Fundamental, incluido su preámbulo. Todo el pueblo alemán solicitó esta Constitución, “en libre autodeterminación de alcanzar la unidad y la libertad de Alemania”. La Ley Fundamental es una Constitución que se orienta hacia los valores comunes de la democracia occidental y que al mismo tiempo es específicamente una expresión de las experiencias que los alemanes han tenido con la democracia y la dictadura. Un patriotismo alemán que se esconda detrás de esta posición sería una contradicción en sí misma.

Sternberger quiso, en últimas, un patriotismo ilustrado, al cual ningún Estado democrático puede renunciar. Un patriotismo alemán ilustrado no puede prescindir de una apropiación crítica de la historia alemana en su conjunto. Apropiarse de manera crítica del pasado es lo contrario a seguir fomentando los mitos nacionales, sin importar cuál sea su procedencia política.

Esta apropiación crítica descarta todos los intentos que se han hecho para limpiar el pasado, variantes apologéticas nacionales conscientes, al igual que variantes apologéticas postnacionales inconscientes. Apropiarse de manera crítica del pasado requiere poner al descubierto las causas más profundas que llevaron a la catástrofe que se vivió en la historia alemana antigua, pero no tiene como meta reducir dicha historia a una simple prehistoria del nazismo.

Los alemanes deben enfrentarse a su historia contradictoria no sólo como una tarea individual. Deben hacer esto también en consideración del proyecto común que han emprendido con Europa; pues si ellos no saben de dónde vienen, tampoco saben qué pueden ofrecerle a Europa.

Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2009,
en la planta industrial de Legis S. A.
Av. Calle 26 Nº 82-70 Teléfono: 4 25 52 55
Apartado Aéreo 98888
Bogotá, D. C. - Colombia

